

Con velas, timón y brújula

Óscar Arias Sánchez

Prólogo de Enrique V. Iglesias

CEXECI

2010

Edita: CEXECI

Centro Extremeño de Estudios
y Cooperación con Iberoamérica
www.cexeci.org

Colección Pensamiento Iberoamericano,4

Directores de la colección: José Luis Gurría y María Salvadora Ortiz Ortiz

© Óscar Arias Sánchez

© Del prólogo: Enrique V. Iglesias

Ilustración de portada: *Las corbetas anclan en la Bahía de San Nicolás*, Louis Lebreton (1813?-1866).

Diseño de la colección: Guadalupe López y José Luis Forte

ISBN: 978-84-938321-0-0

Depósito Legal: BA-436-2010

Imprime: Indugrafic. Badajoz

*A todos los tripulantes de aquella pequeña barcaza
que atraviesa las tempestuosas aguas del tiempo,
armada con la vela de su esperanza y
el timón de su entendimiento*

ÍNDICE

UNA REFLEXIÓN	11
PRÓLOGO	15
I. POR LOS CAMINOS DE MI PATRIA.....	21
<i>Uno.</i> SERVIRLE A MI PUEBLO	23
Escojo la vida, la democracia y el desafío de cambiar en paz	25
Un racimo de estrellas en nuestro suelo	38
Al destruir un arma, permitimos la vida	44
El infinito azul del conocimiento	50
No hay desarrollo sin planificación	53
La libertad es la más fértil comarca.....	60
Farolero, son las ocho y todo sigue sereno	65
Plan Escudo	69
Un futuro aún más glorioso que el de nuestros ancestros	82
Servirle a este pueblo ha sido el mayor honor de mi vida.....	97
<i>Dos.</i> PAISAJES DE LA HISTORIA NACIONAL.....	119
Costa Rica necesita de la visión de don Pepe	121
Los herederos de la paz, los artífices de todo lo que resta por hacer	128
II. MI VISIÓN DEL MUNDO	139
<i>Uno.</i> LA PAZ DERRIBARÁ MURALLAS.....	141
Un futuro a la altura de nuestros sueños	143
La paz sólo será posible a través de la memoria.....	152
El texto que sostiene a este edificio.....	158
Porque tenemos promesas que cumplir.....	163

Tal vez esta vez. Tal vez...	170
No dilapidemos el prodigio de la vida	174
La paz sigue estando siempre un poco más allá.....	183
<i>Dos. LA DEMOCRACIA ES LA MORADA DE LA LIBERTAD ..</i>	187
Hacia el buen gobierno: tareas aún pendientes...	189
La democracia no es suficiente	199
Hay que abrirle camino a la paz y a la democracia	208
Que cada palo aguante su vela.....	212
Los presos políticos no existen en las democracias.....	218
<i>Tres. EL DESARROLLO COMO DERECHO UNIVERSAL.....</i>	221
Dejemos de nombrar la libertad y empecemos a construirla ..	223
El mundo se transforma con ideas sencillas pero poderosas...	234
Compañeros de viaje y socios en el progreso	241
Algo hicimos mal.....	249
¿Quo vadis, América Latina?	253
El tren de la prosperidad.....	264
<i>Cuatro. LA SEMILLA DE LA VIDA</i>	269
No renunciaremos a la vida en el planeta.....	271
Salvar al planeta es más barato que aniquilarlo.....	283
Una paz con todas las formas de vida.....	287
III. CÁTEDRAS DE SUEÑOS	295
<i>Uno. UNA EDUCACIÓN QUE PONGA CORAZÓN AL</i>	
<i>PENSAMIENTO</i>	297
El lenguaje de los Derechos Humanos.....	299
Estaciones en el sol	309
Es hora de replantear las prioridades.....	318
La profecía que no debemos arrojar al fuego	326
La educación no fue suficiente	335
La paz necesita mensajeros	346
Las oportunidades perdidas: gasto militar en américa latina ..	356
...Y entonces esta cátedra no será necesaria.....	363
Al servicio de la democracia, la paz y el desarrollo	370
IV. ECOS DE MI PENSAMIENTO.....	383

<i>Uno.</i> CON EL PODER VIENE TAMBIÉN LA RESPONSABILIDAD.....	385
Utilicemos la libertad de prensa para construir sociedades libres.....	387
El veredicto del pueblo.....	399
Tratemos al migrante con dignidad humana.....	402
<i>Dos.</i> MANOS SOLIDARIAS.....	411
Arco iris de pelo blanco.....	413
Ellos son de mi país, ellos son mis presidentes.....	416
Rompamos los mitos y los prejuicios.....	420
No he conocido una mujer que no sea valiente.....	424
Abrazos multicolores.....	428
<i>Tres.</i> MI PASIÓN POR EL ARTE	431
Pavarotti	433
Aprendamos a vivir la vida como tocamos la música	436
Nuestro pasado común.....	441
<i>Cuatro.</i> UNA VENTANA AL CORAZÓN.....	447
Mi infancia fue.....	449
Un sueño hecho realidad.....	452
V. HOMENAJES	455
<i>Uno.</i> EN CASA	457
La mejor medicina del mundo	459
La hora de las compensaciones	461
Una visita que empezó muchos años atrás.....	464
Una amistad como la flor de loto	466
Compartiendo una misma gruta.....	468
Ochocientos años como ochocientos abrazos	471
Una lámpara encendida	474
Entre Costa Rica y Qatar no hay espacios vacíos	477
Soy el presidente más orgulloso de su equipo.....	479
<i>Dos.</i> EN CASA DEL HERMANO.....	483
Que esas aves de la paz vuelvan a cantar.....	485
Reencuentro de hermanos.....	487

Una vela en la oscuridad	490
Son hermanos quienes sueñan lo mismo.....	492
Nadie es extranjero en Andalucía	495
Lazos que nos unen	497
Una historia que nos une	499
Ciudad de luz y pan y canto	501
La amistad, el puente que nos une.....	503
Un futuro de paz para Palestina	505
Sus sueños habitan en los corazones de todos.....	507
El cáliz del intelecto.....	509
Dos naciones compartiendo la misma esperanza	511

UNA REFLEXIÓN

La política es gestión de vida, y en eso se opone a la guerra. Los estrategas militares, los dictadores y los cínicos, sin duda dirán que hacer la guerra es también hacer política, pero yo creo que es negarla. No sólo las rutas de la paz, sino también las del desarrollo, las de la justicia, las de la libertad y las de la solidaridad, se trazan con el poder político. Por eso, y nada más, decidí regresar a la Presidencia de la República.

Por eso, y nada más, porque ocupar cargos públicos, formar parte de la discusión política nacional, es beber diariamente de un vino que a veces es dulce y a veces amargo, que a veces embriaga y a veces envenena, que a veces sana y a veces lastima. Es el vino de la vida sin decantar, y sin duda ocasiona heridas por las que uno aprende a respirar.

No es lo mismo ingresar a la política, que regresar a ella. Retornar a un oficio, cuyos giros y abismos han marcado senderos en nuestra memoria, es una decisión que hace vibrar las fibras más entrañables del espíritu. La primera vez que uno participa en política, se embarca en una aventura. La segunda, en una apuesta, en donde se juega la posibilidad de mejorar la obra construida en el pasado,

pero también el riesgo de ser menos que su propio recuerdo.

Durante mi primer Gobierno, habíamos logrado la firma del Plan de Paz que acabó con décadas de guerra civil centroamericana y por el que tuve el honor de recibir, en el año 1987, el Premio Nobel de la Paz.

Cuando recibí este premio dije que lo recibía como uno de los 400 millones de latinoamericanos que buscan en el retorno de la libertad y en la práctica de la democracia, el camino para superar la miseria y la injusticia. Dije que lo recibía como uno de los 27 millones de centroamericanos, que han vivido más de 100 años de dictadores despiadados, de injusticia y de pobreza generalizada. Dije, también, que lo recibía como uno de los 2 millones 700 mil costarricenses que, sin disfrutar de los beneficios del desarrollo, no pierden la fe porque tienen libertad; no pierden la esperanza porque confían en la democracia.

Doné ese premio para la creación de una fundación, la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, que trabajaría al servicio de la paz y de la democracia. La Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano recoge, como su mismo nombre lo indica, la vocación inquebrantable del costarricense, que se organiza en democracia y rechaza la violencia y la guerra. Ninguna ciencia, ningún conocimiento, ningún bien material tiene valor alguno, si no se destina al progreso humano.

Las lágrimas de felicidad de las madres de la región, que ya no enterrarían a sus hijos por causa de un enfrentamiento absurdo, pusieron sobre nuestros hombros el peso de la gratitud, que compromete eternamente a quien lo recibe. Convencidos de que la paz no sería suficiente, si no iba acompañada de un mayor desarrollo, iniciamos también un largo proceso de negociación de la deuda externa costarricense, por el que nuestro país

logró el perdón de más de \$1.000 millones, esenciales para invertirlos en el gasto social.

Estos logros, y muchos otros, hicieron de mi retorno a la política una apuesta particularmente alta. Pero regresé porque estaba convencido de que aún tenía luchas en el morral, que aún tenía palabras en la voz y aún tenía fuerzas en el corazón. Regresé porque creía que Costa Rica necesitaba liderazgo para caminar hacia el siglo XXI. En mi segundo Gobierno, luchamos por la inserción de Costa Rica en la economía mundial, logrando la aprobación de un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana, que había generado una polarización considerable en el país. Junto con esto, pusimos fin a monopolios estatales anacrónicos, que ataban nuestra economía a un pasado que no habría de volver jamás. Establecimos relaciones diplomáticas con China y con varios países árabes moderados, difundimos la cultura a lo largo del territorio nacional y avanzamos notablemente en los índices de competitividad, tecnología, sostenibilidad ambiental y desarrollo humano.

Mentiría si afirmo que no he atravesado por momentos difíciles en los cuarenta años que he vivido de alguna forma vinculado con la política costarricense. Yo no creo que los pueblos merezcan presidentes inmutables e insensibles, que nunca hayan tenido que hacer de tripas corazón, en medio de un pasaje sinuoso de su vida. No hay valentía en la evasión, sino en la superación; no hay mérito en la suerte de no toparse con problemas, sino en la voluntad de buscarles solución. A lo largo de mi carrera política, le he pedido a Dios lo mismo que le pedía Rabindranath Tagore: *“No me dejéis rezar por encontrar refugio frente a los peligros, sino para no sentir miedo cuando los enfrente. No me dejéis implorar por alivio para mi dolor, sino por*

el corazón para conquistarlo. No me dejéis buscar aliados en el campo de batalla de la vida, sino buscar mi propia fuerza. No me dejéis huir”.

Aún en los momentos más oscuros, confié siempre en que se movería de nuevo el péndulo de la política, y volvería la satisfacción de servir y de construir, el orgullo de proponer, de convencer y de crear. Cuando el cielo empieza a clarear de nuevo, vuelven siempre las raíces fortalecidas del alma a traer la savia de las experiencias vividas. Y en esa savia viene el vino dulce que me ha enseñado que es cierto que lo que no te destruye, te fortalece.

Estas páginas contienen una selección de algunos de los discursos que pronuncié en el curso de mi segunda Administración (2006-2010). Espero que el lector encuentre en ellas un poco de la historia reciente de Costa Rica y de América Latina, y algunas lecciones que le resulten útiles para saborear ese vino agri dulce que es la política. En lo personal, sé bien que este libro es una ventana al patio interior de mis sentimientos y que mi identidad, convertida en tinta, está plasmada en estas líneas.

El Autor

PRÓLOGO

*“Con velas, timón y brújula”
... y el pulso firme del capitán*

A las velas, al timón y a la brújula que sirven de título al libro de mi querido amigo Óscar Arias debo añadir, de inmediato, ese cuarto elemento (¿o es el primero?) imprescindible en el buen navegar de toda embarcación: el pulso firme del capitán.

Sí, porque a este hombre, que ha sido dos veces Presidente de la República de Costa Rica y Premio Nobel de la Paz, nada menos, jamás le ha temblado el pulso.

De Óscar Arias se puede decir, en apenas un párrafo, que entre 1986 y 1990, su primer periodo como Presidente, se dedicó con tanta pasión a la paz que le dieron el Premio Nobel. Y que entre 2006 y 2010, por destacar uno de sus muchos logros, firmó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y dejó a sus compatriotas un país próspero que puede presumir de un medio ambiente envidiable y de tener un índice de desarrollo humano situado entre los primeros de América Latina.

Como si fuera una marca indeleble del destino, las vidas y las obras de Óscar Arias están escritas con la palabra “Paz”. Cuando Centroamérica se desangraba en los años

ochenta, el entonces Presidente de Costa Rica convocó a sus colegas del istmo para desatascar la muy meritoria iniciativa del Grupo de Contadora y trabajar sin descanso hasta lograr, el 7 de agosto de 1987, que se firmara el llamado “Acuerdo de Paz de Esquipulas”, apellidado de un pacto que ya tenía nombre de pila: “El Plan Arias para la Paz”.

He seguido la trayectoria de este buen amigo durante casi toda su vida. Yo, desde la CEPAL, y Óscar desde su responsabilidad de funcionario público, compartimos las preocupaciones, los desafíos y los sueños de nuestra América Latina. Y sobre todo ello se cimentó una amistad de más de medio siglo.

En mayo de este año, 2010, tuve la dicha de recibirlo en Madrid, de ser su anfitrión en la Secretaria General Iberoamericana, donde nos ofreció una espléndida conferencia. Debo confesar que, para un hombre como yo, que siempre tiende al optimismo y que considera que América Latina ha experimentado cambios muy serios en la buena dirección durante estos últimos años, el discurso de mi amigo Arias me pareció, quizá, demasiado severo para con la región. Pero su conferencia acabó haciendo dos llamamientos que, desde luego, comparto al pie de la letra. Uno: “Si América Latina desea traspasar el zaguán del mundo desarrollado, será necesario que (...) modernice sus aparatos estatales para permitir una función pública que sea, a la vez, transparente y eficaz; una función pública que permita elevar las condiciones de vida de nuestros habitantes, el único y último objetivo de la actividad política”. Y dos: “No son el Hombre y la Mujer con mayúsculas los que escriben la Historia, sino los hombres y las mujeres con minúscula, los ciudadanos comprometidos que no renuncian a la esperanza”.

“Con velas, timón y brújula” no es, en absoluto, un legado político. Óscar Arias tiene por delante mucho que

hacer y mucho que decir. Esta obra que comentamos es la mirada atrás a una vida política tan intensa como digna de elogio y admiración. Es una cuidada serie de artículos, conferencias y demás intervenciones públicas. Es, en fin, un compendio de su pensamiento y de su lucha en favor de las tres referencias que han determinado su vida: la democracia, la paz y el desarrollo. Contra la injusticia, la violencia, las desigualdades sociales y por la inclusión. Para compensar estos grandes déficits que nos han afligido y que son, aún en buena medida, asignaturas pendientes de nuestra América Latina.

Pero después de leer las páginas de este libro, el concepto más presente, la idea más clara que retengo en mi mente es, sin duda, el compromiso de Óscar Arias con la paz.

Aunque no lo diga así de claro, “Con velas, timón y brújula” nos muestra cómo Arias no parece compartir ese viejo aforismo que, con un punto de cinismo y un mucho de exaltación militarista, asegura: “Si vis pacem, para bellum” (“Si quieres la paz, prepárate para la guerra”).

No, no creo que Óscar Arias lo comparta. Él siempre ha pensado que si quieres la paz hay que trabajar por la paz. Su aforismo revisado sería “Si vis pacem, para pacem”. Por algo es un costarricense. Por algo es ciudadano de un país que abolió el Ejército el 1 de diciembre de 1948. Ese día, el entonces niño Óscar, con ocho años, no olvidaría jamás la simbólica imagen del Presidente José Figueres derribando a mazazos parte del muro del Cuartel Bellavista. Nuestro querido “don Pepe” explicó más tarde que lo hacía porque “las victorias militares por sí solas valen poco; lo que sobre ellas se construye es lo que importa”.

Cuando se conmemoraron los cien años de la democracia tica bajo la Presidencia de Óscar Arias, el entonces

Presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, celebró tan histórica fecha parafraseando a Tucídides y los atenienses al sentenciar: “Donde sea que haya un costarricense, no importa donde esté, habrá libertad”.

Y el Presidente Arias volvería a recordarlo el 26 de septiembre de 2006, cuando conmemoró el centenario del nacimiento de Figueres con una intervención que arrancaba diciendo: “Costa Rica necesita (sigue necesitando) de la visión de don Pepe...”.

Su compromiso con la no violencia, con el diálogo, con la negociación, vuelve a relucir cuando dedica la dotación del Premio Nobel a crear la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

En “Con velas, timón y brújula”, el capitán del pulso firme nos habla de verdades como puños, nos invita a reflexionar sobre los valores más profundos del alma humana y nos deja impresiones que son difíciles de olvidar. Porque impresiona leer su última despedida como Presidente, el 1 de mayo de 2010, ante la Asamblea Legislativa de Costa Rica, en San José. Impresiona que a esa intervención le llame, con una modestia conmovedora, “Informe de labores”. E impresiona que la titulara con un “Servirle a este pueblo ha sido el mayor honor de mi vida”...

El autor también nos regala algunos artículos, de apenas dos folios, dedicados, por ejemplo, a alentar la lucha contra el SIDA (“Romparamos los mitos y los prejuicios”); a solidarizarse con la reivindicación feminista (“No he conocido a una mujer que no sea valiente”), o a proclamar su pasión por la música describiendo así a Pavarotti: “¡Cuánto mundo en una sola voz y cuánta voz para un solo mundo!”.

Para terminar: en sus conferencias, en sus discursos, en sus artículos, en sus declaraciones, Óscar Arias, mi amigo,

siempre vuelve a la misma obsesión que ha marcado su vida: la reconciliación, la solidaridad, el reencuentro en dignidad. Estoy seguro de que para un hombre como él, para un Presidente, para cualquier Presidente, no debe haber una satisfacción más íntima que la que debió sentir cuando, el 20 de noviembre de 2008, proclamó ante Naciones Unidas:

“En mi país, el sueño de la paz ha dejado de ser un sueño”.

Enrique V. Iglesias
Secretario General Iberoamericano

I

POR LOS CAMINOS DE MI PATRIA

UNO

SERVIRLE A MI PUEBLO

ESCOJO LA VIDA, LA DEMOCRACIA Y EL DESAFÍO DE CAMBIAR EN PAZ

ACTO DE TOMA DE POSESIÓN

8 DE MAYO DE 2006

“Es preciso que recuperemos el valor para coincidir; la capacidad para reconocer las oportunidades que tenemos; la humildad para saber que nuestra visión del mundo no es la única, y la nobleza para situar el interés de la patria por encima de nuestros intereses particulares”.

Hemos venido hoy para celebrar un acto que renueva nuestra fe en el credo democrático y en la grandeza del pueblo costarricense. Hoy, una vez más, un Presidente libremente electo por los costarricenses transfiere su autoridad a otro Presidente también escogido mediante el sufragio de todos los ciudadanos. Y al igual que la repetición del amanecer no desmerece el milagro de la luz, la reedición de esta ceremonia no la priva de valor sino que confirma su carácter trascendente.

Este acto recoge las verdades más profundas de nuestra nación, verdades de las que quienes estamos aquí somos herederos y custodios. Hoy reinventamos la hermosa travesía histórica de este pueblo, capaz, a lo largo de casi dos siglos, de labrar una forma de convivencia definida por el

amor a la libertad, por la solidaridad, por el respeto a las instituciones y por la vocación de vivir en paz.

Hoy confirmamos que cualesquiera que sean las dificultades que enfrentemos como sociedad, cualesquiera las disputas que transitoriamente nos separen, los habitantes de esta tierra sólo estamos dispuestos a vivir bajo el único sistema político que hace posible la transmisión pacífica del poder, la igualdad bajo el manto de la ley, y el elemental derecho de los seres humanos de definir su destino. Ese es el credo que profesa esta nación.

Hoy más que nunca debemos aferrarnos a esos valores que nos sostienen y nos alientan. Son esas certezas –en especial la de que es posible construir sociedades más justas en forma gradual, sin extremismos y en paz– las únicas capaces de guiarnos en épocas convulsas.

Corren tiempos de cambio y de definición. Como seres humanos, como latinoamericanos y como costarricenses no podemos darnos el lujo de la irresolución. Hemos llegado a una encrucijada y debemos tomar decisiones.

Como seres humanos, no podemos confiar en que los inmensos cambios científicos y tecnológicos que presentamos resolverán automáticamente los grandes dilemas de nuestra especie: el de cómo preservar la vida en el planeta, cada vez más amenazada por la codicia y por la falta de previsión; el de cómo hacer posible una convivencia civilizada entre los pueblos, cada vez más acosada por los fundamentalismos políticos y religiosos y por el debilitamiento de la legalidad internacional; el de cómo realizar el precepto de que todos somos hijos de Dios e iguales ante sus ojos. Este precepto es negado en la práctica por los crecientes niveles de desigualdad a escala global y por fenómenos de miseria que, a pesar de los progresos logrados, continúan siendo incompatibles con todo lo que decimos profesar.

Nada de esto se resolverá solo, porque está demostrado que ni el progreso económico ni el progreso científico conllevan necesariamente una elevación ética de la humanidad. El progreso ético no es inevitable. No se le espera como al paso de un cometa. Se requiere desearlo y construirlo con todas nuestras fuerzas.

También como latinoamericanos debemos decidir si continuamos persiguiendo utopías y responsabilizando a los demás de nuestras desventuras, o si, por el contrario, admitimos que nuestro destino depende de lo que hagamos hoy para crear sociedades más educadas, más productivas, más justas, más dedicadas a construir instituciones sólidas que a escuchar el verbo encendido de sus líderes políticos.

Debemos decidir, porque lo que hoy tenemos es una América Latina confundida sobre su papel y su relevancia en el mundo, y cada vez menos clara en su adhesión a valores democráticos fundamentales. El gran logro histórico de la generación actual de latinoamericanos –el de haber dejado atrás la interminable noche de la tutela militar– empieza a naufragar, en parte por la renuencia de nuestras elites políticas para enfrentar las seculares aflicciones de la desigualdad y de la exclusión, y en parte por la crónica incapacidad de muchos de nuestros políticos e intelectuales para ver la realidad como es, y no como quisieran que fuera; por su incapacidad para leer el mundo en prosa y no en poesía.

Debemos decidir, entonces, si la aventura democrática que emprendió la región en las últimas tres décadas será sólo un paréntesis de racionalidad en una historia marcada por la intolerancia, la violencia y la frustración, o, más bien, el inicio de nuestro largamente pospuesto viaje a la modernidad y al desarrollo.

Pero es, sobre todo, como costarricenses que debemos

tomar decisiones. Durante años hemos venido posponiendo, por temor y por comodidad, la solución a nuestros más acuciantes problemas. Hemos preferido creer, contra toda evidencia, que la negativa a decidir no acarrea costo alguno y que los indiscutibles logros que como sociedad hemos alcanzado, prefiguran nuestro éxito a perpetuidad.

Hemos escogido adoptar la indecisión como método para enfrentarnos a la vida. Desde hace ya muchos años hemos perdido como país el impulso y la dirección, y en un camino empinado eso sólo puede conducir al retroceso.

Por esa ruta hemos llegado a un momento límite. No podemos seguir vagando sin norte, discutiendo interminablemente entre nosotros, persiguiendo el espejismo de la unanimidad, consumiendo lo mejor de nuestros días y de nuestros esfuerzos como si el tiempo no existiera, como si la marcha de la historia se hubiese detenido para esperar que la pequeña Costa Rica decida algún día levar anclas.

“Nunca hay viento favorable para el que no sabe hacia dónde va”, escribió, con razón, Séneca. Estoy convencido de que Costa Rica tiene todo para llegar donde se lo proponga, pero primero tiene que saber hacia dónde quiere ir.

Ésa es la tarea que empieza hoy: la de definir un norte para Costa Rica y empezar a navegar hacia él.

Si hemos de definir ese norte, es preciso que recuperemos el valor para coincidir; la capacidad para reconocer las oportunidades que tenemos; la humildad para saber que nuestra visión del mundo no es la única, y la nobleza para situar el interés de la patria por encima de nuestros intereses particulares.

Debemos recuperar la sabiduría para discernir qué es lo esencial y qué es lo accesorio en nuestra nacionalidad; para separar aquellas tradiciones y valores que merece la

pena conservar en esta búsqueda de destino, de aquellas que solo se han convertido en pesados lastres.

Sobre todo, debemos recuperar la disposición de innovar, de cambiar, de explorar nuevos rumbos. Y en esto, me parece, estamos de acuerdo: para todos los sectores políticos y sociales del país el statu quo ha dejado de ser una opción.

Costa Rica debe recuperar a partir de ahora la confianza de que tiene todo para salir adelante, que puede pensar en grande y mirar el futuro por encima de las pequeñas disputas que hoy consumen nuestras energías. Es tiempo de que volvamos a tener un propósito histórico digno de nuestro pasado excepcional.

Ésa es la misión que tenemos: que Costa Rica vuelva a ver el futuro con optimismo, que vuelva a creer en sí misma, que se convenza de que puede cambiar.

Eso es lo que debemos hacer y eso es lo que haremos.

A partir de hoy daremos un rumbo claro a la lucha contra la pobreza y la desigualdad. No permaneceremos impasibles frente al dolor del millón de costarricenses que viven en la miseria. No permaneceremos impasibles frente a los abismos sociales que hoy dividen a la familia costarricense. No permaneceremos impasibles frente a la discriminación que cotidianamente padecen los grupos más vulnerables de nuestra sociedad, en particular las personas con discapacidad, los adultos mayores, las minorías étnicas, los niños y las mujeres jefes de hogares.

Devolveremos al país la fidelidad a sus mejores tradiciones, que siempre situaron a la expansión de las oportunidades humanas como el hilo conductor de su aventura histórica. Ese es el legado del pensamiento solidario de Félix Arcadio Montero, Omar Dengo, Alfredo González Flores, Jorge Volio, Manuel Mora, Rafael Ángel Calderón Guardia, José Figueres y todos los que, a lo largo de nues-

tra historia, nos hicieron entender que la nación costarricense no es simplemente una suma de individuos, sino una comunidad y una familia, que no abandona a su suerte a sus hermanos más débiles.

La política social de esta administración pondrá énfasis en fortalecer los servicios públicos universales, sobre todo los de educación y los que presta la Caja Costarricense de Seguro Social, que deben seguir siendo sufragados por todos los costarricenses, para todos los costarricenses.

Trabajaremos para coordinar los programas de combate a la pobreza; para hacer posible una asignación progresiva y transparente de la inversión social y para evaluar rigurosamente sus resultados.

Debemos entender que una política social efectiva no se construye en el vacío. Se hace con muchos recursos públicos. Por ello, quiero ser enfático en lo siguiente: en esta administración solucionaremos la perenne crisis fiscal del estado costarricense, de forma tal que pueda realizar las inversiones sociales que Costa Rica necesita.

No podremos caminar hacia el futuro si nuestra inversión social no aumenta significativamente en cantidad y en calidad. De no ser así, no tendremos desarrollo, ni justicia social, ni paz. La creación de un sistema tributario adecuado y progresivo es vital para nuestro porvenir.

A partir de hoy daremos un rumbo claro al sector productivo del país. Impulsaremos políticas que tiendan al mejoramiento sostenido de la competitividad; a la apertura gradual de la estructura económica; a la sostenibilidad de nuestros procesos productivos; y a una inserción inteligente en la economía global. No nos resignaremos a mirar con impotencia el grave retroceso del país en los índices más importantes de competitividad.

Orientaremos nuestras acciones al fin más importante que puede tener cualquier política de producción: crear

más y mejores empleos para los costarricenses y, en especial, para nuestros jóvenes. Al margen de lo que hagamos con nuestra política social, la primera tarea para reducir la pobreza en Costa Rica consiste en estimular la creación de empleos formales en el sector privado.

Asimismo, reformaremos y regularemos adecuadamente los sectores de telecomunicaciones, energía e infraestructura para hacerlos competitivos internacionalmente. Nos abocaremos en forma inmediata a la elaboración de una política energética integral, que reduzca nuestra dependencia de los hidrocarburos y fomente el uso de las fuentes renovables de energía. Costa Rica debe replantear, sin prejuicios, su modelo energético actual, porque su continuidad no hará otra cosa que poner en riesgo nuestro crecimiento económico futuro.

Profundizaremos la vinculación de Costa Rica con la economía mundial. Vamos a atraer vigorosamente la inversión extranjera y continuaremos teniendo una política comercial decidida, que permita a la mayor cantidad de productores nacionales vincularse a los mercados de exportación.

Dar la espalda a la integración económica, regresar al proteccionismo comercial y menospreciar la atracción de inversión extranjera constituyen, hoy por hoy, las vías más seguras para condenar a la juventud costarricense al desempleo y a Costa Rica al subdesarrollo. Constituyen, también, la forma más segura de desaprovechar el capital humano e institucional que ha acumulado el país en los últimos 50 años, que nos permite integrarnos exitosamente en la economía mundial.

En esto deseo ser muy claro: la soberanía no se defiende con prejuicios ni con consignas, sino con trabajo y con planes concretos para darle prosperidad a Costa Rica. Un país que teme al mundo y no es capaz de adaptarse a él,

inexorablemente termina condenando a sus jóvenes a buscar el bienestar más allá de sus fronteras. Si hace eso, es menos soberano, es menos justo y es menos país.

Propiciar el aislamiento de Costa Rica de los grandes fenómenos del mundo moderno es una causa reaccionaria y una traición a nuestra juventud. No será mi gobierno el que, por miedo y por prejuicio, aísle a Costa Rica de la economía internacional.

A partir de hoy daremos un rumbo claro a la educación pública. Esta debe volver a ser uno de los motores de nuestra productividad, un instrumento para reducir las desigualdades y reproducir nuestros mejores valores.

En los próximos cuatro años no escatimaremos ningún esfuerzo para llevar la inversión educativa al 8% del Producto Interno Bruto. Vamos a trabajar para que la profesión de educador sea bien remunerada, de manera que nuestro sistema educativo capte mentes cada vez más capaces y con mayor vocación de servicio. Sobre todo, vamos a trabajar todos los días para universalizar la educación secundaria, apoyando económicamente desde el Estado a las familias más pobres para que mantengan a sus hijos adolescentes en las aulas. No dejaremos que la falta de acceso a la educación reproduzca, generación tras generación, el infernal ciclo de la miseria.

Daremos un rumbo claro al combate contra la inseguridad y las drogas. Vamos a ser duros con la delincuencia, pero mucho más duros aún con las causas de la delincuencia. Profundizaremos la orientación preventiva de la Fuerza Pública y la dotaremos de más recursos. Mejoraremos los mecanismos de denuncia contra la delincuencia y, en particular, contra la agresión doméstica, la forma más insidiosa y extendida de criminalidad.

Combatiremos sin descanso el narcotráfico. Y no sólo el gran narcotráfico –el que requiere patrullar nuestros

mares y nuestros aeropuertos— sino, en especial, el pequeño tráfico de drogas, el que ocurre en las esquinas de nuestros barrios, en los parques de nuestras comunidades, en las salidas y en los corredores de nuestros colegios. Esa será una de las mayores prioridades en materia de seguridad ciudadana.

A partir de hoy daremos un rumbo claro a los esfuerzos para modernizar el Estado. Nos abocaremos urgentemente a la tarea de dotar al país de una institucionalidad ágil, eficiente y transparente, que sea un apoyo para los emprendimientos de los ciudadanos y no un enemigo; que sea un instrumento de gobernabilidad democrática y no su peor obstáculo.

Daremos un rumbo claro a la inversión nacional en infraestructura y transportes. Nunca más nuestras carreteras, puertos y aeropuertos serán un motivo de vergüenza nacional; nunca más condenarán a nuestros productores a pasar por una pesadilla para vender el fruto de su trabajo; nunca más castigaremos al aislamiento y al atraso a las comunidades rurales más alejadas.

A partir de hoy daremos un rumbo claro a nuestra política exterior. Devolveremos a Costa Rica su papel protagónico en el concierto internacional. Nuestra política exterior se basará en principios y valores profundamente arraigados en la historia costarricense, a saber: la defensa de la democracia; la plena vigencia y promoción de los Derechos Humanos; la lucha por la paz y el desarme mundiales; y la búsqueda del desarrollo humano.

Volveremos a alinear nuestra política exterior con la vocación pacífica del pueblo costarricense, con la defensa del multilateralismo, con la estricta adhesión al Derecho Internacional y a los principios en que se fundamenta la Carta de las Naciones Unidas, la más elemental salvaguarda contra la anarquía en el mundo.

Como un país sin ejército, a partir de hoy convocamos al mundo y, en especial, a los países industrializados, para que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica. Con esta iniciativa aspiramos a que se establezcan mecanismos para perdonar deudas y apoyar con recursos financieros a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en salud, educación y vivienda para sus pueblos, y cada vez menos en armas y soldados. Es hora de que la comunidad financiera internacional premie no sólo a quien gasta con orden, como hasta ahora, sino a quien gasta con ética.

De igual manera, a partir de este momento, la protección del medio ambiente y del derecho de los pueblos al desarrollo sostenible pasará a convertirse en un eje prioritario de nuestra política exterior. Nuestro objetivo es que el nombre de Costa Rica se convierta en un sinónimo de valores fundamentales para la humanidad: el amor por la paz y el amor por la naturaleza. Ese será nuestro sello distintivo como país. Esa será nuestra carta de presentación ante el mundo.

Dejo para el final el último de mis compromisos, que es el más importante. A partir de hoy habrá un rumbo claro e inalterable en materia de honestidad en la función pública.

Esa ruta ética pasa, en primer lugar, por hablarle a los costarricenses con la verdad, por decirles siempre lo que deben saber y no lo que quieren oír. No he llegado a este puesto para complacer a ningún grupo sino para defender el interés de la sociedad costarricense en su conjunto, según pueda entenderlo a través de mis limitaciones humanas. Podré errar en mis decisiones, y seguramente lo haré muchas veces, pero nunca decidiré nada con otro criterio que no sea la búsqueda del bienestar de mi pueblo.

Esa ruta ética pasa por cumplir con lo prometido en campaña, condición mínima para que los costarricenses vuelvan a creer en la política. Pasa por rendir cuentas de todos nuestros actos ante los ciudadanos, por duro que a veces pueda resultar. Pasa por exigir de nuestros colaboradores las más altas normas de integridad y responsabilidad. Pasa por entender el ejercicio de la Presidencia no como una oportunidad para buscar la gloria o la popularidad, sino como un espacio para servir a quienes más nos necesitan.

Éste es el camino que Costa Rica emprenderá hoy.

Quisiera pensar que esta ruta que he delineado desembocará, inevitablemente, en una Costa Rica más próspera para nuestros hijos. Quisiera pensar que la banda presidencial que me ha sido impuesta es el talismán que hará posible que lleguemos al bicentenario de nuestra independencia como una nación desarrollada. Pero no hay en esto certezas; tan sólo hay posibilidades.

Pienso que buena parte del éxito dependerá de la madurez política que mostremos en esta hora crucial, de nuestra altura de miras, de nuestra voluntad para coincidir y de nuestra lealtad a reglas básicas de civilidad, sin las cuales ninguna forma de democracia es posible.

Para todos los partidos políticos y sectores sociales del país tengo hoy un mensaje, que también es un ruego. Un ruego para que trabajemos juntos por nuestro futuro. Un ruego para que aprendamos que ningún partido y ningún grupo social tiene el monopolio de la honestidad, del patriotismo, de la buena intención y del amor a Costa Rica. Un ruego para que entendamos que el ejercicio responsable del poder político es mucho más que señalar, denunciar y obstruir, y consiste, ante todo, en dialogar, colaborar y construir. Un ruego para que sepamos distinguir entre adversarios y enemigos; para que comprenda-

mos que no es un signo de debilidad la voluntad para transigir, como no es un signo de fortaleza la intransigencia. Un ruego para que desterremos la mezquindad de nuestro debate político; para que levantemos la cabeza, miremos hacia delante y pensemos en grande.

Sólo así estaremos a la altura de las graves responsabilidades que tenemos frente a nosotros como gobernantes, como líderes políticos, como líderes sociales o, simplemente, como ciudadanos.

Nos ha sido dado el raro privilegio de vivir en un momento crítico de la historia, cuando lo viejo aún no muere y lo nuevo aún no nace. En esta encrucijada la humanidad debe escoger si elimina todas las formas de pobreza o todas las formas de vida en el planeta.

Los latinoamericanos debemos escoger si abonamos, con ciencia y paciencia, la flor democrática que ha germinado, o si la aplastamos bajo el peso de añejos prejuicios y de nuestra legendaria tolerancia ante la injusticia.

Los costarricenses debemos escoger si tomamos nuestro destino en nuestras manos, si aprovechamos las oportunidades y creamos una patria próspera en la que exista un lugar digno para todos, o si, por el contrario, nos resignamos a ver pasar el mundo a la distancia, a dilapidar los logros que hemos acumulado y a vivir, como aquella familia venida a menos en un relato de Jorge Luis Borges, “*en el resentimiento y la insípidez de la decencia pobre*”.

Todos estos caminos están abiertos, pero no es mucho el tiempo que tenemos para decidir. Por mi parte, yo escojo la vida, la democracia y el desafío de cambiar en paz. Es tiempo de que la humanidad, América Latina y Costa Rica cambien, no por casualidad, sino por convicción; no porque no haya otro camino, sino porque es lo correcto.

Con humildad le pido a todos los costarricenses –hombres y mujeres, jóvenes y viejos, de todas las persuaciones

políticas y credos religiosos— que me acompañen en esta empresa. Soy tan solo el director que libre y transitoriamente ustedes escogieron para esta obra colectiva que iniciamos hoy. Pero tengo muy claro que los actores y los protagonistas, hoy, mañana y siempre, serán ustedes.

Les pido a todos los costarricenses que al miedo respondamos con optimismo; a la impotencia con entusiasmo; a la parálisis con dinamismo; a la apatía con compromiso; y a la pequeñez con fe inquebrantable en el destino superior de Costa Rica.

Y a Dios Todopoderoso le pido que, con su infinita sabiduría, guíe nuestros pasos en esta nueva etapa en la construcción del hermoso edificio de nuestra nación.

UN RACIMO DE ESTRELLAS EN NUESTRO SUELO

INAUGURACIÓN DE ADASTRAS ROCKET COMPANY
LABORATORIO DEL DR. FRANKLIN CHANG
LIBERIA, GUANACASTE
15 DE JULIO DE 2006

“Aquél que desde niño pone su mirada en las estrellas, puede levantarse hasta el cielo y tocarlas con sus manos”.

Qué verdadero placer encontrarme entre ustedes, celebrando un momento histórico para nuestra pequeña nación y para uno de sus más queridos hijos. Me llena de regocijo presenciar la inauguración de este laboratorio de Ad Astra Rocket Company, pues lo considero una demostración viva del poder de la fe y de la perseverancia. Aquel que desde niño pone su mirada en las estrellas, puede levantarse hasta el cielo y tocarlas con sus manos: Costa Rica le agradece hoy al Dr. Franklin Chang por plantar su racimo de estrellas en nuestro suelo.

Nuestra presencia hoy aquí es prueba irrefutable del valor del esfuerzo, de la importancia de la educación y del inmenso potencial que reside en cada uno de nosotros y en nuestro país. En nombre de todos los costarricenses, me honro en felicitar esta tarde al Dr. Chang y desearle en esta nueva aventura, los mismos éxitos que ha tenido en

todas las que emprendió con anterioridad. Su vida entera es ejemplo e inspiración para todos nosotros.

Las conquistas profesionales y científicas de Franklin son tan amplias que sería imposible hacerles justicia en el breve espacio de que dispongo, y tan conocidas que no hace falta recapitularlas con detalle. Algunos mencionarán, como su mayor logro, el haber sido el primer astronauta latinoamericano de la NASA. Tal vez aludirán a que, en su trayectoria de 25 años, viajó al espacio en siete ocasiones, condujo innumerables experimentos en órbita y en tierra y participó tempranamente en los estudios que condujeron al diseño de la Estación Espacial Internacional. Probablemente dirán que llegó a acumular más de 1600 horas de experiencia en el espacio, incluyendo 19 horas y media de caminata espacial.

Pero estos no son los mayores logros de este insigne costarricense. Su mayor triunfo, el que me llena de admiración y de respeto, es el haber hecho todas estas cosas de la mano de su familia y con su patria en el corazón.

Muchos son nuestros problemas en el universo. Todavía no logramos poner un hombre en Marte, recorrer otras galaxias o burlar el tiempo para poder conquistar el cosmos. Pero los más grandes son los desafíos que nos esperan en la Tierra al regresar de cada viaje espacial. Franklin lo sabe y ha sabido ofrecer, humildemente, su ayuda en la lucha humana por hacer del planeta que ocupamos un mejor lugar. Por ello, puso su liderazgo al servicio de la elaboración de la Estrategia Siglo XXI, participó en la Comisión de Notables que analizó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Centroamérica (TLC), y en febrero de este año colaboró con las autoridades electorales como miembro de mesa.

Como Newton, que fue miembro del Parlamento británico, como Einstein, que luchó contra la proliferación del

armamento nuclear, Franklin pertenece a esa rara estirpe de científicos que puede decir, como el romano Terencio, que nada de lo humano le es ajeno.

Deseo agradecer hoy el gentil gesto de Franklin al decidir instalar su laboratorio en suelo costarricense. En el pináculo de su carrera, cuando ante él se abrían miles de puertas dispuestas a recibirlo, decidió volver a su tierra, a la Costa Rica que espera paciente el regreso de tantos que se fueron persiguiendo sus sueños y sus ilusiones. Franklin predica con su ejemplo, una actitud que, por patriótica y solidaria, se vuelve urgente en esta hora que hemos elegido para dar el salto al desarrollo. La repatriación de cerebros constituye una tarea perentoria. Es momento de que, como país, comprendamos la vital importancia de ofrecerle a quienes desean volver a nuestra patria un ambiente propicio para el crecimiento profesional, el reconocimiento social y la realización personal. Ello no sucederá si no incrementamos considerablemente nuestro gasto en dos áreas estratégicas: la educación y la investigación.

Desde que tomé la decisión de volver a la función pública, he insistido en la necesidad de que nuestro país invierta más en educación. Les he propuesto a todos ustedes que nos pongamos la meta ambiciosa, pero irrenunciable, de destinar a la educación por lo menos el 8% del Producto Interno Bruto y de garantizar que no haya un solo joven costarricense que no complete la secundaria.

También he repetido incansablemente que como país necesitamos incrementar de manera sustancial nuestra inversión en investigación y desarrollo: hoy dedicamos a esta tarea menos de medio punto de nuestro PIB cada año. Si mantenemos este nivel de inversión nos serán vedadas las puertas de la prosperidad. Afirmar que no

existen recursos para invertir en investigación y desarrollo, en ciencia y tecnología, es afirmar que no existen recursos para procurarle un futuro a Costa Rica. Y no será mi gobierno el que clausure el porvenir de este país.

Los grandes descubrimientos a veces son producto de la casualidad. La penicilina sorprendió a Fleming en el desorden de su laboratorio. Pero hay otro camino: el que siguió Clorito Picado, que la encontró primero como premio a 12 años de esfuerzo sistemático. Esa es la ruta que nos toca recorrer como país, la que lleva al desarrollo no por casualidad sino por convicción, no por azar sino por sudor, rigor, disciplina y entrega. Esa es la ruta de la investigación científica.

Por eso le he propuesto a los costarricenses que en el lapso de ocho años, multipliquemos por 5 nuestra inversión en investigación y desarrollo y, como meta intermedia, que en el transcurso de mi gobierno incrementemos la inversión nacional en este rubro hasta alcanzar, al menos, el 1% del Producto Interno Bruto. Esto, entendámoslo, es un esfuerzo nacional, no simplemente del gobierno. El gobierno, ante todo, debe establecer las condiciones adecuadas para que el sector privado, la industria de alta tecnología y las universidades públicas y privadas liberen su potencial creativo.

Mis palabras no son una proclama vacía, sino una descripción de lo que tenemos ante nuestros ojos. Este laboratorio es el paradigma de la inversión que Costa Rica puede y debe estimular en ciencia y tecnología. Si me hubiera dedicado exhaustivamente a la búsqueda del mejor ejemplo, no habría encontrado uno mejor que éste. Este proyecto une alta tecnología, inversión privada, transferencia de conocimientos, y personal capacitado y comprometido con la comunidad y con el desarrollo de zonas rurales. A este tipo de proyectos, testimonios de fe

en Costa Rica, entregaremos la batuta de nuestro concierto nacional.

Isaac Newton alguna vez dijo que sólo había alcanzado a ver lejos porque se había levantado sobre los hombros de gigantes. Gracias, Franklin, por prestarle hoy un hombro a Costa Rica, por permitirle ver el horizonte que vislumbran tus ojos y más allá; por enseñarnos que los muros mentales del “no se puede” son escalados en silencio por quienes se deciden a decidir, por quienes quieren querer.

El día que el motor de plasma despegue, deberá transportar, como su primer pasajero, el miedo al cambio en Costa Rica. Ojalá el VF-200-1 lo lleve a Marte y ahí lo deje, para que no vuelva nunca a enmohecer nuestra esperanza.

Ya sin miedo, Costa Rica podrá convertirse en el primer país desarrollado de América Latina. Ya sin miedo, la inteligencia, la capacidad y el esfuerzo de mis compatriotas habrán de hacer cierta la promesa de un mejor destino para toda nuestra gente. Ya sin miedo, esta pequeña democracia expatriará –de una vez y por siempre– la miseria y la exclusión.

Sueño con un país próspero y solidario, construido sobre los mejores valores de la humanidad, ejemplo ante el mundo por sus instituciones sociales, por su respeto al medio ambiente y por su esmerado cultivo de la educación, de la ciencia, del conocimiento y del arte. La inauguración de las instalaciones de Ad Astra Rocket Company hace patente que esta nación con la que sueño, no reside en el vaporoso mundo de las utopías, sino que es un país que ya estamos empezando a construir.

El material de nuestros sueños hoy es plasma, como el que compone los astros y el espacio que media en el universo; como el que compone el viento solar y los rayos. Y el material de nuestros sueños es incontenible. Como

dijera Miguel Hernández: “¿quién al rayo detuvo prisionero en una jaula?”.

Nuestro destino es el reflejo del talante de nuestros proyectos y nuestras ideas. El tamaño de los hombres y las mujeres es el que encierra la semilla, siempre germinante, de su imaginación y de su empeño.

Franklin, tus hombros son tierra sembrada de cometas, sobre los que volará Costa Rica creyendo, finalmente, que es posible descifrar el universo y realizar lo imposible.

AL DESTRUIR UN ARMA, PERMITIMOS LA VIDA

PARQUE NACIONAL
SAN JOSÉ, COSTA RICA
16 DE AGOSTO DE 2006

“Contrario a lo que predicán algunos, no existe seguridad en las armas. No existe seguridad, porque las armas son mercenarios que ante cualquier fin o gobierno se arrodillan”.

El golpe que destroza las armas es la única forma de violencia que hemos de permitirnos, la única forma de destrucción. La destrucción de los medios que generan la muerte, es nuestra manera de abrirnos camino hacia la vida.

Hace 150 años, humildes campesinos costarricenses tomaron las armas para proteger la soberanía de nuestra nación. Ese momento heroico, inmortalizado en este Monumento, nos habla de una Costa Rica dispuesta a defender ante el mundo sus más altos valores. Una Costa Rica capaz de enfrentar al Goliath de la época, con hidalguía y sin complejos, convencida de que la historia premia siempre a los hombres y mujeres que luchan por la vida en libertad.

Hoy, nuestra libertad se encuentra de nuevo amenazada. Nuestra libertad se encuentra amenazada porque no

hay ningún acto libre cuando el espíritu es presa del miedo; no hay ningún acto libre cuando el temor es la clave en la que se escribe la partitura de la vida.

En esta hora, la valentía de nuestro pueblo no estará en tomar las armas. Estará, como el día que abolimos el ejército, en dejarlas. El Goliath de nuestro tiempo es esa oscura maquinaria de hierro y pólvora que sólo derrama muerte a su alrededor. Para hacer posible nuestra supervivencia, tomaremos hoy la honda y derrumbaremos a Goliath, para que no vuelva nunca más a sembrar dolor en el inagotable huerto de la vida.

En la actualidad, hay un arma de fuego por cada diez habitantes del planeta. Cada año, se fabrican 8 millones más, junto con 14.000 millones de unidades de munición militar, es decir, 2 balas por persona, incluidos niños y niñas. ¿Es posible, verdaderamente, argumentar en favor de un potencial destructivo de dimensiones tan apocalípticas? ¿Es posible, verdaderamente, defender una realidad por la cual puede morir el mundo entero y todavía alcanzar para una matanza idéntica?

Contrario a lo que predicán algunos, no existe seguridad en las armas. No existe seguridad, porque las armas son mercenarios que ante cualquier fin o gobierno se arrodillan. Quien duerme seguro porque ha adquirido un arma, ignora que el peligro nunca duerme. Está demostrado que la proliferación de las armas de fuego entre la ciudadanía se traduce siempre en un aumento de la violencia. Es decir, al adquirir armas para protegernos del peligro, estamos engendrando el peligro.

Estoy convencido de que las armas han sido siempre una traición, la más baja traición de la historia humana. No existe un solo indicio que sugiera que la carrera armamentista ha deparado al mundo un nivel superior de seguridad y un mayor disfrute de los derechos humanos.

Por el contrario, no solo nos ha hecho infinitamente más vulnerables como especie, sino que nos ha hecho más pobres. Cada arma es el símbolo de las necesidades postergadas de los más pobres. No lo digo sólo yo. Lo decía, en forma memorable, un hombre de armas, el Presidente Eisenhower, hace ya casi medio siglo: *“Cada arma que construimos, cada navío de guerra que lanzamos al mar, cada cohete que disparamos es, en última instancia, un robo a quienes tienen hambre y nada para comer, a quienes tienen frío y nada para cubrirse. Este mundo alzado en armas no está gastando sus recursos en soledad. Está gastando el sudor de sus trabajadores, el genio de sus científicos y las esperanzas de sus niños”*.

Por eso me regocijo de esta celebración. Ahí donde se arrancan las raíces de un fusil, queda el terreno abonado de esperanza, y puede Dios sembrar sus semillas.

Algunos pensarán que presenciamos hoy un evento insignificante. Eso es porque ignoran que la paz camina largas distancias con pasos pequeños. Al destruir un arma, permitimos la vida de todas las personas que morirían o resultarían heridas cuando fuera disparada. Hoy permitimos la vida de pintores, doctores, policías, niños y estudiantes... Permitimos la vida, y por eso seremos gratificados.

Pero nuestro sendero es largo y difícil. Por cada arma que destruimos, se fabrican otras 10. Eso quiere decir que, al paso que vamos, será imposible acabar con esta industria de la muerte. Por eso no tenemos más opción que multiplicar nuestros esfuerzos.

Cada uno de nosotros, deberá comprometerse con esta causa. Cada uno de nosotros, en cada uno de los lugares que visite, deberá abogar por la paz. Y la paz, mientras existan 640 millones de armas ligeras en el mundo, no es más que una tregua.

Por más que lo quisiéramos, nada de esto nos es ajeno en Costa Rica. En nuestro país las armas de fuego son uno

de los combustibles que alimenta la creciente inseguridad ciudadana. Durante los últimos veinte años, la proporción de homicidios dolosos perpetrados con armas de fuego ha aumentado sistemáticamente y es hoy superior al 50%.

Eso es desolador, pero también encierra una esperanza. Porque la experiencia nos ha demostrado que la tenencia y la circulación de armas de fuego es, de todos los factores asociados a la inseguridad ciudadana, uno de los que la acción gubernamental puede controlar en forma más directa, efectiva y acelerada. La conexión entre una legislación restrictiva en la tenencia de armas y las bajísimas tasas de homicidio doloso no es fruto de la casualidad, como lo demuestra la experiencia de los países de Europa Occidental y de Japón.

En esa dirección trabajaremos en esta Administración, no sólo en Costa Rica –donde claramente debemos revisar la laxitud de nuestra Ley de Armas vigente– sino también en el plano internacional. Desde hace muchos años he defendido públicamente la aprobación de un Tratado Internacional para la regulación del comercio de armas ligeras. Mi gobierno se encuentra decidido a tocar todas las puertas que sean necesarias para que la tenencia de armas deje de verse como un ejercicio de libertad y empiece a entenderse como un obstáculo para ejercerla.

Este acto se lleva a cabo con el auspicio y la cooperación de las Naciones Unidas. Eso es apropiado porque, pese a todo, las Naciones Unidas continúan siendo el mejor instrumento de la humanidad para alcanzar una convivencia civilizada. Hoy, cuando una vez más corren vientos de guerra, cuando despreciables formas de terrorismo se han convertido en una amenaza cierta a la vida civilizada, Costa Rica debe hacer suya la causa de preservar el Derecho Internacional, la más elemental salvaguarda contra la anarquía en el mundo. No debemos olvidar

que, por carecer de ejército, nuestro país es precisamente el que más necesita de un sistema internacional legítimo, fuerte y del que emanen resoluciones vinculantes para todas las naciones.

Es por ello que hoy deseo compartir con ustedes una muestra del respeto de Costa Rica a las resoluciones de Naciones Unidas y a la legalidad internacional. Como lo dije públicamente hace ya algunos años, es tiempo de que Costa Rica traslade su delegación diplomática ante el Estado de Israel de la ciudad de Jerusalén a la ciudad de Tel Aviv hasta que se llegue a una solución definitiva sobre el estatus que habrá de tener Jerusalén. Nuestra Cancillería le ha girado hoy instrucciones a nuestra Embajada en Israel para que efectúe dicho traslado a la mayor brevedad posible.

Hasta el día de hoy éramos, junto con El Salvador, los únicos países en el mundo que mantenían su embajada en Jerusalén. Aún los más cercanos aliados de Israel han preferido no desafiar la legalidad internacional situando sus embajadas en esta ciudad. Ello no ha impedido que su amistad con el pueblo de Israel perviva y se fortalezca.

Es hora, entonces, de rectificar un error histórico que nos daña a nivel internacional y nos priva de casi cualquier forma de amistad con el mundo árabe, y más ampliamente con la civilización islámica, a la que pertenece la sexta parte de la humanidad.

Es crucial entender que esta decisión no la anima, por supuesto, la intención de ofender al querido pueblo de Israel, con el que nos unen y nos seguirán uniendo vínculos entrañables, más profundos que cualquier coyuntura política. En lo que a Costa Rica concierne, el derecho de Israel a existir y a vivir libre de amenaza —particularmente de la amenaza criminal del terrorismo— está más allá de toda duda.

No se trata, pues, de agraviar a una nación valiente y admirable, sino de respetar el Derecho Internacional y estrechar nuestras manos con la mayor cantidad posible de pueblos del mundo. Sólo así estaremos contribuyendo a sembrar la semilla de la paz en un mundo que, cada vez más, es tierra yerma para el amor.

En efecto, podemos sembrar la paz, destruyendo armas y prodigando respeto para todos los pueblos de la Tierra. Los seres humanos no nos encontramos irrevocablemente dirigidos hacia nuestra propia destrucción. Hay cientos de corazones, miles de corazones, millones de corazones dispuestos a ensanchar el camino hacia la paz.

La historia de la humanidad ha sido narrada en silencio por las madres que lloran la muerte violenta de sus hijos. Es hora de darles consuelo. El mundo es capaz de escribir otra historia. Tenemos la pluma en las manos y tenemos también el tintero. ¿Sabremos tener la voluntad?

Miguel Hernández nos dejó estas palabras, que hoy deseo compartir con ustedes:

“Poco valen las armas que la sangre no nutre ante un pueblo de pómulos noblemente dispuestos, poco valen las armas: les falta voz y frente, les sobra estruendo y humo (...) Un hombre desarmado siempre es un firme bloque: Sabe que no es estéril su firmeza, y resiste”.

Resistamos siempre, costarricenses, el llamado de la violencia y de las armas. Resistamos siempre, porque esta resistencia nos hará más fuertes. Resistamos siempre, porque de esta resistencia brotará la vida.

EL INFINITO AZUL DEL CONOCIMIENTO

INICIO DEL PROGRAMA AVANCEMOS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

29 DE AGOSTO DE 2006

“Nuestra madre nos trae al mundo en dos ocasiones: el día de nuestro nacimiento y el día en que nos lleva por primera vez a la escuela”.

Desearía que el inventor de la lengua, en un éxtasis de alegría, nos hubiera legado alguna palabra que verdaderamente pudiera describir este momento: la plenitud de espíritu que reposa en los corazones conscientes de haber cumplido un deber. Lo que siento hoy aquí, no es sólo satisfacción. Es ansiedad y es alegría, es expectativa y es alborozo, es exaltación y es fervor; ganas de vivir y de contemplar la vida.

Hoy me siento como el dichoso dueño de la llave que abre las jaulas de miles de pájaros aprisionados. Las mentes de los niños y las niñas oprimidos por la pobreza, aletean ansiosas esperando el momento en que puedan desplegar sus alas y alcanzar el infinito azul del conocimiento.

Hoy nos sostenemos como puentes en el tiempo, para abrazar el pasado que nos engrandece y el futuro que nos aguarda; y así le damos la mano izquierda a don Mauro

Fernández y la derecha a una pequeña niña que dentro de 30 años será Doctora en Química, gracias al programa que iniciamos.

Hoy escucho el murmullo de las ancestrales matronas que en sus tibios rosarios de la tarde, conciben un sueño de vida mejor para sus hijos e hijas, y rezan porque puedan terminar el colegio. Escucho el lento arrastrar de los pies de la madre joven que llega cansada del trabajo, a repasar las tablas de multiplicar o los verbos transitivos. Escucho la risa de una mujer orgullosa a quien su muchacho acaba de anunciarle que fue admitido en la universidad.

Todo esto escucho con entusiasmo. Pero escucho también, allá en el fondo de la orquesta, en la última esquina del conjunto, el llanto silencioso de la madre avergonzada. De la madre que tuvo que pedirle a sus hijos ayuda en la casa, porque ya el dinero no le alcanzaba.

El sonido que produce esa madre es la más cruel de las melodías. Con cada arpegio del dolor que en secreto entona, resuena el verdadero duelo de la patria.

Queremos acallar ese himno a la pobreza, queremos silenciar ese canto de congoja y frustración. Queremos oír la canción del regocijo de la madre que protagoniza el doble parto de la vida: el alumbramiento físico y primigenio, y el alumbramiento intelectual. Porque nuestra madre nos trae al mundo en dos ocasiones: el día de nuestro nacimiento y el día en que nos lleva por primera vez a la escuela.

Ese día en que nos empuja con un beso por la senda de la verdad. En que nos entrega la libertad como un puñado de primavera. Porque sólo el conocimiento nos hace verdaderamente libres.

Y la libertad de una sola persona es un cerrojo menos en el portal de toda la civilización. Porque no sabemos

cuántas liberaciones humanas puede contener una sola de las mentes aprisionadas. ¿Cuántos genios se esconden en la suciedad de los barriales de este mundo? ¿Cuántos pintores, escritores, políticos o científicos? ¿Acaso no puede estar la cura del SIDA en algún tugurio a pocos kilómetros de aquí?

No sabemos qué prodigios esconde la verde rama de olivo que nos traerán de vuelta los pájaros que hoy lanzamos a la luz; por eso esperamos ansiosos su regreso.

Allá van, en bandada, desgarrando la indiferencia con cada golpe de ala; surcando con valentía el horizonte de lo desconocido; alejándose del destino oscuro de la vida en la miseria.

Les pido determinación y esfuerzo. Les pido que no renuncien, no importa las adversidades. Les pido que vivan “la vida aventurera” de la que nos hablaba Julián Marchena y que opongan “a los raudos torbellinos, el ala fuerte y la mirada fiera”.

NO HAY DESARROLLO SIN PLANIFICACIÓN

PRESENTACIÓN DEL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO
SAN JOSÉ, COSTA RICA
24 DE ENERO DE 2007

“Quien vaga sin destino con los ojos vendados, pendiente únicamente de dónde poner el pie en el siguiente paso, tarde o temprano termina caminando en círculos. Eso, precisamente, le pasó a Costa Rica. Por no decidir hacia dónde quería ir, caminó dando tumbos y vueltas hasta terminar, en muchos aspectos, precisamente donde estaba hace 20 años”.

Me siento profundamente complacido de estar aquí, precisamente en este escenario, presentando el Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010, *Jorge Manuel Dengo Obregón*. El Teatro Nacional es un testigo impasible de nuestra historia del último siglo, de los avatares de la nación costarricense en su marcha por la senda del desarrollo. Por eso es aquí adonde corresponde trazar los pasos que daremos en esa senda durante los próximos cuatro años.

De la misma manera en que este edificio centenario obedece al trabajo y al esmero de decenas de arquitectos, obreros y artesanos; de planos, ladrillos y argamasa; así también la Costa Rica desarrollada del bicentenario no

nacerá por un accidente, sino por un minucioso esfuerzo para crear condiciones propicias para el desarrollo, por la paciente dedicación para ir poniendo en su lugar los requisitos fundamentales del bienestar, por el esmero con que mejoremos nuestras instituciones y nuestras políticas públicas.

La idea de que los gobernantes somos arquitectos, es, si se quiere, un lugar común. Pero, por alguna razón, esa convicción no la hemos acompañado en Costa Rica con la noción de que el plano es una herramienta indispensable de todo arquitecto. Los costarricenses olvidaron que no hay edificio sin plano y que no hay desarrollo sin planificación.

No hay desarrollo ahí donde las políticas son improvisadas, donde reina la ocurrencia, o donde el miedo y la desidia llevan a repetir incansablemente las estrategias del pasado. No hay desarrollo ahí donde falta liderazgo, donde el poder para decidir la orientación del país no tiene sede fija, donde no puede distinguirse a quién, dentro del variado elenco de instituciones, le corresponde establecer prioridades y definir acciones estratégicas.

No hay desarrollo ahí donde falta el análisis y el rigor científico, ahí donde las decisiones de la política pública se desconectan de la evidencia empírica, para valerse de la retórica como la única herramienta, y donde la comunión con alguna ideología o credo político distrae la atención sobre el objetivo cardinal de la política: el mejoramiento de la calidad de vida de los hombres y de las mujeres de una nación.

Sobre todo, no hay desarrollo ahí donde no hay compromiso de resultados, donde las acciones del gobierno se agotan en piedras inaugurales, y en donde el control ciudadano carece de medios para llamar a sus representantes a la rendición de cuentas más importante de todas: la rendición de cuentas finales.

Por eso me regocijo con la presentación de este Plan Nacional de Desarrollo. Porque, fundamentado en la eficiencia y en la transparencia en la gestión pública, busca retomar esos dos cursos de acción sin los cuales todo esfuerzo de desarrollo no es más que un andar a la deriva: la planificación y la evaluación.

En cuanto a la planificación, este documento simboliza un retorno de la política nacional al pensamiento estratégico. Desde el primer día de mi administración, cuando firmamos el Decreto que ordenaba el gobierno en rectorías, hemos privilegiado el pensamiento estratégico, el establecimiento de prioridades con base en ejes de acción coordinados y coherentes, en el seno de todo el Gobierno. Este Plan Nacional de Desarrollo no es más que el producto de esa coordinación, de los acuerdos que a lo interno de cada sector institucional se tomaron para impulsar conjuntamente objetivos ambiciosos. Con este tipo de acciones, se retoma el curso de la verdadera gobernabilidad democrática, la que conoce que los recursos son limitados y que las expectativas son infinitas, y que por eso estamos obligados a convenir qué es lo indispensable para el desarrollo de nuestro pueblo y para la realización de nuestra sociedad.

Precisamente este fue el talón de Aquiles de muchos planes de desarrollo del pasado: padecieron el mal de la exuberancia de las intenciones, del exceso de acciones y la consecuente ausencia de prioridades. El Plan Nacional de Desarrollo se convirtió en un documento tan extenso, que ni siquiera se mandaba a imprimir, y tan complejo, que ningún ciudadano era capaz de entenderlo.

El Ministerio de Planificación Nacional se convirtió en algo así como un tecnócrata cuyo poder era, sin embargo, pírrico: a pesar de ser el único lugar donde era posible descifrar las claves de la compleja situación nacional, era

el último al cual acudían los gobernantes por consejo. El Ministerio de Planificación se convirtió en la única instancia que tenía la visión global del país, pero su visión dejó de ser imprescindible en la toma de decisiones de interés nacional.

Como consecuencia, la improvisación se apoderó de nuestras políticas públicas y el día a día se convirtió en la máxima de gobierno. La administración gastaba tanto esfuerzo y recursos en no ahogarse, que la idea de construir una embarcación con velas, timón y brújula, fue abandonada como una extravagancia.

Y aunque la improvisación puede ser sinónimo de muchas cosas, es, principalmente, sinónimo de repetición. Quien vaga sin destino con los ojos vendados, pendiente únicamente de dónde poner el pie en el siguiente paso, tarde o temprano termina caminando en círculos. Eso, precisamente, le pasó a Costa Rica. Por no decidir hacia dónde quería ir, caminó dando tumbos y vueltas hasta terminar, en muchos aspectos, precisamente donde estaba hace 20 años.

Cualquier analista político nos diría lo evidente: es urgente que las instituciones públicas recobren la capacidad de reflexionar sistemáticamente sobre el futuro del país, de definir orientaciones estratégicas para la gestión pública y de propiciar debates nacionales que vayan más allá de nuestra circunstancia inmediata. En uno de sus aforismos, el filósofo Ludwig Wittgenstein, advertía que *“Quien sólo se adelanta a su época, será alcanzado por ella alguna vez”*. Es crucial que, como costarricenses, recordemos esto. Es vital que como sociedad levantemos la vista, que nos adelantemos a esta época y a la que sigue, que pensemos en grande y con verdadero sentido histórico, que proyectemos nuestras aspiraciones nacionales mucho más allá del horizonte de nuestros intereses inmediatos y de

las pequeñas luchas que consumen hoy nuestras energías como nación. Si no levantamos la vista, nuestra época nos alcanzará una y otra vez, y el futuro no será otra cosa que una infinita repetición del presente.

Pero si es urgente recuperar nuestra grandeza de miras, también es urgente que, con humildad y con honestidad, evaluemos los pasos que damos en la dirección de nuestros ideales. Esta es la segunda tarea que retoma este plan: la de la evaluación.

Durante mucho tiempo, demasiado tiempo, los arquitectos costarricenses se acostumbraron a diseñar los edificios políticos con absoluto desdén por sus resultados futuros. Ansiosos por iniciar el nuevo proyecto gubernamental, fueron dejando tras de sí una estela de cascarones inhabitables, que hicieron de la evaluación no sólo una labor titánica, sino con nulo impacto en la definición de las políticas posteriores.

Este Plan Nacional de Desarrollo es nuestro antídoto frente a esta práctica, pues prevé mecanismos de evaluación que permitan el control ciudadano no sólo sobre los pequeños detalles operativos de las instituciones, sino también, y principalmente, sobre los pasos dados en el camino de las grandes metas y de los objetivos que hemos definido para el país.

Planificación y evaluación son, entonces, nuestro compromiso de fines y nuestro compromiso de resultados, dibujados como un plano en las páginas de este documento. El boceto de este plano ya se encontraba en el Programa de Gobierno y en los compromisos anunciados en campaña, compromisos que los costarricenses convirtieron en mandato político al concedernos el honor de elegirnos para ser sus gobernantes.

Hoy presentamos el plano terminado, como un contrato con la ciudadanía, seguros de sentar con él las bases de

la Costa Rica desarrollada del bicentenario que tanto hemos anhelado, y cuya construcción tanto hemos pospuesto.

Agradezco a todos quienes participaron en este esfuerzo, y en particular, a Kevin Casas. Por no sólo soñar los ideales, sino también dedicarse a construirlos; por vislumbrar la senda de nuestro desarrollo, pero también por echarse a andar, junto con todos nosotros, por el camino del sacrificio, animado por la esperanza de que es posible construir un mejor mañana para Costa Rica.

Notarán que no me he referido al homenajeado de esta noche. Lo he hecho a propósito. Don Jorge Manuel Dengo casi merece un discurso aparte. El Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010, lleva el nombre de uno de los más grandes arquitectos que el edificio costarricense haya albergado en el último siglo.

Don Jorge Manuel representa a una estirpe de hombres excepcionales, cuya inteligencia, audacia y visión son capaces de inspirar a generaciones enteras a ver más allá del horizonte.

Es, se me ocurre, un hombre del Renacimiento, un Quijote dispuesto a enfrentar, una y otra vez, los molinos de la indiferencia y la pequeñez de miras.

Se enfrentó al Volcán Irazú y al Huracán Juana; levantó el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE); fundó la Escuela de la Agricultura de la Región Tropical Húmeda (EARTH); fue Vicepresidente de la República y Vicepresidente del Banco Interamericano de Desarrollo; fue creador y jerarca de la Comisión Nacional de Emergencias y de la Oficina de Planificación Nacional; lideró la Estrategia Siglo XXI para Ciencia y Tecnología; y todo ello, sin dejar de ser bombero voluntario a lo largo de casi toda su vida. ¿Hay algo que este hombre no pueda hacer? La verdad, no se me ocurre nada. Por el momen-

to, sé de una cosa que nosotros podemos hacer por él: reconocerle su justo lugar en medio de los beneméritos de la patria. Así lo haremos con un proyecto de ley que hoy he enviado a la Asamblea Legislativa para su aprobación.

Esta decisión, como también la de ponerle su nombre a este Plan, son gestos muy pequeños para pagarle a don Jorge Manuel su contribución inmensa al desarrollo del país, su capacidad para concebir, inspirar y realizar sueños, su fundamental decencia y su caballerosidad. Personalmente, es tan sólo una forma de decirle que la admiración que siento por él desde mi juventud sólo ha sabido crecer con los años, que su ejemplo de servicio público aún me conmueve y que me siento honrado de que haya sido mi Vice-Presidente por cuatro años y mi amigo por muchos más.

Nunca he olvidado unas hermosas palabras de su padre, don Omar Dengo, que hoy resuenan más pertinentes que nunca. Decía el gran maestro: *“no hay que volar como hoja, hay que volar como ave: con rumbo”*.

Costa Rica debe salir de su refugio de miedo y enfren-
tar los vientos de cambio. Pero debe hacerlo como ave,
con rumbo. Esta es la idea que descansa detrás del esfuer-
zo que hoy presentamos: la de que Costa Rica debe exten-
der las velas, pero sujetar firmemente el timón. Debe
aprovechar la fuerza de la marea y el viento, pero con la
brújula en una mano, el mapa en la otra, y el espíritu rena-
centista en el pecho, impulsando cada día nuestro cami-
no hacia el desarrollo.

LA LIBERTAD ES LA MÁS FÉRTIL COMARCA

PARQUE DE LA LIBERTAD
DESAMPARADOS, SAN JOSÉ
9 DE MAYO DE 2007

“La libertad es la más fértil comarca. En un parque de libertad, brotarán las obras de arte como flores. Y no importa dónde se ubique, si en los barrios más elegantes o en los más pobres arrabales. Después de todo el jazz, el tango y el propio hip hop, nacieron de lo más humilde de las ciudades”.

Decía el gran escritor irlandés George Bernard Shaw, que *“un jardín es el mejor lugar para encontrar a Dios”*. Algo así podemos decir de los parques. Es en lugares como el que planeamos construir aquí, en que lo más excelso del espíritu humano puede alcanzar plenitud y alzar su voz al cielo. Un abuelo jugando con su nieto, alzará la voz de la esperanza y de la experiencia. Un muchacho caminando de la mano de su novia de secundaria, alzará la voz del amor y de la juventud. Un papá que le enseña a su hija a andar en bicicleta, alzará la voz de la vida y de la enseñanza. Una familia haciendo un *picnic* en el césped, alzará la voz del cariño y del sano esparcimiento.

Me siento profundamente complacido de poder sembrar, hoy, el primer árbol que dará sombra a este hermoso coro a la existencia.

El último gran parque que se construyó en Costa Rica lo inauguramos en el año 1989, durante mi primera administración. Los dolorosos enfrentamientos que sacudían entonces a Centroamérica, las muertes violentas que por cientos de miles tocaban las puertas de los hogares centroamericanos, nos impulsaron entonces a llamar a ese parque El Parque de la Paz. Hoy, que la paz ha dejado de ser nuestro más profundo anhelo, para convertirse en nuestro logro máspreciado, podemos decir que El Parque de la Paz se yergue como símbolo de las luchas que todavía tenemos pendientes: nuestra paz no estará asegurada mientras las causas que generan la violencia no se hayan extinguido. Mientras éste no sea, además de un jardín de paz, un jardín de justicia, de equidad, de solidaridad, de seguridad, de respeto al medio ambiente y, sobre todo, de libertad, El Parque de la Paz seguirá siendo mucho más que un lugar para el esparcimiento, seguirá siendo, también, un lugar para la memoria, un lugar para que el recuerdo nos alerte sobre los desafíos que aún aguardan solución.

Es por eso que este parque se llamará El Parque de la Libertad, porque simboliza el siguiente paso de nuestra conquista por una vida digna para nuestros habitantes: la vida que, además de ser pacífica, es libre, segura, justa, sana y solidaria. Si El Parque de la Paz nos hablaba de nuestro derecho a preservar la vida, El Parque de la Libertad nos hablará de nuestro derecho a gozar de una buena calidad de vida.

Y es por eso, también, que éste no será sólo un parque recreativo. El proyecto integra diversas funciones que van desde la diversión y la cultura, hasta la vivienda y la planificación habitacional. No será sólo una válvula de escape, un paréntesis en el caos urbano que tradicionalmente ha caracterizado al área metropolitana, sino que será un nuevo modo de entender la forma en que viven los costa-

rricenses. El arte, la cultura, el deporte y la juventud dejarán de estar confinados a un espacio lejano de aquel en donde se congregan el trabajo, la vivienda y el comercio. El ser humano no está dividido, sus impulsos artísticos se mezclan con sus intereses económicos, y sus afanes de cultura conviven con su interés por tener una vivienda digna. Y como no está dividido el ser humano, tampoco ha de estarlo el espacio en que se desenvuelve. Esa es la idea sobre la que se fundamentará el nuevo Parque de la Libertad.

Y ¿qué mejor forma de celebrar la libertad que una libre interpretación de uno de los más hermosos textos jamás escritos? La Compañía Nacional de Danza acaba de demostrarnos, una vez más, su inagotable tributo a la libertad, con una adaptación del clásico de Shakespeare *Romeo y Julieta* en hip hop.

Los puristas tal vez se escandalicen con esta adaptación. Dirán que desafía los cánones y las reglas, que se opone a lo establecido y a lo tradicional, y yo les digo ¿no fue precisamente eso lo que hicieron Romeo y Julieta? ¿No fue precisamente eso lo que hizo Shakespeare, lo que hizo Wagner, lo que hizo Manet, lo que hizo Bretón, lo que hizo Picasso, y hasta lo que hicieron Little Richard y Elvis Presley?

La libertad es la más fértil comarca. En un parque de libertad, brotarán las obras de arte como flores. Y no importa dónde se ubique, si en los barrios más elegantes o en los más pobres arrabales. Después de todo el jazz, el tango y el propio hip hop, nacieron de lo más humilde de las ciudades. Se los aseguro: la Escuela de Música que instalará aquí el Ministerio de Cultura, producirá muchas sorpresas para el arte costarricense.

Esto es fundamental. La creciente violencia que hemos vivido en nuestras escuelas y colegios, y los comporta-

mientos agresivos que vemos en nuestros jóvenes y adolescentes, obedecen a muchas razones, pero estoy convencido de que una de ellas es la falta de espacios para expresarse, para fortalecer su sensibilidad artística y para recrearse sanamente. Las barras de muchachos que a menudo vemos en nuestros barrios, tendrían mucho que aprender de los Montesco y los Capuleto. Los jóvenes que se sienten limitados por sus padres y por las reglas de la sociedad, bien harían en sacar algunas lecciones de las experiencias de la pareja de enamorados más famosa de la historia.

En el tanto comprendamos esta idea, en el tanto abracemos la noción de que el arte, la cultura, el deporte y la sana convivencia son poderosos agentes de cambio para nuestras sociedades, podremos crear una juventud libre en el más pleno sentido de la palabra.

Una de las más hermosas frases de Shakespeare en *Romeo y Julieta* dice: “¿*Qué hay en un nombre? Aquello que llamamos rosa bajo cualquier otro nombre tendría el mismo dulce aroma*”. Este parque se llamará El Parque de la Libertad, pero mucho más importante que el nombre que le pongamos, será el contenido de libertad que construyamos en él. Si comprendemos que la calidad de vida es requisito para mantener nuestra paz; si entendemos que el esparcimiento y la libre expresión artística son fundamentales para preservar nuestro tejido social, entonces aseguraremos a nuestros jóvenes un futuro mucho mejor que el que tuvieron *Romeo y Julieta*: les aseguraremos un verdadero futuro de libertad.

Les pido que me disculpen por dirigirme ahora exclusivamente a nuestros invitados de honor: los estudiantes.

Ustedes son las personas que más me alegra ver en este acto. Porque este parque lo vamos a hacer para ustedes. Para nosotros es muy importante que los niños y las niñas

tengan pupitres en las escuelas y que tengan cuadernos en donde apuntar las clases, pero también es muy importante que tengan campo para correr y un cielo enorme para volar avioncitos y papalotes. Necesitamos que ustedes tengan una casa, pero también que tengan un jardín, una cancha de fútbol, un tobogán y un subibaja.

Les voy a decir algo que quiero que nunca se les olvide: ustedes tienen muchos derechos, pero uno es muy, muy especial: el derecho a ser niñas y niños. No dejen que nadie les diga que no pueden correr, que no pueden divertirse, que no pueden reírse y jugar. Y si alguien les dice que no, díganle: “*dice el Presidente que yo puedo divertirme, porque tengo libertad*”.

Que Dios los bendiga toda la vida, espero verlos cuando este parque esté terminado, y les prometo que vendré a volar con ustedes el papalote de nuestras más hermosas esperanzas.

FAROLERO, SON LAS OCHO Y TODO SIGUE SERENO

RECIBIMIENTO DE LA ANTORCHA
CARTAGO, COSTA RICA
14 DE SEPTIEMBRE DE 2007

“El farolero sigue viviendo en el corazón de cada uno de los costarricenses. Montados sobre los zancos de nuestras ilusiones, vamos encendiendo una a una las luces de nuestros sueños. Tenemos que tener calma. Tenemos que guardar respeto. La noche no es tan larga y pronto, muy pronto, vendrá de nuevo la mañana”.

Esta noche volvemos a tomar el arado, volvemos a abrir surcos inmensos en el centro de nuestra historia, y a sembrar en ellos las semillas de la tolerancia, de la paz, de la libertad y de la democracia que, a lo largo de 186 años, han florecido en el fértil terreno de nuestras vidas.

Esta noche volvemos a despojarnos de las cadenas, volvemos a correr el cerrojo de nuestros sueños, y a dejar escapar la ilusión que los prejuicios y los dogmas mantienen prisionera en nuestras mentes.

Esta noche volvemos a empuñar nuestra pluma, volvemos a escribir en el sagrado libro de las anécdotas que nos definen como nación, y narran año con año nuestra experiencia colectiva.

Esta noche volvemos a recibir la antorcha, volvemos a iluminar con ella los pasos que damos como pueblo, las decisiones que juntos tenemos que adoptar, y la senda que nos debe conducir a una sociedad más próspera, más justa y más solidaria.

Esta noche volvemos a celebrar nuestra Independencia, volvemos a evocar aquellos momentos en que la noticia de nuestra decisión recorrió estas mismas calles, en medio de sentimientos encontrados de temor y de esperanza, de ansiedad y de ilusión.

Imagino esas noches de septiembre de 1821. Imagino a un joven farolero que, montado sobre zancos de madera, enciende cada una de las luces de esta histórica ciudad. De farol en farol, de casa en casa, el farolero va anunciando la hora y el tiempo: *“las seis y todo sereno”*, *“las ocho y todo sereno”*, *“las diez y todo sereno”*.

186 años después, son de nuevo las ocho de una noche de septiembre en Costa Rica, y no puedo evitar preguntarme si estará todo sereno. Si la Costa Rica de siempre, la que ha atravesado las más difíciles situaciones como una sola tierra y un solo pueblo, logrará permanecer así.

No puedo evitar preguntarme si las madres, cuya mayor angustia, sin lugar a dudas, es que seamos capaces de construir una Costa Rica de mayores oportunidades, para que sus hijos y sus hijas puedan formar un hogar, tener una vivienda y encontrar un empleo digno, verán esas oportunidades concretarse.

No puedo evitar preguntarme si ustedes, los niños y jóvenes de nuestro país, que son la máxima prioridad de este Gobierno y la razón por la cual trabajamos todos los días, heredarán de nosotros un país unido a pesar de las diferencias.

Creo que esa herencia será posible. Creo que ese futuro de unidad será posible. Creo que ésta es una nación

grande no por la ausencia de dificultades, sino por la forma en que las encaramos. Nada en nuestra historia nos indica que la vida soberana y democrática es siempre sencilla. Todo lo contrario, entraña constantes desafíos. Pero yo confío en que tendremos la madurez para aceptar que ningún momento es tan difícil, que amerite perder nuestra paz y nuestra tolerancia; ninguna causa tan importante, que amerite poner en riesgo nuestra libertad y nuestra democracia; ninguna noche tan oscura, que amerite abandonar nuestro respeto mutuo y nuestra serenidad.

En la propia Acta de Independencia que hace 186 años redactó don José Cecilio del Valle, en la Capitanía General de Guatemala, se puede leer:

“Que se pase oficio á los dignos Prelados de las comunidades religiosas para que cooperando á la paz y sosiego, que es la primera necesidad de los pueblos cuando pasan de un gobierno a otro, dispongan que sus individuos exhorten á la fraternidad y concordia á los que estando unidos en el sentimiento general de la independencia, deben estarlo también en lo demás, sofocando pasiones individuales, que dividen los ánimos y producen funestas consecuencias”.

La lectura de estas palabras me ha hecho recordar que no estamos solos en la vivencia de nuestros días: nos acompañan las lecciones que también nosotros recibimos como herencia. La historia gira sobre sus ejes, y hoy volvemos a sentir mucho de aquello que sentimos en los días de nuestra Independencia. Ya hemos atravesado noches de expectativa, ya hemos vivido momentos de ansiedad, pero el espíritu costarricense nunca ha sacrificado por ellos ninguna de sus mejores tradiciones. Por eso sé que

nuestro pueblo sabrá aceptar la responsabilidad que el Acta de la Independencia le reclama a través de los siglos. La responsabilidad de quien conoce el valor de lo que tiene –la tolerancia, la paz, la libertad y la democracia–, y el riesgo de perderlas.

El farolero sigue viviendo en el corazón de cada uno de los costarricenses. Montados sobre los zancos de nuestras ilusiones, vamos encendiendo una a una las luces de nuestros sueños. Tenemos que tener calma. Tenemos que guardar respeto. La noche no es tan larga y pronto, muy pronto, vendrá de nuevo la mañana. Tengamos fe en Costa Rica. En la de siempre, en la de todos los tiempos. Tengamos fe en Costa Rica. En la que han construido las madres con sus manos, y no los soldados con sus armas. Tengamos fe en Costa Rica. En su democracia y en su respeto a la opinión ajena; para que el próximo 7 de octubre, al ser la noche, podamos salir a la calle y gritar con todas nuestras fuerzas: *“farolero, son las ocho y todo sigue sereno”*.

PLAN ESCUDO

“PROTECCIÓN SOCIAL Y ESTÍMULO ECONÓMICO FRENTE
A LA CRISIS INTERNACIONAL”

SAN JOSÉ, COSTA RICA

29 DE ENERO DE 2009

“A lo largo de nuestra historia, ninguna prueba ha sido más fuerte que nuestra esperanza, más poderosa que nuestra unión, más tenaz que nuestra voluntad. Los meses por venir serán sin duda difíciles. Nos impondrán sacrificios complejos. Requerirán de nosotros madurez y aceptación. Pero saldremos adelante”.

Quiere el destino que les dirija estas palabras en la institución que lleva el nombre del educador costarricense por excelencia, don Omar Dengo. Vengo aquí siguiendo una de sus más firmes convicciones, una que he compartido a lo largo de toda mi vida: aquella que dice que la tarea de gobernar es también la de educar. Vengo hoy a explicar medidas, a traducir al verbo cotidiano las políticas del Gobierno.

Nos convoca aquí una situación de emergencia internacional. Una crisis de dimensiones devastadoras ha sacudido al mundo hasta sus cimientos, y ha hecho resurgir fantasmas que creíamos desterrados del reino de nuestros sueños. El hambre, la pobreza extrema, el desahucio, la

quiebra, el desempleo, se multiplican sobre la faz de la Tierra. Gigantes financieros se desploman, potencias económicas han entrado en recesión y mercados pujantes empiezan a decrecer con velocidad alarmante. Una y mil veces hemos dicho que Costa Rica no vive en una burbuja: aquello que acontece en el mundo la afecta. Esta crisis internacional significará para nuestra economía una contracción fuerte, que muy probablemente se reflejará en el aumento de la pobreza y del desempleo. Habrá menos turismo y disminuirán las exportaciones y la inversión extranjera directa. Quien en este país no se haya dado cuenta aún de la situación que estamos enfrentando, debe abrir los ojos. Nuestros desafíos son graves y deben ser asumidos con seriedad.

Yo recibí fuertes críticas por hablar de “vacas flacas” en abril del año pasado, cuando todavía la crisis era una nube negra en la línea del horizonte. Muchos me acusaron de pesimista, olvidando que, en ocasiones, un pesimista no es más que un optimista bien informado. Hoy que estamos en el ojo del huracán, es una dicha que en el Gobierno hayamos sabido leer a tiempo la escritura en la pared. Fuimos precavidos sin importar las críticas, y por eso elaboramos un presupuesto destinado a enfrentar la crisis, en el que casi la mitad de los recursos corresponden al gasto social.

Desde el primer día de este Gobierno, hemos tomado previsiones que nos permiten enfrentar nuestras circunstancias actuales con tranquilidad, y con más éxito que la mayoría de los países en vías de desarrollo. Este es el Gobierno que más ha aumentado la inversión social en los últimos 30 años. Podemos enfrentar esta crisis porque existe una política social robusta, aunada a una política fiscal y económica responsable. No hemos tenido que correr a crear mecanismos de asistencia social para las

familias más humildes de Costa Rica. Esos mecanismos operan desde hace muchos meses. No hemos tenido que correr para atraer inversión extranjera, buscar nuevos mercados y generar empleo. Eso lo hemos hecho desde que entramos al Gobierno. No hemos tenido que correr a buscar recursos y poner en regla las finanzas públicas. Eso es algo que hicimos incluso en los días de prosperidad. Ninguna de las medidas que hemos adoptado en los últimos meses se contradice con las políticas establecidas en nuestro Programa de Gobierno, y en nuestro Plan Nacional de Desarrollo. Más bien han sido su complemento necesario.

Algunas de esas medidas son conocidas por todos, y se encuentran ya en proceso de ejecución. Otras, se aplicarán en los próximos días. Hemos venido aquí en un esfuerzo por sistematizarlas y hacerlas accesibles al pueblo de Costa Rica; a anunciar propuestas, pero también a enumerar medidas ya adoptadas y refrescar la memoria. Estoy aquí para detallar el contenido de un plan de protección social y estímulo económico frente a la crisis internacional ¿y qué mejor símbolo de la protección que nuestro escudo nacional, el mismo escudo que resguarda nuestra moneda y la estabilidad de nuestro sistema económico? Es por eso que a partir de hoy conoceremos este conjunto de medidas, y las que adoptaremos en el futuro, como Plan Escudo.

Este plan se fundamenta sobre cuatro pilares, cuatro columnas que representan los destinatarios de las medidas del Gobierno: las familias, los trabajadores, las empresas y el sector financiero. Se divide así por la sencilla razón de que esta crisis nos golpea a todos, pero a cada grupo de manera particular. Algo así como aquella célebre frase de León Tolstoi, al inicio de *Ana Karenina*, que decía que *“todas las familias dichasas se parecen, pero las desdichadas lo*

son cada una a su manera". Sé bien que las medidas de apoyo a un empresario son sustancialmente distintas a las de ayuda a una madre soltera desempleada. La asistencia que requiere un joven a punto de abandonar la universidad, no es igual a la que requiere un pequeño agricultor a punto de perder su cosecha. Cada costarricense debe ser capaz de encontrar en el Gobierno una respuesta real a los problemas que esta crisis le plantea. No podemos hacer milagros, pero con este plan nos comprometemos a hacer todo lo posible.

Para las familias costarricenses impulsamos un grupo de medidas dirigidas a alivianar la carga en sus bolsillos. Gracias a nuestra responsabilidad en el manejo de los recursos públicos, podemos hoy canalizar ayudas que les permitan vivir mejor al final de cada quincena.

A partir del próximo mes, haremos efectivo un nuevo aumento del 15% en las pensiones del régimen no contributivo de la Caja Costarricense de Seguro Social. Éste es el cuarto aumento que impulsamos en el transcurso de esta Administración.

En los próximos días daremos inicio a un proyecto para dotar de alimentación, durante los fines de semana, a los niños y las niñas que acuden a los CEN-CINAI en los 37 cantones de menor desarrollo humano del país. Gracias a una transferencia del IMAS al Ministerio de Salud, estos niños y niñas llevarán cada viernes a sus casas una "lonchera" con comida nutritiva para el fin de semana, que los incluye a ellos y a tres miembros más de su familia. Es un proyecto piloto que dará inicio con más de 16.000 familias, y se irá ampliando paulatinamente a todo el país.

También a partir del próximo mes, ampliaremos los beneficiarios del programa Avancemos. El año pasado, 132.000 jóvenes recibieron becas con este programa, y

17.000 lograron graduarse del colegio. Este año, pretendemos llevar el número de beneficiarios a 150.000.

Como muchos de ustedes saben, a finales del año pasado, y con el apoyo de los diputados y diputadas de la Asamblea Legislativa, aprobamos un proyecto de ley para que el BANHVI perdonara deudas atrasadas a 2.100 familias de escasos recursos, que estuvieron a punto de perder sus hogares. Junto a esto, anunciamos la decisión de incrementar en ¢335 mil el monto máximo del Bono Familiar de Vivienda, llevándolo a más de ¢5 millones. Esta es una medida de justicia, para familias que encuentran en el BANHVI su única oportunidad de construir un hogar.

Para las miles de familias de clase baja y clase media, que contrajeron créditos para financiar sus viviendas y ahora enfrentan serias dificultades para pagar esos préstamos, hemos solicitado a los bancos estatales y al Banco Popular, que consideren realizar una reducción temporal del 2% en la tasa de interés, en todos los préstamos de vivienda menores a los ¢50 millones. Esta medida se aplicará por igual a todos, sin tener que analizar caso por caso, y estará vigente por un periodo de dos años, hasta finales del año 2010. Por su parte, el INFOCOOP se ha comprometido a reducir en un 2.5% las tasas de interés en todos sus préstamos de vivienda. Adicionalmente, los bancos procurarán llegar a arreglos de pago en cada caso particular, incluso cuando los préstamos excedan los ¢50 millones. Los costarricenses somos afortunados en tener una banca del Estado cuya meta principal no es maximizar utilidades, sino servirle al pueblo de Costa Rica. Aprovecho esta oportunidad para instar a los bancos privados a estudiar las posibilidades de aplicar políticas similares, como una muestra de solidaridad.

Para complementar las medidas propuestas en pensiones, comedores escolares, becas y préstamos, le estoy soli-

citando a la ARESEP revisar el procedimiento tarifario, para que la disminución del precio del petróleo se traduzca más rápidamente en una disminución en la tarifa del transporte público.

El segundo pilar del Plan Escudo está dirigido a los trabajadores y trabajadoras costarricenses. Gracias a nuestra capacidad de atraer inversión extranjera e imprimir confianza y dinamismo al sector productivo, en el primer año de esta Administración logramos llevar el desempleo a su nivel más bajo en la historia. Hoy que enfrentamos de nuevo la posibilidad de despidos, no nos quedaremos de brazos cruzados. En los próximos meses nuestra prioridad será, como dijimos en la campaña electoral, el empleo, el empleo y el empleo.

Intentaremos implementar nuevas modalidades de trabajo ante la crisis, dentro de las cuales incluimos la Ley de Protección al Empleo en Momentos de Crisis, el impulso al teletrabajo, y el proyecto de ley para actualizar las jornadas de trabajo excepcionales.

En primera instancia, y gracias al apoyo y el compromiso demostrado por la UCCAEP y a los diputados y diputadas, impulsaremos en la Asamblea Legislativa un proyecto de ley que establece un acuerdo entre patronos y trabajadores por medio del cual, y en vista de la crisis, las empresas se comprometen a reducir el número de horas laboradas por sus empleados, sin reducir el valor de la hora que se le cancela al trabajador, y con la condición de no realizar despidos. Es preferible que, por un corto periodo de tiempo, dos personas realicen la mitad del trabajo y ganen la mitad del salario, a que una de ellas pierda su empleo para siempre. No me cansaré de repetir que es hora de practicar la solidaridad. Una vez más les pido a las empresas que consideren reducir los salarios de sus gerentes y altos ejecutivos, así como las jornadas de sus

empleados, antes de despedir a los trabajadores más humildes.

Al lado de este proyecto de ley, daremos un decidido impulso al teletrabajo en la empresa privada. Esta modalidad laboral ha traído grandes beneficios para el sector público, y se calcula que la Administración se ahorra ¢100 mil mensuales por cada trabajador que se acoge a esta forma de empleo. Las empresas deben considerar reducir costos con este sistema, antes de reducir sus planillas.

En tercer lugar, y como medida a largo plazo, no podemos renunciar a la necesidad de modernizar nuestra legislación laboral, reformando el Código de Trabajo para incluir otros tipos de jornada laboral, como la modalidad de cuatro días a la semana con tres días libres, y la jornada anualizada, en la que se labora menos horas en los días de temporada baja, cumpliendo siempre con el salario mínimo. La introducción de estas modalidades laborales en nuestra legislación tendrá, como lo ha tenido en otros países, un efecto directo sobre la creación de empleo. Este proyecto se encuentra en conocimiento de la Asamblea Legislativa, y merece ser discutido y aprobado. No podemos rechazar *a priori* un debate que otras naciones han resuelto hace ya mucho tiempo.

Aunado a estas tres medidas, y siempre con el interés de preservar los puestos de trabajo, el INA pondrá en marcha un ambicioso programa de becas para capacitar a 5.000 trabajadores de empresas afectadas por la crisis. A empleados en riesgo de ser despedidos, el INA les asignará una beca mensual de ¢200 mil, con la condición de que el patrono cumpla con ofrecer infraestructura para las lecciones, el pago de las cargas sociales y la estabilidad de los empleados que formen parte del programa de capacitación. Así, una empresa que se vería obligada a recortar personal sólo como medida temporal y para enfrentar la

crisis, puede conservar su planilla y al mismo tiempo capacitar a sus empleados en áreas como inglés, computación, y manejo de micro, pequeñas y medianas empresas.

En el Ministerio de Trabajo, y con la colaboración de la Universidad Estatal a Distancia (UNED), el Instituto Nacional de Fomento Cooperativo (INFOCOOP) y el Banco Popular, hemos diseñado un Programa para Jóvenes Empresarios conocido como PROJOVEM, con el cual daremos apoyo económico a los jóvenes que deseen desarrollar proyectos y que requieran de un capital semilla, y por otro lado, brindaremos capacitación empresarial a través de la UNED para que nuestros jóvenes lleguen a ser empresarios y no sólo empleados.

Para los trabajadores que hayan contraído préstamos de estudio, la Comisión Nacional de Préstamos para Educación (CONAPE) se ha comprometido a no aumentar las tasas de interés durante este año. A aquellos trabajadores que están pagando préstamos y pierdan su empleo, se les concederá una amnistía también por un año, para que puedan encontrar un nuevo empleo antes de entrar a proceso de cobro. Y por último, a quienes terminen sus estudios durante el año 2009, momento en el cual deben empezar a pagar sus préstamos, se les concederá un plazo extraordinario de hasta un año para conseguir trabajo y empezar a pagar. Actualmente ese plazo es de dos meses.

En vista de la crisis, este año el sector público reforzará su función empleadora, destinando alrededor del 5% del Producto Interno Bruto a inversión. A través de un fideicomiso, el Ministerio de Educación Pública dará inicio a un programa para invertir más de ¢100 mil millones en infraestructura educativa. Construiremos un total de 100 EBAIS y 9 CEN-CINAI. También construiremos o rehabilitaremos un total de 527 kilómetros de la red vial nacio-

nal. Desde la Costanera Sur hasta la Interamericana Norte, desde la carretera a Santa Ana hasta las terminales del Puerto de Caldera, continuaremos la construcción de obra pública que traerá desarrollo a las comunidades, competitividad a las empresas y empleo a los trabajadores del sector construcción. Muchas de las obras que tenemos planeadas, sin embargo, dependen de la aprobación, en la Asamblea Legislativa, del crédito por \$850 millones tramitado con el Banco Interamericano de Desarrollo. Este préstamo, junto con el de \$500 millones para fortalecer al ICE, y el de \$80 millones para el proyecto Limón-Ciudad Puerto, serán indispensables en este año. Tengo plena confianza en que nuestros diputados y diputadas sabrán anteponer el interés de Costa Rica a cualquier otro interés, y comprenderán que disponer de \$1430 millones para la construcción de obra pública es una oportunidad que no podemos dejar pasar. Cabe recordar que estos préstamos se desembolsarán durante varios años, y que este Gobierno sólo podría ejecutar alrededor del 10% del total.

Ahora bien, tan importante es conseguir los recursos, como asegurarnos de que esos recursos sean ejecutados eficientemente y con celeridad. En esto, algunas municipalidades presentan un rezago considerable. Con absoluto respeto a la autonomía municipal, y en vista de la necesidad de construir obra pública durante este año, el Gobierno ha diseñado un proyecto denominado Brigadas de Apoyo a las Municipalidades, coordinado por MIDEPLAN y el IFAM, para dar apoyo técnico en la ejecución de los recursos en los gobiernos locales.

Sin embargo, y a pesar de estas medidas, es probable que el desempleo aumente en los próximos meses, por mucho que nos esforcemos en evitarlo. Es por eso que estaremos preparados para brindar asistencia a las perso-

nas que queden cesantes. Desde el inicio de esta Administración, dimos a conocer una acción que en aquel entonces no era tan necesaria, pero que hoy resulta crucial. Mediante una reforma reglamentaria, la Caja Costarricense de Seguro Social amplió el plazo de cobertura del Seguro de Salud a aquellas personas que han dejado de laborar, para que durante 6 meses después de abandonar sus empleos, tanto ellos como sus familias continúen cubiertas por el seguro para el cual cotizaron, mientras se ubican en otro puesto de trabajo. Anteriormente, esa medida se extendía a sólo 3 meses.

El tercer pilar del Plan Escudo es el impulso a las empresas que se ubican en nuestro territorio. De ellas, nuestra prioridad serán las micro, pequeñas y medianas empresas, que son las grandes empleadoras de nuestro país, y el motor de desarrollo de nuestras comunidades.

Gracias a la Ley de Banca para el Desarrollo que nuestros diputados y diputadas aprobaron en abril del año pasado, contamos con la institucionalidad necesaria para canalizar recursos a los pequeños productores, afectados por la crisis internacional. Este año dispondremos de recursos por el monto de ¢222.700 millones, que destinaremos a los agricultores, a los artesanos, a los lecheros, a los pulperos, a todos los que habitualmente encuentran dificultades para acceder al crédito en la banca comercial.

También hemos solicitado a los bancos estatales y al Banco Popular, que consideren la readecuación de deudas para las empresas, particularmente las que dependen de créditos pequeños, así como a las cooperativas. Hemos recibido el compromiso de los bancos de reducir las tasas de interés en un 2% para los préstamos destinados a micro, pequeña y mediana empresa. El INFOCOOP también nos ha informado de su decisión de reducir en un 1% la tasa de interés en su cartera de microcrédito. En todos

los demás casos, y a petición del deudor, se realizarán estudios particulares para contemplar la posibilidad de arreglos de pago y reexpresiones de deuda, especialmente para cambiar la deuda de dólares a colones. Nuevamente insto a los bancos privados a seguir el ejemplo.

Además, para asegurarnos de que las empresas cuenten con incentivos para invertir, firmaremos un decreto para establecer una medida temporal durante el año 2009, prorrogable al año 2010, para aplicar una depreciación acelerada de activos.

Para apoyar a las empresas que sirven como proveedores del sector público, la Administración reducirá a 30 días naturales el plazo máximo para cancelar sus facturas, con el interés de que esas empresas puedan recuperar rápido sus inversiones.

Muchos de ustedes ya conocen los detalles del Plan Nacional de Alimentos, pero debe ser mencionado aquí, porque forma parte de la respuesta que el Gobierno ha brindado frente a la crisis. En agosto del año pasado, la Asamblea Legislativa aprobó un presupuesto extraordinario por más de ¢14 mil millones, dirigido al fortalecimiento del sector agrícola.

La inversión extranjera y las exportaciones disminuirán durante este año, pero nos preocuparemos por captar cada dólar disponible. Para lograrlo, sin embargo, es indispensable dar seguridad jurídica al régimen de zonas francas en Costa Rica, que ha jugado un papel protagónico en nuestro desarrollo reciente. El Gobierno trabaja en un proyecto de reforma a la actual Ley de Zonas Francas que nos permita no sólo enfrentar de mejor manera la crisis, sino también cumplir con los compromisos adquiridos con la Organización Mundial del Comercio.

Llegamos así al cuarto pilar del Plan Escudo: el fortalecimiento del sistema financiero nacional. De las medidas

adoptadas en este sentido, la más importante ha sido la capitalización de los bancos del Estado, por \$117,5 millones.

Sin embargo, es claro que la medida de capitalización es limitada y temporal. Para asegurar de manera permanente la suficiencia patrimonial de los bancos del Estado, impulsamos en la Asamblea Legislativa el proyecto de ley sobre deuda subordinada, con el que los bancos públicos adquieren la potestad de emitir este tipo de contratos de crédito, que hasta ahora sólo podían acordar los bancos privados. Confío en que los diputados y diputadas aprobarán esta ley a la mayor brevedad posible.

Como última medida de este plan, hemos tramitado con el Banco Interamericano de Desarrollo un préstamo por \$500 millones, para fortalecer al Banco Central en su capacidad de respaldar a los bancos nacionales. Una vez firmado, lo enviaremos a la Asamblea Legislativa para su pronta aprobación.

Nada en este plan es perfecto. Pero les aseguro que todo es necesario. Las medidas que se encuentran en ejecución han empezado a dar sus frutos, pero debemos actuar rápido para proteger a los sectores de la población más vulnerables.

Hemos sido llamados a lo extraordinario, a vivir a la altura de circunstancias excepcionales. Tenemos que dar la talla. Las discusiones no pueden tomar el tiempo que habitualmente toman. La indecisión no puede ganarle terreno a la necesidad de actuar. Sé que estoy pidiendo mucho de ustedes, de nuestros diputados y diputadas, de nuestros dirigentes políticos y empresariales, de nuestros líderes sociales y ciudadanos. Si lo hago, es porque nuestro tiempo y nuestro país así lo demandan. Nosotros no originamos esta crisis, la originaron los países más poderosos del mundo. Hoy que nos toca lidiar con ella, yo les

aseguro que tenemos todo para superarla. A lo largo de nuestra historia, ninguna prueba ha sido más fuerte que nuestra esperanza, más poderosa que nuestra unión, más tenaz que nuestra voluntad. Los meses por venir serán sin duda difíciles. Nos impondrán sacrificios complejos. Requerirán de nosotros madurez y aceptación. Pero saldremos adelante.

Después de todo, no estamos enfrentando más que dilemas materiales. No es ésta una discusión entre la libertad y la opresión, entre la paz y la guerra, entre la vida y la muerte, entre la bondad y el mal. Es tan sólo una discusión sobre las mejores formas de enfrentar una crisis económica internacional, y evitar que afecte más a quienes menos tienen. En los valores esenciales, en nuestra apuesta por la solidaridad, nos encontramos profundamente unidos. Que esa unidad sea la luz que guíe nuestros pasos en los próximos días, y nos permita abrir surcos de esperanza en medio de este pueblo que se resiste, hoy y siempre, a darse por vencido.

UN FUTURO AÚN MÁS GLORIOSO QUE EL DE NUESTROS ANCESTROS

JORNADA POR COSTA RICA:
DEBATES SOBRE LOS DESAFÍOS DEL DESARROLLO NACIONAL
SAN JOSÉ, COSTA RICA
26 DE AGOSTO DE 2009

“Estoy convencido de que el gran reto costarricense durante la próxima década, será un reto de medios, y no sólo de fines”.

Cruzamos el umbral de este recinto con profunda reverencia por los hombres cuyos retratos pueblan sus paredes. Quizás porque creemos, en los extravíos de la lógica que produce la admiración, que en cierta forma los ex Presidentes nos miran desde sus retablos. Como en aquella narración de Edgar Allan Poe, en que un hombre pinta a su amada al punto de trasladar la vida del rostro al lienzo, así también nosotros percibimos que en estos cuadros hay una presencia y una autoridad que nos conmina a preservar una herencia democrática. Con el respeto con que los orientales visitan el salón de sus ancestros, y les piden luz para iluminar sus problemas presentes, hoy venimos al salón de ex Presidentes de la República, a encender la lámpara de la razón que derrame luz sobre el destino de nuestro pueblo.

Antes de iniciar, debo reconocer que es una buena señal que este debate haya abandonado las aulas de las universidades, para llegar hasta los salones de la Asamblea Legislativa. El Parlamento, que en las democracias constituye el foro por excelencia para discutir sobre los problemas nacionales y las estrategias de desarrollo, no puede relegar esa función en terceras personas. Por muy importantes que sean los informes y análisis que emergen de la academia, y por muy necesarios que sean para obtener una evaluación neutral de la realidad costarricense, no pueden sustituir la apreciación de quienes se encuentran inmersos en el proceso político. En los centros de estudio están los espectadores de la política. En las oficinas del Estado estamos los actores. Y si es importante la opinión desde la gradería, con mayor razón es importante la opinión desde la cancha de juego. Por eso agradezco esta oportunidad y espero que no sea la última.

Me han pedido que me refiera a los desafíos del desarrollo nacional. Me han pedido que señale los derroteros que debe buscar nuestra fragata en sus próximas travesías. No hay tiempo para hablar sobre todos ellos. Es tan vasto el futuro, y tan amplias las necesidades, que no alcanzaría una noche para abarcarlas. En lugar de hablar de los derroteros, quisiera hablar sobre la forma de llegar a ellos. Porque estoy convencido de que el gran reto costarricense durante la próxima década, será un reto de medios, y no sólo de fines.

Los fines resultan evidentes. Debemos invertir más en educación, pero sobre todo debemos invertir mejor en educación, combatiendo la deserción y haciendo especial énfasis en el acceso de nuestros estudiantes a herramientas idiomáticas y tecnológicas. Debemos afinar nuestro sistema de seguridad social, desde la perspectiva de un país cuya pirámide poblacional empieza a invertirse, y que en

poco tiempo tendrá que resolver el problema de la jubilación multitudinaria de buena parte de su actual fuerza laboral. Debemos profundizar nuestra inserción en la economía internacional, abrazando sin ambages una globalización que no tiene sentido combatir y en la que, por el contrario, descansan infinitas oportunidades para que un país como el nuestro pueda generar empleo y reducir la pobreza. Debemos aumentar nuestro impulso a la ciencia, a la tecnología y a la investigación, porque el futuro será de los países que sepan innovar y crear.

Debemos mejorar nuestra infraestructura y potenciar nuestra competitividad, permitiendo a nuestro micro, pequeños y medianos empresarios realizar encadenamientos productivos con las grandes empresas nacionales y transnacionales. Debemos encontrar nuevas formas de forjar alianzas público-privadas en beneficio del desarrollo. Debemos dar al arte, a la cultura y a la recreación el espacio que merecen en la construcción de una sociedad libre, sana, tolerante y creativa. Debemos combatir la inseguridad ciudadana, y con ella la drogadicción, comprendiendo que se trata de un problema mucho más complejo que lo que pretenden retratar quienes abogan por fórmulas mágicas de “mano dura” y “cero tolerancia”.

Debemos continuar por la senda de la protección ambiental, el manejo de los desechos, la generación de energía renovable y la reducción de las emisiones de carbono y de otros gases de efecto invernadero, y debemos hacerlo sin permitir que tintes ideológicos primen sobre el pragmatismo en la búsqueda de nuestros objetivos. Debemos mantener la dignidad de nuestra política exterior, y preservar nuestra larga tradición a favor de la paz y los derechos humanos en el concierto internacional. Y finalmente, para financiar todo esto, es obvio que debemos realizar una reforma tributaria, porque no podemos

pretender alcanzar los índices de los países desarrollados pagando impuestos de países pobres.

Con muy pocas excepciones, estamos de acuerdo sobre estos fines. El debate, como dije, es de medios. Se trata de cómo puede hacer un Gobierno, cualquier Gobierno, para realizar esas promesas. Cómo puede hacer un Presidente, cualquier Presidente, para cumplir con el programa que propuso al pueblo en su campaña. Y este no es un tema menor. El destino es esencial, pero también el camino. Si el camino es intransitable, poco importa adónde vayan nuestros pasos: no lograremos avanzar.

Esta noche quiero mencionar algunos aspectos de nuestra dinámica político-jurídica que, en mi experiencia, dificultan severamente la capacidad de nuestro país de avanzar en su camino y alcanzar las metas que se ha propuesto. A grandes rasgos, se trata de reconocer que nuestro Estado se ha convertido en un Estado que privilegia el control sobre la ejecución, en donde los actores políticos son observados con suspicacia y hay un relevo del poder hacia lo supuestamente técnico. El nuestro es un país en donde es más fácil decir no, que decir sí, y en donde no existen consecuencias para quien obstaculiza, pero sí para quien lleva a cabo las obras de Gobierno. Nuestro *leit motiv*, contrario al del Presidente Barack Obama, es “no, we can’t”, o en argot burocrático costarricense: “*ah no, eso no se puede*”.

Aunado a lo anterior, hemos expandido exponencialmente las libertades, sin comprender que con los derechos vienen siempre las obligaciones. Como resultado, pocos en Costa Rica se hacen responsables por sus actos. Y sobre todo, hemos permitido que nuestra discusión política se convierta en una campaña electoral permanente. Tal parece que en el contexto costarricense actual, el sufragio no resuelve la cuestión del tipo de desarrollo que

se perseguirá durante los próximos cuatro años. Por el contrario, el Poder Ejecutivo debe seguir luchando todos los días por lograr cumplir su Programa de Gobierno, frente a personas cuya ideología no venció en las elecciones, y quieren imponerla después, por otras vías, durante el periodo gubernamental.

Muchas veces he dicho que es el colmo de la locura que algunas personas le pidan al gobernante que no haga lo que prometió, en lugar de exigirle que cumpla su palabra. Y para muestra dos botones de los últimos años: yo llegué al poder habiendo prometido la aprobación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana (TLC) y la apertura de los monopolios estatales, y no lo pude lograr en este Congreso, sino que tuve que acudir a un referéndum. Prometí, también, una reforma tributaria, que nos permitiera incrementar los ingresos del Gobierno en al menos un 3% del Producto Interno Bruto. Y sin embargo, un partido aquí representado me advirtió que ni siquiera lo intentara porque, al igual que hicieron con don Abel Pacheco, no iban a permitir la aprobación de nuevos impuestos, aprovechándose de las desmedidas potestades que confiere el Reglamento Legislativo a las minorías parlamentarias.

Me dirán que ésta es una visión muy dramática de la realidad. Después de todo, este Gobierno ha llevado a cabo obras cruciales, largamente pospuestas por nuestro país. Ese no es el punto. El punto es cuánto hubiéramos podido hacer en otras circunstancias. Y el punto es, además, cuánto podrán hacer los gobiernos que han de venir después de nosotros. Porque aquí podemos hablar maravillas de los vergeles que nos esperan si tomamos ciertas decisiones políticas. Podemos emitir recomendaciones para quienes ocupen la Presidencia de la República durante los próximos años. Pero el reto fundamental será

lograr que esas personas puedan ejecutar esas decisiones políticas.

Nada de esto lo digo por interés personal. En pocos meses, estaré descansando en mi casa, entre mis libros y mi música, y seré, como cualquier otro, un espectador más del proceso político costarricense. No busco mayor poder para mí. Pero sí busco mayor poder para quien me suceda, no importa su partido político o su ideología. Porque soy un demócrata por convicción, y creo que lo que el pueblo decide en las urnas debe ser realizado en la práctica. Y tal y como están las cosas, eso es muy difícil.

Cuando digo que el Estado se ha convertido en un Estado que privilegia el control sobre la ejecución, no quiero implicar que el control es innecesario. En una democracia el poder sólo es legítimo si es limitado. Pero el control es poder, y debe ser, a su vez, restringido. Esta pregunta es tan antigua como el surgimiento de la democracia, y la discutió Platón en *La República*. La idea se resume en la frase del poeta latino Juvenal, que se preguntaba célebremente “*¿quis custodiet ipsos custodes?*”, “*¿quién custodia a los custodiadores?*” o “*¿quién controla a los contralores?*”. La respuesta la brindó Platón hace 2.400 años: se custodian a sí mismos.

Esta noche quiero preguntarles si efectivamente las instancias de control en Costa Rica se custodian a sí mismas, si hay verdadero autocontrol en el comportamiento de la Contraloría General de la República, de la Procuraduría General de la República, de la Defensoría de los Habitantes, de la Sala Constitucional y del control político en la Asamblea Legislativa; o sí, por el contrario, se han excedido en sus funciones, aún actuando de buena fe.

Somos, por ejemplo, uno de los pocos países del mundo que continúan fortaleciendo el control previo externo. No lo digo yo, lo dice la misma Contraloría

General de la República, en su más reciente Memoria Anual. Cito textualmente: *“basta con hacer una breve revisión de Derecho comparado para concluir, sin mayor dificultad, que la corriente dominante es concentrar los esfuerzos de las entidades de fiscalización superior, en el control posterior y no en el control previo... Muy pocas entidades de fiscalización superior siguen realizando fiscalizaciones a priori”*. Y sin embargo, nosotros hacemos pasar todos nuestros contratos, por menores que sean, todos nuestros carteles de licitación, por la aprobación previa de la Contraloría. Tan sólo el año pasado, la Contraloría refrendó un total de 1360 contratos, y aprobó un total de 640 solicitudes de contratación directa. No podemos construir una carretera, una escuela o una clínica sin pasar por un proceso largo y engorroso, que emplea muchísimos recursos. Y mientras nosotros invertimos meses, y hasta años, afinando los detalles y buscando el beneplácito de un ente contralor, las demás naciones ejecutan sus proyectos y luego rinden cuentas sobre ellos.

El argumento de quienes defienden a ultranza el control a priori es algo sencillo: afirman que el control posterior llega demasiado tarde en caso de que haya irregularidades. Desconfían de los actores políticos y por eso quieren amarrarlos. Pero ningún país puede operar de esta manera. Para bien o para mal, la urgencia de nuestros problemas nos obliga a elegir a las personas más calificadas, confiando en su honestidad y en su idoneidad, y esperar que sepan hacer su labor de la mejor manera posible. Si cometen un error o un abuso, entonces pagarán las consecuencias. Pero no podemos gastarnos ideando un sistema que les impida equivocarse. Eso sí es una utopía sin sentido.

Ahora bien, este fenómeno se ve alimentado por un problema que es de naturaleza eminentemente política: es muy difícil argumentar en contra del control, porque rápi-

damente se le tacha a cualquiera de corrupto. Se preguntan por qué motivo oculto o conspiratorio alguien podría querer menos supervisión. Y en lugar de reformar nuestro sistema, adherimos leyes anti corrupción coyunturales y precipitadas, que no hacen sino agravar el problema.

Y si esto es cierto para la ejecución de políticas públicas que pasan por la aprobación de la Contraloría, es aún más cierto para la aprobación de leyes que pasan por la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia. Todos nos sentimos orgullosos de nuestra jurisdicción constitucional, creada al final de mi primera Administración, y del desarrollo que ha permitido en materia de libertades. Pero la Sala ha demostrado muy poco autocontrol desde su fundación, y sobre todo durante los últimos años. Una reciente tesis de grado de Licenciatura en Derecho demostraba este fenómeno, comparando el número de resoluciones adoptadas por la Sala Cuarta, con las adoptadas por la Corte Federal Constitucional de Alemania y el Tribunal Constitucional de Colombia, dos de los tribunales constitucionales más activos del mundo. En términos absolutos, nuestra Sala Constitucional resuelve miles de casos más cada año, pero en términos relativos, una vez que se contempla la diferencia en población, las cifras son alarmantes. Por cada 100,000 habitantes, el número de casos resueltos por nuestra Sala Constitucional en relación con la Corte Federal alemana, durante los últimos años, es de 41 casos a 1, y con el tribunal colombiano es de 114 a 1. Desde cualquier punto de vista, esto es excesivo, y nos ayuda a entender por qué un solo ciudadano puede frenar la concesión de un nuevo puerto granelero, la construcción de un estadio o la adjudicación de una moderna línea de autobuses, sin costo alguno.

En parte los ciudadanos somos culpables de este problema. Después de todo, somos nosotros los que presen-

tamos casi 20.000 asuntos anuales para el conocimiento de la Sala. Y son culpables también los diputados y diputadas de esta Asamblea Legislativa, que mediante consultas facultativas retrasan constantemente la aprobación de leyes. Ningún Gobierno, ni ningún Congreso, va a poder avanzar tal y como están las cosas. Varios analistas coinciden, entre ellos algunos del Programa Estado de la Nación, en que la Sala Constitucional es el ente público más poderoso dentro de la organización del Estado costarricense. Y ello no sería preocupante de no ser porque la Sala Constitucional no construye casas, ni carreteras ni puentes; no educa a nuestros niños ni provee empleo a nuestros jóvenes; no atiende a enfermos ni a adultos mayores, ni fomenta la producción nacional. Sencillamente controla, y el control no facilita la vida de los costarricenses. Es evidente que urge reformar nuestra legislación de jurisdicción constitucional, para limitar responsablemente las potestades de la Sala.

Estos fenómenos se repiten, aunque en menor medida, con las demás instancias de control en el país. Hay muchas puertas que tocar para ejecutar cualquier acción y demasiadas personas con poder de vetarla, aún y cuando esa acción esté conforme con el Programa de Gobierno y con el Plan Nacional de Desarrollo. Muchas veces, se trata simplemente de funcionarios que por razones ideológicas aspiran a impedir que ciertas políticas se ejecuten. Y entonces tenemos toda una fauna y flora de criterios supuestamente técnicos y definitivamente contradictorios, que permiten que cualquiera pueda encontrar argumentos para apoyar u objetar un proyecto particular. Informes de la Procuraduría, de la Defensoría, del Departamento de Servicios Técnicos de la Asamblea Legislativa y de numerosas oficinas legales de Ministerios, que aunque no son vinculantes, alimentan una constante

lucha partidaria, en que uno se desgasta intentando hacer prevalecer las prioridades que el mismo pueblo estableció mediante el sufragio. Y en ningún caso fue esto más evidente que en la tramitación de la agenda de implementación del TLC, en donde, a pesar del resultado del referéndum, algunas oficinas públicas boicotearon persistentemente su implementación.

A este exceso de control se suma un Gobierno debilitado por diversas razones. Una de ellas, es un asunto de recursos humanos. Es muy difícil convocar a gente competente, que quiera venir a trabajar al Gobierno por salarios bajos, y exponiéndose a ataques personales y a acusaciones irresponsables. Ustedes fueron testigos del proceso de selección de Ministros y Ministras para esta Administración. No es un proceso sencillo. Se ofrece muy poco, quizás tan solo la satisfacción personal del servicio público, a cambio de muchos problemas. Incluso otras instancias del sector público ofrecen mejores condiciones. Para ponerles un ejemplo, un asesor de la Presidencia de la República gana una tercera parte de lo que gana un asesor de la Presidencia de la Caja Costarricense de Seguro Social, y casi una sexta parte de lo que gana un asesor de la Presidencia del Banco Central de Costa Rica. Y su trabajo, sin embargo, conlleva igual o mayor responsabilidad y exposición al escrutinio público, si no a la persecución.

Nuestros funcionarios públicos viven atemorizados ante la posibilidad de que alguien los denuncie penalmente, sin pruebas; o emplee mecanismos legales para solucionar *vendettas* personales, como denuncias ante la Procuraduría de la Ética Pública, ante la Contraloría o ante los numerosos tribunales de ética que dominan nuestro escenario político. Y ese mismo temor es el que alimenta la actitud de los famosos “mandos medios” de la

Administración Pública, que prefieren decir siempre que no, a correr el riesgo de decir que sí a un proyecto estatal. Prefieren que el proyecto no se ejecute, o que la cuestión la decidan instancias en teoría técnicas, como la Contraloría o la Sala Constitucional, a defender sus posiciones frente a los ataques de la oposición y de la prensa.

Y menciono aquí a la prensa porque creo que ella juega un papel fundamental en promover o impedir que ciertos objetivos públicos sean alcanzados. Antes que nada, quiero expresar mi absoluta convicción en que una prensa libre y pluralista, es condición esencial para la existencia y permanencia de una democracia. Se tiñen de vergüenza los gobiernos que, movidos por su ideología o por su temor, clausuran medios de comunicación y prohíben la formación de nuevos espacios periodísticos. Me siento orgulloso de vivir en un país en donde la prensa es absolutamente libre, en donde cualquier periodista puede cuestionar al Gobierno y en donde los ciudadanos pueden escoger entre innumerables fuentes de información.

Ahora bien, también creo que para que la democracia realice su verdadero potencial para la construcción de sociedades más libres y más desarrolladas, no sólo se requiere de una prensa libre, sino también de una prensa clara de su papel en la sociedad, y sobre todo responsable.

Existe una inclinación por parte de algunos medios de comunicación a considerar sus opiniones y recomendaciones, como imperativos ineludibles para la Administración. Yo lo viví particularmente en mi primer mandato como Presidente de la República, en que la mayoría de la prensa objetaba la búsqueda de una solución pacífica a la guerra en Centroamérica. Recibimos editoriales adversos, acusaciones de ser lacayos de los Estados Unidos, acusaciones de ser lacayos de la Unión Soviética, y otro sinfín de apelativos. Yo escuché las opi-

niones de todos, pero al final decidí con base en lo que creía correcto. Y la verdad es que no hay otra forma de gobernar. Uno escucha todas las opiniones, en particular las opiniones de los mejores, pero acaba por decidir conforme con lo que cree que le conviene a Costa Rica. Quien ejerce la Presidencia de la República, o aspire a ejercerla, deberá entender esto si desea darle estabilidad y coherencia a su Gobierno. Deberá sostenerse firme en sus convicciones y en sus ideales, no importa cuán fuerte sea la presión para que las abandone. Ésa es la soledad del poder. En una democracia la prensa nunca se someterá al Gobierno, ni tiene por qué hacerlo. El Gobierno tampoco debe someterse a la prensa. Si lo hace, es menos democrático, es menos libre y es menos Gobierno.

¿Por qué es esto importante de cara a los desafíos del desarrollo nacional? Porque debemos entender que también los medios de comunicación, como contralores, están sujetos a límites. Deben entender que con sus potestades, viene también su responsabilidad. Viene la responsabilidad de ser firmes, pero mesurados en la crítica del sistema político; la responsabilidad de denunciar la corrupción, pero haciendo siempre la distinción entre el funcionario que ocupa transitoriamente un cargo, y la institución que permanece en el tiempo; la responsabilidad de no sólo criticar lo malo, sino también reconocer lo bueno; la responsabilidad de no sólo destruir las malas prácticas políticas, sino también de estimular las buenas prácticas cívicas.

Todas las instancias de control, públicas y privadas, deben entender su papel dentro de un guión con muchos otros protagonistas, su lugar dentro de un engranaje superior. La vigilancia es una función más dentro de las funciones públicas. Es una función importante, pero no es la única ni es la principal. Un Estado esclerótico, hiper-

trofiado e incapaz de ejecutar sus decisiones, vulnera tanto el interés público como un Estado que abusa de su poder. En la medida en que sigamos siendo un país de contralores y no de emprendedores, veo muy difícil que alcancemos nuestras metas, sean las que sean.

Reformar este panorama será el gran reto costarricense en los próximos años. Anticipo desde ya que será una discusión muy compleja. Si la hemos de abordar, debemos entender que no se trata de quién ocupe la Presidencia de la República, sino de qué puede hacer el Presidente para llevar a cabo las acciones contenidas en su Programa de Gobierno. Todos los partidos políticos, y todas las fuerzas de la sociedad, no importan su color o su ideología, deberían estar a favor de pensar sobre esto. Las posibles soluciones son muchas, algunas mejores que otras. Personalmente, creo que pasan por convocar a una Asamblea Nacional Constituyente. No podemos darnos el lujo de seguir debatiendo sin descanso sobre las reformas que nuestro país necesita. A estas jornadas de discusión las anteceden una serie de esfuerzos monumentales sumamente costosos de administraciones anteriores, que no fructificaron en su intento por hacer los cambios legales y el reordenamiento institucional que necesitamos, en parte porque los mismos cambios tienen que pasar por los controles mencionados. Creo que una Asamblea Nacional Constituyente sería el espacio de discusión política más propicio, y ciertamente el más democrático, para abordar estos temas y sentar las bases que nos permitan construir un mejor país para nuestros hijos y nuestros nietos.

Muchos de los hombres cuyos retratos cuelgan en las paredes de este salón, tomaron decisiones muy complejas. Decisiones que le merecieron a Costa Rica su independencia y su libertad. Que redimieron a este pueblo bendito de las sombras de la guerra y de la injusticia. Que sen-

taron las bases de todos los procesos de desarrollo que hasta la fecha hemos puesto en marcha. Hoy nos miran los ojos del hombre que aún vistiendo condecoraciones de guerra sobre su casaca militar, decretó la abolición de la pena de muerte; del que hizo una de las reformas tributarias más visionarias de la época, con la que por primera vez los ricos pagaron como ricos y los pobres como pobres; del que fundó un sistema de seguridad social que es modelo en el continente y en el mundo; del que comprendió que el mayor freno al progreso moral, social y económico de los pueblos eran las fuerzas armadas, y tuvo la valentía de abolirlas; y los ojos de muchos otros ex Presidentes que diseñaron este país con sus ideas y lo levantaron con sus manos. Preservar esa herencia y perfeccionarla es nuestro mandato más sagrado, y nuestra tarea más urgente.

Confío en que aún estamos a tiempo de hacerlo. Confío en que la Arcadia de nuestros sueños está esperando nuestro arribo. Confío en que sabremos ser protagonistas y no sólo espectadores de nuestro destino. Confío en que en una próxima década de progreso, podremos resumir los casi 200 años de vida independiente, y los 120 años de democracia que representan estos retratos. Poder decir, en el año 2012, que financiamos en su totalidad al Estado con una reforma tributaria; en el año 2014, que realizamos la gran transformación política que deseábamos; en el año 2016, que somos el país más avanzado tecnológicamente de la región; en el año 2018, que llegamos a los primeros lugares del mundo en los índices de competitividad global y de desarrollo humano; y en el año 2021, en el Bicentenario de nuestra Independencia, que nos convertimos en el primer país desarrollado de América Latina y en un país neutral en emisiones de carbono.

Confío en que tendremos la osadía de construir un futuro aún más glorioso que el que previeron nuestros ancestros. No será sencillo. Tendremos que ser tolerantes. Tendremos que formar alianzas. Tendremos que tener el valor para coincidir. Pero sé que podremos hacerlo. Citando a Neruda les digo que “*solo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres*”.

SERVIRLE A ESTE PUEBLO HA SIDO EL MAYOR HONOR DE MI VIDA

INFORME DE LABORES
ASAMBLEA LEGISLATIVA, SAN JOSÉ
1 DE MAYO DE 2010

“Costa Rica es algo más que un pedazo de suelo en el centro de América: es una idea, es un sueño, es la utopía de una segunda oportunidad sobre la Tierra; una oportunidad para que los seres humanos destierren los fantasmas del odio y de la guerra, para que escojan la vida por sobre cualquier amenaza, y se atrevan, finalmente, a construir la felicidad”

Por última vez, acudo a este altar democrático a entregar la ofrenda de la política. Mi voz es un cesto colmado de frutos maduros, que hoy deposito con humildad a los pies del pueblo costarricense. Llegada la hora de la cosecha, vengo ante ustedes con promesas convertidas en obras y palabras trocadas en alegrías.

Fue sabio el Constituyente al disponer que este mensaje sea pronunciado por un Presidente a pocos días de abandonar el poder, frente a un Parlamento a pocas horas de haberlo asumido. De esta manera, las lecciones aprendidas no mueren en los polvorosos senderos del olvido, sino que renacen bajo la custodia de quienes habrán de

regir los destinos de nuestra nación. Este acto es una clavija entre los eslabones del tiempo; un empalme entre los vagones del pasado y el futuro de Costa Rica. Desde este grial de la democracia, en que coincidimos los que fuimos y los que serán, los saludo con el corazón agradecido, y les doy la bienvenida a la sublime tarea de servir a los demás, una tarea que esconde cardos y espinas, pero que produce mayor satisfacción que ninguna otra labor en la vida.

Hoy hago entrega de una Costa Rica distinta a la de hace cuatro años: una Costa Rica que ha recuperado el rumbo y la ruta; una Costa Rica que abandonó la madriguera del temor y de la apatía, para navegar en el mar abierto de la esperanza. Hago entrega de una Costa Rica que renunció a ser espectadora de su devenir histórico, que trazó los derroteros de su travesía y dejó de posponer indefinidamente el momento de su alborada. Hago entrega de una Costa Rica que despertó a la luz de un nuevo día.

Cuatro años es poco tiempo para hacer transformaciones profundas, pero fue suficiente para lograr el cambio más urgente que necesitaba Costa Rica: un cambio de actitud. Ni el abandono de la infraestructura, ni la indecisión en torno a la apertura comercial, ni la sujeción a monopolios públicos obsoletos, ni la falta de planificación nacional, ni la incongruencia de la política exterior, ni el desconcierto en la ayuda social, ninguno de estos retos era más acuciante cuando llegamos al poder, que el amargo derrotismo que se había apoderado de la población costarricense. No hay visión más triste que la de un pueblo que pierde la fe. Ninguna política puede germinar en un terreno que no recibe el abono de los sueños. Es por eso que el retorno de la confianza es el principal fruto que hoy ofrendo.

Los costarricenses han vuelto a creer en la política; han vuelto a creer que el Estado es un aliado, y no sólo un gen-

darme, en la marcha hacia un futuro más digno para todos; han vuelto a creer que es posible generar, desde la función pública, las condiciones propicias para atravesar las puertas del desarrollo; han vuelto a creer que este país no necesita favores, sino tan sólo una oportunidad para explotar su inmenso potencial. Han vuelto a creer y eso es producto de la coherencia entre las obras de Gobierno y las promesas de campaña.

No llegamos al poder a improvisar, sino a cumplir un mandato nacido del voto de la mayoría. Como demócratas, pusimos el Programa de Gobierno en la base de un Plan Nacional de Desarrollo, que devolvió el pensamiento estratégico a nuestra política pública, y cristalizó la voluntad expresada por el pueblo en las urnas. Hoy entrego los frutos de cada uno de los ejes de ese plan: del eje de Política Social; del eje de Política Productiva; del eje de Política Ambiental, Energética y de Telecomunicaciones; del eje de Reforma Institucional, y del eje de Política Exterior. Estoy consciente de que todo resumen es también una omisión, y que la obra de estos cuatro años es mucho más vasta de lo que soy capaz de enumerar. Pero también creo que un buen Gobierno se describe con pocas palabras.

Entrego esta noche los frutos del eje de Política Social, la columna vertebral de esta Administración y el orgullo de todos los que creemos que la justicia no se predica, sino que se practica. Es muy fácil hacer discursos sobre la solidaridad. Es muy fácil ondear la bandera de la conciencia social, y etiquetar a los demás con epítetos que van desde lo anecdótico hasta lo ofensivo. Lo que es difícil es construir oportunidades concretas para las personas que más lo necesitan. Lo que es difícil es diseñar mecanismos viables para elevar las condiciones de vida de cientos de miles de seres humanos. Eso es hacer política pública. Lo demás, es hacer proclamas vacías.

No soy yo quien dice que la prioridad de este Gobierno ha sido ayudar a las personas más pobres de nuestra sociedad. Lo dice el Presupuesto de la República. Lo dice cada uno de los programas que mantuvimos, aún en medio de una devastadora crisis económica internacional. Nunca en la historia de Costa Rica, un Gobierno había dedicado tantos recursos a las políticas sociales. Aquellos que se apresuraron a tacharnos de neoliberales, harían bien en investigar cuál Gobierno neoliberal en el mundo destina la mitad de su presupuesto al gasto social. Porque, a la hora de la verdad, fuimos nosotros quienes estuvimos al lado de los más humildes y de los más vulnerables.

Este Gobierno rompió los diques de muchos años de pobreza estancada. A la mitad de nuestro mandato, logramos una disminución en la cifra de pobreza de 3,5 puntos porcentuales. La crisis económica revirtió parte del avance que habíamos realizado, y nos obligó a hacer esfuerzos colosales para evitar un deterioro social como el que sufrieron otros países en América Latina y el mundo. Hoy puedo decir, con orgullo, que las medidas contenidas en el Plan Escudo evitaron que la pobreza aumentara en 3 puntos más de lo que aumentó en el último año. Con todo y la crisis internacional, hoy entrego un país que ha reducido en 1,7 puntos el porcentaje de personas que viven bajo la línea de pobreza.

Esta reducción es consecuencia de una sumatoria de factores. Es consecuencia de que casi 166 mil jóvenes costarricenses disfruten hoy de una beca del programa Avancemos. Es consecuencia de que más de 90 mil personas reciban una pensión del Régimen No Contributivo de la Caja Costarricense de Seguro Social, cuyo monto es cuatro veces mayor que al inicio de esta Administración. Es consecuencia de que la mitad de las personas que habitaban en tugurios en Costa Rica, más de 19 mil familias,

hayan recibido atención a través de bonos de vivienda o de la innovadora herramienta de los bonos comunales.

Todos estos son logros tangibles e inmediatos en la lucha contra la pobreza, pero ninguno es más importante, a largo plazo, que los avances que hemos alcanzado en materia educativa: la sostenida reducción de la deserción escolar y colegial es la mejor noticia para las generaciones del día de mañana. Gracias a la combinación de ayudas monetarias y cambios en los términos de evaluación, promoción y repitencia, hemos logrado elevar la cobertura bruta de la educación secundaria diversificada, de un 66% en el año 2006, a un 77% en el año 2009. El porcentaje de jóvenes que “estudian y no trabajan” aumentó 10 puntos porcentuales en el curso de esta Administración, permitiendo que miles de estudiantes se dediquen exclusivamente a aprender.

En estos cuatro años, logramos dignificar la labor docente, aumentando los salarios de nuestros maestros y profesores, hasta llevarlos, en algunos casos, al doble de lo que eran en el año 2006. Hemos mejorado el sistema de capacitación docente y hemos triplicado la inversión en infraestructura educativa, porque sabemos que llevar a nuestros estudiantes a las aulas es sólo parte del problema. Si nuestros jóvenes no aprenden ahí las herramientas necesarias para desenvolverse en el mundo, si no cuentan con las condiciones aptas para desarrollar plenamente su potencial, entonces hacerlos pasar por la educación secundaria no es más que un requisito formal. De ahí la importancia de los cambios que hemos introducido en materia de pensamiento lógico, educación cívica y computación, y de los avances que hemos realizado a través de la iniciativa Costa Rica Multilingüe, que hoy nos ubica en la vanguardia de la enseñanza de idiomas en Latinoamérica.

Fuimos el primer Gobierno en la historia en cumplir con el mandato constitucional de destinar el 6% del Producto Interno Bruto a la educación pública, desde el principio de esta Administración. Este año, destinaremos el 7,2%. Menoscar la labor realizada, en nombre de una reforma constitucional imposible de alcanzar sin la aprobación de nuevos impuestos, no es más que demagogia y estrechez de miras. A estas alturas, nuestro país debería saber que el progreso no se alcanza con promesas lanzadas al viento ni con pactos de caballeros, sino con trigo en los graneros y pan sobre la mesa. Este Gobierno tuvo muy claro que lo perfecto es enemigo de lo posible, y por eso hemos cosechado resultados y no sólo buenas intenciones.

También ha sido pródiga la faena en el campo de la salud, en el que logramos récords en los índices de mortalidad infantil, mortalidad materna y esperanza de vida. Disminuimos la incidencia de enfermedades como el dengue y la malaria. Reforzamos la medicina preventiva, a través de ejemplares campañas de vacunación. Modernizamos la institucionalidad que rige el sistema de salud. Realizamos un manejo integral de los desechos sólidos, entre otras cosas, clausurando Río Azul, en el proyecto de reconversión ambiental más exitoso de América Latina en los últimos años. Recuperamos la construcción de alcantarillados y alcanzamos un nivel histórico en la cobertura y en la calidad del agua para consumo humano. Resucitamos los Juegos Nacionales, presentamos un proyecto de ley para crear el Ministerio del Deporte, iniciamos la construcción del Parque de la Libertad y del Parque del Bicentenario, y gracias a la generosidad del pueblo chino, en pocos meses contaremos con el nuevo Estadio Nacional, el mejor de toda la región centroamericana.

Además, construimos, ampliamos o remodelamos casi un centenar de CEN-CINAIAS. Construimos el nuevo

Hospital de Heredia y el nuevo Hospital de Osa. Ampliamos sustancialmente el Hospital de las Mujeres y construimos un “Hospital del Día” en el Hospital Blanco Cervantes. Entregamos a las comunidades casi 100 nuevos EBAIS. Y todo esto fue posible, en gran medida, gracias a que nos comprometimos a cancelar el monto de ¢185 mil millones, que el Estado le adeudaba a la Caja Costarricense de Seguro Social. Al día de hoy, hemos pagado más de la mitad de esa deuda histórica, y hemos previsto un sistema de pagos anuales, para cancelar el monto total en el transcurso de los próximos años.

La Costa Rica que hoy entregamos es una Costa Rica más sana, y es también una Costa Rica más capaz de luchar con el creciente desafío de la inseguridad. Excedimos nuestro compromiso de campaña y hoy más de 4.500 nuevos oficiales protegen la vida y la integridad de nuestros ciudadanos. Aumentamos el presupuesto del Ministerio de Seguridad en un 165% y fortalecimos a la Fuerza Pública con salarios competitivos, mejor infraestructura, equipo moderno y una nueva flota vehicular. Desarticulamos peligrosas narcobandas y decomisamos más de 100 toneladas de cocaína. Impulsamos una reforma legal integral para combatir el terrorismo y la delincuencia organizada, y para proteger a las víctimas y los testigos del proceso judicial. Dimos una lucha sin cuartel contra la corrupción a lo interno de la policía y recuperamos la confianza de los costarricenses en la Fuerza Pública, con una presencia mucho mayor en los barrios y en las ciudades. Además, hoy contamos con tribunales especializados que condenan sin dilaciones a los delincuentes detenidos en flagrancia.

Combatir la inseguridad ciudadana no es tarea rápida ni sencilla. Es una labor asediada en cada flanco por el populismo, que siempre ve en el temor una oportunidad

para el rédito político. Este Gobierno resistió las voces de quienes le pedían mano dura. En lugar de promover una cultura de odio y de venganza, promovimos desde el principio una cultura de paz, y por eso rebautizamos al Ministerio de Justicia para llamarlo Ministerio de Justicia y Paz. Estoy convencido de que hemos sentado las bases para una Costa Rica más segura y más tranquila, y que los próximos años demostrarán que fuimos sabios al no sacrificar, en la pira de la urgencia, los valores más sagrados de nuestra democracia.

Al final del camino, la verdadera lucha por la seguridad es la lucha que se libra contra la pobreza, contra la exclusión, contra el cinismo y la frustración. La criminalidad en Costa Rica no será derrotada a golpe de macana, sino con la paciente construcción de un país capaz de brindar a cada individuo la oportunidad de realizarse en libertad. He mencionado ya los logros sociales que hacen posible esa realización, pero me falta uno particular: el logro de un país inundado de arte y de cultura.

Este Gobierno liberó las musas y apaciguó la sed del alma. Hoy contamos con 32 Escuelas de Música que le enseñan a casi 7.000 alumnos a sostener el arco de un violín, en lugar del cañón de un arma; a levantar la voz para cantar, y no para gritar; a seguir las instrucciones del director de una orquesta, y no del líder de una banda criminal. Nos hemos dedicado al rescate y a la construcción de infraestructura cultural en las diferentes provincias, y a pocos metros de aquí, puede verse el producto de ese esfuerzo, en el nuevo Centro para las Artes y la Tecnología La Aduana. El Festival Internacional de las Artes, los diversos festivales celebrados en las provincias costeras, los conciertos de las orquestas juveniles, el Teatro al Mediodía, han vestido de fiesta a Costa Rica.

La inversión que hemos realizado en la lucha contra la pobreza, en educación, en salud, en seguridad, en cultura, ha significado un esfuerzo fiscal considerable. Para enfrentar la mayor crisis de los últimos ochenta años, la receta que recomendaron los expertos y los organismos internacionales fue gastar más, todo lo contrario de lo que se hizo en la Gran Depresión del año 1929. Eso fue lo que hizo este Gobierno. Esta noche quiero garantizarles que gastamos con consciencia y con inteligencia. Heredamos a la próxima Administración un déficit fiscal menor al 5% del Producto Interno Bruto, menos de la mitad del déficit fiscal de Estados Unidos y una tercera parte del que posee el Reino Unido. Heredamos una hacienda pública saludable, pero, sobre todo, heredamos una sociedad mucho más capaz de producir riqueza en los próximos años.

De nada le sirve a un país guardar dinero, mientras sus jóvenes abandonan las aulas, mientras sus niños carecen de la alimentación necesaria, mientras sus familias se desintegran en los tugurios y las barriadas, y engrosan las filas de la criminalidad. De nada le sirve a un país ahorrar en los elementos determinantes de su competitividad. Esta noche les digo, con toda certeza, que la deserción escolar, la desnutrición infantil, la enfermedad de nuestra fuerza laboral, la inseguridad ciudadana, el rezago en la construcción de obra pública, son quebraderos de cabeza mucho peores que un déficit fiscal controlado y menor del que tienen los países desarrollados.

Hemos gastado responsablemente y logramos combinar, junto con nuestra política social, un impulso decisivo a la producción nacional. El segundo eje cuyos frutos hoy presento ante el pueblo de Costa Rica, es el eje de Política Productiva.

Más allá de las obras visibles que hemos cosechado en esta área, creo que el logro principal de nuestra economía

durante estos cuatro años, fue el haber enfrentado con éxito las consecuencias de la crisis internacional. En Costa Rica no cerró ninguna empresa grande. No quebró ningún banco privado o estatal. No se desató la ola de desahucios que despojó de su vivienda a millones de personas en el resto del mundo. El desempleo aumentó, pero muy poco. La recaudación fiscal bajó, pero ya se empieza a recuperar. Las exportaciones cayeron, pero su crecimiento durante el primer trimestre de este año ha sido excepcional. El Plan Escudo ha sido catalogado como el programa más exitoso de Latinoamérica para enfrentar la crisis económica. Estoy convencido de que el daño que evitamos es tan importante como el bien que hicimos.

El manejo macroeconómico de nuestro país nos permitió mejorar nuestra calificación como deudores a nivel internacional, y tener acceso a créditos indispensables para nuestro desarrollo. Nos permitió, además, manejar una política monetaria capaz de controlar la inflación, que el año pasado llegó a la cifra más baja desde el año 1971.

Este Gobierno mejoró radicalmente la recaudación fiscal, llevando los ingresos del Estado a niveles sin precedentes, y alcanzando una carga tributaria que en el año 2008 fue de un 15,4% del Producto Interno Bruto. En ausencia de una reforma fiscal, lograr una disponibilidad de recursos como la que garantizó nuestro Ministerio de Hacienda, es algo bastante parecido a un milagro.

Pero de nada habría servido el esfuerzo de nuestras instituciones, si no hubiéramos contado con un crecimiento económico capaz de traer recursos a las arcas del Estado. Y ese crecimiento económico dependía de que nuestro país comprendiera su lugar en el mundo y en la historia, y abrazara, sin ambages, la apertura comercial.

Cuando asumimos el poder, nada era más elocuente de la parálisis a la que había llegado Costa Rica, que la situa-

ción del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana. Un documento que había sido negociado hábilmente por nuestras autoridades de comercio exterior, que permitía el libre acceso de nuestros productos al mercado más grande del mundo, que garantizaba la atracción de una mayor inversión extranjera directa, esperaba el paso de un cometa para ser aprobado. Algunos pensaban que era mejor no discutir el TLC, por miedo a perturbar la paz social de Costa Rica. Pensaban que era mejor esperar eternamente a que se aclararan los nublados del día.

Pero la paz social no se protege rehuendo las decisiones polémicas. La paz social no se protege evadiendo el debate sobre los temas de interés nacional. La paz social se protege fomentando un diálogo franco y sensato; cultivando la madurez para divergir sin acudir al irrespeto y a la violencia. Costa Rica tenía que pasar por ese bautizo. Tenía que decidir, porque no podía continuar dándole largas al porvenir. La discusión y aprobación del TLC, y de la agenda de implementación, fue la tarea más desgastante que asumió este Gobierno y quizás, también, la más importante. Gracias a ese debate nacional, hoy Costa Rica tiene claro hacia dónde va. Gracias a esos meses de difícil tensión política, nuestro pueblo sacudió la herrumbre de sus engranajes.

La entrada en vigencia del TLC, y el rompimiento de los monopolios de seguros y telecomunicaciones, fueron la antesala para un proceso de sorprendente expansión comercial, que nos ha llevado a conquistar mercados que, juntos, suman más de 2.000 millones de consumidores.

Hoy contamos con un TLC con Panamá y hemos firmado otros dos con China y Singapur. Negociamos un Acuerdo de Asociación con la Unión Europea, y hemos profundizado nuestras relaciones comerciales con socios

estratégicos en Latinoamérica y en el mundo árabe. La inversión extranjera directa se disparó durante este Gobierno, alcanzando casi \$2 mil millones en el año 2008. Incluso el año pasado, con el drástico descenso en el ingreso de capital, recibimos \$1.300 millones en inversión extranjera, un 54% más de lo que recibíamos antes de esta Administración. La reciente reforma a la Ley de Zonas Francas, aprobada en este Congreso, consolida los logros en esta materia, y nos permite continuar por la senda que le dará a la juventud costarricense los empleos de calidad que merece y necesita.

Desde el año 2006, nuestro país ascendió 13 puestos en el Índice Global de Competitividad, elaborado por el Foro Económico Mundial, con notables avances en los subíndices de competitividad turística y competitividad tecnológica. Esto último se lo debemos, en parte, a la estrategia de Gobierno Digital, con la que agilizamos el trámite de licencias y pasaportes, pusimos en marcha un moderno sistema de compras públicas electrónicas y logramos implementar, finalmente, la firma digital.

Hemos luchado, en el ámbito productivo, por alcanzar una mayor democracia económica, creando el Sistema de Banca para el Desarrollo, fortaleciendo el Programa de Apoyo a la Micro y Mediana Empresa y presentando a este Congreso el proyecto para darle rango constitucional al movimiento solidarista. Junto con esto, hemos dado un impulso decidido a la agricultura nacional. A pesar de los desvaríos de quienes afirmaron que este Gobierno quería dañar a los agricultores costarricenses, aumentamos en un 300% los recursos destinados al sector agrícola. A pesar de los desvaríos de quienes dijeron que queríamos poner en riesgo la seguridad alimentaria de Costa Rica, pusimos en marcha un Plan Nacional de Alimentos que rescató la capacidad productiva de nuestra agricultura, y

permitió abastecer a nuestra población en momentos de crisis alimentaria. Junto con esto, fortalecimos a la industria turística y dimos un impulso histórico al turismo rural, promoviendo la generación de riqueza en las zonas más alejadas de nuestro país.

Como ustedes saben, estos esfuerzos para promover la producción nacional, requerían que Costa Rica solventara décadas de rezago en la construcción y el mantenimiento de su infraestructura. En estos 4 años, hemos aumentado en más de 5 veces la inversión en obra pública, llevándola del 0,4% del Producto Interno Bruto, en el año 2005, al 2,15% el año pasado. Atendimos más de 500 kilómetros de carretera, y más de 950 kilómetros de caminos de lastre, mejorando las condiciones de vida de la población rural. Iniciamos la reconstrucción del pueblo de Cinchona, inauguramos la Costanera Sur, reactivamos el tren a Heredia y promovimos la aprobación de la Ley de Tránsito que, con todos sus errores, es el esfuerzo más grande que Costa Rica ha hecho en muchos años por preservar la vida en sus carreteras. Desde la campaña política, insistí en que nuestro Estado no iba a ser capaz de realizar toda la obra necesaria en infraestructura, sin ayuda de herramientas como la concesión de obra pública. Eso fue lo que nos permitió construir la nueva autopista San José-Caldera, ampliar el Aeropuerto Juan Santamaría y mejorar radicalmente la eficiencia del puerto de Caldera. Ésa es la ruta que debe seguir el puerto de Limón, que está listo para convertirse en un puerto de clase mundial.

Estamos conscientes de que la competitividad de Costa Rica depende del estado de su infraestructura, pero depende también, y cada vez más, de su capacidad de innovación y de su apoyo a la ciencia y la tecnología. Los más de 270 Centros Comunitarios Inteligentes que hemos abierto en todos los cantones del país, son más de 270

portales hacia un futuro mejor para nuestros habitantes. Ahí donde las amas de casa, los adultos mayores, los niños de escuela, los agricultores, los pequeños empresarios, pueden acceder gratuitamente a una computadora con conectividad, descansa una prueba del portento de la tecnología como instrumento para reducir las brechas que dividen a nuestra sociedad. Y en esa misma dirección se encaminan los logros alcanzados en el eje de Política Ambiental, Energética y de Telecomunicaciones, el tercer eje cuyos frutos hoy vengo a entregar.

Empecemos por el ambiente. Y empecemos por decir que la obra de este Gobierno en materia ambiental va mucho más allá de un proyecto específico o una decisión particular. Éste fue el Gobierno que fijó la meta de llegar a ser un país neutral en emisiones de carbono, para el año 2021. Éste fue el Gobierno que plantó casi 19 millones de árboles en el transcurso de 4 años, consiguiendo que Costa Rica se convirtiera en el país con más árboles per cápita y por kilómetro cuadrado en el mundo. Éste fue el Gobierno que logró que Costa Rica avanzara 27 puestos en el ranking de Sostenibilidad Ambiental, del Foro Económico Mundial, y que alcanzara el puesto número 3 en el orbe en Desempeño Ambiental. Éste fue el Gobierno que otorgó protección a los recursos marinos, secularmente desatendidos por nuestras autoridades públicas. Éste fue el Gobierno que se negó a permitir la exploración petrolera en nuestro territorio. Éste fue el Gobierno que lanzó Paz con la Naturaleza y Costa Rica por Siempre, dos iniciativas que son ya una marca en el ámbito internacional. Todas estas acciones sumadas constituyen la más ambiciosa agenda ambiental que hasta ahora haya asumido Costa Rica. Ninguna nube pasajera, ninguna niebla política, habrá de borrar la huella verde que hemos dejado sobre nuestra tierra.

Esa huella verde se manifiesta, también, en la forma en que hemos invertido en la generación de energía sostenible, una tarea verdaderamente abandonada por las administraciones anteriores. En estos 4 años, aumentamos en 19% la capacidad instalada de generación eléctrica en Costa Rica, e iniciamos la construcción de obras de gran magnitud que permitirán dar sostenibilidad a nuestro crecimiento económico en los próximos años. Volvimos a alcanzar el 95% de generación de energía eléctrica sostenible, en parte gracias al aprovechamiento de fuentes alternativas de energía renovable, como la energía eólica y la energía geotérmica.

Fortalecimos con recursos y un nuevo marco jurídico al Instituto Costarricense de Electricidad, preparándolo para enfrentarse a la competencia. Este Gobierno, que algunos acusaron de querer destruir al ICE, llevó la inversión en telecomunicaciones y electricidad de ¢171 mil millones, en el año 2005, a ¢832 mil millones presupuestados para el año 2010; un incremento de un 386%. Este Gobierno, que algunos acusaron de querer destruir al ICE, poco menos que triplicó los recursos que la institución destina a pagar salarios para sus funcionarios. Hoy entregamos un ICE mucho más fuerte y mucho más seguro de lo que era hace 4 años.

El cuarto eje sobre el que descansa nuestro Plan Nacional de Desarrollo, es el eje de Reforma Institucional. Y precisamente el Plan Nacional de Desarrollo es un producto del avance que logramos en esta materia. Antes de este Gobierno, la planificación y la evaluación eran palabras de un lenguaje pretérito. La ausencia de pensamiento estratégico se había apoderado de la función pública, y era virtualmente imposible distinguir las prioridades en medio de una maraña de acciones sin ningún orden de prelación. Lo primero que hicimos

fue organizar en sectores nuestra compleja red institucional, señalar a los responsables de cada tarea y establecer prioridades. Promovimos una mejor comunicación entre los Ministerios; entre el Poder Ejecutivo y los demás Poderes de la República, y entre el Gobierno Central y los gobiernos locales. Todo esto nos permitió enfocar nuestros esfuerzos de manera estratégica, en las áreas más urgentes y en las más trascendentes.

El Ministerio de Planificación ha vuelto a ser una voz audible y necesaria. En estos 4 años fue gestor, entre otras cosas, del Sistema Nacional de Inversiones Públicas y del Sistema Nacional de Fortalecimiento al Desarrollo Local. Este Gobierno abandonó la inútil práctica de competir con las municipalidades, y se dedicó a asesorarlas y a mejorar su capacidad de gestión pública. La próxima semana, firmaremos la Ley General para la transferencia de competencias y recursos del Poder Ejecutivo a las municipalidades, una ley que me llena de entusiasmo, porque constituye la materialización del único compromiso que no pude cumplir en mi Administración pasada. Hoy la vida me da la oportunidad de honrar mi palabra.

El último eje cuyos frutos hoy vengo a depositar ante este altar, es el eje de Política Exterior. Y en este campo todos tenemos razón para sentirnos orgullosos, porque decir Costa Rica en el ágora del mundo, es hoy evocar las mejores causas de la humanidad.

Nuestro Gobierno dignificó la política exterior, pero además le añadió un pragmatismo indispensable. Establecimos relaciones diplomáticas con más de 20 países, incluidos China, Cuba y varias naciones árabes moderadas. Presidimos el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Abrimos 4 nuevas embajadas, en China, en India, en Qatar y en Singapur. Rectificamos un error histórico al trasladar nuestra embajada en Israel, de

Jerusalén a Tel Aviv. Y fuimos, por sobre todo y antes que nada, defensores inextinguibles de la paz, de la libertad, de la democracia y del desarrollo sostenible. En cada foro al que acudimos, en cada discurso, en cada entrevista, promovimos el Consenso de Costa Rica, el Tratado sobre la Transferencia de Armas y la Paz con la Naturaleza.

Recorrimos el mundo pregonando las verdades más intensas de nuestro credo histórico, y hemos recibido la recompensa de una humanidad que entiende que Costa Rica es algo más que un pedazo de suelo en el centro de América: es una idea, es un sueño, es la utopía de una segunda oportunidad sobre la Tierra; una oportunidad para que los seres humanos destierren los fantasmas del odio y de la guerra, para que escojan la vida por sobre cualquier amenaza, y se atrevan, finalmente, a construir la felicidad.

Estos son los rasgos principales de la Costa Rica que hoy ofrendo al escrutinio de la historia, la Costa Rica que hemos puesto a caminar de nuevo. Quien abandona el poder sabe que no podrá dictar la memoria que perviva de su obra; sabe que no tendrá jurisdicción en el veredicto futuro del pueblo. Sólo la historia realiza el escrutinio definitivo de la obra de un Gobierno, y separa aquello que merece el olvido, de aquello que merece el recuerdo.

En el capítulo sexto del Quijote, *“Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo”*, Miguel de Cervantes describe la resolución con que el cura Pero Pérez y el barbero maese Nicolás, condenan al fuego a la biblioteca de Alonso Quijano. Pero a la hora de revisar los libros que con tanta ligereza habían sentenciado, aquellos hombres se dan cuenta de que eran muchas las obras que se defendían solas, y que nada debe destruirse por pasión, porque quien así lo hiciere se expone a la condena de los siglos.

Yo confío en que las obras que hemos construido permanecerán en la biblioteca del tiempo, y que los curas y los barberos de la posteridad, encontrarán en los tomos de estos años mérito suficiente para salvarlos del fuego y del olvido.

He cumplido con el sagrado deber de rendir cuentas por la labor realizada. Permítanme ahora la oportunidad de cumplir con el mandato constitucional de hablar sobre *el estado político de la República*, esto es, sobre las condiciones con que cuenta Costa Rica para traducir en obras las intenciones. Porque estoy convencido de que el gran reto costarricense durante la próxima década, será un reto de medios y no de fines; será el reto del camino y no del destino; será, en suma, el reto de la política.

En los últimos años, hemos permitido que los caminos políticos de Costa Rica se conviertan en una pista de salto de vallas. Hemos permitido que la oposición, ese pilar de la democracia, sea menos una voz que cuestiona, evalúa y critica respetuosamente, y más una voz que ataca y obstaculiza. Hemos permitido que sea válido, o incluso encomiable, impedirle a un gobernante que cumpla sus promesas. Hemos permitido que el control se vuelva un objetivo en sí mismo, y no una herramienta para garantizar que las cosas se hagan. Hemos permitido que la rendición de cuentas sea un sustituto de la rendición de resultados, es decir, que sea más importante presentar un informe que hacer un hospital, un centro de arte o una carretera.

Y esto no beneficia a nadie. No beneficia a la oposición, que en medio del afán por impedir que se realicen los proyectos que objeta, encuentra poco tiempo para impulsar los proyectos que defiende. No beneficia a las instancias de control, cada vez más abrumadas por una carga de trabajo que dificulta una labor ágil en las áreas estratégicas de supervisión. No beneficia a los gobernantes, que se

ven obligados a librar una nueva campaña política por cada proyecto y por cada iniciativa contenida en su Programa de Gobierno. Y sobre todo, no beneficia al pueblo de Costa Rica, que con los brazos extendidos aguarda los frutos de la democracia.

Cualquier partido político que aspire a llegar al poder, debería estar interesado en reformar este estado de cosas. Porque el día de mañana, pueden ser ustedes, pueden ser sus gobiernos, pueden ser sus itinerarios políticos, los que serán obstruidos. De nosotros depende que, dentro de muchos años, no sea la voz de algún futuro gobernante la que repita en este estrado las mismas palabras que hoy pronuncio.

Costa Rica tiene entre sus manos, por primera vez en la historia, la posibilidad de convertirse en una nación desarrollada. Pero esa posibilidad depende de que sea capaz de construir, también, una cultura política desarrollada, una forma más madura de entender el proceso democrático. Porque ninguna nación desarrollada dura 5 años discutiendo un proyecto de interés nacional; ninguna nación desarrollada hace de todo debate político una trama de denuncias penales y expedientes constitucionales; ninguna nación desarrollada permite que sus procesos de control, que son cruciales, sean empleados como coartada para impedir que el Gobierno ejecute sus propuestas.

El reto es el camino. Hacer transitable las vías políticas será trascendental si hemos de lograr, en el transcurso de los próximos años, la reforma fiscal que nuestro Estado desesperadamente necesita, y a la que este Gobierno debió renunciar, por causa de la crisis internacional y por el desmedido poder de veto con que cuentan las minorías en este Congreso. Hacer transitables las vías políticas será trascendental si hemos de aprobar los cambios lega-

les y constitucionales que delimiten las atribuciones de nuestras instituciones públicas, permitiendo un mejor equilibrio entre las instancias de control y las de ejecución. Hacer transitables las vías políticas será trascendental si hemos de alcanzar la modernización de nuestras jornadas laborales; si hemos de simplificar los trámites que obligan a nuestros inversionistas a peregrinar de ventanilla en ventanilla; si hemos de perfeccionar nuestro proceso de descentralización política. Y sobre todo, hacer transitables las vías políticas será trascendental si hemos de construir una cultura de verdadera responsabilidad política, en donde cada quien rinda cuentas por sus aciertos y sus errores, sin correr el riesgo de un linchamiento público, en nombre de una ética que tiene un terrible sabor a *vendetta*.

La ética pública es mucho más que apuntar con el dedo acusador o vilipendiar a quien se encuentre transitoriamente en el poder. La ética pública es mucho más que un juicio político o la capacidad de mancillar honras ajenas. La ética pública es poner el interés general por encima de todo, y eso quiere decir construir obras reales y rendir resultados concretos, más allá de las críticas y los ataques. Los gobernantes, como los metales, se prueban bajo presión. ¡Ay de aquel que, por temor a la oposición, a grupos poderosos o a los medios de comunicación, se doblegue en sus más firmes convicciones! Sólo los metales construirán los puentes del mañana, y no quienes se dediquen a hacer del escarnio una profesión o quienes se nieguen a ejercer su liderazgo en pos del espejismo de la unanimidad. Como lo he dicho muchas veces, la búsqueda del consenso es la negación del liderazgo.

Uno no llega al poder a complacer. Un gobernante debe decirle al pueblo lo que debe saber, y no lo que quiere oír. Gobernar es educar. Ése fue el principio rector de

mis dos administraciones y me siento muy orgulloso de ello.

Nada de esto lo digo por interés personal. Mis ojos vieron el ayer de la política, y sólo en esta noche se cruzan con los ojos que verán el mañana. Pero soy un viejo militante de este oficio, un demócrata veterano a punto de escribir la última línea de su historia política. Y quiero dejar constando que creo, con cada fibra de mi ser, que Costa Rica será mejor el día en que deje de acarrear agua del pozo de la confrontación y el resentimiento, y empiece a regar sus campos con el agua diáfana del diálogo y el respeto, con la voluntad para coincidir y la vocación para ayudar.

Servirle a este pueblo ha sido el mayor honor de mi vida. No cambiaría por nada la suerte de haber cargado sobre los hombros las esperanzas de Costa Rica. No cambiaría los abrazos de los niños, las bendiciones de las abuelas, las sonrisas de las madres de nuestra tierra. No cambiaría ni siquiera los golpes, ni las críticas, ni las ofensas. Agradezco todo lo que me han dado, porque el hilo negro y el hilo blanco han trenzado la tela de mi destino. Y el destino ha sido generoso conmigo.

Yo no sé si hay un futuro escrito para cada uno de nosotros. No sé si cada quien lleva en el alma una brújula escondida que le muestra el camino. Sólo sé que mis pasos me llevaron al lugar más hermoso que jamás haya visto: al corazón del pueblo de Costa Rica. Ahí construí mi casa. Ahí planté los rosales de mi espíritu. Y cuando me vaya de la Presidencia, no me iré de ese rincón del Paraíso. Siempre estaré con ustedes, como presencia o como recuerdo, y seré eternamente el servidor de este pueblo al que tanto quiero.

DOS

PAISAJES DE LA HISTORIA NACIONAL

COSTA RICA NECESITA DE LA VISIÓN DE DON PEPE

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON JOSÉ FIGUERES FERRER
SAN JOSÉ, COSTA RICA
25 DE SEPTIEMBRE DE 2006

“Costa Rica necesita de la visión de don Pepe, de una visión que trascienda las fronteras de nuestro territorio y de nuestras mentes. Costa Rica ocupa ver más allá de sus narices, más allá de las paredes que la encierran en su tiempo y en su espacio. En esto he insistido incansablemente: no avanzaremos como país si no entendemos que la historia es nuestro bagaje pero no nuestra estación, y que en esta larga travesía humana, no caminamos solos”.

Venimos hoy a rendir homenaje a don José Figueres Ferrer. Quien eso hace se ve obligado a leer todos los trazos del manuscrito de la historia de la patria en el último siglo. Porque ahí, en esas páginas, el anónimo cronista de nuestra travesía nacional ha puesto, en cada línea, el nombre de don Pepe. Ahí, en cada página, está su pequeña figura gigantesca venciendo el tiempo, venciendo el olvido, venciendo la muerte.

Venimos hoy a celebrar el nacimiento de un transformador de sociedades, de un creador de verdades, que supo armarse por la libertad y por la misma libertad desarmarse; que supo vencer la tentación siempre presente

del populismo y del despotismo, de la tiranía y de la opresión.

Pero hoy no sólo venimos a celebrar a un hombre. También rendimos homenaje a una forma de entender la acción política, la de don Pepe, que aún encierra las claves de nuestro futuro.

De don Pepe aprendimos que la política es pensamiento, pero también es acción. Aprendimos que el estudio, el pensamiento y las convicciones, de poco sirven si no van acompañadas del trabajo que transforme en realidades nuestros ideales; y que la acción ciega, que no se nutre del pensamiento y que no se inspira en las lecciones de la civilización, conduce, en el mejor de los casos, a un callejón sin salida, y casi siempre a un abismo insalvable.

Para don Pepe cada día fue una oportunidad para crecer espiritual e intelectualmente, para reflexionar sobre la vida y sobre el destino del ser humano, y para elaborar grandes concepciones, llenas de optimismo, para construir caminos de emancipación para nuestro pueblo. Pero también, con audacia y con músculo, supo afirmar la libertad de nuestra patria, consolidar la justicia social y marcarle a nuestra nación los rumbos de un desarrollo más justo y más humano.

Armado de un arsenal de libros y del conocimiento sin fronteras del hombre visionario, don Pepe fue el vencedor de la batalla más difícil de todas: la batalla de las ideas. Pero siempre supo que las ideas son instrumentos de cambio y no prisiones para encerrar la realidad.

De él aprendimos que si en la lucha política es vital conservar el apego a los ideales, es igualmente imprescindible ser flexible en cuanto a cuáles caminos han de escogerse para alcanzar esos ideales. De él aprendimos que ningún catecismo ideológico, por sofisticado que sea, encierra la inagotable riqueza de la vida, y que los líderes

y los movimientos políticos que se niegan a reconocer los cambios de la historia, están condenados a la marginación y al descrédito.

Don Pepe siempre entendió que su primer deber como líder político y como hombre libre no era atarse, a cualquier costo, a ideas intemporales, sino atreverse a pensar. El era un verdadero rompedor de ideas, un *ideoclasta*, que no vacilaba en modificar su manera de pensar si la realidad cambiaba y se le daban nuevos argumentos o nuevas razones. Pienso que don Pepe coincidiría con don Miguel de Unamuno cuando éste dijo en su memorable ensayo “*La ideocracia*”: “¿*Qué Fulano cambia de ideas como casaca, dices? Feliz él, porque eso arguye que tiene casacas que cambiar, y no es poco donde los más andan desnudos, o llevan, a lo sumo, el traje del difunto, hasta que se deshilache en andrajos... Lo importante es pensar... pensar... porque el que piensa sujeta a las ideas, y sujetándolas se libera de su degradante tiranía*”.

Don Pepe poseía ideas, pero nunca fue poseído por ellas. Tuvo siempre claro que ninguna proclama ideológica, por hermosa o inspiradora que sea, le ha llenado nunca el estómago a ningún compatriota pobre, y que puestos a escoger entre la fidelidad a un catecismo ideológico y los logros concretos de bienestar para el pueblo costarricense, siempre debemos escoger esto último.

Hacia el final de sus días, decía nuestro homenajeado: “La revolución no ha terminado. Es la revolución constructiva que no se hace con frases rígidas de ideologías. Se hace con ideas que generan planes de progreso real, por modestos que sean; con el libro bajo el brazo, con la herramienta en la mano y con la inspiradora mística en el corazón”.

Armado con esa concepción pragmática de la acción política sorteó la trampa de quienes, en la derecha, desdennan la importancia de la solidaridad, e insisten en prego-

nar que el goteo económico saciará nuestra sed de justicia social. Pero también evitó los desvaríos de una izquierda retrógrada que aún sigue considerando el crecimiento económico como un enemigo de las sociedades igualitarias. Por esto, al hablar del partido que él fundó, indicó con meridiana claridad que *“a diferencia de otros grupos que se interesan meramente por la justicia social, unos con sinceridad y otros por demagogia, el movimiento nuestro endereza sus esfuerzos hacia el enriquecimiento del país, como única solución verdadera del problema del ingreso bajo”*.

Sorteó también la trampa del falso nacionalismo. Siempre comprendió que el nacionalismo no radica en huir del mundo, sino en buscarlo sin temores para proyectar lo mejor de nuestra nacionalidad, y que las verdaderas afrentas a la soberanía de la patria no vienen del comercio internacional sino del hambre, de la ignorancia y de la corrupción.

En una América Latina en la que el populismo nacionalista alza de nuevo su cabeza, resuena poderosa la voz de don Pepe cuando nos advierte sobre el peligro de que un *“nacionalismo negativo, destructivo, fundado en los celos, fundado en la lucha de clases, venga a echar por tierra todo este acervo cultural de nuestro tiempo, acumulado por la humanidad en largos siglos, y vuelva el mundo a la barbarie... Ese es el peligro de un nacionalismo basado en la envidia y en no querer seguir los buenos caminos que han conducido a los pueblos más felices a la situación que hoy se encuentran”*.

Costa Rica necesita de la visión de don Pepe, de una visión que trascienda las fronteras de nuestro territorio y de nuestras mentes. Costa Rica ocupa ver más allá de sus narices, más allá de las paredes que la encierran en su tiempo y en su espacio. En esto he insistido incansablemente: no avanzaremos como país si no entendemos que la historia es nuestro bagaje pero no nuestra esta-

ción, y que en esta larga travesía humana, no caminamos solos.

No deseo para don Pepe la gran paradoja de los héroes, que no haciendo en su vida más que reformar, sirven luego de excusa para el estancamiento. No deseo para la memoria de don José Figueres, ni para Costa Rica, la suerte de Funes el Memorioso, aquel hermoso personaje de Borges, que de tanto recordar, era incapaz de pensar.

Por el contrario, la gran pregunta que debemos contestar, es la de cómo ser, hoy, dignos herederos de la obra que nos dejara sin terminar este gran arquitecto de la patria. Sería muy pretencioso de mi parte decirles que tengo la respuesta infalible a esa pregunta, pero sí sé que si hemos de encontrarla debemos desprendernos, como lo haría don Pepe, del miedo a cambiar y de los prejuicios que nublan nuestro entendimiento.

Si hemos de encontrar esa respuesta debemos abrazar, en una nueva época, los ideales de don Pepe, pero abrazarlos no con consignas, sino con acciones.

Por eso, a todos los costarricenses y a todas las fuerzas políticas y sociales del país, les propongo que hagamos hoy un verdadero tributo a don Pepe, un homenaje que vaya más allá de las palabras y los gestos.

Les propongo que luchemos sin cuartel contra la pobreza y la desigualdad, que volvamos a hacer de la expansión de las oportunidades humanas el hilo conductor de nuestra aventura histórica, que nos convenzamos de que quienes disfrutan de lo superfluo tienen la obligación de contribuir al bienestar económico de quienes carecen de lo esencial. Por ello, les propongo que impulsemos cuanto antes una reforma tributaria progresiva e integral, que obligue a los dueños de mansiones a poner un techo sobre los habitantes de tugurios y a los grandes empresarios, a volver la vista a la miseria que los rodea.

Les propongo que hagamos de la nuestra una sociedad más segura y cada vez más convencida de que la paz se encuentra mejor resguardada en las manos de nuestros policías que en los rifles de los soldados. Por ello, les propongo que no le neguemos a nuestra Fuerza Pública los recursos tributarios que le permitirían tener más personal, más entrenamiento y mejores equipos para combatir la delincuencia.

Les propongo que emprendamos una cruzada de largo alcance para recuperar la educación pública y que admitamos, como lo dijera don Pepe, que *“el país nunca podrá realizar una reforma social sobre bases de ignorancia”*. Por ello, les propongo que hagamos realidad una reforma a la Constitución Política para aumentar el gasto en educación a un 8% del Producto Interno Bruto y que apoyemos con todos los recursos necesarios al programa *Avancemos*, un sistema de transferencias condicionadas a las familias de los estudiantes más pobres, que les permite permanecer en el colegio en lugar de verse obligados a trabajar para contribuir con los ingresos del hogar.

Les propongo que pongamos en marcha un esfuerzo nacional para recuperar nuestra infraestructura, un esfuerzo impostergable para hacer más competitivos a nuestros productores y para integrar a la modernidad a cientos de comunidades aisladas por los malos caminos. La aprobación inmediata de las reformas a la Ley de Concesión de Obra Pública es un instrumento indispensable en esta tarea.

Les propongo que devolvamos a Costa Rica su papel protagonista en el concierto internacional, su lugar como potencia moral en un mundo convulso. Les propongo que, como país sin ejército, convoquemos al mundo y, en especial, a los países industrializados, para que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica (*ver discurso*

Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006). Asimismo, les pido que apoyemos los esfuerzos del Gobierno para que las Naciones Unidas aprueben, cuando antes, el Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*).

Les propongo que defendamos la convicción de que los cambios sociales deben propiciarse gradualmente, sin extremismos y en paz, y de que las únicas armas legítimas para resolver los conflictos, en Costa Rica o en el mundo, son las de la razón, el diálogo y la democracia. Por ello, a todas las fuerzas políticas y sociales del país les pido que rechacen todo llamado a la violencia y a la intolerancia, y que, aun en los temas que más nos dividen, sepan respetar el mandato de los órganos constitucionalmente electos para tomar decisiones, un mandato derivado del sufragio de nuestro pueblo.

Poner en marcha cada uno de estos cursos de acción es, sin duda, el mejor homenaje que podemos dar al comandante sabio que silenció las armas y empuñó el derecho. Juntar nuestras voluntades para vencer la atonía, la parálisis y la mala fe es el honor que debemos al hombre que un día, al abolir el ejército, le dio a todas las generaciones posteriores de costarricenses su primer día como hombres y mujeres de paz.

Hemos venido a decirles a los caminantes de todas las generaciones y de todas las ideologías que, hoy hace exactamente 100 años, en San Ramón de Alajuela, nació un caminante de la historia, un hombre excepcional que, con su pensamiento, con su palabra y con su acción, alentó las esperanzas de su gente y abrió el camino del futuro.

Hoy hemos venido a decirle al mundo que hace 100 años nació don José Figueres Ferrer, ex Presidente de Costa Rica y líder de su pueblo.

LOS HEREDEROS DE LA PAZ, LOS ARTÍFICES DE TODO LO QUE RESTA POR HACER

FORO “A XX AÑOS DE ESQUIPULAS II,
LA HISTORIA NARRADA POR SUS ARTÍFICES”
MANAGUA, NICARAGUA
21 DE AGOSTO DE 2007

“Fue el segundo grito de Independencia centroamericano, y lo dimos todos los Presidentes del istmo, hablando entre nosotros y viéndonos a los ojos”.

Vuelvo a Nicaragua, siguiendo la senda que a lo largo de toda mi vida tantas veces he recorrido, como quien vuelve a pisar el camino que lo lleva a la casa de una amiga de infancia.

Vuelvo a Nicaragua, la hermosa, la revolucionaria, la que en la cintura de América lanza siempre un canto de esperanza.

Vuelvo a Nicaragua, la libre, la democrática, la que abrazó la vida y cultivó la frágil semilla de la tolerancia.

Vuelvo a encontrar a esta amiga, y con ilusión paso revista de sus rasgos y sus facciones, buscando algún indicio que me relate los dolores y las alegrías vividos desde la última vez que nos vimos. Tengo que admitir que la encuentro hoy más bella que hace veinte años, y que me

asombra cuánto han cicatrizado las heridas que durante tanto tiempo recorrieron su rostro. Para confirmar ese milagro, vuelvo hoy a mi amiga Nicaragua.

Quiero agradecer profundamente al Presidente Daniel Ortega por recibirme en su país, y al Cardenal Miguel Obando y Bravo por invitarme a este Foro, “*A XX Años de Esquipulas II, la historia narrada por sus artífices*”. Considero, sin embargo, que narrar Esquipulas II desde sus artífices, es comenzar el cuento por su final. Para narrar la historia de Esquipulas II, hay que empezar por contar la historia de sus víctimas, la historia de sus precursores, la historia de sus aliados y detractores. Porque los cinco Presidentes que firmamos los acuerdos de paz en aquellos días de 1987, no fuimos sino los últimos relevos de una carrera por la supervivencia de Centroamérica. Nos fue entregado un relevo de sangre, de muerte y de dolor; un relevo de odio, de intolerancia y desesperación. Es cierto que fuimos los artífices de la paz en el istmo, pero también es cierto que sin la guerra, sin el caos, sin la macabra aniquilación, nuestro protagonismo nunca hubiera sido necesario. Porque, como bien afirmara Bertold Brecht, no es desdichado el pueblo que carece de héroes, sino el que los necesita.

¿Quiénes fueron las víctimas de la guerra centroamericana? Un militar les diría que los muertos o heridos que dejó el bando contrario; un estadístico les diría que los muertos o heridos civiles de ambos bandos; un ciudadano común les diría que los muertos, heridos y desplazados de ambos bandos, así como también sus familias; pero un pacifista les diría que fueron víctimas todas las personas involucradas en la guerra. Desde el más inocente niño que murió alcanzado por una bala, hasta el más cruel soldado. Fueron víctimas los jóvenes reclutados en ejércitos o guerrillas, cuyos lemas apenas comprendían. Fueron

víctimas los comandantes y generales que les aleccionaron en el odio y la intolerancia. Fueron víctimas los hombres y mujeres que abandonaron sus hogares, y quienes tuvieron que darles asilo. Fueron víctimas los que enterraron a sus familiares, así como también quienes fueron enterrados. Fueron víctimas los líderes políticos, religiosos, académicos y culturales, que vieron fracasar un intento tras otro de alcanzar el diálogo. Todos fuimos víctimas, aunque unos en mayor escala que otros. Costa Rica, ciertamente, fue una víctima menor de los conflictos armados centroamericanos, pero conoció de sobra los horrores que padecieron sus vecinos.

Aprender sobre la guerra a partir de un libro de historia es un verdadero privilegio. Un privilegio del que gozan ustedes, los estudiantes que hoy nos acompañan, tal vez incluso sin percatarse de ello. No es lo mismo leer que más de 200.000 personas murieron en las guerras civiles centroamericanas, que observar las filas de muertos alineados en el suelo, descomponiéndose al aire libre, mientras viudas o huérfanos revisan cada cuerpo, buscando el rostro de su ser querido. No es lo mismo leer que las potencias extranjeras enviaban a la región cientos de millones de dólares en armamento militar, que respirar el aire cargado de polvo y pólvora, sentir la tierra temblar por el paso de un tanque, o escuchar la balacera sin pausa, como lluvia que anuncia una muerte inminente. No es lo mismo leer que más de 3 millones de personas se vieron obligadas a abandonar sus hogares, y emigrar a otros países o ciudades, que recorrer los pueblos fantasma en donde nadie habitaba las casas teñidas de sangre, o ver las olas de refugiados que el tormentoso mar de la guerra dejaba de costa en costa, de ciudad en ciudad.

Estas eran las anécdotas que se narraban cuando realicé mi primera campaña política, en el año 1985. Eran anécdo-

tas que nos relataban los hermanos centroamericanos que habían venido a buscar refugio en nuestra tierra, o que diariamente veíamos en los noticieros. Durante mucho tiempo fuimos observadores pasivos de los conflictos centroamericanos, pero ya para 1985, era evidente que no podríamos permanecer así durante mucho tiempo. La noticia de que algunas partes del norte de Costa Rica estaban siendo utilizadas como frente sur de la lucha centroamericana, y que oficiales del ejército estadounidense estaban entrenando soldados de La Contra nicaragüense en nuestro suelo, nos dieron el primer campanazo de alerta sobre una realidad innegable: Costa Rica no podría permanecer durante mucho tiempo como simple espectadora de la contienda centroamericana, porque más temprano que tarde, los contendientes empezarían a luchar también en nuestro propio territorio. Frente a este panorama, a nuestro país se le presentaban dos posibilidades: o se sumaba a la guerra, escogiendo uno u otro bando; o luchaba intensamente porque toda Centroamérica alcanzara la paz.

El otro candidato de la campaña política de 1985, quien luego fue Presidente de la República, Rafael Ángel Calderón Fournier, escogió la primera alternativa: pregónó en su campaña que Costa Rica debía abandonar su neutralidad. Yo, en cambio, estaba convencido de que nuestra única opción era intentar lograr un acuerdo de paz en la región, que, en ese momento, se vislumbraba como una posibilidad, gracias al apoyo de lo que se denominó el Grupo de Contadora: una alianza entre México, Colombia, Panamá y Venezuela, para alcanzar la pacificación del istmo. A esta iniciativa, se sumó posteriormente lo que se llamó el Grupo de Apoyo, que incluía el respaldo de las naciones de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay.

Entre la opción militar y la opción diplomática, Costa Rica eligió mantenerse alejada de las armas. En febrero

de 1986, fui electo Presidente de la República por el voto de las mujeres y los jóvenes costarricenses que temían, como yo, que nuestro país se sumara a la lista de naciones centroamericanas en donde las madres enterraban a sus hijos, y no a la inversa.

En mi discurso de toma de posesión, el 8 de mayo de 1986, manifesté: *“cumpliremos fielmente el compromiso de defender y robustecer la paz y la neutralidad. Mantendremos a Costa Rica fuera de los conflictos bélicos centroamericanos y lucharemos, con medios diplomáticos y políticos, para que en Centroamérica no sigan matándose los hermanos”*.

Obedeciendo a esa promesa, advertí a los miembros de la Contra que vivían en Costa Rica que, a menos que abandonaran su participación en la guerra, serían expulsados de nuestro territorio. Siempre creí que la Contra no era parte de la solución, sino del problema. Esta decisión fue tomada con disgusto en Washington, y fue el inicio de un periodo de enorme tensión en las relaciones diplomáticas entre Costa Rica y los Estados Unidos de América.

Mientras tanto, el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo, que incluyo entre los precursores de Esquipulas II, topaban con fuertes objeciones y prórrogas constantes, que los llevaron a fracasar a mediados de 1986. Centroamérica quedó, entonces, de vuelta en la más devastadora orfandad, mientras que continuaban las presiones externas para que Costa Rica se sumara a la guerra, y la ayuda internacional en armamentos, dinero y entrenamiento militar para los contendientes, iba en aumento. No podíamos seguir esperando que las potencias extranjeras decidieran si querían que nuestros conflictos se resolvieran por la vía militar o por la diplomacia, porque los conflictos, que eran nuestros, estaban cobrando ya demasiadas vidas con balas ajenas. Por eso tomé la decisión, en enero de 1987, de redactar un Plan

de Paz, una solución centroamericana para los centroamericanos.

El Plan de Paz contenía 10 acciones prioritarias, una de las cuales generó muchas críticas y dudas, pues decía: “*simultáneamente con el inicio del diálogo, las partes beligerantes de cada país suspenderán las acciones militares*”. La tendencia mundial en la solución de los conflictos, en ese entonces y aún ahora, indica que las negociaciones se llevan a cabo precisamente para lograr el cese al fuego. El Plan de Paz, por el contrario, proponía el cese al fuego como una de las condiciones necesarias para poder dialogar sin presiones, y en un ambiente verdaderamente propicio para una paz que fuera más que un armisticio temporal.

El cese al fuego se constituía, entonces, en algo así como la obertura de los acuerdos de paz. Su leit motiv, en cambio, era la democratización de la región. Todo el espíritu del Plan de Paz estaba inspirado en la convicción de que ninguna pretensión de paz tiene sustento si no va acompañada de una garantía de respeto a los derechos humanos y al Estado de Derecho; si no va acompañada de la certeza de que los ciudadanos podrán manifestar su conformidad o disconformidad con las políticas de gobierno, a través de las elecciones periódicas y pluralistas; si no va acompañada de la existencia de instituciones democráticas fuertes que garanticen la estabilidad social; si no va acompañada, en fin, de los rasgos distintivos de toda democracia.

El Plan de Paz fue enviado a todos los Presidentes centroamericanos, para su estudio y análisis. Yo visité personalmente al Presidente Marco Vinicio Cerezo de Guatemala, al Presidente José Napoleón Duarte de El Salvador, al Presidente José Azcona de Honduras y al Presidente Daniel Ortega, aquí en Managua, para discutir sobre los alcances de nuestra iniciativa de paz, y fijar una fecha para una reunión de los cinco Presidentes, que ten-

dría lugar en la ciudad de Guatemala. Recuerdo como ahora mi reunión aquí en Managua con el Cardenal Obando y Bravo, y el apoyo incondicional que de él recibí en esa ocasión.

Pero también era vital que los Presidentes que nos preparábamos para acudir a Esquipulas II, lo hiciéramos convencidos de que contábamos con el apoyo de la comunidad internacional, porque sabíamos de sobra que contábamos con la férrea oposición de los Estados Unidos, de Cuba y de la Unión Soviética, todos convencidos de que la única salida a los problemas centroamericanos, era una salida militar.

En vista de las circunstancias, realicé un viaje a Europa, en mayo de 1987, promoviendo el Plan de Paz, y solicitando el apoyo internacional a nuestra iniciativa. Cuando los cinco Presidentes centroamericanos nos sentamos a negociar en ciudad de Guatemala, ya contábamos con el apoyo del Vaticano, de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Italia, de España, de Portugal, de Bélgica, así como con el respaldo de los países que conformaron el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo.

La presión de las superpotencias continuaba aumentando. Pero no estuvimos dispuestos a aceptar sus imposiciones. Después de varios cambios de fecha, Esquipulas II se llevó a cabo en agosto de 1987. Encerrados en un cuarto de hotel hasta no ponernos de acuerdo, y contra todos los pronósticos, logramos firmar la paz. Una paz que no fue producto de presiones extranjeras sino, todo lo contrario, fue un producto que obtuvimos a pesar de esas presiones. Fue el segundo grito de Independencia centroamericano, y lo dimos todos los Presidentes del istmo, hablando entre nosotros y viéndonos a los ojos.

Sin embargo, la oposición de las grandes potencias internacionales continuó incluso después de que firmáramos

mos la paz. Una partida de más de \$100 millones para la Contra nicaragüense se encontraba lista para su aprobación en el Congreso de los Estados Unidos, cuando visité la capital estadounidense en septiembre de 1987, y abogué en ese Congreso, ante una sesión conjunta de congresistas y senadores, porque se le diera “una oportunidad a la paz”. Dije entonces, también, frente a la Organización de Estados Americanos: *“algunos dicen que la batalla por la paz en Centroamérica debe ganarse en Washington. Otros dicen que la batalla por Washington hay que ganarla en Centroamérica. Yo afirmo que la batalla por Washington hay que ganarla aquí, en Washington, con los caminos propios del pueblo norteamericano. La batalla por la paz en Centroamérica debemos ganarla allá, por los caminos propios de los centroamericanos”*.

Fue en medio de esa intensa lucha porque se respetara internacionalmente el acuerdo que habíamos alcanzado los Presidentes centroamericanos, que se anunció la decisión del Comité Nobel de otorgarme el Premio Nobel de la Paz de 1987. Un premio que representaba el apoyo de la comunidad internacional a nuestros esfuerzos de paz, y que sirvió para presionar a los Estados Unidos, a Cuba y a la Unión Soviética, para que dejaran de intervenir en nuestras políticas internas. Por eso manifesté en mi discurso de aceptación del Premio Nobel: *“La paz no es un asunto de premios ni de trofeos. No es producto de una victoria o de un mandato. No tiene fronteras, no tiene plazos, no es inmutable en la definición de sus logros. La paz es un proceso que nunca termina; es el resultado de innumerables decisiones tomadas por muchas personas en muchos países. Es una actitud, una forma de vida, una manera de solucionar problemas y de resolver conflictos. No se puede forzar en la nación más pequeña, ni puede imponerla la nación más grande”*.

Gracias al apoyo de la comunidad internacional y a la estoica perseverancia de los Presidentes centroamerica-

nos, las presiones extranjeras disminuyeron y la construcción cotidiana de la paz pudo empezar. Esa construcción, sin embargo, no ha concluido todavía. A pesar de que ya no se matan los jóvenes guerrilleros, sí se matan los jóvenes pandilleros; a pesar de que ya no lloran las madres porque sus hijos están en la guerra, sí lloran porque no están en el colegio; a pesar de que ya no emigran los pueblos por causa de la violencia, sí emigran por el hambre y por la falta de oportunidades. Seguimos construyendo la paz, queridos estudiantes, y ese es un proceso en que ustedes están llamados a participar, un proceso en el que recibirán muy pronto el relevo. Recibirán un relevo de paz pero de hambre, un relevo de paz pero de inseguridad, un relevo de paz pero de injusticia, un relevo de paz pero de enfrentamiento social. Ustedes son los herederos de la paz en Centroamérica, les toca ser ahora los artífices de todo lo que resta por hacer.

Nos queda todavía mucha senda por transitar, les pido que, por favor, escojan para el viaje el equipaje correcto: no lleven en sus valijas el odio ni el dogmatismo; no lleven en sus valijas la intolerancia y el enfrentamiento; no lleven en sus valijas la desesperación y el miedo; lleven en sus valijas, solamente, el espíritu de Sandino, el espíritu de la libertad, el espíritu de la incasable defensa de los propios ideales. Los costarricenses llevaremos en nuestra valija el espíritu de Figueres, el espíritu de la paz y de la democracia. Espero que juntos, nicaragüenses y costarricenses, podamos caminar lado a lado, y compartir la carga.

No caeré en la trampa de quienes han querido enfrentar a nuestras dos naciones. Nos costó demasiado tiempo, sangre y dolor, alcanzar el respeto en Centroamérica, como para jugar a perderlo. Nicaragua no es sólo el país con el que compartimos nuestra frontera norte, es también el país con el que compartimos la frontera de nues-

tros sueños, la meta que se presenta al final de esta histórica carrera de relevos. Costa Rica quiere a Nicaragua, admira a Nicaragua y necesita a Nicaragua para alcanzar sus sueños. Cada uno de los nicaragüenses a este lado de la frontera, y cada uno de los nicaragüenses del lado de mi tierra, son nuestros compañeros de viaje en la ruta hacia un mayor desarrollo para nuestros pueblos. Esto es algo que cada vez comprenden mejor los costarricenses, y espero que ustedes sepan también comprenderlo.

Cuando estaba pequeño, mi papá, un fiel admirador del increíble Rubén Darío, me leía sus poesías por la tarde. Sultanes, princesas y personajes mitológicos, poblaron siempre mi infancia. Cuando crecí, me di cuenta de que Darío no sólo acompañaba con fábula y fantasía mis días de niñez, sino que también llenaba de poesía mis días de lucha por la paz. Leía entonces la palabra del poeta cuando decía:

“La tierra está preñada de dolor tan profundo
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.
Verdugos de ideales afligieron la tierra,
en un pozo de sombras la humanidad se encierra
con los rudos molosos del odio y de la guerra”

Así fueron los días que vivía Centroamérica, pozos insondables donde se perdía la esperanza, abismos de dolor y de tristeza. En aquellos días no había espacio en el mundo para los soñadores. Pero Darío me enseñó que un verdadero soñador no vive en el mundo que existe, sino en el que en sus sueños inventa. Ese fue el impulso que necesitaba para redactar el Plan de Paz, y para convertirme en embajador de ese mundo que soñaba junto con millones de personas. Tanto y tan intensamente lo soña-

mos, que hoy el sueño es la vigilia, y la guerra ha pasado a ser nada más que nuestra más horrible pesadilla.

Atrévanse ustedes, estudiantes, a soñar de la misma manera, y nuestras dificultades de ahora serán el mal sueño del que despertaremos, a la Centroamérica de la paz y la justicia.

II

MI VISIÓN DEL MUNDO

UNO

LA PAZ DERRIBARÁ MURALLAS

UN FUTURO A LA ALTURA DE NUESTROS SUEÑOS

LXI ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
19 DE SETIEMBRE DE 2006

“Para bien o para mal, nuestra especie escribe su historia en borrador, nunca nítidamente, debatiéndose, como cada uno de nosotros, en un perpetuo conflicto entre los mejores y los peores ángeles de nuestra naturaleza”.

Comparezco a este recinto embargado por la misma emoción y el mismo sentido de urgencia con que lo hice por primera vez, hace veinte años. Vine entonces cargando las angustias más profundas de mi pueblo. Vine a recordarle al mundo que en la cintura de América cinco pequeñas naciones se debatían entre la vida y la muerte, entre la libertad y la opresión, entre la guerra y la paz. Vine a pedirle a la comunidad internacional que no dejara que la violencia convirtiera a Centroamérica en tierra yerma para la semilla de los más hermosos sueños humanos.

El mundo ha cambiado mucho desde entonces. Los mejores hijos de Centroamérica ya no parten hacia la guerra y nuestros países han dejado de ser peones en el inmenso ajedrez planetario de la Guerra Fría.

Para quien viene de Centroamérica es imposible pensar que todo tiempo pasado fue mejor. Estoy convencido de que la humanidad tiene razones para ser optimista y que, como lo dijera William Faulkner, el ser humano prevalecerá. Pero también sé que los avances logrados en la dirección de la libertad, de la dignidad y del bienestar de las personas no son más que pequeñas victorias en una lucha épica y de largo aliento. El camino hacia la realización plena de los seres humanos apenas comienza y está cundido de obstáculos.

Si vamos a continuar el camino de la emancipación humana frente a la miseria, si vamos a convertir al desarrollo y a los derechos humanos en algo más que la utopía que son hoy para cientos de millones de personas en todo el mundo, requerimos más que buenas intenciones. Requerimos coraje para llamar las cosas por su nombre, para rectificar rumbos equivocados y para tomar decisiones impostergables.

Con optimismo y con vehemencia le propongo a esta Asamblea que tomemos, hoy, tres cursos de acción que pueden tener poderosos efectos sobre el bienestar de todas las personas. En primer lugar, que denunciemos el aumento del gasto militar, la carrera armamentista y el comercio de armas como ofensas a la condición humana. En segundo lugar, que hagamos realidad, mediante el libre comercio, la promesa que la globalización económica encierra para toda la humanidad y, en particular, para los pueblos más pobres. En tercer lugar, que defendamos, con lo mejor de nuestro esfuerzo y de nuestra elocuencia, a la legalidad internacional y a las Naciones Unidas, y que propiciemos las reformas que les permitan adaptarse exitosamente a los inmensos cambios que está experimentando el mundo.

Desde hace mucho tiempo he sostenido que la lucha por el desarrollo humano está unida a la causa del desar-

me y de la desmilitarización. Ciertamente no es un blasón de honor para nuestra especie que el gasto militar mundial haya sobrepasado en el año 2005 un trillón de dólares, la misma cifra que tenía en términos reales al acabar la Guerra Fría y ocho veces más que la inversión anual requerida para alcanzar en una década *todos* los Objetivos de Desarrollo del Milenio en *todos* los países del mundo. La inversión que hacen hoy en sus fuerzas armadas los países más industrializados de la tierra, responsables del 83% del gasto militar mundial, es diez veces superior a los recursos que dedican a la ayuda oficial al desarrollo. Para los Estados Unidos de América, el país más rico del planeta, esa cifra es, por lo menos, 25 veces superior. ¿Qué es esto, sino una muestra elocuente del extravío de las prioridades y de la más profunda irracionalidad?

Porque, a fin de cuentas, de racionalidad se trata. Desde los trágicos hechos del 11 de setiembre del 2001, un poco más de \$200 mil millones se han añadido al gasto militar mundial. No existe un solo indicio que sugiera que este aumento colosal le está deparando al mundo un nivel superior de seguridad y un mayor disfrute de los derechos humanos. Por el contrario, cada vez nos sentimos más vulnerables y más frágiles. Tal vez sea tiempo de imaginar otros usos para esos recursos. Tal vez sea tiempo de saber que con bastante menos de esa suma podríamos garantizar acceso al agua potable y a la educación primaria a cada persona de este mundo, y quizá hasta nos sobraría, como alguna vez lo sugirió Gabriel García Márquez, para perfumar de sándalo en un día de otoño las cataratas del Niágara. Tal vez sea tiempo de entender que eso nos haría probablemente más seguros y ciertamente más felices.

Cada arma es el signo visible de la postergación de las necesidades de los más pobres. No lo digo sólo yo. Lo

decía, en forma memorable, un hombre de armas, el Presidente Eisenhower, hace ya casi medio siglo:

“Cada arma que construimos, cada navío de guerra que lanzamos al mar, cada cohete que disparamos es, en última instancia, un robo a quienes tienen hambre y nada para comer, a quienes tienen frío y nada para cubrirse. Este mundo alzado en armas no está gastando sólo dinero. Está gastando el sudor de sus trabajadores, el genio de sus científicos y las esperanzas de sus niños”.

Pero si es triste que las naciones más ricas, a través de su gasto militar, le estén negando las oportunidades de desarrollo a las más pobres, es mucho peor que éstas sean cómplices en la destrucción de su propio futuro. En efecto, es trágico que los gobiernos de algunos de los países más subdesarrollados continúen apertrechando sus tropas, adquiriendo tanques, aviones y misiles para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y en la ignorancia.

Mi región del mundo no escapa a este fenómeno. En el año 2005, los países latinoamericanos gastaron casi \$24 mil millones en armas y tropas, un monto que ha aumentado en un 25% en términos reales a lo largo de la última década y que ha crecido significativamente en el último año. América Latina ha iniciado una nueva carrera armamentista, pese a que nunca ha sido más democrática y a que prácticamente no ha visto conflictos militares entre países en el último siglo.

En esto, creo que los costarricenses tenemos derecho a sentirnos orgullosos. Desde el año 1948, por la visión de un hombre sabio, el ex Presidente José Figueres, Costa Rica abolió el ejército, le declaró la paz al mundo y apostó por la vida.

Al igual que lo hice hace veinte años, en mi primer mensaje a esta Asamblea General, hoy puedo decirles con satisfacción que vengo de un pueblo sin armas; que nuestros hijos nunca han visto un tanque y que desconocen el helicóptero artillado, el barco de guerra y el cañón. Puedo decirles que en mi país, los padres y los abuelos explican a los jóvenes la curiosa arquitectura de algunas escuelas, en relatos que atestiguan cómo, hace ya muchos años, esas escuelas fueron cuarteles. Puedo decirles que en mi patria, ninguno de sus hijos, hombre o mujer, conoce la opresión, y que no hay un solo costarricense que marche al destierro. Puedo decirles que la mía es una nación de libertad.

Ése es un camino que ni mi país, ni yo, estamos dispuestos a abandonar. No sólo eso: es una ruta que queremos que sea la de toda la humanidad. Por eso, hoy les propongo una idea. Les propongo que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica, mediante el cual se creen mecanismos para condonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en educación, salud y vivienda para su pueblo, y cada vez menos en armas y soldados. Es hora de que la comunidad financiera internacional premie no sólo a quien gasta con orden, como hasta ahora, sino a quien gasta con ética.

Les propongo, además, que aprobemos lo antes posible un Tratado sobre la Transferencia de Armas (ATT) que prohíba a los países la transferencia de armas a estados, grupos o individuos, si existe razón suficiente para creer que esas armas serán utilizadas para violar los Derechos Humanos o el Derecho Internacional, o claros indicios que apuntan a la posibilidad de que ellas sean utilizadas para alterar el desarrollo sostenible.

Espero que las Naciones Unidas, en este período de sesiones de su Asamblea General, acuerde la formación

de un grupo gubernamental de expertos que redacte el texto de un tratado vinculante en materia de transferencias internacionales de armas.

Si es hora de cerrar las puertas al comercio de armas y a su infinita estela de muerte, es hora también de abrirlas de par en par al otro comercio, al intercambio legítimo y lícito de bienes y servicios, del que depende la prosperidad de los pueblos.

Sé que este recinto alberga una amplia gama de opiniones sobre las mejores formas de alcanzar un mayor intercambio global, que de oportunidades verdaderas a todos los países. En épocas de globalización la disyuntiva que enfrentan los países en vías de desarrollo es tan cruda como simple: si no son capaces de exportar cada vez más bienes y servicios, terminarán exportando cada vez más gente.

El argumento más fuerte a favor de la apertura económica es, simplemente, que contribuye a disminuir la pobreza. A veces me maravilla la tenacidad con la que algunos insisten en que la globalización es una fuerza perversa que está aumentando la pobreza en el mundo. Por el contrario, de acuerdo con cifras del Banco Mundial, en las últimas dos décadas, la cantidad de pobres en el mundo disminuyó en casi 200 millones de personas, en buena parte debido a lo sucedido en China e India, dos países que han abrazado la globalización y la apertura comercial con particular fervor.

La liberalización comercial puede ser, entonces, defendida por sus méritos y por sus efectos beneficiosos para los más pobres. Si de verdad queremos estar a la altura del desafío ético que implica la reducción de la pobreza en el mundo es urgente que prevalezcan la sabiduría y la prudencia, de manera que la Ronda de Doha culmine con éxito.

Pero quiero enfatizar que la defensa del libre comercio debe ser honesta y consistente. Debe buscar un intercambio comercial que, en efecto, sea igual de libre para todos los países. No es éticamente defendible la práctica de los países desarrollados de presionar por la eliminación de barreras comerciales sólo en los sectores en que cuentan con evidentes ventajas comparativas. Los países en vías de desarrollo necesitamos y demandamos también libre comercio en la agricultura. Hasta que no avancemos en este tema, tendremos que seguir parafraseando la célebre expresión de George Orwell: en el libre comercio somos todos iguales, pero hay algunos más iguales que otros.

Los países en vías de desarrollo necesitamos ayuda para el desarrollo y solidaridad de parte de los países industrializados, pero, sobre todo, necesitamos de ellos coherencia. Que si pregonan el libre mercado, entonces que éste sea, en efecto, libre. Que si defienden y practican en sus países admirables formas de justicia social a través de sus estados de bienestar, entonces que pongan una pizca de esa filosofía en práctica a escala internacional. Que si pregonan y viven el credo democrático en sus fronteras, que ayuden a traducirlo en una distribución de poder más balanceada en los organismos internacionales.

En efecto, el tercer gran reto que quiero plantearles hoy es el de reforzar la gobernabilidad global y reformar sus instituciones. Esta tarea empieza con la defensa del multilateralismo, con la estricta adhesión de todos los países al Derecho Internacional y a los principios en que se fundamenta la Carta de las Naciones Unidas, la más elemental salvaguarda contra la anarquía en el mundo. Costa Rica, por carecer de ejército, es acaso el país que más necesita de un sistema internacional efectivo para garantizar su seguridad.

Es preciso que los países más poderosos de la Tierra entiendan que la supervivencia de la legalidad internacional y de las Naciones Unidas es fundamental para su propia seguridad. Que entiendan que la mera existencia de este foro es uno de los grandes logros de nuestra especie; que es una victoria de la esperanza sobre el miedo, de la tolerancia sobre el fanatismo, de la razón sobre la fuerza.

Encontrándome hoy en este recinto, cuánto quisiera volver a escuchar la voz poderosa de John F. Kennedy diciéndole al mundo, como dijo en el año 1961:

“A esa asamblea mundial de estados soberanos, las Naciones Unidas, nuestra última y mejor esperanza en una era en la que los instrumentos de la guerra han avanzado mucho más que los instrumentos de la paz, le renuevo nuestro compromiso de apoyo. Apoyo para evitar que se convierta simplemente en un foro para insultarnos; apoyo para fortalecer el escudo protector que ofrece a los estados nuevos y débiles; apoyo para expandir el área en la que sus mandatos tienen validez”.

Esa es la globalización que puede transformar para bien la vida de todos los seres humanos: una globalización en la que todos los países seamos, como lo somos aquí, iguales en nuestros derechos; en la que cada pueblo pueda hacer escuchar su voz y escuchar la de los demás, en la que el ejercicio de la tolerancia que presenciamos cotidianamente en este salón sea la norma y no la excepción.

El gran escritor británico Aldoux Huxley, alguna vez se preguntó si la Tierra no sería el infierno de otro planeta. Yo no lo creo. Es tan sólo un lugar prodigioso y complejo, habitado por una especie que apenas está en su infancia y que, como un infante, apenas empieza a entender sus inmensos poderes para crear y para destruir.

Para bien o para mal, nuestra especie escribe su historia en borrador, nunca nítidamente, debatiéndose, como cada uno de nosotros, en un perpetuo conflicto entre los mejores y los peores ángeles de nuestra naturaleza. En ese conflicto, las victorias del espíritu humano, por más que sean ciertas, son siempre incompletas, graduales, tentativas y sujetas a retrocesos. La Tierra no es un infierno, es nada más un lugar donde no reside, ni residirá nunca, la perfección, tan sólo una bondad y una grandeza salpicadas de miserias, de errores y de quebrantos.

Los indiscutibles logros de los últimos veinte años nos dicen que, a pesar de los pesares, el ser humano continúa su marcha ascendente. Pero es tiempo de rectificar costosos errores, de corregir rumbos equivocados y de abandonar destructivas costumbres que harán esa marcha infinitamente más azarosa y empinada de lo que debe ser.

Si no enfrentamos, hoy, el aumento del gasto militar y el comercio de armas; si no estimulamos a los países más pobres a invertir sus recursos en la vida y no en la muerte; si no vencemos los temores y la hipocresía que impiden un comercio verdaderamente libre en el mundo; si no fortalecemos las instituciones y las normas internacionales que nos pueden proteger de la anarquía global; si no hacemos todo ello, condenaremos a nuestra especie a caminar al filo del precipicio, a vivir en la noria del eterno retorno, desandando como Sísifo cada cumbre alcanzada.

Creo que es preciso sumar al optimismo el temple y la voluntad de cambio. Creo que es tiempo de que la humanidad construya un futuro a la altura de sus mejores sueños.

LA PAZ SÓLO SERÁ POSIBLE A TRAVÉS DE LA MEMORIA

LXIII SESIÓN PLENARIA DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS
NACIONES UNIDAS
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
24 DE SEPTIEMBRE DE 2008

“Como el viejo protagonista del cuento de Charles Dickens, abramos los ojos frente a nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro; es necesario que garanticemos paz y justicia para el pasado, paz y desarrollo para el presente, paz y naturaleza para el futuro”.

He venido aquí con el verbo de la urgencia que carga cualquier líder en los momentos álgidos de la historia. No es éste un año cualquiera. Mientras celebramos esta Asamblea General, millones de personas que antes podían cubrir sus necesidades más básicas, han visto de nuevo la cara de la pobreza. El hambre, ese monstruo abominable que durante tantos años hemos dejado escapar, ha vuelto a ahuyentar los sueños de la humanidad. El pesimismo y la desesperanza se han apoderado de nuestras economías, y quienes menos tienen pagarán, como siempre, las consecuencias. El gasto militar mundial asciende a \$3.300 millones diarios, pero la ayuda internacional

sigue llegando a cuentagotas a los países más pobres, y a los países de renta media no les llega del todo. Crudos huracanes y sequías intensas nos recuerdan que el planeta reacciona ante nuestra irracionalidad, y el tiempo que nos queda puede ser una cuenta regresiva si no hacemos algo por cambiar.

Tal vez no ha habido una Asamblea General en donde se discutan asuntos más globales que ésta. Nuestra interdependencia nos ha hecho a todos vulnerables, pero en eso radica también nuestra fortaleza. Ayer una nación podía apartar la mirada ante el sufrimiento ajeno, podía desdeñar las penas de los demás. Hoy esa opción no existe. Toda victoria es compartida, todo fracaso es común. El hombre que movido por el hambre corta un árbol en la selva virgen del Amazonas, nos priva sin saberlo de una fracción del aire que respiramos en esta sala. La madre europea que ha debido comprar menos alimentos porque ya no le alcanza el dinero, afecta sin saberlo la economía de todas las naciones del mundo. El niño africano que abandona la escuela por falta de recursos, determina sin saberlo el desempeño futuro de nuestra especie. Estamos todos unidos en esto, y tal vez por primera vez en la historia, nadie puede mirar en otra dirección. Estamos sentados simultáneamente en el banquillo de los acusados y en el de los acusadores, en la galería del público y en la silla del juez. Tenemos que saber aprovechar este momento, en que la igualdad entre las naciones se hace cierta en la igualdad de sus desafíos.

No podremos enfrentar nuestras realidades sin conocerlas en su totalidad. No podremos difundir la luz de la razón en nuestra Tierra, si dejamos a propósito regiones en la sombra. Si hemos de asumir seriamente los retos de nuestros días, es justo que, como el viejo protagonista del cuento de Charles Dickens, abramos los ojos frente a

nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro; es necesario que garanticemos paz y justicia para el pasado, paz y desarrollo para el presente, paz y naturaleza para el futuro.

En el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, los Estados que integramos esta organización nos hemos comprometido a *crear condiciones bajo las cuales pueda mantenerse la justicia*. De esas condiciones, quizás la más elemental es la voluntad. La voluntad de exigir el cumplimiento de las obligaciones. La voluntad de alzar la voz frente al irrespeto al Derecho Internacional. Y sobre todo, la voluntad de no dejar pasar desapercibidos hechos que constituyen una afrenta a toda la humanidad.

No sólo con la acción se consiente el mal. También, y sobre todo, con la omisión. Callar, cuando los crímenes son grandes y las responsabilidades son claras, no es ser neutral, sino tomar partido del lado de los agresores. Hay en nuestro pasado recientes crímenes impunes y horrendos, que no claman por venganza, pero sí por justicia. No podemos banalizar el mal. Si no queremos repetir las dolorosas historias de Kósovo y Bosnia, de Rwanda y Kampuchea, entonces es hora de que la comunidad internacional presione porque los responsables de los crímenes cometidos en Darfur, sean llevados a la Corte Penal Internacional. Costa Rica se opondrá a cualquier intento por evadir este camino, que es el camino de la paz. Porque el perdón se basa en la recuerdo, no en el disimulo; y la paz sólo será posible a través de la memoria. Debemos comprender, en palabras de Ellie Wiesel, que *“la memoria del mal servirá como escudo contra el mal; la memoria de la muerte servirá como escudo contra la muerte”*.

Si el espíritu del pasado nos impulsa a exigir responsabilidades por la violación de los derechos humanos, el espíritu del presente nos impulsa a velar por su cumpli-

miento actual. Existen muchas formas por las cuales los Gobiernos pueden agredir indirectamente a sus pueblos, y una de ellas es el desmedido gasto militar. Particularmente en naciones en vías de desarrollo, cada misil de largo alcance, cada helicóptero artillado, cada tanque de guerra, constituye un símbolo de las necesidades postpuestas de nuestras poblaciones.

En un planeta donde una sexta parte de la población vive con menos de un dólar al día, gastar \$1.2 trillones en armas y soldados es una ofensa y un síntoma de irracionalidad, porque la seguridad de un mundo satisfecho es más cierta que la seguridad de un mundo armado. América Latina no escapa a este fenómeno. El año pasado, el gasto militar latinoamericano ascendió a \$39 mil millones, en una región que nunca ha sido más pacífica, y nunca ha sido más democrática.

No conozco mayor distorsión de los valores, o mayor extravío de las prioridades. Con un pequeño porcentaje del gasto militar mundial, se puede dar agua potable a toda la humanidad, poner luz eléctrica en todos los hogares, lograr la alfabetización universal, y erradicar todas las enfermedades prevenibles. No estoy hablando de la utopía de un mundo sin ejércitos. Lamentablemente esa es una idea a la que no le ha llegado su hora. Estoy hablando de porcentajes mínimos de un gasto que puede disminuirse, sin lesionar la capacidad de defensa de los países, particularmente de los países en vías de desarrollo.

Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Estoy convencido de que eso nos traerá mayor desarrollo, mayor seguridad y mayor paz, que todo el dinero que actualmente destinamos a nuestros ejércitos. Hoy les pido humildemente su apoyo a esta iniciativa.

Y les pido también su apoyo al Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). El poder de destrucción de los 640 millones de armas pequeñas y livianas que existen en el mundo, en su gran mayoría en manos de civiles, merece igual o mayor atención que el gasto militar.

Pero por muy urgente que sea asegurar el desarrollo presente de nuestros pueblos, es igual de importante asegurar su desarrollo por venir. El espíritu del futuro, tal y como lo estamos prefigurando, nos muestra una imagen desoladora, una imagen de destrucción absoluta: es el mundo que nos espera si no hacemos algo aquí y ahora mismo, por declarar la Paz con la Naturaleza (*ver discurso No renunciaremos a la vida en el planeta 10/7/2007*).

Hace 60 años, un ilustre costarricense, don José Figueres, abolió el ejército en mi país. Lo que fue el Cuartel General de las fuerzas armadas costarricenses, es hoy un Museo Nacional. Nuestros niños, que nunca han visto marchar a una columna de soldados, conocen sólo la marcha de las columnas de hormigas. Ningún joven costarricense sabe la diferencia entre tal o cual misil, entre tal o cual avión de combate, pero puede distinguir entre los árboles del bosque y los animales del mar, sabe la importancia de los ciclos del agua, y de la energía del viento, los ríos y el sol. La nuestra es una nación de paz con los seres humanos, pero aspiramos también a ser una nación de paz con todas las formas de vida.

Nos hemos propuesto ser neutrales en emisiones de carbono para el año 2021. El año pasado nos convertimos en la nación con más árboles per capita y por kilómetro cuadrado en el mundo, al sembrar 5 millones de árboles. En el 2008 sembraremos 7 millones de árboles más. Lideramos una cruzada internacional en contra del calen-

tamiento global y la destrucción del ambiente, particularmente del bosque primario.

La marcha de la humanidad por la historia no es lineal ni continua. Tiene desvíos y caídas. Tiene incluso dolorosos retrocesos. Como en la obra de Pedro Calderón de la Barca, una mañana amanecemos príncipes, y a la siguiente no somos más que mendigos. Pero no todo en la vida es sueño. Hay realidades concretas que hemos logrado construir. Hay logros indiscutibles en la historia del hombre. Esta organización es uno de ellos. Me dirán que las Naciones Unidas está fundada sobre la búsqueda de la paz, sobre el entendimiento entre los pueblos, sobre el respeto al Derecho Internacional. Y todo eso es cierto. Pero me atrevo a decir que, antes que nada, esta organización está fundada sobre la esperanza. La esperanza de que nuestra marcha sea ascendente, de que nuestro futuro sea mejor, de que exista una tierra prometida detrás de los desiertos de violencia e injusticia, que con tanta valentía hemos podido atravesar.

Les aseguro que si encaramos el espíritu de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro; si edificamos la paz desde la justicia, el desarrollo y la naturaleza; si rechazamos el olvido, el armamentismo y la destrucción ambiental; llegaremos algún día a esa tierra prometida, y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos no serán nunca más mendigos en el reino de sus sueños.

EL TEXTO QUE SOSTIENE A ESTE EDIFICIO

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE SEGURIDAD
ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
19 DE NOVIEMBRE DE 2008

“El artículo 26 ha sido hasta ahora letra muerta en el vasto cementerio de las intenciones de paz en el orbe. Pero en este mismo recinto descansa la posibilidad de revivirlo, de darle el contenido que soñaron quienes nos precedieron en esta lucha”.

Un curioso relato de la mitología escandinava, narra el infortunio de dos reyes condenados a luchar eternamente entre sí, de forma tal que cuando uno diera muerte al otro, éste se levantaría de nuevo para continuar peleando hasta el último día del mundo. La historia varía en sus versiones, pero en todas ellas, los reyes y sus ejércitos resucitan cada mañana con nuevas armas, dispuestos a empezar una vez más la batalla. Lo que fue la fabricación fantástica de una cultura guerrera, se convirtió en la dolorosa premonición de los hechos que habrían de marcar, con sangre, la historia del siglo XX. Una escalada de armas, enemigos, amenaza y guerra, que acabó con la vida de cientos de millones de personas, y nos atrincheró en las esquinas de la inseguridad internacional.

Es ahí donde se explica el surgimiento de este Consejo de Seguridad: en la búsqueda de soluciones para detener la batalla sin fin de la especie humana, alimentada por el frenesí de la carrera armamentista. Probablemente ningún órgano ha recibido jamás una tarea más ambiciosa que ésta. Y probablemente ningún órgano ha topado con peores disyuntivas que las que han enfrentado ustedes. Muchos de esos dilemas aún están pendientes de resolver, pero su respuesta pasa, sin duda alguna, por el contenido de la Carta de las Naciones Unidas.

En el año 1945, cuando aún se disipaba el humo de la peor guerra de la que el ser humano tenga memoria, los fundadores de esta Organización escribieron en el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas: “*A fin de promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos, el Consejo de Seguridad tendrá a su cargo, con la ayuda del Comité de Estado Mayor a que se refiere el Artículo 47, la elaboración de planes que se someterán a los Miembros de las Naciones Unidas, para el establecimiento de un sistema de regulación de los armamentos*”. La redacción de este artículo no es inocente. Emite un juicio que debe ser entendido por este Consejo en toda su extensión: el gasto en armamentos es un *desvío* de recursos humanos y económicos, es decir, un destino distinto al adecuado. Como mínimo, la Carta nos pide que aceptemos que el excesivo gasto militar tiene un infinito costo de oportunidad.

Esto no es el delirio de un habitante del primer país en la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Tampoco es el anhelo de un Premio Nobel de la Paz. Es el texto que sostiene a este edificio. Es el texto que justifica cualquier acción de este Consejo de Seguridad. El artículo 26 ha sido hasta ahora letra muerta en el vasto

cementerio de las intenciones de paz en el orbe. Pero en este mismo recinto descansa la posibilidad de revivirlo, de darle el contenido que soñaron quienes nos precedieron en esta lucha.

“La menor desviación posible de recursos” quiere decir, antes que nada, encontrar alternativas al excesivo gasto militar que no menoscaben la seguridad. Una de esas alternativas es el fortalecimiento del multilateralismo. En el tanto en que las naciones no se sientan protegidas por organismos regionales fuertes y con capacidades verdaderas de actuación, continuarán armándose a expensas del desarrollo de sus pueblos –particularmente de los pueblos más pobres–, y a expensas de la seguridad internacional. El Consejo de Seguridad debe respaldar, como garante de la seguridad colectiva, los acuerdos multilaterales adoptados en los diferentes organismos regionales. Costa Rica luchará por esta vía durante el próximo año, como mecanismo para generar un ambiente propicio para la reducción gradual del gasto militar.

La nuestra es una nación desarmada. Pero no es una nación ingenua. No hemos venido aquí a presionar por la abolición de todos los ejércitos. Ni siquiera venimos a presionar por la reducción drástica del gasto militar mundial, que actualmente asciende a \$3.300 millones diarios. Pero una reducción gradual no sólo es posible, sino que es imperativa. Particularmente para las naciones en vías de desarrollo.

Sé bien que ni esta Organización, ni este Consejo, ni ninguno de los miembros que lo integran, pueden decidir cuántos recursos gasten los demás países en armas y soldados. Pero sí pueden decidir cuánta ayuda internacional les brindan, y con base en qué principios. La lógica perversa que impulsa a una nación pobre a gastar sumas excesivas en sus ejércitos y no en sus pueblos, es exacta-

mente la antítesis de la seguridad humana, y en última instancia es una seria amenaza para la seguridad internacional.

Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*), esta iniciativa pretende premiar a los países en vías de desarrollo, pobres o de renta media, que *desvíen* cada vez menos recursos económicos y humanos a la compra de armamentos, tal y como lo manda el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas. Hoy les pido su apoyo para convertir al Consenso de Costa Rica en una realidad. Y les pido también su apoyo para el Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). No sé cuánto tiempo más podremos sobrevivir sin darnos cuenta de que matar a muchos, poco a poco, cada día, es tan condenable como matar a muchos, en un solo día.

Costa Rica no ignora que este Consejo lo integran algunos de los países que encabezan la lista de vendedores y compradores de armas pequeñas y livianas en el mundo. Pero también sabe que todos esos países han reconocido en el terrorismo y el narcotráfico graves amenazas a la seguridad internacional. La delincuencia organizada mundial depende del tráfico de armas, que hasta ahora ha fluido con pasmosa libertad a través de nuestras fronteras, con la venia de las mismas naciones que sufren las consecuencias. Aunque este Tratado no impedirá que esos grupos existan, sin duda pondrá un cerco a sus operaciones.

Si fracasamos en adoptar estas medidas, si el Consenso de Costa Rica no consigue el apoyo de las naciones desarrolladas, si el Tratado sobre la Transferencia de Armas naufraga en las aguas de esta Organización, los Objetivos de Desarrollo del Milenio no serán más que el sueño

imposible de un mundo que, como Sísifo, se empeñó sin descanso en una tarea vana. Nos esforzamos por erradicar la pobreza extrema y el hambre, y sin embargo, los conflictos armados constituyen la principal causa del hambre en el mundo. Nos esforzamos por mejorar la atención en salud, particularmente la salud materna y la lucha contra el SIDA y la malaria, y sin embargo, el gasto militar priva de millones de dólares al presupuesto sanitario de los países pobres. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio fueron palabras valientes, pero nunca serán más que palabras si no regulamos los armamentos ni ideamos incentivos para reducir el gasto militar.

La humanidad puede romper la condena que hasta ahora la ha obligado a pasar sus siglos en una lucha incesante y fratricida. Así lo creyeron quienes fundaron esta Organización. La magnitud de la misión encomendada a este Consejo no es una expectativa fracasada, pero sí es un camino poblado de espinas. Mantener la paz no será nunca una tarea fácil. Y nunca será una tarea acabada. Pero yo les aseguro que el fortalecimiento del multilateralismo, la reducción del gasto militar en aras del desarrollo humano, y la regulación del comercio internacional de armas, son pasos en la dirección indicada, en esa misma dirección trazada hace 63 años por quienes, sobrevivientes de la barbarie, fueron capaces de albergar la esperanza.

PORQUE TENEMOS PROMESAS QUE CUMPLIR

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
NEW YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
20 DE NOVIEMBRE DE 2008

“En mi país, el sueño de paz ha dejado de ser un sueño. Es un ideal transformado en acción, a través de muchos años de decisiones sabias. Un ideal que fue puesto a prueba cuando la guerra rodeó a nuestro país en la década de los ochenta. Es más que palabras en un papel. Nos acompaña cada mañana en nuestras labores cotidianas, en nuestras calles, en nuestras escuelas. Lo vivimos plenamente. El sueño de la paz, el sueño de las inversiones sabias, está vivo en el corazón de mi pueblo. No veo razón alguna por la cual otros países, ricos o pobres, no puedan compartir este mismo privilegio”.

Me siento orgulloso de hablarles sobre dos acciones concretas a las que Costa Rica se ha avocado en el escenario internacional; acciones que nos ayudarán a guiar nuestros esfuerzos en la atención de los graves problemas de violencia y la pobreza que el mundo enfrenta. Pero antes de discutir acciones, quisiera por un momento llamar su atención sobre algunas palabras.

Es por las palabras que estamos hoy en este lugar. En los gobiernos estables alrededor del mundo, las palabras

de las constituciones les dan a los líderes el poder para gobernar, y a los ciudadanos el poder para votar. Las palabras crearon esta organización, y construyeron sobre nosotros el techo de las Naciones Unidas. Nuestros documentos fundadores pueden haber sido escritos a mano o impresos en papel, pueden haberse guardado en urnas de cristal o en recuadros adornados; pero al final, en su concepción más básica, no son más que promesas: promesas que una nación, o un grupo de naciones unidas, formulan a sus niños.

Cuando era un niño, dos promesas me fueron hechas en torno a la paz, la seguridad y el control de los armamentos. Una promesa con el poder de cambiar a mi país, y la otra con el poder de cambiar el mundo. La promesa de cambiar el mundo fue estampada en el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas. Sus palabras son muy claras: *“A fin de promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos, el Consejo de Seguridad tendrá a su cargo... la elaboración de planes... para el establecimiento de un sistema de regulación de los armamentos.”* En la *Opera House* de San Francisco, el 25 de junio del año 1945, los delegados de 50 naciones se pusieron de pie para mostrar su apoyo a la Carta. En nombre de todos los niños del mundo, se pusieron de pie por el control de armas, que a la vez implicaría un menor desperdicio de recursos indispensables, y la oportunidad de construir un mundo más seguro, más fuerte y más lleno de paz.

Yo tenía apenas 4 años cuando eso ocurrió. Ni siquiera sospechaba que una promesa se estaba formulando, en mi nombre, allá en San Francisco. Particularmente porque Costa Rica tenía entonces sus propios problemas. Mi pequeño y verde país estaba a punto de armarse para ini-

ciar una guerra civil que enfrentaría provincia contra provincia, hermano contra hermano. La promesa de Costa Rica vino 3 años después, en el año 1948, cuando la guerra terminó, y mi país abolió su ejército. En ese momento, Costa Rica me prometió a mí, y a todo los demás niños costarricenses, que invertiría sus recursos en las herramientas para el futuro, en lugar de las armas del pasado; en escuelas y en hospitales, en lugar de barracas; en maestros y en doctores, en lugar de soldados; en libros y en medicinas, en lugar de armas. Prometió dismantelar las instituciones de violencia, e invertir en el progreso que hace a la violencia innecesaria.

60 años después, Costa Rica ha mantenido su promesa al niño que fui una vez, y a todos los niños costarricenses. 60 años después, nuestra inversión en educación y seguridad social ha devuelto enormes dividendos. 60 años después, los jóvenes costarricenses que fueron testigos del momento en que nuestro gobierno hizo historia, han tenido la oportunidad de disfrutar vidas prósperas y pacíficas, y de heredar un mejor futuro a sus hijos y nietos.

Costa Rica mantuvo su promesa. Pero la otra promesa que mencioné, la promesa del mundo, se quedó atrapada en el papel, confinada a las palabras del artículo 26. El Consejo de Seguridad no ha honrado su mandato. La promesa de regular el comercio de armas e invertir sabiamente los recursos, no fue cumplida. A través de este fracaso, hemos despojado a muchas personas de los derechos que deberían disfrutar.

No podemos simplemente arrojar el sentimiento de culpa en el umbral de esta organización; éste es un fracaso compartido por la mayoría de las naciones. Sin embargo, creo verdaderamente que las Naciones Unidas, tal y como lo creyeron sus fundadores, es nuestra mayor esperanza; no sólo para mantener la paz, sino también para

fortalecerla mediante el tipo de inversiones que hacen que la paz sea sostenible. El cambio debe empezar aquí, y dos de las acciones que nos permitirán cumplir las promesas de nuestro pasado, están en nuestras manos. A una le queda un camino más largo por recorrer que a la otra, pero las dos enfrentan una senda empinada antes de poder convertirse en realidad. El éxito de ambas es esencial para nuestro futuro. Se trata del Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*), actualmente en estudio en esta sede, y el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*).

He estado hablando sobre nuestros hijos y nuestros nietos. El Tratado sobre la Transferencia de Armas (ATT) es como un hijo de Nueva York, y ha crecido rápidamente. En el año 1997, me reuní aquí con otros siete Premios Nobel para proponer un Código Internacional de Conducta sobre la transferencia de armas. Gracias a espíritus afines y poderosos aliados alrededor del mundo, esta idea tomó velocidad; el próximo mes, la Asamblea General de las Naciones Unidas decidirá si se crea un Grupo de Expertos Gubernamentales, que continuará con su redacción.

Debido a la naturaleza internacional del problema, no podremos resolverlo sin acuerdos internacionales. Para los millones de personas cuyas vidas han sido dañadas o destruidas por la violencia, no hay opción. Para el resto de nosotros, no hay excusa. Existe una gran resistencia. Algunos argumentan que este Tratado infringe el derecho de una nación de defenderse a sí mismo. Pero ustedes y yo sabemos que ninguna nación tiene el derecho de armar individuos, o grupos de individuos, que pretendan violentar los derechos humanos. Debemos defender esta verdad fundamental y asegurar que el ATT llegue hasta el

final del camino que empezó a recorrer hace ya algunos años.

Ahora bien, es claro que la regulación de los armamentos es sólo una parte de la promesa del artículo 26. Su espíritu también nos llama a mantener la paz *“con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo”*. Si pretendemos cumplir con este deseo, debemos hallar la manera de animar a las naciones para que reduzcan su gasto militar, particularmente en aquellas regiones donde los recursos son escasos. Para ese fin, mi Gobierno ha presentado el Consenso de Costa Rica.

Ésta es una idea a la que le ha llegado su hora. La comunidad internacional ha lanzado programas ambiciosos para mejorar la ayuda internacional y el desarrollo, como los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Pero no podemos entrar a una nueva etapa de cooperación internacional cargando los lastres del pasado, particularmente el lastre de un gasto militar que asciende a \$3.300 millones diarios. Ha llegado la hora de que la comunidad financiera internacional aprenda a separar la paja del trigo, y reconozca, con evidencia en mano, cuáles son los gastos que se traducen en un mejor nivel de vida para los seres humanos, y cuáles no lo son. Las naciones desarrolladas del mundo no pueden respaldar, con asistencia y recursos, la decisión de quienes prefieren apertrechar a sus soldados que educar a sus niños. Espero que, con el apoyo de algunas de las personas que nos acompañan en este mismo recinto, podamos hacer realidad el sueño del Consenso de Costa Rica.

Las dos medidas que he descrito no son más que sentido común, pero son muchos quienes las adversan y nos tachan de optimistas ilusos. Nos dicen que es poco realista hablar del control de armamentos o de la inversión social. Nos dicen que el mundo actual es demasiado peligroso para esos sueños.

Pero la historia nos dice lo contrario. Siempre hemos rescatado la esperanza de las garras del desencanto. Los mejores momentos en la lucha por la paz siempre han nacido en épocas de incertidumbre y de temor. Sucedió en Costa Rica, cuando abolimos el ejército con las heridas aún abiertas de una revolución. Sucedió en Pennsylvania, hoy hace 145 años, cuando Abraham Lincoln se dirigió a su pueblo en el campo de batalla de Gettysburg, y habló de esperanza en el futuro de los sobrevivientes, aún en medio de la Guerra Civil estadounidense. Sucedió en un Londres destrozado, en el año 1941, donde un grupo de espíritus valientes firmaron una declaración de paz que sembró la semilla de las Naciones Unidas. Y sucedió en un sitio identificado sólo como “*en algún lugar del mar*”, cuando Churchill y Roosevelt se encontraron a bordo del U.S.S. Augusta, para firmar la Carta del Atlántico. En medio de la guerra, en medio del océano, prometieron “*aligerar en los pueblos que aman la paz, el aplastante peso de los armamentos*”.

Hoy nosotros también nos encontramos “*en algún lugar del mar*”. Ni el fin de la II Guerra Mundial, ni el fin de la Guerra Fría, han aligerado nuestra carga. Corrientes de violencia nos sacuden con furor. Olas de inseguridad nos agitan sin descanso. Nuestro mundo es ciertamente peligroso, pero se vuelve todavía más peligroso por las acciones de aquellos que prefieren las ganancias económicas a la paz. Se vuelve todavía más peligroso por el río de armamentos que fluye, sin regulación, a los países en vías de desarrollo. Se vuelve todavía más peligroso por las crueles y perversas decisiones de inversión, que ignoran a los pobres, a los enfermos y al planeta mismo.

Si no encaramos esta realidad con valor; si no escuchamos las palabras de quienes clamaron por la paz en medio de la guerra; si fracasamos en cumplir las promesas que

nuestros países formularon a sus pueblos, defraudamos no sólo a nuestros niños, sino también a nuestros padres y abuelos. Defraudamos a las personas cuyo sacrificio en el campo de batalla pretendía acelerar el fin de ese sacrificio. Defraudamos a las personas que, con cortinas negras en sus ventanas y el sonido de la guerra en sus oídos, pronunciaron valientes palabras de paz, y esperaron que esas palabras se convirtieran en realidades.

Como Presidente de mi país, como Premio Nobel de la Paz, como Presidente del Consejo de Seguridad, pero sobre todo como un costarricense, les digo que esas visiones del pasado pueden aún concretarse. En mi país, el sueño de paz ha dejado de ser un sueño. Es un ideal transformado en acción, a través de décadas de decisiones sabias. Un ideal que fue puesto a prueba cuando la guerra rodeó a nuestro país en la década de los ochenta. Es más que palabras en un papel. Nos acompaña cada mañana en nuestras labores cotidianas, en nuestras calles, en nuestras escuelas. Lo vivimos plenamente. El sueño de la paz, el sueño de las inversiones sabias, está vivo en el corazón de mi pueblo. No veo razón alguna por la cual otros países, ricos o pobres, no puedan compartir este mismo privilegio.

Ése es el mensaje de Costa Rica. No importa cuáles obstáculos topemos en el camino, no importa cuáles intereses se opongan a nosotros, es un mensaje que seguiré pregonando mientras tenga aliento, porque es la única manera en que puede ser escuchado. En este lugar de diálogo y de esperanza, no tenemos más promesas que formular. Sólo tenemos promesas que cumplir. Y el poder para hacerlo está en nuestras manos.

TAL VEZ ESTA VEZ. TAL VEZ...

ARTÍCULO

27 DE ABRIL DE 2009

“Porque donde existe la misma razón, debe existir la misma disposición”

En ocasiones el curso de la humanidad puede cambiar casi imperceptiblemente. Murallas impenetrables pueden agrietarse un día, y dejar entrever el mundo que se esconde más allá. Abismos insuperables pueden acortarse, y una cuerda puede unir los dos lados de un precipicio. Paradigmas incuestionables de la política y la diplomacia pueden, a veces, verse sometidos a un análisis de veracidad. No sucede a menudo, pero sucede. Y son esos instantes los que confirman que el ser humano, con todos sus tropiezos y defectos, aún puede salvarse, aún puede construir un destino mejor, aún puede enmendar los errores que en el pasado lo han condenado a la tristeza, al odio y a la enemistad.

Algo así ocurrió la semana pasada en México, durante la visita oficial que realizó a ese país la Secretaria de Estado estadounidense, Hillary Clinton. En sus declaraciones, Clinton afirmó que Estados Unidos es responsable en la lucha contra el narcotráfico en México. Según

dijo, el Gobierno mexicano debe combatir la producción y el comercio de drogas ilícitas, pero el Gobierno estadounidense debe también reconocer su culpa, y asumir la tarea de combatir con mayor seriedad el consumo de esas drogas por parte de la población estadounidense, y el contrabando de armas que fluye desde los Estados Unidos hacia los carteles mexicanos.

Estas declaraciones podrían parecer obvias para quienes vivimos de este lado del hemisferio, y quienes, en mayor o menor medida, luchamos cada día contra los estragos del narcotráfico. Pero son declaraciones que establecen un cambio de actitud en la política exterior estadounidense, un cambio que revela una mayor disposición a trabajar conjuntamente en los problemas que nos aquejan. Hasta ahora, la palabra “corresponsabilidad” era casi proscrita en el lenguaje que se hablaba en la diplomacia del continente. Hoy eso empieza a cambiar.

Ninguna nación celebra este cambio más que Costa Rica. Para un país conocido por su pacifismo y por su lucha contra la proliferación de las armas convencionales y de destrucción masiva, resulta esperanzador escuchar a la Secretaria de Estado de la nación más poderosa del mundo, hablar finalmente sobre el tráfico internacional de armas. Nuestro país ha liderado, desde hace ya varios años, una cruzada por lograr la aprobación, por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, de un Tratado Internacional para la Transferencia de Armas (o ATT por sus siglas en inglés), que prohíba la transferencia de armas a Estados, grupos o individuos cuando existan razones suficientes para creer que esas armas serán empleadas para violar los derechos humanos o el Derecho Internacional.

Ha sido una cruzada plagada de obstáculos y de objeciones, pero en la que hemos sido firmes en nuestras

acciones y sinceros en nuestras palabras. En noviembre del año pasado, frente a los representantes de Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Rusia y China en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, dije: *“Costa Rica no ignora que este Consejo lo integran algunos de los países que encabezan la lista de vendedores y compradores de armas pequeñas y livianas en el mundo. Pero también sabe que todos esos países han reconocido en el terrorismo y en el narcotráfico graves amenazas a la seguridad internacional. La delincuencia organizada mundial depende del tráfico de armas, que hasta ahora ha fluido con pasmosa libertad a través de nuestras fronteras, con la venia de las mismas naciones que sufren sus consecuencias”*.

¿Cómo no celebrar que Hillary Clinton reconociera que el 90% de las armas de los carteles del narcotráfico en México provienen de los Estados Unidos? ¿Cómo no celebrar su disposición a discutir sobre las mejores vías para detener este comercio letal? ¿Cómo no celebrar el hecho de que la racionalidad parece haber llegado al poder en la nación norteamericana? Porque donde existe la misma razón, debe existir la misma disposición, y el mundo no puede seguir condenando a los países que exportan drogas, mientras aplaude a los países que exportan sin regulación las armas que permiten la producción y el comercio de esas drogas.

He dedicado mi vida a luchar por la paz. Pero no ha sido sencillo ¡La paz se ve amenazada por tantas mentiras disfrazadas de verdad, por tantos axiomas que no admiten demostración en contrario! Uno de esos axiomas es el que dice que las armas nos brindan siempre un mayor nivel de seguridad, particularmente en manos de civiles. Muchos han creído esta verdad de principio a fin, sin ver que por ella se han armado también cientos de guerrillas y grupos terroristas, miles de narcotraficantes y de delin-

cuentas comunes, que cada año cobran las vidas de millones de personas alrededor del planeta.

Somos un país de pacifistas, pero no de ingenuos. No pedimos que el mundo abandone por completo su adicción a las armas. Lamentablemente, no parece estar listo todavía para eso. No le pedimos a los Estados Unidos que proscriba el uso de rifles y de revólveres por parte de su población, ni que impida la fabricación de armas en su territorio. Tan sólo le pedimos que nos ayude a regular el comercio de esas armas hacia los países en vías de desarrollo. Le pedimos que nos ayude a controlar que no circulen libremente hacia los grupos criminales que rondan nuestras vidas y cercenan nuestros sueños. Las declaraciones de la Secretaria Clinton nos dan motivos para albergar esperanza y para decir, como dicen los estadounidenses, “*Maybe this time...*”, “*Tal vez esta vez*”. Tal vez se resquebrajen las murallas del pensamiento, tal vez se acorten los abismos de la razón, tal vez se derrumben los paradigmas de la violencia. Tal vez esta vez. Tal vez...

NO DILAPIDEMOS EL PRODIGIO DE LA VIDA

LXIV ASAMBLEA GENERAL DE NACIONES UNIDAS
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
22 DE SEPTIEMBRE DE 2009

“Fortalecer las democracias, reducir el gasto militar y cooperar para enfrentar el cambio climático, constituyen, quizás, la más ambiciosa agenda que ha asumido jamás la humanidad. No será yo, no será mi Gobierno, y no será Costa Rica, quien reniegue de este llamado histórico. Porque no podemos fracasar. No podemos desfallecer. No podemos retroceder cuando somos la vanguardia de 6.800 millones de seres humanos”.

Señor Presidente, lo saludo en nombre de un país 35 veces más pequeño que Libia, e infinitamente distinto en paisaje y geografía. En lugar de sus tormentas de arena, recibimos lluvias torrenciales. No conocemos las ondas del Mediterráneo, sino los caprichosos vaivenes del Caribe. Sus dunas son nuestros bosques, sus mezquitas nuestras catedrales. Pero creo que estas diferencias están en el corazón de las Naciones Unidas. Aristóteles adivinó que las cosas se distinguen en lo que se parecen. Aquí, en este recinto, las naciones se parecen precisamente en el hecho de ser distintas, en el hecho de ser irrepetibles en el extenso catálogo del planeta. Desde esa variedad que

nos hermana, le deseo el mayor éxito al frente de esta Asamblea General.

Hace 23 años hablé por primera vez en este podio, peñasco de la razón en medio de mares de locura. Venía entonces cargando el clamor de millones de centroamericanos que buscaban una salida pacífica a las guerras civiles que laceraban la región. Venía a pedir que las naciones poderosas dejaran de alimentar con armas la procesión de ataúdes en nuestros territorios. Y venía a defender el derecho de los pueblos de América Latina de labrar su destino en democracia y libertad.

La segunda vez que visité este recinto, vine a pedir apoyo para el Plan de Paz que habíamos firmado los presidentes centroamericanos. En aquellos días nadie pensaba que la pequeña Centroamérica habría de desafiar al mundo, y escoger la vida por sobre cualquier amenaza. Nadie pensaba que tendríamos la fortaleza para enfrentar a las potencias de la Guerra Fría, y encontrar una solución propia a nuestros problemas. Nadie pensaba que osaríamos cultivar la semilla democrática en nuestras tierras, y que trabajaríamos en lo sucesivo por el desarrollo humano de nuestros pueblos. Dimos entonces una lección a los pesimistas y a los escépticos. Refutamos con sueños las pesadillas que muchos vaticinaban para nosotros. Hoy vengo aquí a reconocer el camino recorrido, pero también a advertir sobre el riesgo de un retroceso.

Desde la última vez que hablé frente a ustedes, una nación centroamericana vio despertar de nuevo el demonio de un golpe de Estado. Los ejércitos de nuestra región recibieron casi \$60 mil millones para combatir enemigos imaginarios, mientras nuestras poblaciones luchaban contra la crisis económica con las manos vacías. Algunos líderes desafiaron de las formas más imaginativas las reglas democráticas, mientras todo lo que estaba mal en el con-

tinente siguió estando igual o peor. La pobreza continuó aquejando a más de una tercera parte de nuestros habitantes. Uno de cada tres jóvenes latinoamericanos se quedó sin ver las aulas de un colegio. Cientos de miles de personas murieron por causa de enfermedades prevenibles. La tasa de muertes violentas de algunos de nuestros países fue superior a la de países en guerra, a pesar de que, con la sola excepción de Colombia, no hay conflictos armados en la región. Y millones de árboles fueron derribados en territorios que son responsables, en conjunto, por dos terceras partes de la pérdida de cubierta forestal mundial en lo que va del siglo XXI.

El escenario no es esperanzador. Para quien viene de Latinoamérica, es difícil no sentir que estamos siempre rescatando nuestro futuro de las garras de nuestro pasado; que estamos siempre intentando despegar en una pista en donde algún insensato derramó aceite hace mucho tiempo. Seguimos sin alcanzar un mayor desarrollo. Seguimos sin construir una mejor democracia. Seguimos sin ahuyentar de nuestra realidad la sombra del militarismo y de la opresión. Estos problemas se repiten, en diferente grado, en la mayoría de las naciones en vías de desarrollo, sobre las que recaerá, en gran medida, el peso del curso de la humanidad durante los próximos 50 años.

Son las naciones en vías de desarrollo las que llevarán la peor parte de la lucha contra el calentamiento global; las que cargarán con el mayor peso del crecimiento poblacional del planeta; las que serán responsables de acelerar el crecimiento de una economía global, en donde los ricos no podrán aportar mucho más de lo que ya generan. Aún ignoramos el resultado del protagonismo que nos ha sido concedido. El éxito o el fracaso dependen de que tengamos la valentía para asumir, al menos, tres retos fun-

damentales: el fortalecimiento de nuestras democracias; el impulso al desarrollo humano de nuestros pueblos, mediante la reducción del gasto militar y del tráfico de armas a través de las fronteras; y la creación de un nuevo orden internacional de transferencia de ayuda, información y tecnología para combatir el cambio climático.

Las naciones en vías de desarrollo, y en particular las naciones de renta media, vivimos simultáneamente en el Medioevo y en la Posmodernidad. En nuestra carrera por emular las experiencias de los países desarrollados, nos hemos brincado pasos fundamentales. Uno de esos pasos es, sin duda, la paciente construcción de una institucionalidad democrática, algo que a ellos les ha tomado siglos; y a nosotros, con suerte, décadas. Como consecuencia, carecemos de una verdadera cultura cívica más allá de las apariencias. Contamos con una arquitectura democrática que, en muchas ocasiones, no es más que un cascarón vacío. Tenemos elecciones libres, pero no una estructura lo suficientemente abierta para permitir que cualquiera pueda postular su oferta política o ideológica. Tenemos separación de poderes formal, pero en muchos lugares el poder sigue siendo un monopolio disfrazado en diversas instancias públicas. Tenemos Estados de Derecho, pero la vigencia de ese Derecho se ve puesta a prueba cada día por gobiernos incapaces de aplicarlo, cuando no por gobiernos empeñados en vulnerarlo. Tenemos Constituciones Políticas y tratados internacionales que reafirman nuestra adhesión a los valores democráticos, pero una población que sigue estando dispuesta a trocar esos valores por bienes materiales.

Parafraseando al gran escritor argentino, Jorge Luis Borges, podemos decir que en gran medida los habitantes de países en vías de desarrollo no se identifican con el Estado, que les parece una abstracción ajena a sus necesi-

dades inmediatas. Y por eso permiten que un gobierno termine antes de su periodo constitucional, o quiera perpetuarse después de él. Por eso esperan de la Administración asistencia social y servicios públicos, pero no reconocen las obligaciones correlativas de un ciudadano. Por eso prefieren los caudillos a los partidos políticos, los líderes mesiánicos a las instituciones democráticas. Por eso boicotean la aprobación de nuevos impuestos, en países cuya carga tributaria es la mitad o incluso una tercera parte de la de países desarrollados. Y por eso caen tan sencillamente en el discurso de achacarles a otros los problemas nacionales, en lugar de asumir la responsabilidad de enfrentarlos por los mecanismos diseñados al efecto. Y todo esto ocurre en el mejor de los escenarios, porque en el peor ni siquiera hay democracia.

En la medida en que sigamos por esta vía, depositar esperanzas en las naciones en vías de desarrollo será echar agua en un saco. En la medida en que no dediquemos cada vez más atención internacional, y cada vez más cooperación internacional, a fortalecer y perfeccionar las democracias en el mundo, veremos una y otra vez a nuestros países intentar emprender el vuelo sobre una superficie resbalosa.

Este desafío se hace más urgente por la amenaza de una carrera armamentista que mueve anualmente un \$1.300 mil millones en el mundo. La combinación de ejércitos fuertes con democracias débiles ha probado ser nefasta en todos los rincones del planeta, y sobre todo en Latinoamérica, que durante la segunda mitad del siglo XX fue una vitrina de horrores dictatoriales, alimentados por la existencia de aparatos militares omnipresentes. No me cansaré de repetirlo: en Latinoamérica, y en buena parte del mundo en desarrollo, los ejércitos no han servido más que para dar golpes de Estado. No han protegido

al pueblo, sino que lo han oprimido. No han resguardado las libertades, sino que las han traspasado. No han garantizado el respeto a la voluntad popular, sino que han gestado su burla.

¿Cuál es la amenaza para nuestras naciones? ¿Cuál es, por ejemplo, el gran enemigo de Latinoamérica, que la impulsa a gastar \$165 millones diarios en armas y soldados? Yo les aseguro que esas amenazas son menores que las que plantea, por ejemplo, el mosquito de la malaria. Son menores que las que plantean la falta de oportunidades que impulsa a nuestros jóvenes al crimen. Son menores que los que plantean los carteles de droga y las pandillas callejeras, que se sostienen gracias a un mercado irrestricto de armas pequeñas y livianas.

Se trata de poner nuestras prioridades en orden. Costa Rica fue el primer país en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Gracias a esa decisión visionaria, gracias al ejército libertador del Comandante José Figueres, que renunció para siempre a las armas, hoy tenemos la oportunidad de invertir nuestros recursos en las cosas que importan. Y aunque sabemos que no todas las naciones están listas para tomar un paso tan radical, sí creemos que la reducción gradual y progresiva del gasto militar, no es sólo una buena estrategia para disponer de recursos, sino también un imperativo moral para las naciones en vías de desarrollo.

Es por eso que les pido, una vez más, que hagamos realidad el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Y les pido también que aprobemos el Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Les aseguro que estas dos iniciativas nos harán más seguros, y ciertamente más desarrollados, que la dispendiosa maquinaria de muerte que actualmente consume nuestros presupuestos.

Lo que es más, el gasto en armas no nos priva sólo de recursos económicos. Nos priva ante todo de recursos humanos. El más grande arsenal de genios en el mundo está en este momento trabajando en perfeccionar el armamento y los sistemas de defensa de algunas naciones. Ése no es su lugar. Su lugar es en los laboratorios en donde se creen medicamentos accesibles para toda la humanidad. Su lugar es en las aulas en donde se formen los líderes del día de mañana. Su lugar es en los gobiernos que requieren asesoría para proteger sus cosechas, sus ciudades y sus poblaciones, de los efectos del calentamiento global.

Hemos incluido el desarrollo sostenible en el Consenso de Costa Rica, porque creemos que hay una relación entre las armas y la protección del medio ambiente. En primera instancia, porque las armas y las guerras generan más devastación ambiental y más contaminación que cualquier actividad productiva. Y en segunda instancia, porque la sola existencia del gasto militar constituye, en sí y por sí misma, la negación de recursos para el combate al calentamiento global. Cada helicóptero artillado, cada tanque de guerra, cada submarino nuclear, representan, en la práctica, bosques que no se protegen, tecnologías que no se abaratan y adaptaciones que no se realizan.

Quedan pocas semanas para la Cumbre de Cambio Climático en Copenhague, en donde cada país deberá asumir compromisos mucho mayores que los actuales. Costa Rica acudirá a la cita con la frente en alto, porque unilateralmente, y a fuerza de grandes sacrificios, nos hemos impuesto metas cada vez más elevadas. Hemos lanzado una iniciativa conocida como Paz con la Naturaleza, con la que nos proponemos, entre otras cosas, convertirnos en un país neutral en emisiones de carbono para el

año 2021. En buena medida, esto es posible gracias a que llevamos casi 4 décadas de proteger nuestro territorio, reforestar nuestros bosques y resguardar nuestras especies naturales. Y también porque, al mismo tiempo que abolimos nuestro ejército, creamos una institucionalidad pionera en la búsqueda de fuentes renovables de energía. Hoy, más del 95% de nuestra electricidad proviene del agua, del viento, del fondo de la Tierra o de los rayos del sol.

Existen todavía retos infinitos. Para Costa Rica y para cualquier otro país de renta media. Las naciones ricas del mundo, que se desarrollaron de la manera más insostenible, no pueden poner ahora límites que ahoguen las expectativas de desarrollo de los demás pueblos. El esfuerzo debe ir dirigido, en su lugar, a idear una plataforma global que nos permita transferir eficientemente ayuda internacional, información y tecnología de una nación a otra. Una plataforma que sólo tendrá sentido si los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) incrementan la ayuda oficial para el desarrollo, que actualmente suma \$120 mil millones anuales. Cuando se trata de mitigar y adaptarnos al calentamiento global, el mundo debe compartir y no competir.

Estos tres desafíos, el de fortalecer las democracias, reducir el gasto militar y cooperar para enfrentar el cambio climático, constituyen, quizás, la más ambiciosa agenda que ha asumido jamás la humanidad. No seré yo, no será mi Gobierno, y no será Costa Rica, quien reniegue de este llamado histórico. Porque no podemos fracasar. No podemos desfallecer. No podemos retroceder cuando somos la vanguardia de 6.800 millones de seres humanos.

Somos todavía como Adán y Eva en un Paraíso sideral, minutos antes de ser expulsados por nuestra propia sober-

bia. Depende de nuestra responsabilidad, de nuestra humildad y de nuestra valentía, que no perdamos la oportunidad sobre la Tierra, que no dilapidemos el prodigio de esta vida que nos ha traído angustias y dolores, pero nos ha permitido también concebir la alegría. El más grande poeta costarricense, Jorge Debravo, dijo que la esperanza es de hueso, más poderosa que la imaginación y que el recuerdo. Que esa esperanza, que existe todavía, nos infunda aliento para emprender la última carrera de la civilización insostenible, y la primera de la que habrá de pervivir y sucedernos.

LA PAZ SIGUE ESTANDO SIEMPRE UN POCO MÁS ALLÁ

CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
24 DE SEPTIEMBRE DE 2009

“Este órgano fue fundado sobre la promesa de que habríamos de dormir tranquilos después de la más abominable de las guerras. Esa promesa no se ha cumplido todavía. Mientras nosotros dormimos, la muerte está despierta. Vela en las bodegas en que se almacenan más de 23 mil ojivas nucleares, como 23 mil ojos abiertos a la espera de un descuido”

Agradezco la oportunidad de dirigirles unas palabras en lo que constituye el lugar más emblemático del orden internacional en la era nuclear. El Consejo de Seguridad es el producto de una mezcla de estupor y de esperanza, la cosecha de un temor atroz que dio paso a la fe en un destino de paz para la estirpe humana. Este órgano fue fundado sobre la promesa de que habríamos de dormir tranquilos después de la más abominable de las guerras. La promesa, contenida en el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas, de que el Consejo de Seguridad promovería *“el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos”*.

Esa promesa no se ha cumplido todavía. Mientras nosotros dormimos, la muerte está despierta. Vela en las bodegas en que se almacenan más de 23 mil ojivas nucleares, como 23 mil ojos abiertos a la espera de un descuido. La incitan y la espolean quienes perfeccionan las armas de destrucción masiva, en lugar de destruirlas, y cada año destinan decenas de miles de millones de dólares a la proliferación vertical. La cortejan fundamentalistas y megalómanos, radicales y populistas, que sostienen su poder sobre la pólvora.

Agradezco al Presidente Barack Obama la oportunidad de discutir sobre la reducción del armamento nuclear en el mundo. Un grupo numeroso de Premios Nobel de la Paz hemos ido más allá, y durante años hemos venido abogando por la total abolición de las armas nucleares, porque creemos que van en contra del instinto de supervivencia de cualquier especie. Sin embargo, no parece plausible discutir de desarme en el tanto no se honren, siquiera, los acuerdos existentes. En el tanto existan países que se resistan a ratificar el Tratado de No Proliferación Nuclear y el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (NPT y CTBT, por sus siglas en inglés). En el tanto algunos escondan los datos, almacenen material fisible y rechacen los mecanismos de verificación internacional, escudados tras el amparo de su soberanía. En el tanto se continúen realizando ensayos nucleares. En el tanto este Consejo de Seguridad continúe guardando silencio en torno a secretos a voces, como fue el caso de la red clandestina de proliferación de suministros nucleares, liderada impunemente por Abdul Qadeer Khan desde Paquistán, en abierta burla a la lógica que sustenta la Resolución 1540.

Ni parece plausible hablar de un mundo más seguro, en el tanto la proliferación de otro tipo de armas aguarde

perennemente en el segundo lugar de nuestra agenda internacional. Este Consejo incumple su misión histórica cada día que se hace de la vista gorda frente a la rampante carrera armamentista. El mundo gasta \$3.500 millones diarios en armas y soldados. Cada año, se venden más de \$42 mil millones, en armas convencionales, a las naciones en vías de desarrollo, en donde democracias débiles o inexistentes son incapaces de satisfacer las necesidades más básicas de sus pueblos. Incluso en Latinoamérica, que nunca ha sido más pacífica ni más democrática, este año se destinarán casi \$60 mil millones al gasto militar, en una región con una escolaridad promedio de 7 años y una pobreza que afecta a más de 200 millones de habitantes.

Es por eso que les pido que aprobemos el Tratado sobre la Transferencia de Armas que mi Gobierno ha presentado a esta organización. Porque si es legítimo que nos preocupemos por la posibilidad de que redes terroristas tengan acceso a un arma nuclear, es también legítimo que nos preocupemos por los rifles, las granadas y las metralletas que les dan su poder. ¿Quién dijo que matar a miles, de un golpe, es peor que matar a miles, todos los días?

Hace veinte años visité las Naciones Unidas durante mi primer mandato presidencial. En aquellos días hablábamos de un mundo sin cabezas nucleares, un mundo en donde controlaríamos por fin el armamento que alimentaba las guerras entre hermanos. Vuelvo hoy, como un Rip Van Winkle de la era moderna, a comprobar que todo ha cambiado, menos eso. La paz sigue estando siempre un poco más allá. Las armas nucleares y convencionales siguen existiendo a pesar de las promesas. De nosotros depende que en veinte años no nos despertemos a los mismos terrores que hoy sufrimos.

No ignoro que aquí están representados los mayores vendedores de armas en el mundo. Pero hoy no le hablo

a los fabricantes de armamento, sino a los líderes de la humanidad, a quienes tienen la responsabilidad de poner los principios por sobre las utilidades, y hacer cierta la promesa de un futuro en donde, finalmente, podamos dormir tranquilos.

DOS

LA DEMOCRACIA ES LA MORADA DE LA LIBERTAD

HACIA EL BUEN GOBIERNO: TAREAS AÚN PENDIENTES...

ENCUENTRO REGIONAL SOBRE GOBERNABILIDAD

SAN JOSÉ, COSTA RICA
12 DE OCTUBRE DE 2006

“Si las democracias latinoamericanas no empiezan a rendir frutos, si no reforman constantemente sus Estados para hacerlos gobernables, y fracasan en satisfacer las necesidades de sus ciudadanos, el temor de caer en el caos y la anarquía harán que los pueblos retornen a las viejas líneas de la dictadura. Como el hijo de un tirano, que luego de reunir valor para huir de su casa, regresa cabizbajo a recibir golpes a cambio de comida”.

Qué gran honor dirigirme a ustedes. Qué gran honor tomar el estrado en una actividad cuyas raíces democráticas vigorizan el debate y llenan el aire de savia y de libertad. Hoy tomo parte en una discusión que enaltece al pueblo costarricense, y a todos los visitantes de naciones hermanas que nos honran con su presencia en nuestro suelo.

Nos reúne aquí la noble persecución de un ideal. La convicción, afincada en lo más hondo del corazón humano, en donde reside nuestro incansable Quijote, de que los hombres y las mujeres son capaces de organizarse en libertad y regir su convivencia pacífica bajo el mandato de

su propia soberanía. Nos reúne la fe en que el verdadero buen gobierno, por inaprensible y por difícil que sea, es un norte infranqueable en la marcha de nuestros pueblos. A nuestra lucha incesante, aplican aquellas hermosas palabras de Winston Churchill: *“Puede que cada día progresemos. Puede que cada paso dé sus frutos. Siempre se extenderá ante nuestros ojos un camino que se alarga, que se empina, que se llena de obstáculos. Sabemos que nunca llegaremos al final de nuestro viaje. Pero esto, lejos de desalentarnos, sólo añade alegría y gloria a la escalada”*.

Me siento profundamente feliz de unirme a ustedes, caminantes.

Una democracia madura y plural como la de Costa Rica, se encuentra en la obligación de emprender esta marcha empuñando un espejo. A cada paso que demos, estamos obligados a mirar de cerca nuestra realidad y nuestras faltas. En materia de gobernabilidad y de buen gobierno, aunque hemos andado un largo trecho, nos queda todavía mucho por recorrer. Deseo referirme en particular a dos aspectos que considero elementales en nuestro país: la reforma y la modernización del Estado y el fortalecimiento de la ética en la función pública.

Al decir reforma y modernización del Estado, en Costa Rica se tiene la idea, imprecisa pero históricamente fundada, de que se está empleando un eufemismo para designar mecanismos de reducción del aparato estatal y despidos disfrazados bajo nombres amigables. Hace algunos años, una percepción distorsionada de la delicada tarea que significa modernizar nuestro gobierno, generó consecuencias que alentaron la suspicacia de nuestro pueblo y que han hecho particularmente difícil emprender cualquier cambio desde entonces.

Recelosos frente a los proyectos de reforma gubernamental, los costarricenses hemos cometido el error de

creer que el riesgo de sufrir una reforma estatal negativa, o socialmente perniciosa, es lo suficientemente elevado para justificar la permanencia del statu quo. Ello ha obstaculizado el progreso del país y ha generado una acumulación de ajustes que hacen urgente la reforma y la modernización del Estado costarricense.

Para llevar a cabo esa reforma, es necesario entablar el diálogo institucionalizado y civil entre los diferentes actores de nuestra sociedad. Se vuelve perentorio buscar acuerdos democráticos en la determinación del tipo y del tamaño del Estado que necesitamos y queremos construir. Pero algo debe quedarnos muy claro: el diálogo social es un medio para alcanzar acuerdos, no unanimidades. No podemos seguir vagando sin norte, discutiendo interminablemente entre nosotros, persiguiendo el espejismo de la unanimidad.

La vida en democracia deja de ser viable si el gobierno no es capaz de tomar decisiones en plazos razonables; si no es capaz de actuar con vigor, con rapidez y oportunidad para atender las demandas de la ciudadanía. Los costarricenses nos eligieron para ponernos al frente de un país, no para buscar la popularidad del que todo consiente pero nada ejecuta. No nos eligieron para invitar a los caminantes a nuestro estancamiento, sino para ponernos al frente de una nación sedienta de liderazgo en su camino al desarrollo.

Estamos aquí para poner a Costa Rica a caminar de nuevo, y para hacerlo debemos desechar las falsas dicotomías que a menudo se apoderan de nuestras discusiones. La más importante de ellas es la que concierne a la relación entre el Estado y el mercado en la economía de nuestras naciones. La satanización del Estado por los apologistas del mercado, y del mercado por los partidarios de la intervención estatal, es doblemente ingenua, inútil y peli-

grosa. Es indiscutible que más de medio siglo de amplia intervención estatal en la economía reportó para una vasta zona de nuestro continente, aunque algunos prefieran olvidarlo, logros importantes de crecimiento y de modernización económica. Pero también contribuyó a generar sectores productivos protegidos e ineficientes, aparatos estatales hipertrofiados y, con mucha frecuencia, corruptos, y la proliferación descontrolada de los grupos de presión en permanente búsqueda del favor de la burocracia. El peso de la ineficiencia largamente acumulada, se manifestó con brutal fuerza en la crisis económica de la década de 1980.

Es un acto de racionalidad, entonces, admitir que es imprescindible rectificar el papel del Estado en nuestros países, que es necesario liberar al sector privado de las ataduras que durante mucho tiempo lo condenaron a la ineficiencia, y que es sano que la iniciativa privada se ocupe de muchas funciones asumidas anteriormente por el Estado, como es el caso de la administración de nuestros puertos y aeropuertos y la construcción y reconstrucción de nuestro sistema vial colapsado.

Es también un acto de racionalidad, repensar el papel que el Estado debe asumir en el otorgamiento de ciertos servicios, y por eso se encuentran en cauce legislativo los proyectos de ley para modernizar al Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) y al Instituto Nacional de Seguros (INS), que no son sino expresiones de nuestro compromiso con la gobernabilidad y con la adecuación del sector público frente a un mundo globalizado. Se pretende liberar a estas instituciones para que puedan desenvolverse con mayor agilidad, y en exclusiva atención a las demandas de los ciudadanos. Estas reformas habrán de ser seguidas, más adelante, por una revisión integral de la normativa que regula las compras, las

contrataciones y las inversiones públicas, de manera que los indispensables controles en la ejecución del gasto público, garanticen la calidad e integridad del gasto, sin convertirse en carlangas que paralizan a las instituciones.

Estas acciones de reforma son urgentes y necesarias, pero debemos estar conscientes de que es irracional y riesgoso confundir la rectificación del papel del Estado con una mutilación indiscriminada de sus capacidades, inclusive de aquellas necesarias para llevar a cabo funciones como la redistribución de la riqueza, el combate a la pobreza, la integración social y la inversión en capital humano y en infraestructura, que el mercado difícilmente puede realizar. Debemos, pues, admitir una verdad que nunca debió ser controversial: que las funciones del Estado y del mercado son complementarias y no contrapuestas.

Es decir, es irracional y peligroso confundir la reforma del Estado con la destrucción de las funciones que le son propias. Como apuntó hace algunos años el escritor Octavio Paz, premio Nobel de Literatura:

“...el mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, es ciego: con la misma indiferencia crea la abundancia y la miseria. Dejado a su propio movimiento, amenaza el equilibrio ecológico del planeta, corrompe el aire, envenena el agua, hace desiertos de los bosques y, en fin, daña a muchas especies vivas, entre ellas al hombre mismo. Por último y sobre todo: no es ni puede ser un modelo de vida. No es una ética sino apenas un método para producir y consumir. Ignora la fraternidad, destruye los vínculos sociales, impone la uniformidad en las conciencias y ha hecho del arte y la literatura un comercio. No hay en lo que acabo de decir la menor nostalgia por la estadolatría. El Estado no es creador de riqueza. Muchos nos preguntamos: ¿esta situación no

tiene remedio? Y si lo tiene ¿cuál es? Mentiría si digo que conozca la respuesta. Nadie la conoce. Nuestro siglo termina en una inmensa interrogación, ¿qué podemos hacer?... ofrecer nuestro testimonio. Decir con veracidad lo que sentimos y pensamos es ya el comienzo de una respuesta”.

La reforma que emprendamos debe ser, por tanto, éticamente defendible, y pasa siempre por privilegiar al ciudadano por sobre la administración, y por entender que es la gente de carne y hueso la que da razón de ser a cualquiera de nuestros esfuerzos gubernamentales. Un Estado que ponga al individuo en el centro de sus políticas públicas y que esté al servicio de las personas, es el primer paso de nuestra gobernabilidad.

Esto me lleva al segundo punto que deseo comentarles: la necesidad de fortalecer la ética en la función pública. Una democracia, además de ser un sistema político, es un sistema de valores, es un amasijo de principios que no son canjeables, no son discutibles y no son susceptibles de relegarse a segundo plano. Bien dijera Aung San Suu Kyi que *“el buen gobierno no es un simple resultado de un sistema político. Está indisolublemente ligado a los valores que prevalecen en el seno de una sociedad. A menos que una nación pueda reconstruir sus valores humanos, la independencia no significará una existencia más plena para sus ciudadanos (...) El gobierno independiente sólo tiene sentido si es capaz de brindarle al pueblo una mayor confianza en su propio valor”*.

Al decir estas palabras, no revelo ninguna novedad: desde el inicio de nuestra historia intelectual, un precepto socrático asocia a la acción política el sentido de vivir bien. *“Vivir bien”*, dice Sócrates, *“no es otra cosa que vivir como lo reclaman la probidad y la justicia”*. Ahí está el meollo de la relación entre moral y política, muy próximo a aque-

lla intuición de la moral política que he aprendido del pueblo costarricense. El norte de toda acción política es el ejercicio de la probidad y la práctica de la justicia.

Esa es, entonces, la estatura de nuestro mandato: engrandecer, con nuestro desempeño desde la función pública, a cada hombre y cada mujer de nuestras naciones. La probidad en el gobierno no es sólo un imperativo político, es un imperativo humano. Tiene que ver con nuestra capacidad solidaria de usar el puesto que ocupemos para ennoblecer la condición de nuestros conciudadanos y hacerlos sentirse orgullosos de ser costarricenses, de ser chilenos, de ser uruguayos, salvadoreños, nicaragüenses...

Si logramos hacer esto, si logramos ser representantes de nuestros ciudadanos no sólo por el mecanismo por el que nos eligieron, sino por la sincronía de los valores que pregonamos, lograremos descifrar uno de los más difíciles acertijos del buen gobierno: el de cómo satisfacer las expectativas de los individuos. Porque el ser humano, antes que nada, necesita ser saciado en sus valores elementales, necesita sentir que aquello en lo que cree con mayor fervor, encuentra morada en los corazones de quienes lo representan.

El ser humano necesita sentir que su hambre no le es indiferente al gobernante, que su angustia le preocupa, que su desempleo, su ignorancia, su miseria son problemas que también le quitan el sueño a su gobernante. El ser humano necesita escuchar el eco de sus valores e inquietudes en el discurso y en la práctica de su gobierno. Con la mano en el pecho debemos evaluar todos los días si es así, si efectivamente somos eco para las angustias de nuestros habitantes, o sorda pared de indiferencia.

Porque la democracia es un medio cuyo fin último es el individuo. Si como sistema fracasamos en brindar a los

individuos respuesta a sus necesidades, las instituciones se debilitan, la credibilidad se resquebraja y se subvierte la democracia.

Quiero llamar la atención sobre este punto: la democracia debe rendir sus frutos, o corre el riesgo de debilitarse hasta desaparecer. El reto fundamental de las democracias latinoamericanas actuales es, precisamente, el de mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos, el de dar resultados y tener impacto efectivo en la vida de los individuos. ¿De qué le sirve a América Latina haber recuperado la democracia, si es incapaz de poner alimento en las bocas de sus habitantes, o techo sobre las cabezas de sus niños? ¿De qué le sirve a un pobre campesino poner su firma en una papeleta presidencial, si no sabe escribir más que su nombre?

Si las democracias latinoamericanas no empiezan a rendir frutos, si no reforman constantemente sus Estados para hacerlos gobernables, y fracasan en satisfacer las necesidades de sus ciudadanos, el temor de caer en el caos y la anarquía harán que los pueblos retornen a las viejas líneas de la dictadura. Como el hijo de un tirano, que luego de reunir valor para huir de su casa, regresa cabizbajo a recibir golpes a cambio de comida.

Toda Latinoamérica, con la sola excepción de Cuba, nuestra nación hermana, ha cruzado el umbral de la democracia. Con nuestro esfuerzo y empeño en hacer de los nuestros buenos gobiernos y Estados gobernables, daremos el ejemplo al pueblo cubano que necesita la fuerza para liberarse. Nos toca probar que sí se puede, que el ideal que perseguimos, en ese camino interminable del que les hablara al principio, es la más noble búsqueda del ser humano: la convivencia pacífica de los individuos que se organizan bajo el simple mando de su propia soberanía.

En nombre del pueblo de Costa Rica, aunados por un espíritu perdurable de fraternidad, me llena de regocijo dar la bienvenida a nuestro país a un miembro de la familia de uno de los más grandes héroes de la historia de la humanidad.

Deseo agradecer a Martin Luther King III por su liderazgo y por los logros alcanzados en su lucha incesante por hacer de la equidad una realidad, y por su apoyo incondicional a la causa de la paz. Para ningún descendiente de la familia King, y para ningún hombre común, la paz es un camino fácil.

Con su presencia hoy, y todos los días, Martin Luther King III nos insta a combatir algunos de los mismos demonios que lastimaron el mundo de su padre. Demasiada gente muere en la pobreza, mientras se desperdicia un trillón de dólares al año en armas y tropas. Demasiadas naciones se rinden a la xenofobia; demasiadas naciones permiten la reproducción de la guerra, de la violencia y de la destrucción; demasiadas naciones debilitan los derechos humanos y las garantías ciudadanas frente a la creciente marea del miedo.

Ahora, ahora más que nunca, necesitamos las palabras de Martin Luther King Junior. Las palabras que pronunció en 1963 y que siguen siendo verdaderas en nuestros días:

“La debilidad más grande que tiene la violencia es ser una espiral descendente, que engendra precisamente lo que busca destruir. En vez de disminuir el mal, lo multiplica. Por medio de la violencia se puede matar al mentiroso, pero no se puede matar la mentira, ni establecer la verdad. Por medio de la violencia se mata al que odia, pero no se mata al odio. De hecho, la violencia solo aumenta el odio... Devolver violencia por violencia mul-

tiplica la violencia, profundizando la oscuridad de una noche que ya carece de estrellas. La oscuridad no puede ahuyentar la oscuridad, solo la luz puede hacerlo. El odio no puede ahuyentar el odio. Solo el amor puede hacerlo“.

Es nuestro deber asegurar que la lucha que Martin Luther King emprendiera por la justicia y por la libertad, continúe siendo la luz que ilumine nuestro camino, nuestro interminable camino.

LA DEMOCRACIA NO ES SUFICIENTE

CÍRCULO DE MONTEVIDEO

MEDELLÍN, COLOMBIA

16 DE DICIEMBRE DE 2007

“Nunca como ahora ha reinado la democracia en Latinoamérica, y aunque hemos alcanzado muchos logros, y estamos solucionando muchos problemas, es claro que la democracia no es suficiente para asegurar la calidad de vida de nuestros ciudadanos”.

Muchas gracias por permitirme acompañarlos en esta importante ocasión, en que el Círculo de Montevideo se reúne, una vez más, a reflexionar sobre los mejores derroteros que debe seguir la región latinoamericana, e idear las formas más apropiadas para perseguir nuestros sueños y saciar nuestras necesidades.

En muchos aspectos, el nombre “Montevideo” aplica bien para este grupo de políticos y académicos: este es un monte desde el cual se ve; un promontorio que nos permite apreciar la realidad de nuestras naciones con perspectiva y visión. Sin embargo, quienes integramos este Círculo no estamos llamados a permanecer en el monte, como si fuéramos dioses en el Olimpo. Cada uno de nosotros, tiene la responsabilidad de ser mensajero entre el monte y la llanura, entre la academia y la realidad.

Hoy vengo aquí con esa intención: a hablar con el verbo de la práctica en un círculo de reflexión. Según el programa de esta actividad, mi disertación de esta tarde llevaría el título *“La Democracia no es suficiente”*. Éste me parece un título revelador, y no solo por su contenido, sino también porque refleja una tendencia común en los círculos de análisis y de pensamiento: la tendencia a alcanzar niveles de abstracción tales, que se llegue a debatir aquello que resulta evidente para cualquier ciudadano común en el desempeño cotidiano de sus actividades. Si me topara a una madre un día cualquiera en una calle cualquiera y le preguntara *“disculpe, señora, ¿para usted la democracia es suficiente?”*, me respondería inmediatamente con otra pregunta *“¿suficiente para qué?”*. Y si yo replicara, con mi ingenuidad académica, *“suficiente para vivir”*; probablemente exclamaría: *“¡Claro que no es suficiente: la democracia no le da de comer a mi familia, ni me asegura a mí un trabajo, ni me protege contra el asaltante en la esquina de mi casa, ni me garantiza que mis hijos vayan a la universidad, ni me promete atención médica si llego a estar enferma, y definitivamente no me da ninguna certeza de que me alcance el dinero a fin de mes!”*. Y esa madre tendría absolutamente toda la razón.

No es por ausencia de democracia que cada vez más y más jóvenes latinoamericanos se unen a pandillas dedicadas al crimen y al consumo de drogas. No es por ausencia de democracia que existen cientos de millones de personas viviendo en la más terrible pobreza en América Latina. No es por ausencia de democracia que en nuestra región uno de cada tres adolescentes no llega a recibir educación secundaria. Nunca como ahora ha reinado la democracia en Latinoamérica, y aunque hemos alcanzado muchos logros, y estamos solucionando muchos problemas, es claro que la democracia no es suficiente para asegurar la calidad de vida de nuestros ciudadanos.

El gran riesgo que corremos no se agota en los desafíos que enfrentamos en materia de salud, vivienda, educación o seguridad –que ya de por sí son desafíos considerables–, sino en la posibilidad de que los habitantes de nuestras naciones desechen la democracia como un lujo prescindible, a cambio de la satisfacción de necesidades imprescindibles. Esa madre a quien interrogué en la calle, puede estar totalmente convencida de que la democracia no es suficiente, pero eso la puede llevar a pensar que la democracia no es necesaria. Y a esa misma conclusión pueden llegar millones de personas.

Éste es el quid del asunto. El reto fundamental de las democracias latinoamericanas actuales es, precisamente, el de mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos, el de dar resultados y tener impacto efectivo en las condiciones en que viven los individuos.

Hoy vengo a hablarles de dos cursos de acción que considero indispensables para lograr la supervivencia de la democracia en nuestra región, y para asegurar la supervivencia de sus habitantes, la cual debe ser nuestra aspiración más elemental: la reducción de la pobreza y la desigualdad, y el aumento en el gasto social.

He dicho muchas veces que la democracia no puede agotarse en lo político, por más importante que esto sea. La democracia también debe ser económica. Si su esencia es la distribución del poder ¿qué mayor poder que el poder económico?

La nuestra es la región más desigual del mundo. Eso nos puede parecer abrumador, nos puede parecer vergonzoso, nos puede parecer una calamidad, pero no puede parecernos falso. Cualquiera que haya visto los centros comerciales de lujo contruidos al lado de tugurios, chochitas o arrabales, en cualquier país de Latinoamérica, sabe a qué me estoy refiriendo. Cualquiera que haya visto los

carros último modelo subir el vidrio polarizado ante la presencia de un niño que vende lápices en un semáforo, en cualquier país de Latinoamérica, sabe a qué me estoy refiriendo. Cualquiera que haya visto el edificio impecable y desierto de una clínica privada a escasos metros de un hospital público, colapsado por las miles de personas que necesitan ser atendidas, en cualquier país de Latinoamérica, sabe a qué me estoy refiriendo. No es necesario venir al Círculo de Montevideo para observar la desigualdad de nuestra región. Aunque tal vez sea necesario venir para pensar sus soluciones.

Digo “soluciones”, en plural, porque no habrá ninguna pócima mágica contra un problema que es complejo y multicausal. Cada país y cada gobierno deben ir diseñando las políticas que más se ajustan a sus condiciones. Sin embargo, la solidaridad debe ser un eje transversal de cualquiera de esas políticas. La redistribución de la riqueza no puede ser tomar todo lo del rico para darle todo al pobre, como si fuéramos los Robin Hoods de la era moderna. Muchos fracasos históricos nos han demostrado que la suplantación del pobre en la posición del rico, o del Estado en la posición del rico, en el mejor de los casos acaba por generar una situación de desigualdad idéntica a la que pretendía combatir; y en el peor de los casos, acaba por llevar a los países a crisis económicas y productivas en las que tanto el pobre como el rico terminan por carecer de lo esencial. Si algo nos ha enseñado la historia de otras naciones mucho más igualitarias que las nuestras, es que más alcanza un sistema progresivo y solidario de impuestos y la inversión en una red de servicios públicos de acceso universal, que una reforma radical.

Los países nórdicos deberían ser nuestro ejemplo en esta materia. Países pequeños, en donde las oportunidades son para todos. Países pequeños, en donde todos

están convidados a la mesa del pan y la alegría. Países que parecen salidos de un cuento de Hans Christian Andersen, y no porque en ellos todo sapo tenga la posibilidad de convertirse en príncipe, sino porque en ellos todo ser humano tiene la posibilidad de convertirse en aquello que soñó ser, sin que las puertas se cierren ante sus ojos. Para quien ha visitado estos países, venir a Latinoamérica es saltar del cuento a la realidad. Hoy vengo a decirles que tal vez seamos nosotros los que vivimos creyendo en cuentos de fantasía, y no ellos. Somos nosotros los que seguimos creyendo que algún día vendrá un líder, o una reforma constitucional, que nos hará “*vivir felices y comer perdices*“. Somos nosotros los que seguimos creyendo que sin pagar impuestos podemos, por arte de magia, construir escuelas, carreteras, hospitales y universidades. Somos nosotros los que seguimos creyendo que se puede vivir en democracia sin que los ciudadanos asuman responsabilidades, y le hablamos al pueblo de democracia participativa cuando aún no terminamos de lograr su adhesión a la democracia representativa.

Puede que los nórdicos vivan como en un cuento, pero somos nosotros los que nos creemos el cuento de que esa vida no les ha costado trabajo, esfuerzo y un gran espíritu de solidaridad. Si no aumentamos considerablemente la carga tributaria en nuestros países, si no nos aseguramos de que esa carga tributaria sea cada vez más progresiva, si nuestros habitantes no comprenden que la vivencia pacífica y en democracia les exige una enorme cuota de responsabilidad, si no conseguimos que nuestros gobiernos aprendan a crear oportunidades equitativamente, y a diseñar y mantener una verdadera red de bienestar social, entonces no seremos nunca la región de los cuentos de Andersen, sino la eterna región de los *Cien Años de Soledad* de García Márquez.

El segundo aspecto que quería mencionarles, está íntimamente ligado con el primero: los gobiernos latinoamericanos tienen que aumentar considerablemente su gasto social, sobre todo su gasto en educación. Ello se logra a través de la obtención de mayores recursos, que sólo pueden venir de mayores impuestos; pero también se logra a través de ordenar las prioridades. Los recursos siempre serán limitados y cada gobierno debe analizar concienzudamente en qué los invierte.

Siempre he pensado que gobernar es escoger. Tal vez en esto, como en tantas otras cosas, tenemos que bajar del monte a la llanura. Todo el mundo funciona con prioridades, como bien nos recordara Shakespeare en *Troilo y Crésida*, cuando escribió: “*los cielos mismos, los planetas y este centro, observan grado, prioridad y lugar*“. Cualquier padre o madre de familia puede enseñarnos el valor de las prioridades. Francamente dudo que una madre de familia gaste en poner rejas en su casa, si sus hijos no tienen qué comer. Francamente dudo que un padre de familia gaste en cambiar su automóvil, si ello significa que sus hijos no puedan ir a la escuela. Con muy pocas excepciones en Latinoamérica, siendo Colombia la más notable de ellas, las circunstancias actuales nos obligan a comprender que el gasto militar es un lujo que no podemos costearnos. La verdadera amenaza para nuestros pueblos no viene del extranjero, sino del interior: del deterioro de nuestro tejido social, de la frustración ciudadana, del aumento del crimen organizado, del colapso de nuestros servicios públicos. Es a eso a lo que tenemos que darle prioridad.

En verdad les digo que si enfocamos nuestros esfuerzos en lograr una distribución más equitativa de la riqueza y aumentamos nuestro gasto social, ésta será una región en donde el grito de Bolívar, el grito de libertad, destruirá finalmente al tirano que desde siempre nos ha oprimido,

que no es ningún país o persona en particular, sino la imposibilidad de ver nuestros sueños convertirse en realidad.

Dejo para el final un tema que llevo particularmente cerca de mi corazón. Estoy de nuevo en tierra colombiana, en esta tierra humedecida por la sangre de personas inocentes y las lágrimas de sus familiares; en esta tierra donde los seres humanos no mueren sólo en los hospitales, sino también en las plazas y en las montañas; en esta tierra que durante tantos años ha sufrido un dolor que no merece. La tierra colombiana es un puñal clavado entre las vértebras de los Andes, y su herida duele en el costado de toda Latinoamérica.

No vengo aquí a dar lecciones de paz. Pero sí vengo a dar palabras de esperanza. La tierra centroamericana también fue abonada en el pasado con sangre y llanto, y hoy es una tierra fértil para los sueños. Quiero decirle al pueblo colombiano que la paz es posible, aunque sea increíblemente difícil. La paz es posible, aunque requiera de mil intentos. La paz es posible, aunque pasen los años y apenas sea un faro en la distancia en medio de una tormenta inclemente.

Ahora bien, el sueño de la paz requiere de la voluntad para transigir. Si algo tuvimos que aprender en Centroamérica durante los procesos de paz, fue que ninguno iba a obtener todo aquello que deseaba. Eso, precisamente, fue lo que no comprendieron Israel y Palestina, cuando en el año 2000, en Camp David, habían alcanzado un acuerdo sobre el 95% de los temas que los enfrentan, pero fueron incapaces de ponerse de acuerdo en ese 5% restante. ¿No hubiera sido mejor que se atrevieran a ceder? En mi país existe un refrán que dice que “*es mejor un mal arreglo que un buen pleito*”. Sigo pensando que es mejor un acuerdo de paz en donde todos queden un

poco insatisfechos, al no lograr lo que se proponían, que una guerra eterna que ninguna de las partes en conflicto podrá ganar.

No soy ingenuo. Sé que la guerra en Colombia es muy compleja. Sé que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) han sido sumamente intransigentes a lo largo de la historia. Sé que desde hace mucho tiempo no pelean por una ideología, ¿o es acaso que las FARC no se han dado cuenta de que la Guerra Fría ya terminó? ¿Es acaso que la selva colombiana y la Sierra Maestra son las únicas regiones del mundo donde la noticia de la caída del Muro de Berlín nunca llegó? Ésta es una democracia, si las FARC quisieran hacer valer su ideología, ya habrían hecho un partido político que explícitamente defendiera sus ideas. Es una verdad de Perogrullo que estos grupos no luchan por la libertad, ni por la democracia, ni por la justicia, ni por ningún ideal que se pueda perseguir por los medios políticos; estos grupos luchan para defender la posibilidad de seguir envenenando con drogas a otras personas, y hacerse ricos con ello.

He venido a Colombia a solidarizarme con la necesidad del acuerdo humanitario que impulsa el Presidente Uribe, en conjunto con el Presidente Sarkozy de Francia, y a decirles que éste puede ser el principio del fin de la larga pesadilla del terrorismo en Colombia.

Les dejo unas palabras del gran poeta costarricense, Jorge Debravo, el poeta de la paz y la libertad:

“-¿Oyes? Hay un profundo resuello de trabajo en el pecho del mundo (...)

-Es que otra vez el hombre está naciendo. Es que lo están creando.

-Es que la muerte empieza a saberse extranjera en su propia heredad.

–Es que la luz ha vuelto del exilio.

–Es que el hombre ha sabido que es su padre y su madre y su hijo.

Y se ha puesto de pie sin permiso del sol“.

Ése es el sonido de la paz que quisiera oír en las calles y avenidas de Colombia. Puede que al principio sea un murmullo, pero guardo la esperanza de que se convertirá en un grito ensordecedor. Guardo la esperanza de que la paz llegará a esta tierra; la paz liberará a este pueblo; la paz reinará en las montañas, en las plazas y en los colegios. Guardo la esperanza de que la paz vendrá, hermanos colombianos. Guardo la esperanza de que la paz echará sus raíces en este suelo.

HAY QUE ABRIRLE CAMINO A LA PAZ Y A LA DEMOCRACIA

PRESENTACIÓN DEL ACUERDO DE SAN JOSÉ

SAN JOSÉ, COSTA RICA

22 DE JULIO DE 2009

“Esa paz sólo puede alcanzarse por la vía de la reconciliación. Ninguno de los sectores del conflicto prevalecerá. La victoria será a medias para ambos, o no será para ninguno. Sé que esto es difícil de reconocer para dos grupos que han expuesto argumentos que explican su comportamiento. Pero no podemos cometer el error de convertir los dolores del pasado en grilletes para el futuro. Insisto en que hay que alejar la mirada de las razones que llevaron al enfrentamiento, y volverla sobre los desafíos que pueden llevar a la reconciliación”.

Decía el gran dramaturgo noruego, Henrik Ibsen, que *“uno nunca debería ponerse sus mejores pantalones para salir a luchar por la verdad y la libertad”*. Lo mismo vale para la paz. Cuando uno sale a luchar por la paz debe vestir al alma con ropa de trabajo. Hay que estar dispuesto a darlo todo, y después dar otro poco más. Hay que estar dispuesto a caerse y levantarse, a vendarse las heridas y volver a empezar. La paz no es labor de un día, ni de una semana, sino de una vida dedicada a la frágil construcción de una obra

siempre inconclusa. Eso es algo que sé desde hace mucho tiempo. Por eso no me doy por vencido. He aprendido a no fijar la mirada en las piedras del camino, sino en el fin del sendero.

Dos rondas de diálogo han concluido en la búsqueda de una solución pacífica al conflicto hondureño. Constituyen, en sí mismas, un logro democrático. Porque cada hora que hemos invertido intercambiando palabras, la hemos dejado de invertir intercambiando insultos. Porque cada momento que hemos dedicado al respeto y a la razón, le hemos robado minutos a la violencia y a la locura. Sin embargo, las delegaciones hondureñas saben que el reloj avanza con vertiginosa rapidez, y avanza en contra del pueblo de Honduras. Por muy intensas que sean las historias personales de este conflicto, no hay víctima mayor que la población inocente. Los hondureños son los grandes sacrificados de la postergación, y no podemos esperar a brindarles opciones perfectas. Porque buscando la perfección podemos perder aquello mismo que intentamos preservar: la paz de un pueblo que merece retornar al orden constitucional.

Esa paz sólo puede alcanzarse por la vía de la reconciliación. Ninguno de los sectores del conflicto prevalecerá. La victoria será a medias para ambos, o no será para ninguno. Sé que esto es difícil de reconocer para dos grupos que han expuesto argumentos que explican su comportamiento. Pero no podemos cometer el error de convertir los dolores del pasado en grilletes para el futuro. Insisto en que hay que alejar la mirada de las razones que llevaron al enfrentamiento, y volverla sobre los desafíos que pueden llevar a la reconciliación. Esos desafíos los he expuesto en siete puntos que ustedes conocen muy bien; siete puntos que hemos discutido y enriquecido con las sugerencias y opiniones de los delegados hondureños,

pero también de muchas otras personas que nos han brindando su consejo. Con base en ellos, hoy presentamos ante ustedes el Acuerdo de San José, una propuesta concreta que hemos sometido a la consideración de ambos sectores.

Son ellos quienes deben decidir ahora si lo han de firmar. Lo presento en mi calidad de mediador, pero sobre todo como alguien que quiere la paz para el pueblo hondureño, el restablecimiento del orden constitucional y la normalidad democrática en una nación hermana. Creo que hay todavía otras vías para alcanzar una solución al conflicto. Creo también que la mejor vía sigue siendo ésta. Ambas delegaciones pueden acudir aún a la Organización de Estados Americanos o a algún otro foro de diálogo. Pero repito que el tiempo que se nos va de las manos cae sobre las espaldas de un pueblo que clama por tranquilidad. Sobre las delegaciones de Honduras descansa la inmensa responsabilidad de hacer posible el camino, aún en medio de los zarzales del rencor y el resentimiento; aún en medio de las espinas de recuerdos muy recientes. Hay que abrirle camino a la paz y a la democracia, con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro entendimiento. Hay que abrirle camino a la paz y a la democracia, porque la alternativa es un despeñadero en donde esperan angustias aún mayores que las que conocemos.

Por eso hoy les pido con respeto, pero con urgencia, que revisen cuidadosamente este documento y que reflexionen sobre él. Les adelanto que no es perfecto. En la democracia casi nada lo es. Sí les aseguro que es éste el primer acuerdo en la historia de la humanidad dado a revertir un golpe de Estado por voluntad de los sectores involucrados. Si se llega a firmar, Honduras será el ejemplo legendario de una sociedad que supo poner la reconciliación y la unidad antes que cualquier otro valor.

Quiero agradecerles nuevamente la confianza que depositaron en mí al hacerme su mediador. Desempeñé la tarea con lo mejor de mis capacidades y de la forma en que la entendí. Espero haber cumplido con mi parte. Guardo la esperanza de que las delegaciones hondureñas también sabrán cumplir con la suya.

QUE CADA PALO AGUANTE SU VELA

CUMBRE DE LA UNIDAD DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

CANCÚN, MÉXICO

22 DE FEBRERO DE 2010

“Esta región, cansada de promesas huecas y de palabras vacías, necesita una legión de estadistas cada vez más tolerantes, y no una legión de gobernantes cada vez más autoritarios”.

Ésta es mi última participación en una cumbre internacional. No pretendo despedirme de América Latina ni del Caribe. Los sueños de esta región los llevo atados al centro de mi vida. Pero sí debo despedirme de ustedes, colegas, hermanos, compañeros de viaje. Debo despedirme de este auditorio que resume, en un racimo de voces, las esperanzas de 600 millones de personas, casi una décima parte de la humanidad. Es en nombre de esa stirpe latinoamericana que quiero compartir con ustedes algunas reflexiones. Es en nombre de la prosapia que habita más allá de estas puertas, y que exige de nosotros la osadía de construir un lugar más digno bajo el sol.

A pesar de los discursos y de los aplausos, lo cierto es que nuestra región ha avanzado poco en las últimas décadas. En ciertas áreas, ha caminado resueltamente hacia

atrás. Muchos quieren abordar un oxidado vagón al pasado, a las trincheras ideológicas que dividieron al mundo durante la Guerra Fría. América Latina corre el riesgo de aumentar su insólita colección de generaciones perdidas. Corre el riesgo de desperdiciar, una vez más, su oportunidad sobre la Tierra. Nos corresponde a nosotros, y a quienes vengan después, evitar que eso suceda. Nos corresponde honrar la deuda con la democracia, con el desarrollo y con la paz de nuestros pueblos, una deuda cuyo plazo venció hace siglos.

Honrar la deuda con la democracia quiere decir mucho más que promulgar constituciones políticas, firmar cartas democráticas o celebrar elecciones periódicas. Quiere decir construir una institucionalidad confiable, más allá de las anémicas estructuras que actualmente sostienen nuestros aparatos estatales. Quiere decir garantizar la supremacía de la ley y la vigencia del Estado de Derecho, que algunos insisten en saltarse con garrocha. Quiere decir fortalecer el sistema de pesos y contrapesos, profundamente amenazado por la presencia de gobiernos tentaculares, que han borrado las fronteras entre gobernante, partido y Estado. Quiere decir asegurar el disfrute de un núcleo duro de derechos y garantías fundamentales, crónicamente vulnerados en buena parte de la región latinoamericana. Y quiere decir, antes que nada, la utilización del poder político para lograr un mayor desarrollo humano, el mejoramiento de las condiciones de vida de nuestros habitantes y la expansión de las libertades de nuestros ciudadanos.

No se debe confundir el origen democrático de un régimen con el funcionamiento democrático del Estado. Hay en nuestra región gobiernos que se valen de los resultados electorales para justificar su deseo de restringir libertades individuales y perseguir a sus adversarios. Se

valen de un mecanismo democrático, para subvertir las bases de la democracia. Un verdadero demócrata, si no tiene oposición, debe crearla. Demuestra su éxito en los frutos de su trabajo, y no en el producto de sus represas. Demuestra su poder abriendo hospitales, caminos y universidades, y no coartando la libertad de opinión y expresión. Un verdadero demócrata demuestra su energía combatiendo la pobreza, la ignorancia y la inseguridad ciudadana, y no imperios extranjeros, conspiraciones secretas e invasiones imaginarias. Esta región, cansada de promesas huecas y de palabras vacías, necesita una legión de estadistas cada vez más tolerantes, y no una legión de gobernantes cada vez más autoritarios. Es muy fácil defender los derechos de quienes piensan igual que nosotros. Defender los derechos de quienes piensan distinto, ése es el reto del verdadero demócrata. Ojalá nuestros pueblos tengan la sabiduría para elegir gobernantes a quienes no les quede grande la camisa democrática.

Y ojalá también sepan resistir la tentación de quienes les prometen vergeles detrás de la democracia participativa, que puede ser un arma peligrosa en manos del populismo y de la demagogia. Los problemas de Latinoamérica no se solucionan con sustituir una democracia representativa disfuncional, por una democracia participativa caótica. Parafraseando a Octavio Paz, me atrevo a decir que en nuestra región *la democracia no necesita echar alas, lo que necesita es echar raíces*. Antes de vender tiquetes al paraíso, deberíamos preocuparnos por consolidar nuestras endebles instituciones, por resguardar las garantías fundamentales, por asegurar la igualdad de oportunidades para nuestros ciudadanos, por aumentar la transparencia de nuestros gobiernos, y sobre todo, por mejorar la efectividad de nuestras burocracias. Mi experiencia como gobernante me ha demostrado que los nuestros son Estados

escleróticos e hipertrofiados, incapaces de satisfacer las necesidades de nuestros pueblos y de brindar los frutos que la democracia está obligada a entregar.

Esto tiene serias consecuencias sobre nuestra capacidad de honrar la segunda deuda que he querido mencionarles, la deuda con el desarrollo. Una deuda que, repito, tenemos que honrar nosotros. Ni el colonialismo español, ni la falta de recursos naturales, ni la hegemonía de Estados Unidos, ni ninguna otra teoría producto de la victimización eterna de América Latina, explican el hecho de que nos rehusemos a aumentar nuestro gasto en innovación, a cobrarle impuestos a los ricos, a graduar profesionales en ingenierías y ciencias exactas, a promover la competencia, a construir infraestructura o a brindar seguridad jurídica a las empresas. Es hora de que cada palo aguante la vela de su propio progreso.

¿Con qué derecho se queja América Latina de las desigualdades que dividen a sus pueblos, si cobra casi la mitad de sus tributos en impuestos indirectos, y la carga fiscal de algunas naciones en la región apenas alcanza el 10% del Producto Interno Bruto? ¿Con qué derecho se queja América Latina de su subdesarrollo, si es ella la que demuestra una proverbial resistencia al cambio cada vez que se habla de innovación y de adaptación a nuevas circunstancias? ¿Con qué derecho se queja América Latina de la falta de empleos de calidad, si es ella la que permite que su escolaridad promedio sea de alrededor de 8 años? Y sobre todo, ¿con qué derecho se queja América Latina de su pobreza si gasta, al año, casi \$60.000 millones en armas y soldados?

La deuda con la paz es la más vergonzosa, porque demuestra la amnesia de una región que alimenta el retorno de una carrera armamentista, dirigida en muchos casos a combatir fantasmas y espejismos. Demuestra, ade-

más, la total incapacidad para establecer prioridades en América Latina, una práctica que impide la concreción de una verdadera agenda para el desarrollo. Hay países que sufren conflictos internos, que pueden justificar un aumento en sus gastos de defensa nacional. Pero en la gran mayoría de nuestras naciones, un mayor gasto militar es inexcusable ante las necesidades de pueblos cuyos verdaderos enemigos son el hambre, la enfermedad, el analfabetismo, la desigualdad, la criminalidad y la degradación del medio ambiente. Es lamentable que en esta *Cumbre de la Unidad* se reúnan países que se arman los unos contra los otros. Y es también lamentable que en esta *Cumbre de la Unidad* se encuentre ausente el Gobierno de Honduras, cuyo pueblo es víctima del militarismo y no merece castigo, sino auxilio.

Si hace veinte años me hubieran dicho que en el año 2010 estaría todavía condenando el aumento del gasto militar en América Latina, probablemente me habría sorprendido. ¿Cómo, después de haber visto los cuerpos destrozados de jóvenes y niños heridos en la guerra, podía esta región anhelar un retorno a las armas? ¿Cómo habría de permitir el dantesco desfile de cohetes, misiles y rifles que pasa frente a pupitres desvencijados, loncheras vacías y clínicas sin medicinas? Algunos dirán que me equivoqué al confiar en un futuro de paz. No lo creo. La esperanza nunca es un error, no importa cuántas veces sea defraudada.

Yo aún espero un nuevo día para América Latina y el Caribe. Espero un futuro de grandeza para nuestros pueblos. Llegará el día en que la democracia, el desarrollo y la paz llenarán las alforjas de la región. Llegará el día en que cesará el recuento de las generaciones perdidas. Puede ser mañana, si nos atrevemos a hacerlo. Puede ser el próximo año, la próxima década o el próximo siglo.

Por mi parte, yo seguiré luchando. Sin importar las sombras, seguiré esperando la luz al final del arcoíris. Seguiré luchando hasta que llegue el día.

LOS PRESOS POLÍTICOS NO EXISTEN EN LAS DEMOCRACIAS

ARTÍCULO

13 DE MARZO DE 2010

“Estos presos no son como los demás, ni Cuba cumple las condiciones de un Estado de Derecho. Se trata de presos políticos o de consciencia”.

Quiero sumar mi voz a un coro de indignación que recorre buena parte de nuestra América y del mundo. El pasado 23 de febrero, mientras los líderes latinoamericanos nos encontrábamos reunidos en Cancún, hablando sobre democracia y libertad, murió en La Habana Orlando Zapata Tamayo, opositor del régimen castrista y preso político desde hace 7 años.

Una huelga de hambre de 86 días no fue suficiente para convencer al Gobierno cubano de que era necesario preservar la vida de esta persona, por sobre cualquier diferencia ideológica. 86 días no fueron suficientes para mover la compasión de un régimen que se vanagloria de su solidaridad, pero que en la práctica aplica esa solidaridad únicamente a sus simpatizantes.

Nada podemos hacer ahora para salvar a este disidente, pero podemos aún alzar la voz en nombre de

Guillermo Fariñas Hernández, que desde hace 14 días se encuentra en huelga de hambre en Santa Clara, pidiendo la liberación de otros presos políticos cubanos, en particular de aquellos en precario estado de salud.

Sin duda, la huelga de hambre es un arma delicada como herramienta de protesta. Sería riesgoso que cualquier Estado de Derecho se viera en la obligación de liberar a sus privados de libertad, si deciden rechazar su alimentación. Pero estos presos no son como los demás, ni Cuba cumple las condiciones de un Estado de Derecho. Se trata de presos políticos o de conciencia, que no han cometido otro delito más que oponerse a un régimen, que fueron juzgados por un sistema judicial de independencia cuestionable y que deben sufrir penas excesivas sin haber causado un daño a otras personas.

Los presos políticos no existen en las democracias. En ningún país verdaderamente libre, uno va a prisión por pensar distinto. Cuba puede hacer todos los esfuerzos de oratoria que desee para vender la idea de que es una “democracia especial”, pero cada preso político niega en la práctica esa afirmación. Cada preso político es una prueba irrefutable de autoritarismo.

A esto se suma el hecho de que se trata de personas con una salud muy debilitada. Y aquí sí es cierto que no importan las razones por las cuales alguien haya entrado en prisión. Todo Gobierno que respete los derechos humanos, debe al menos mostrar compasión ante el estado de una persona débil, en lugar de llamarla “chantajista”.

Siempre he luchado por una transición cubana hacia la democracia. Siempre he luchado porque ese régimen de partido único se convierta en un régimen pluralista, y deje de ser una excepción en el continente americano. Estoy convencido de que en una democracia, si uno no tiene oposición, debe crearla, no perseguirla, reprimirla y

condenarla a un infierno carcelario, que es lo que hace el régimen de Raúl Castro.

El Gobierno cubano tiene ahora en sus manos la oportunidad de demostrarle al mundo los primeros signos de esa transición democrática, que desde hace mucho tiempo esperamos. Tiene la oportunidad de demostrar que puede aprender a respetar los derechos humanos, sobre todo los derechos de sus opositores, porque no tiene ningún mérito que respete sólo los derechos de sus partidarios. Si el Gobierno cubano liberara a sus presos políticos, tendría más autoridad para reclamar respeto a su sistema político y a su forma de hacer las cosas.

Estoy consciente de que al hacer estas afirmaciones me expongo a todo tipo de acusaciones de parte del régimen cubano. Me acusarán de inmiscuirme en asuntos internos, de irrespetar su soberanía y, casi con certeza, de ser un lacayo del imperio. Sin duda, soy un lacayo del imperio: del imperio de la razón, de la compasión y de la libertad. No voy a callarme cuando se vulneran los derechos humanos. No voy a callarme cuando la sola existencia de un régimen como el de Cuba es una afrenta a la democracia. No voy a callarme cuando se pone en jaque la vida de seres humanos, por defender a ultranza una causa ideológica que prescribió hace años. He vivido lo suficiente para saber que no hay nada peor que tener miedo a decir la verdad.

TRES

EL DESARROLLO COMO DERECHO UNIVERSAL

DEJEMOS DE NOMBRAR LA LIBERTAD Y EMPECEMOS A CONSTRUIRLA

ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS
WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
4 DE DICIEMBRE DE 2006

“El camino de la autarquía latinoamericana, pasó no sólo por el proteccionismo comercial, sino también por el proteccionismo intelectual: sólo en ese contexto, se explica que en nuestras naciones existan todavía proyectos de democracias sin oposición, elecciones sin partidos, libertad de expresión con censura oficial, y tantas y tan variadas ocurrencias de caudillos pasados y presentes, que en el resto del mundo probaron ser erradas, pero en Latinoamérica no sólo no se extinguieron, sino que en épocas recientes parecen vigorizarse”.

Me acerco a este estrado con agradecimiento y con humildad. La Organización de Estados Americanos es una tribuna desde la cual las naciones de este continente pregonamos los más profundos sueños de nuestra gente. Hondas ilusiones y grandes utopías ha albergado este recinto; aquí, más que en ninguna otra organización del mundo, se respira el espíritu de la libertad, el espíritu americano por excelencia.

Sólo las naciones que conformamos esta organización comprendemos el pesado fardo que nuestra América carga

sobre sus hombros: el de ser la gran promesa del hombre, el epicentro de los ideales y los sueños no realizados del resto del planeta. Todas las expectativas cifradas sobre las míticas expediciones al Nuevo Mundo siguen persiguiendo hoy a los habitantes de América. La sola noción de que un mundo nuevo era posible, nos hizo correr la suerte de ser el gran experimento humano, en el que miles de teorías podían ser probadas. Fuimos la *tabula rasa* de la historia, la hipótesis demostrable, por ello no sorprende que aquí hayan tenido cabida, y sigan teniendo, las más insólitas y creativas formas de concebir la vida en sociedad.

Quizá este fenómeno haya tenido mayor profundidad en la realidad de América Latina, que en ocasiones parece estar destinada a ser la loca de la casa. Como dijera García Márquez, en un célebre discurso, el nudo de nuestra soledad radica en la intención del resto del mundo de pretender medirnos con modelos que no eran los nuestros. Y eso es cierto. Pero estoy convencido de que también la soledad de América Latina proviene de su intención de aislarse completamente del cauce histórico, de pretender sistemas tan originales que olvidaran las más elementales lecciones del devenir humano. El camino de la autarquía latinoamericana, pasó no sólo por el proteccionismo comercial, sino también por el proteccionismo intelectual: sólo en ese contexto, se explica que en nuestras naciones existan todavía proyectos de democracias sin oposición, elecciones sin partidos, libertad de expresión con censura oficial, y tantas y tan variadas ocurrencias de caudillos pasados y presentes, que en el resto del mundo probaron ser erradas, pero en Latinoamérica no sólo no se extinguen, sino que en épocas recientes parecen vigorizarse.

La formación de la América de ensueño, de la que Latinoamérica fue víctima fatal, padeció desde un inicio

de un mal epistemológico: esta, como ninguna otra región del mundo, sucumbió al error de creer que los nombres entrañaban los objetos, y que las declaraciones de paz, de libertad, de democracia y de justicia, no eran menos que conjuros que hacían aparecer, por prodigio inexplicable, las realidades que añorábamos. Fuimos producto del error original, el del descubrimiento de las Indias orientales; pero nuestra identidad se ha configurado, desde entonces, con la ayuda de infinitos errores derivados, el más importante de los cuales fue la convicción de que América sería la tierra de la libertad, sólo porque así se le llamara. Cinco siglos hemos cargado con esa gran paradoja: la de haber sido libres en el nombre, mucho antes de serlo en la realidad.

Esta organización no escapa al fenómeno de la magia verbal. En el año 1948, la Organización de los Estados Americanos firmó su Carta constitutiva en la que los países miembros afirmaron, con ejemplar vehemencia, estar:

“Convencidos de que la misión histórica de América (era) ofrecer al hombre una tierra de libertad (...)

Y que la democracia representativa (era) condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de nuestra región”.

En ese momento, como en tantos otros episodios de la historia americana, fuimos el nombre antes que la realidad. Durante la vigencia de esta Carta, cruentas represiones e inimaginables violaciones a los derechos humanos se sucedieron impunemente en la región. Durante la vigencia de esta Carta, prácticamente todas las naciones de Latinoamérica soportaron el yugo de la dictadura. En medio de floridas descripciones de la democracia y de la

libertad, en medio de profusas proclamas de respeto al hombre y al ciudadano, miles de personas fueron asesinadas, torturadas y expatriadas en esta franja del mundo.

No quiero desvirtuar con esto la importancia de la Organización de Estados Americanos. Todo lo contrario, aquí mismo quiero reafirmar mi profunda convicción de que es en el seno de este recinto en que nuestras grandes diferencias y contrastes como región, pueden encontrar armonía.

Sólo quiero reflexionar sobre el hecho de que la existencia de esta organización, y las declaraciones que de ella emanan, por más que sean necesarias, no son suficientes para asegurar nuestras débiles democracias. Es hora de invertir esa práctica y empezar por conquistar la realidad antes de nombrarla; labrar los requisitos fundamentales de las democracias, antes que proclamarnos ante el mundo como la tierra de la libertad.

Es hora de encarar nuestra región y auscultar si la célebre definición de Lincoln en Gettysburg, la del *gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*, es cierta en nuestras naciones. La pregunta más importante que tenemos que responder, si queremos de verdad asegurar la vigencia de la democracia en el continente, es, *¿qué poderes tiene el pueblo en nuestros países?*

Antes que nada, debemos señalar que no es real el poder de un pueblo con hambre. Existe una noción básica que a menudo olvidamos y es la de que, si bien es cierto que la prosperidad y el crecimiento económico no son condiciones suficientes para el sostenimiento de los regímenes democráticos, también es cierto que en su ausencia la tarea de mantener nuestras libertades se vuelve titánica. Las tentaciones autoritarias surgen con mayor facilidad ahí donde el hambre, la ignorancia y la frustración abonan el terreno para el mesianismo. Los falsos redento-

res de los pueblos americanos, sólo pueden surgir en pueblos convencidos de su necesidad de ser redimidos, y en un continente en el que cientos de millones de personas viven con menos de \$2 al día, les aseguro que el Mesías suena mucho más plausible que la democracia.

Para muchos habitantes de América Latina, el tránsito de la dictadura hacia la democracia no ha sido más que un juego de palabras. América sigue siendo azotada por los mismos infortunios que hicieron aparecer las dictaduras en primera instancia, y muchos de sus habitantes siguen estando convencidos de que el trueque entre la libertad y los beneficios materiales, ese pacto faustiano que durante tantos años se ha celebrado en nuestras naciones, es requisito para alcanzar un progreso largamente deseado. Esto no es una elucubración ni un exceso retórico. En el año 2004, el Informe sobre la Democracia en América Latina, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, nos informaba que un 44,9% de los latinoamericanos apoyaría a un gobierno autoritario si éste resolviera los problemas económicos de su país.

En esas circunstancias, es claro que la gran transformación latinoamericana hacia la libertad, alcanzada por todas nuestras naciones con la notable excepción de Cuba, ha dejado de ser una transición irrevocable. Nuestro futuro corre un serio riesgo de convertirse en un viaje de vuelta al pasado. América Latina puede fortalecer sus sistemas democráticos y levantarse, como una sola voz y una sola esperanza, para que el pueblo cubano también disfrute de la libertad que le ha sido negada, o puede sucumbir de nuevo ante sus viejos demonios autoritarios, ante los cantos de sirena del caudillismo y el populismo, de los que nuestros pueblos no han recogido más que una cosecha de hambre y de miseria.

Y es que en poblaciones marcadas por la pobreza, el pueblo pierde poder porque está dispuesto a cederlo a cualquiera que le ofrezca mejores condiciones de vida. América Latina no puede decir que gobierna para el pueblo, ni que es gobernada por él, en tanto una parte considerable de su gente no tenga pan para comer, techo para cobijarse, ni condiciones elementales de acceso a la salud, a la educación y a la seguridad.

Sería necio decir que conozco, o que alguno de nosotros conoce, la ecuación que nos permite descifrar el inmenso drama humano de la pobreza. Pero más necio aún sería negar que la evidencia proporcione soluciones parciales y graduales, imperfectas y tentativas, pero no por ello menos reales. Aquí les mencionaré tres: el libre comercio, la inversión en educación y la reducción del gasto militar.

Sé que este recinto alberga una amplia gama de opiniones sobre las mejores formas de alcanzar un intercambio global que sea intenso y, a la vez, justo. Personalmente considero que el libre comercio es la vía más adecuada para lograr ese objetivo. Estoy convencido de que constituye un camino que, si se transita correctamente, conducirá a la creación de más bienestar para nuestros ciudadanos.

Mi país, Costa Rica, es un país de 4 millones y medio de habitantes, uno de los más pequeños del mundo. Para un país como el mío y, de hecho, para todos los países en vías de desarrollo, no existe otra opción que profundizar su integración con la economía mundial. Sólo si nos abrimos podremos desarrollar sectores productivos dinámicos, capaces de competir a escala internacional. Pero, sobre todo, sólo si nos abrimos podremos crear empleos suficientes y de calidad para nuestra juventud. Porque está ampliamente demostrado en América Latina que los

empleos ligados a la inversión extranjera y a las actividades de exportación son, casi siempre, formales y mejor remunerados que el promedio.

La liberalización comercial puede ser defendida por sus méritos y por sus efectos beneficiosos para los más pobres. Pero quiero enfatizar que la defensa del libre comercio debe ser honesta y congruente. Debe buscar un intercambio comercial que, en efecto, sea igual de libre para todos los países; es decir, que no sea el libre comercio un ejemplo, otro más, de nuestra ilusa nomenclatura desprovista de realidad.

Al corregir prácticas anticompetitivas, los países desarrollados apuestan a mucho más que su integridad moral ante el mundo. La verdadera práctica del libre comercio quizá sea la única vía que dichos países tienen ante sí para solventar uno de sus más acuciantes problemas: la migración. En efecto, las migraciones no son un tema de seguridad, sino de desarrollo, y su solución compromete delicados aspectos de la relación entre los países ricos y los países pobres. A estas alturas, deberíamos estar avisados de sobra que no hay muro ni mar capaz de detener a los hambrientos, que la historia gira como una noria, y quien hoy se encuentra arriba, en otro momento ha mojado su espalda en el agua para alcanzar la tierra prometida.

La relación entre el libre comercio y las migraciones tal vez nos resulte más evidente, si consideramos que el total de la ayuda oficial al desarrollo que otorgan los países más desarrollados, es una cuarta parte de la suma que dedican en subsidios para proteger a sus agricultores, y una décima parte de la inversión que hacen en sus fuerzas armadas. En otras palabras, los países industrializados están levantando muros para detener a las personas, en lugar de demolerlos para permitir el paso de los bienes; como consecuencia, más y más personas pobres nadarán hasta

sus costas y cruzarán sus fronteras, por no encontrar el camino para que sus productos, y no ellos, atraviesen las barreras.

Cuando decimos que la globalización y la apertura comercial ofrecen oportunidades extraordinarias para los países más pobres, debemos entender que tener oportunidades no es lo mismo que tener certezas. Para que la globalización sea una fuerza para el bien de los países en vías de desarrollo, es imprescindible que éstos acometan una serie de tareas impostergables. La más importante de ellas es la de invertir en desarrollo humano y, particularmente, en educación.

En América Latina, uno de cada tres jóvenes no asiste nunca a la escuela secundaria. Eso es no sólo una ofensa a nuestros valores, sino también un crudo testimonio de la falta de una visión económica. Hoy, más que nunca, debemos entender que los fracasos en la educación de hoy, son los fracasos en la economía de mañana.

Solucionar las carencias de los sistemas educativos en los países en vías de desarrollo casi siempre demanda más recursos. Pero sobre todo requiere de voluntad política y de claridad en las prioridades de la inversión pública. Tengo muy claro, en especial, que la lucha por mejores empleos a través de una mejor educación está muy ligada a la lucha por la desmilitarización y por el desarme. Ciertamente no es un blasón de honor para nuestra especie que el gasto militar mundial haya sobrepasado, en el año 2005, \$1 trillón, la misma cifra que tenía en términos reales al acabar la Guerra Fría, y que represente ocho veces más que la inversión anual requerida para alcanzar en una década todos los Objetivos de Desarrollo del Milenio en todos los países del mundo. La inversión que hacen hoy en sus fuerzas armadas los países más industrializados de la tierra, responsables del 83% del gasto militar

mundial, es diez veces superior a los recursos que dedican a la ayuda oficial al desarrollo. ¿Qué es esto, sino una muestra elocuente del extravío de las prioridades y de la más profunda irracionalidad?

El 11 de septiembre del año 2001, el mismo día que los trágicos hechos ocurridos en los Estados Unidos sacudieron al mundo, esta organización adoptó la Carta Democrática Interamericana. Al hacerlo, los Estados miembros acordaron que la mejor forma de defender a una nación, que la mayor garantía de seguridad para sus habitantes, proviene de la consolidación de las democracias en todo el mundo. Sin embargo, desde ese día, poco más de \$200 mil millones se ha añadido al gasto militar mundial.

Es trágico que los gobiernos de algunos de los países más subdesarrollados continúen apertrechando sus tropas, adquiriendo tanques, municiones y aviones de combate para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y en la ignorancia.

En el año 2005, los países latinoamericanos gastaron casi \$24 mil millones en armas y tropas, un monto que ha aumentado un 25% en términos reales a lo largo de la última década y que ha crecido significativamente en el último año. América Latina ha iniciado una nueva carrera armamentista, pese a que nunca ha sido más democrática y a que prácticamente no ha visto conflictos militares entre países en el último siglo.

Es por eso que mi país ha propuesto el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*) y el Tratado sobre el Comercio de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Hace poco, recibimos con beneplácito la noticia de que la Asamblea General de las Naciones Unidas acordó, por una abrumadora mayoría, la forma-

ción de un grupo de trabajo que en un plazo de un año hará las recomendaciones pertinentes para iniciar la elaboración del tratado. Ésa es apenas una pequeña victoria. El camino que espera a esa iniciativa es largo, y el apoyo de los países miembros de este foro será fundamental para convertirla en realidad.

Tal y como lo señala el artículo 2 de la Carta de la Organización de Estados Americanos, uno de los propósitos esenciales de esta organización es, precisamente, alcanzar una efectiva limitación de armamentos convencionales, que permita dedicar el mayor número de recursos al desarrollo económico y social de los Estados miembros. Eso quiere decir que el Tratado que les propongo y que la política que les sugiero no son sólo una invitación, sino una confirmación de los principios elementales a los que se adhirió América al momento de fundar esta organización.

Si América está verdaderamente llamada a ser la tierra de la libertad, entonces es hora de que dejemos de nombrar la libertad y empecemos, con paciencia pero con decisión, a construirla. Para ello es preciso enfrentar la pobreza, que donde prolifera trae consigo la semilla de la violencia, del populismo y del autoritarismo. Pero, sobre todo, es preciso enfrentar el error epistemológico que desde hace siglos define la aventura histórica de América Latina, el de creer que las buenas intenciones y las palabras hermosas bastan para conjurar la realidad. A estas alturas deberíamos saber que no bastan. Ya deberíamos saber que es necesario rectificar costosos errores, corregir rumbos equivocados y abandonar destructivas costumbres que nos han condenado, desde hace mucho tiempo, a medrar en la antesala de la modernidad.

Si no vencemos hoy los temores y la hipocresía que impiden un comercio verdaderamente libre en el mundo,

si no estimulamos a los países latinoamericanos a invertir sus recursos en la vida y no en la muerte, si no enfrentamos el aumento del gasto militar y el comercio de armas, condenaremos a nuestro continente a ser ya no el de la eterna promesa, sino el de la desilusión definitiva.

América, no invoco tu nombre en vano, nos dijo Neruda. En efecto, al decir América, no digamos sólo buenas intenciones, proclamas vacías o palabras gastadas. Pronunciemos, más bien, el austero lenguaje de la acción, de los hechos, de las obras, del coraje cotidiano, de la genuina voluntad de cambio. Digamos, nada más, que estamos dispuestos a hacer de esta América no un mundo nuevo y prodigioso, sino un mundo, simplemente, mejor.

EL MUNDO SE TRANSFORMA CON IDEAS SENCILLAS PERO PODEROSAS

FORO ECONÓMICO MUNDIAL
CANCÚN, MÉXICO
15 DE ABRIL DE 2008

“Poco a poco América Latina emerge de las sombras hacia la luz, y derrota a los demonios que durante tantos años han acosado su progreso. Pero no podemos descuidarnos, hay demonios nuevos. Ni el libre comercio, ni la profundización de nuestra democracia, ni el desarrollo humano de nuestros pueblos servirán de nada si nuestro planeta se vuelve inhabitable”.

Mes y medio después de ocurrida la muerte de Salvador Allende en Chile, en 1973, el gran escritor mexicano Octavio Paz publicó su ensayo *Los centuriones de Santiago*, en el que manifestaba su preocupación por el surgimiento de regímenes totalitarios en América Latina, y retrataba nuestra situación con las siguientes palabras:

“El continente se vuelve irrespirable. Sombras entre las sombras, sangre sobre la sangre, cadáveres sobre cadáveres: la América Latina se convierte en un enorme y bárbaro monumento hecho de las ruinas de las ideas y de los huesos de las víctimas”.

35 años después, en el mismo país que produjo a ese genio y Premio Nobel de Literatura, podemos afirmar que la nuestra ha dejado de ser una región de sombras, pero todavía dista mucho de ser una región de luz. Los demonios del pasado no gobiernan más nuestro destino, pero ciertamente constituyen fuerzas que aún no hemos logrado extinguir por completo: las pretensiones autárquicas y el proteccionismo comercial; el populismo y la retórica antidemocrática; la posposición de las más básicas necesidades de todos nuestros ciudadanos, particularmente la educación; y la persistente carrera armamentista, son lastres que todavía arrastramos y que hemos de abandonar si pretendemos sentar las bases para un futuro mejor.

América Latina es una región singular. Habiendo llegado tarde a la cita del desarrollo, vive simultáneamente en el feudalismo y la posmodernidad. Nuestras preocupaciones van desde la erradicación de tugurios, hasta la conectividad de banda ancha; desde la universalización del acceso al agua potable, hasta el reto de lograr que nuestro libre comercio con las naciones desarrolladas sea, en verdad, libre. Quizás esto explique el hecho de que todo abordaje de la economía latinoamericana, deba empezar por el abordaje de su democracia y de su desarrollo humano. Compartimos con los países desarrollados la preocupación por asegurar un crecimiento económico sostenido, controlar la inflación y atraer mayor inversión extranjera directa; pero tenemos al mismo tiempo que lidiar con la necesidad de crear Estados eficientes y transparentes, capaces de brindar respuesta a las demandas de los ciudadanos, y de distribuir más equitativamente tanto el poder económico como el poder político; todas estas preocupaciones que los países desarrollados, en su gran mayoría, han dejado de tener.

Sobre el libre comercio prácticamente todo ha sido dicho en este foro. Así es que hoy quisiera empezar por hablarles de la democracia. Es un hecho que en los próximos años veremos una desaceleración del crecimiento económico de América Latina. Esto es difícil de manejar para cualquier región, pero es mucho más difícil de manejar para una región que no cuente con buenos índices de gobernabilidad, y de adhesión de los ciudadanos a las instituciones democráticas. Una región en donde los individuos, y particularmente los inversionistas, no puedan confiar en las políticas públicas impulsadas por el Poder Ejecutivo, ni en las leyes aprobadas por el Poder Legislativo, ni en las resoluciones del Poder Judicial, tendrá una capacidad menor de responder a los desafíos económicos globales. Sólo si logramos en nuestras naciones respuestas coordinadas y sacrificios comunes, que emanen de la confianza de los individuos en el sistema democrático, lograremos reducir al máximo los efectos perniciosos de la recesión económica de nuestro vecino y principal socio comercial. Hacer al Estado más eficiente, más transparente, más capaz de mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos, es un reto indispensable para lograr un desarrollo económico y social más elevado.

Digo esto también porque pocas oportunidades son tan propicias para el resurgimiento de demagogias y delirios autoritarios como una crisis económica. Si América Latina no desea volver a las trincheras de la represión, más le vale asegurar ahora mismo a todos sus ciudadanos las condiciones mínimas para una vida digna. Si nuestras naciones no hacen un esfuerzo ingente por aumentar su gasto social, particularmente su gasto en educación, nuestros ciudadanos caerán con mayor estrépito bajo el hechizo del mesianismo, y las conquistas que con tiempo, sangre y dolor hemos alcanzado, pueden desaparecer.

Siempre he dicho que gobernar es escoger. Nunca como ahora debemos tener muy claras nuestras prioridades, y pocas cosas son tan impostergables en Latinoamérica como una mayor inversión en salud, en vivienda, en ciencia y tecnología y en educación para nuestros habitantes.

En épocas de vacas flacas lo que vale es el trigo que tengamos en el granero. Yo les pregunto ¿de qué nos vale tener armas en el granero? ¿de qué nos vale tener tanques y cohetes? ¿De qué nos vale tener helicópteros militares y decenas de miles de soldados, en una región que –con la sola excepción de Colombia– no experimenta actualmente ningún conflicto armado? Según cifras del Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI), en el año 2006 el gasto militar de América Latina ascendió a \$32.600 millones, una cifra que ha aumentado un 24% en términos reales en los últimos doce años. Esto es alarmante, sobre todo si tomamos en consideración que, como nos informa la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), entre los años 1991 y 2005 América Latina elevó su gasto en salud de un 3,1% del PIB a un 3,4%, es decir, apenas un 9,7%; y su gasto en vivienda permaneció inalterado en un 1, 2% del PIB.

A pesar de que nuestro gasto en educación en relación con el PIB sí ha aumentado considerablemente en los últimos años, ello no ha sido suficiente: uno de cada tres jóvenes no asiste nunca a la escuela secundaria, y sólo uno de cada diez llega a graduarse de la universidad. ¿Qué es esto sino el más evidente símbolo de irracionalidad y ceguera histórica? Lo he dicho muchas veces y no me cansaré de repetirlo: los fracasos en la educación de hoy son los fracasos en la economía de mañana.

Los países desarrollados, que albergan menos del 10% de los jóvenes del mundo, gastan más de la mitad de todo

el presupuesto mundial en educación. El escritor estadounidense Thomas Friedman nos advierte que de las casi 12.000 universidades y centros de educación superior en el mundo, 4.000 se ubican sólo en los Estados Unidos, es decir, aproximadamente una tercera parte. De las 200 mejores universidades según el ranking elaborado por el periódico londinense *The Times*, sólo 3 son de Latinoamérica, y ninguna de ellas califica dentro de las 100 mejores. Si queremos sentar las bases para un mejor futuro, debemos empezar por invertir más en los salarios de nuestros maestros y profesores, en la infraestructura de nuestras escuelas y colegios, en las becas para nuestras universidades y, sobre todo, en el aprendizaje de otros idiomas y el acceso a las tecnologías de la información y el conocimiento.

En los últimos 25 años, del aumento total de la producción en el mundo, el 88% proviene de mejoras en la tecnología, y sólo el 12% proviene de la expansión de los sistemas de producción vigentes. Es claro, entonces, que debemos empezar a invertir mucho más en ciencia y tecnología, si queremos dar el salto al desarrollo que nuestros pueblos se merecen.

Invertir más en educación y tecnología implicará, sin duda alguna, sacrificios. Sacrificios como el dinero que se invierte en cada avión Sukhoi Su-30k, cuyo costo ronda los \$34 millones, y que serviría para comprarles a nuestros estudiantes alrededor de 200 mil computadoras del MIT Media Lab. Sacrificios como el dinero que se invierte en cada helicóptero Black Hawk, cuyo precio mínimo ronda los \$6 millones, y que podría servir para pagar durante un año una beca de \$100 mensuales a 5,000 jóvenes latinoamericanos. La decisión debería ser evidente.

Por todo esto, hoy quiero dejarles para su consideración dos propuestas que mi gobierno impulsa internacio-

nalmente: el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*) y el Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Con la ayuda de ustedes, estas dos propuestas pueden convertirse en realidad.

No he venido aquí cargando fórmulas mágicas. América Latina ha conocido ya demasiadas. Sólo pretendido dar un aporte realista a algunos de los problemas que se nos presentan, y que forman parte de los obstáculos que nos han impedido alcanzar un mayor desarrollo. Después de todo el mundo se transforma con ideas sencillas pero poderosas. O como nos dice Octavio Paz en el mismo ensayo que les he citado al principio: “*No se trata de fundar paraísos sino de dar respuestas reales a la realidad de nuestros problemas. Nos hacen falta, en dosis iguales, la imaginación política y la sobriedad intelectual. América Latina es un continente de retóricos y de violentos –dos formas de la soberbia y dos maneras de ignorar la realidad.*”

Poco a poco América Latina emerge de las sombras hacia la luz, y derrota a los demonios que durante tantos años han acosado su progreso. Pero no podemos descuidarnos, hay demonios nuevos. Ni el libre comercio, ni la profundización de nuestra democracia, ni el desarrollo humano de nuestros pueblos servirán de nada si nuestro planeta se vuelve inhabitable. El calentamiento global y la acelerada destrucción del ambiente son preocupaciones que debemos encarar si queremos sentar las bases de una vida prometedora para la humanidad. Es la última petición que quiero plantearles, pero se las planteo con particular vehemencia: es hora de que América Latina, y el mundo, declaren la *Paz con la Naturaleza*.

Esta no es una manifestación cordial, vacía de contenido. Se trata de un compromiso que ha asumido Costa Rica, y al que se suman más y más naciones en el mundo.

Para el año 2021, en que celebraremos 200 años de Independencia, nos hemos propuesto ser un país neutral en emisiones de carbono. Otras naciones, como Noruega y Nueva Zelanda, están también tomando acciones en este sentido. Al mismo tiempo, pretendemos aumentar considerablemente nuestra cobertura boscosa –que ya ocupa más del 50% de nuestro territorio–, y mejorar los sistemas de corredores biológicos para nuestras especies en peligro de extinción. Este año, tenemos como meta sembrar un total de 7 millones de árboles, lo cual nos convierte en el país con más árboles per cápita y por kilómetro cuadrado en el mundo. Somos un país pequeño, pero hemos asumido el reto de progresar sin destruir, de avanzar sin extinguir. Hoy les pido que hagan lo mismo.

Sé que este recinto alberga todo tipo de opiniones sobre las mejores rutas que debe seguir Latinoamérica en temas de política económica. Pero espero que en el tema de la democracia, el desarrollo humano y la naturaleza, sepamos escoger la única ruta posible: la ruta de la vida. De la vida libre. De la vida digna. De la vida posible.

COMPAÑEROS DE VIAJE Y SOCIOS EN EL PROGRESO

REUNIÓN ANUAL DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
DEL INSTITUTO BROOKINGS
MIAMI, FLORIDA
26 DE FEBRERO DE 2009

“No olvidemos jamás que, en casi todo el continente americano, nos encontramos en la cima de la democracia. Hemos dejado atrás los pantanos brutales de la guerra civil y la dictadura. Hemos cruzado las peligrosas trincheras del conflicto, y alcanzado una mejor forma de diálogo. Hemos soportado vientos de discordia, de pobreza y de hambruna. Hemos puesto un pie detrás del otro, y hemos avanzado paso a paso, guiados por nuestra fe en el valor de la libertad y en la capacidad de nuestros pueblos”.

Agradezco profundamente la oportunidad que hoy me brindan de formar parte de este evento. Gracias a Mr. Strobe Talbott y al Consejo de Administración de esta histórica institución, por su inmensa gentileza y su genuino interés en Latinoamérica. Y gracias, sobre todo, al Dr. Kevin Casas, un hombre admirable a quien tengo el privilegio de llamar mi amigo. No exagero si les digo que Brookings Institution cuenta entre sus miembros con una de las mentes más brillantes de Costa Rica y de América

Latina, que tanto sabe perseguir la paz, el desarrollo humano y la justicia, como profesar la amistad, el trabajo duro y la honradez intelectual. En Kevin tienen ustedes a un defensor de las mejores causas del hombre, y a un ejemplo de sus mejores prácticas.

Decía Henry David Thoreau que el mayor halago que alguien le hizo jamás fue el de haberle preguntado qué pensaba, y haber escuchado su respuesta. Me siento muy halagado de que me hayan invitado a compartir con ustedes algunos pensamientos, aunque vengo aquí más en calidad de aprendiz que de maestro. Esta noche quiero hablarles un poco sobre mi visión de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, que en mi opinión ha sido, y sigue siendo, una de las alianzas más obvias y menos aprovechadas en la historia de las relaciones internacionales. Para un simple espectador nada hubiera resultado más elemental que el entendimiento profundo entre dos partes de un mismo continente, entre países que vieron la luz casi al mismo tiempo y a partir de las mismas ideas y valores; países que no lucharon por su Independencia los unos contra los otros, sino los unos al lado de los otros. Es una gran ironía del continente americano que naciones que fueron hermanas, aún siguen sin descifrar cómo ser vecinas.

En efecto, nuestro expediente vecinal comprende toda clase de pecados. Latinoamérica guarda todavía las cicatrices de violentas intervenciones y crueles olvidos por parte de Estados Unidos; y Estados Unidos arrastra también los traumatismos de lidiar con una región a veces cuerda y a veces loca, a veces madura y a veces pueril, a veces democrática y a veces dictatorial, a veces amigable y a veces hostil. Una y otra vez nos hemos desilusionado mutuamente. Una y otra vez nos hemos acercado y distanciado, como olas interminables de una marea sin sentido, como la

aguja de un metrónomo que marca el *tempo* de un dueto que nunca llega a la armonía. Resolver este comportamiento errático debe ser una de las prioridades de la política exterior de los países en todo el continente, pero particularmente de Estados Unidos, que parece ser el único país en el mundo que no se percata de cuánto necesita a Latinoamérica, y cuántos frutos puede cosechar de una alianza verdadera con ella.

Mientras las naciones asiáticas intensifican sus relaciones comerciales con las naciones latinoamericanas, y sus Presidentes visitan nuestra región; mientras Latinoamérica inaugura embajadas en el mundo árabe, y Oriente Medio estrecha sus lazos al sur de esta ciudad; mientras Europa se encuentra próxima a firmar su primer acuerdo de asociación región a región con Centroamérica, y fortalece su presencia en todo el continente, Estados Unidos parece mirar en otra dirección. Y así como el ciego Tiresias podía ver lo que Odiseo ignoraba, así también el mundo intuye lo que Estados Unidos continúa sin comprender: que América Latina no sólo ha crecido, sino que ha madurado, y que ya caducó el momento de tratarla con condescendencia.

América Latina es hoy una región para ser tratada con seriedad. Una región que, con la sola excepción de Cuba, es enteramente democrática por primera vez en la historia. Una región que, tal y como lo advirtió hace algunos meses esta misma institución, provee a Estados Unidos de más del 30% de sus importaciones de petróleo, más de la mitad de su población nacida en el extranjero, y una quinta parte de sus exportaciones e importaciones totales. Hasta ahora hemos sido compañeros de viaje, pero podemos ser socios en la inacabable empresa del progreso humano, si somos capaces de evitar, al menos, tres trampas históricas que han plagado de tropiezos el curso de

nuestras relaciones: la trampa del proteccionismo, la trampa del gasto militar en detrimento del desarrollo humano, y la trampa de la monomanía.

La devastadora crisis internacional por la que actualmente atravesamos, ha visto el resurgimiento de discursos nacionalistas en todas las regiones del mundo. Estados Unidos lleva la batuta en este tema. La discusión en días recientes de una cláusula de “Buy American” (“Compre Americano”) en el Plan de Recuperación y Reinversión para Estados Unidos, y la evidente reluctancia que ha mostrado el Congreso de los Estados Unidos para aprobar los Tratados de Libre Comercio con Colombia y Panamá, son síntomas preocupantes de un viraje en una política de apertura comercial impulsada por igual desde gobiernos demócratas y republicanos. A pesar de los réditos políticos inmediatos que este tipo de actitudes pueden acarrear, en el largo plazo tienen serios costos económicos, políticos y sociales, de los cuales el más evidente es una nueva ola de migración a los Estados Unidos.

En la medida en que la discusión sobre migración se centre sólo en el control fronterizo y la situación jurídica de los migrantes, más y más personas atravesarán ríos, mares y muros para buscar las condiciones que no pudieron encontrar en sus propias naciones. Atacar las causas de la migración, y no sólo sus consecuencias, debe ser uno de los objetivos principales del fortalecimiento de una política exterior basada en la apertura comercial y en la creación de oportunidades para las naciones en vías de desarrollo.

Ahora bien, tanto puede cercenar nuestro futuro el proteccionismo comercial, como el desmedido gasto militar, que casi siempre ocurre en detrimento del desarrollo. Éste es un tema que parece no entrar en la discusión sobre las mejores formas de afrontar la actual crisis económica internacional, y a mí me sorprende que así sea.

Tenemos apasionados debates sobre un rescate financiero de \$700 mil millones, y sobre un plan de recuperación económica de aproximadamente \$800 mil millones, y sin embargo nada dice el mundo de los \$1.3 billones que este año serán destinados al gasto militar, a alimentar el vientre de los misiles y no de los niños, a pagar hordas de soldados y no de doctores. Muchas naciones han anunciado ya el recorte de sus programas sociales en vista de la crisis internacional, y sin embargo el gasto militar continúa su ascenso rampante, sin que nadie parezca comprender su elevado costo de oportunidad.

Mientras tanto, la ayuda internacional otorgada por los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), durante el año 2007, apenas excedió los \$100 mil millones, y se encuentra todavía en un promedio del 0.3% del Producto Interno Bruto (PIB) de dichos países, y en 0.17% en el caso de los Estados Unidos. Muy lejos de su compromiso de dedicar, al menos, un 0.7% de su PIB a la ayuda para el desarrollo. Parafraseando una expresión de Booker T. Washington, uno se pregunta si los países desarrollados lograrán algún día que su riqueza nos afecte a nosotros tanto como a ustedes los afecta nuestra pobreza.

A esto se suma el hecho de que no sólo nos estamos quedando atrás en términos cuantitativos, sino también en términos cualitativos. Es decir que gastamos poco y lo gastamos mal. Hemos fallado en asegurar que la ayuda para el desarrollo sea, en efecto, para el desarrollo, y como consecuencia destinamos miles de millones de dólares a expandir las oportunidades de pueblos cuyos gobiernos gastan, a su vez, miles de millones de dólares en expandir sus aparatos militares.

Latinoamérica provee un ejemplo elocuente. Según cifras del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos,

el gasto militar en la región el año pasado fue de \$47.200 millones, frente a los \$24.700 millones del 2003, un aumento del 91% en los últimos 5 años. América Latina ha iniciado una carrera armamentista, no importa qué eufemismos se empleen para encubirla, y como ella hay otras regiones en el mundo que insisten en protestar por su perenne retraso en los índices de desarrollo humano, mientras dilapidan sus recursos en un arsenal que, en el mejor de los escenarios, constituye un desperdicio capital, y en el peor es el combustible de conflictos armados como los que han teñido de sangre nuestra existencia desde épocas inmemoriales.

Puedo decir con orgullo que Costa Rica no forma parte de este frenesí. Hace 60 años nos convertimos en el primer país en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. De no haber tomado esa histórica decisión, gastaríamos al año, según el promedio regional en relación con el PIB, más de \$150 millones en nuestras fuerzas armadas, la mitad de lo que nuestro Ministerio de Educación Pública destinará en el año 2009 a la educación secundaria, y 5 veces más que el total del presupuesto del Ministerio de Cultura y Juventud. Tenemos una población educada porque tenemos una población desarmada, y aunque no pretendemos que el resto de naciones sigan nuestros pasos, sí consideramos que nuestro ejemplo denota mejor que ningún otro cuánto puede avanzar Latinoamérica si disminuye, incluso en mínimas proporciones, su gasto militar.

Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). El apoyo de instituciones como Brookings será crucial para convertir esta iniciativa en realidad.

La última trampa que Estados Unidos debe evitar a la hora de lidiar con América Latina es la monomanía con

que sus líderes insisten en tratar a nuestra región. Estados Unidos y Latinoamérica continúan comunicándose principalmente en torno a una muy escasa variedad de temas: comercio, narcotráfico e inmigración. Estos son asuntos cruciales, pero hay muchos otros intereses comunes que hemos ignorado. Estados Unidos continúa pintando a América Latina con la misma brocha tosca y gruesa. No hace mucho, un Presidente realizó su primer viaje a Suramérica, y a su regreso se limitó a decir: “*Ustedes se sorprenderían— todos son países individuales*”.

Aún hoy luchamos contra este tipo de generalizaciones. Si un país diminuto como Costa Rica es tan marcadamente distinto de sus vecinos inmediatos en Centroamérica, ¿cómo entonces puede ser metido en el mismo saco con Haití, Chile o Brasil? ¿Cómo puede Estados Unidos ignorar el hecho de que no existe sólo una, sino muchas y variadas Latinoaméricas, complejas y traslapadas? Hay países que necesitan apoyo especial para el comercio y la innovación, y países que requieren apoyo para seguridad y la lucha contra el narcotráfico; hay países que disfrutan de sofisticados sistemas democráticos, y países cuya institucionalidad es más que precaria. Hay países que exportan chips y equipo médico, y países cuya economía aún se basa en la agricultura de subsistencia. Hace mucho tiempo que pasó el tren de la América Latina monolítica y monotemática. Es tiempo de establecer un compromiso respetuoso y consciente de los muchos matices que surcan la región.

Hace 76 años Franklin Delano Roosevelt hablaba de la política del “buen vecino”. Yo me pregunto si no será tiempo de construir la política del “buen amigo”. De que nos miremos a los ojos, como amigos; de que nos hablemos de frente, como amigos; de que nos tratemos igualitariamente, como amigos; de que procuremos el mutuo

beneficio, el mutuo entendimiento y el mutuo respeto, como hacen los amigos. Esta posibilidad es hoy más probable que nunca. Nuestro mundo atraviesa un valle oscuro de dificultad económica, pero no olvidemos jamás que, en casi todo el continente americano, nos encontramos en la cima de la democracia. Hemos dejado atrás los pantanos brutales de la guerra civil y la dictadura. Hemos cruzado las peligrosas trincheras del conflicto, y alcanzado una mejor forma de diálogo. Hemos soportado vientos de discordia, de pobreza y de hambruna. Hemos puesto un pie detrás del otro, y hemos avanzado paso a paso, guiados por nuestra fe en el valor de la libertad y en la capacidad de nuestros pueblos.

En todas partes de nuestro continente debemos estos logros a la sangre de nuestros soldados, a la dedicación de nuestros fundadores, al sudor de nuestros trabajadores y a la paciencia de nuestros diplomáticos. Si dilapidamos estos logros, si retrocedemos en el camino del progreso que hemos recorrido, estaremos defraudando a esos hombres y mujeres, y postergando las soluciones que durante siglos hemos esperado.

El gran autor y Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, escribió en una ocasión que: *“América no es tanto una tradición que continuar como un futuro que realizar”*. Ese futuro está hoy más cerca que nunca. Sé que la luz de posibilidad que ha amanecido en nuestra región alumbrará nuestro camino en la hora más oscura.

ALGO HICIMOS MAL

CUMBRE DE LAS AMÉRICAS
TRINIDAD Y TOBAGO
18 DE ABRIL DE 2009

“El sistema de valores del siglo XX, que parece ser el que estamos poniendo en práctica también en el siglo XXI, es un sistema de valores equivocado”.

Tengo la impresión de que cada vez que los países caribeños y latinoamericanos se reúnen con el Presidente de los Estados Unidos de América, es para pedirle cosas o para reclamarle cosas. Casi siempre, es para culpar a los Estados Unidos de nuestros males pasados, presentes y futuros. No creo que eso sea del todo justo.

No podemos olvidar que América Latina tuvo universidades antes de que Estados Unidos creara Harvard y William & Mary, que son las primeras universidades de ese país. No podemos olvidar que en este continente, como en el mundo entero, por lo menos hasta el año 1750 todos los americanos eran más o menos iguales: todos eran pobres.

Cuando aparece la Revolución Industrial en Inglaterra, otros países se montan en ese vagón: Alemania, Francia, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda... y así la Revolución Industrial pasó por América Latina como

un cometa, y no nos dimos cuenta. Ciertamente perdimos la oportunidad.

También hay una diferencia muy grande. Leyendo la historia de América Latina, comparada con la historia de Estados Unidos, uno comprende que Latinoamérica no tuvo un John Winthrop español, ni portugués, que viniera con la Biblia en su mano dispuesto a construir “*una ciudad sobre una Colina*”, una ciudad que brillara, como fue la pretensión de los peregrinos que llegaron a los Estados Unidos de América.

Hace 50 años, México era más rico que Portugal. En el año 1950, un país como Brasil tenía un ingreso per capita más elevado que el de Corea del Sur. Hace 60 años, Honduras tenía más riqueza per capita que Singapur, y hoy Singapur –en cuestión de 35 ó 40 años– es un país con \$40 mil de ingreso anual por habitante. Bueno, algo hicimos mal los latinoamericanos.

¿Qué hicimos mal? No puedo enumerar todas las cosas que hemos hecho mal. Para comenzar, tenemos una escolaridad de 7 años. Ésa es la escolaridad promedio de América Latina y no es el caso de la mayoría de los países asiáticos. Ciertamente no es el caso de países como Estados Unidos y Canadá, con la mejor educación del mundo, similar a la de los europeos. De cada 10 estudiantes que ingresan a la secundaria en América Latina, en algunos países solo uno termina esa secundaria. Hay países que tienen una mortalidad infantil de 50 niños por cada mil, cuando el promedio en los países asiáticos más avanzados es de 8, 9 ó 10.

Nosotros tenemos países donde la carga tributaria es del 12% del Producto Interno Bruto, y no es responsabilidad de nadie, excepto la nuestra, que no le cobremos dinero a la gente más rica de nuestros países. Nadie tiene la culpa de eso, excepto nosotros mismos.

En el año 1950, cada ciudadano norteamericano era 4 veces más rico que un ciudadano latinoamericano. Hoy en día, un ciudadano norteamericano es 10, 15 ó 20 veces más rico que un latinoamericano. Eso no es culpa de Estados Unidos, es culpa nuestra.

Me he referido a un hecho que para mí es grotesco, y que lo único que demuestra es que el sistema de valores del siglo XX, que parece ser el que estamos poniendo en práctica también en el siglo XXI, es un sistema de valores equivocado. Porque no puede ser que el mundo rico dedique \$100 mil millones para aliviar la pobreza del 80% de la población del mundo –en un planeta que tiene 2.500 millones de seres humanos con un ingreso de \$2 por día– y que gaste 13 veces más (\$1 millón 300 mil millones) en armas y soldados.

No puede ser que América Latina se gaste \$50 mil millones en armas y soldados. Yo me pregunto, ¿quién es el enemigo nuestro? El enemigo nuestro, Presidente Correa, de esa desigualdad que usted apunta con mucha razón, es la falta de educación; es el analfabetismo; es que no gastamos en la salud de nuestro pueblo; es que no creamos la infraestructura necesaria, los caminos, las carreteras, los puertos, los aeropuertos; es que no estamos dedicando los recursos necesarios para detener la degradación del medio ambiente; es la desigualdad que tenemos, que realmente nos avergüenza; es producto, entre muchas cosas, por supuesto, de que no estamos educando a nuestros hijos y a nuestras hijas.

Uno va a una universidad latinoamericana y todavía parece que estamos en los sesentas, setentas u ochentas. Parece que se nos olvidó que el 9 de noviembre de 1989 pasó algo muy importante, al caer el Muro de Berlín: el mundo cambió. Tenemos que aceptar que éste es un mundo distinto, y en eso francamente pienso que todos

los académicos, toda la gente de pensamiento, todos los economistas, todos los historiadores, casi que coinciden en que el siglo XXI es el siglo de los asiáticos, no de los latinoamericanos. Y yo, lamentablemente, coincido con ellos. Porque mientras nosotros seguimos discutiendo sobre ideologías, seguimos discutiendo sobre todos los “ismos” (¿cuál es el mejor? capitalismo, socialismo, comunismo, liberalismo, neoliberalismo, socialcristianismo...), los asiáticos encontraron un “ismo” muy realista para el siglo XXI y el final del siglo XX, que es el *pragmatismo*.

Para sólo citar un ejemplo, recordemos que cuando Deng Xiaoping visitó Singapur y Corea del Sur, después de haberse dado cuenta de que sus propios vecinos se estaban enriqueciendo de una manera muy acelerada, regresó a Beijing y dijo a los viejos camaradas maoístas, que lo habían acompañado en la Larga Marcha: *“bueno, la verdad, queridos camaradas, es que mí no me importa si el gato es blanco o negro, lo único que me interesa es que case ratones”*. Y si Mao hubiera estado vivo, se hubiera muerto de nuevo cuando Xiaoping dijo que *“la verdad es que enriquecerse es glorioso”*. Y mientras los chinos hacen esto, y desde el 79 a hoy crecen a un 11%, 12% o 13%, y han sacado a 300 millones de habitantes de la pobreza, nosotros seguimos discutiendo sobre ideologías que tuvimos que haber enterrado hace mucho tiempo atrás.

La buena noticia es que esto lo logró Deng Xiaoping cuando tenía 74 años. Viendo alrededor, queridos Presidentes, no veo a nadie que esté cerca de los 74 años. Por eso solo les pido que no esperemos a cumplirlos para hacer los cambios que tenemos que hacer.

¿QUO VADIS, AMÉRICA LATINA?

CUMBRE DE NEGOCIOS EN MONTERREY

MONTERREY, MÉXICO

8 DE NOVIEMBRE DE 2009

“Es hora de que Latinoamérica se despoje de los ropajes de la autocompasión y aprenda el difícil arte de la autocrítica. Es hora de que nuestros gobiernos abandonen la propensión a ser creativos en excusas y no en soluciones, en disculpas y no en políticas concretas. Es decir, que es hora de que Latinoamérica reconozca, finalmente, su responsabilidad en la historia”.

En un ensayo magistral sobre el origen y el significado de América, el gran Alfonso Reyes, gigante de las letras castellanas nacido en esta tierra regiomontana, nos dice que *“Antes de ser esta firme realidad, que unas veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites. Llega la hora en que el presagio se lee en todas las frentes, brilla en los ojos de los navegantes, roba el sueño a los humanistas y comunica al comercio un decoro de saber y un calor de hazaña”.*

Hubo una época en que era posible detener a cualquier viajero y preguntarle: *“¿a dónde vas, trotamundos?”*, y

escuchar en los labios temblorosos de impaciencia: “*voy a América, al Nuevo Mundo, a El Dorado, al Edén sobre la Tierra*”. Hubo una época en que nuestro continente sirvió de caldero para fundir todas las esperanzas de un viejo orden, sediento de un reinicio, de un *borrón y cuenta nueva*. Nos tocó la difícil misión histórica de vindicar para la especie humana, toda la dignidad pisoteada, toda la paz adulterada, toda la inocencia perdida, que siglos y siglos de civilización habían acumulado sobre los hombros del mundo. Hoy todo eso ha cambiado.

Nuestro continente ha dejado de ser una alucinación para convertirse en una inmediata realidad, que a veces excede y a veces defrauda nuestras ilusiones. Las brújulas de los viajeros ya no apuntan a nuestras tierras. Los caminos ya no llevan necesariamente hacia América, o al menos no hacia Latinoamérica. Más bien es ella la que debe encontrar su camino. Es a ella a quien debemos preguntarle “¿*Quo Vadis, América Latina?* ¿A dónde vas en medio de la confusión del parto de este milenio?

Por más que amo esta región, y por más que quisiera ser ciego ante sus defectos, no puedo evitar pensar que no estamos haciendo bien las cosas. Que caminamos a tientas en el curso de la historia. Que nuestra América Latina seguirá siendo una promesa, en la medida en que no asuma con seriedad su propia tarea. Esta región de locos y entusiastas, de quijotes y eternos adolescentes, debe madurar. Es hora de que entendamos que nadie va a traernos un mayor desarrollo en bandeja de plata. Somos nosotros, y nadie más, los encargados de labrarlo. Es hora de que Latinoamérica se despoje de los ropajes de la auto-compasión y aprenda el difícil arte de la autocrítica. Es hora de que nuestros gobiernos abandonen la propensión a ser creativos en excusas y no en soluciones, en disculpas y no en políticas concretas. Es decir, que es hora de

que Latinoamérica reconozca, finalmente, su responsabilidad en la historia.

Esa responsabilidad histórica empieza por enfrentar una cruda pero inevitable pregunta: ¿por qué nos quedamos atrás? ¿Por qué la región que habría de ser el Nuevo Mundo, el mundo justo, el mundo de las oportunidades, acabó por conformarse con viajar en el penúltimo vagón del progreso?

Contrario a lo que muchos piensan, y a lo que algunos intentan vender, las razones que explican esto no son todas históricas. Cuando la mayor parte de América Latina adquirió su independencia de España, a inicios del siglo XIX, sus condiciones para el desarrollo eran similares o aún mejores que las de Estados Unidos, el Medio Oriente o el Sudeste Asiático.

Según un estudio histórico publicado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en el año 1500 el Producto Interno Bruto (PIB) real de México era 4 veces más grande que el de Estados Unidos. En el año 1820, el PIB de América Latina excedía en 12.5% el de su vecino del norte. En cambio, en el año 1998, si excluimos a Brasil, la región representaba apenas una tercera parte de la economía estadounidense.

Una portada del semanario londinense *The Economist*, publicada en el año 1988, calificaba a Irlanda como “*el país más pobre entre los ricos*”. Menos de diez años después, todos se referían a ella como “*el tigre celta*”. Singapur era una insignificante isleta luchando por su independencia en el sudeste asiático, cuando nuestras economías realizaban sus expediciones por las diversas variantes del modelo de sustitución de importaciones. A pesar de no tener mayores recursos naturales, la economía de Corea del Sur se multiplicó por diez entre los años 1960 y 1990.

La responsabilidad de montarnos en la locomotora del desarrollo era nuestra, y la vimos pasar. En vano se suceden las rabietas de caudillos pasados y presentes que pretenden culpar a todos de nuestras congojas. La explicación de nuestro rezago está en algún lugar entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Y reconocerlo, es dar el primer paso hacia un mayor desarrollo. Esta noche quiero mencionar cuatro trabas culturales que considero fundamentales en la explicación de este fenómeno, y que creo que deben cambiar cuanto antes si hemos de aspirar a construir un futuro mejor para nuestros pueblos: la proverbial resistencia latinoamericana al cambio, y nuestra incapacidad de adaptación a nuevas circunstancias; la consecuente escasez de innovación, basada en un temor a asumir riesgos y complementada por un afán conformista y mediocre; el continuo desprecio por el Estado de Derecho y los mecanismos de la institucionalidad democrática, y la macabra tentación autoritaria y militar, que como una sombra persigue a nuestra región desde su alumbramiento.

La primera traba cultural que he mencionado es la resistencia al cambio en América Latina. Creo que de todas las regiones del mundo, ninguna se aferra más al pasado que la nuestra. Ninguna le tiene más apego a un statu quo que, además, es terriblemente insuficiente. Ésta es la región del *“mejor viejo conocido que nuevo por conocer”*, y no deja de sorprenderme que así sea. Porque el viejo conocido es que una tercera parte de la población viva en la pobreza. El viejo conocido es que un tercio de los estudiantes no llegue nunca al colegio. El viejo conocido es que en algunos lugares hayan más puestos de trabajo en las pandillas y en las redes narcoterroristas, que en las empresas y los comercios.

Y aún así los latinoamericanos le tienen pavor al cambio. Prefieren aferrarse al pasado porque confían en que

ese pasado, por más nefasto que sea, será mejor que un futuro incierto. Esto lo observé con elemental claridad en la discusión que sostuvimos en Costa Rica, hace poco más de dos años, con motivo de la celebración del primer referéndum de nuestra historia, para decidir la aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana. Los costarricenses que adversaban el tratado no estaban felices con sus circunstancias, pero le tenían terror a lo que podía suceder si esas circunstancias cambiaban. Yo siempre les dije una frase que John Maynard Keynes le contestó a un periodista impertinente: *“cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión. ¿Qué hace usted?”*.

La resistencia al cambio es la mejor forma de perpetuar nuestro subdesarrollo. Es más, es elabierto reconocimiento de la voluntad para perpetuarlo, por temor, por desidia, y muchas veces, por fanatismo ideológico. Hay en nuestro continente toda una horda de defensores de *“el verdadero socialcristianismo”*, *“la verdadera socialdemocracia”*, *“el verdadero liberalismo”*, *“el verdadero socialismo”*, el de los abuelos, el de los padres, el de cuarenta o cincuenta años atrás. ¿Cómo esperamos progresar si la máxima aspiración de nuestros pueblos es la permanencia, o incluso el retroceso?

El mundo globalizado impone el cambio. Ha llegado el momento a partir del cual no se trata de decidir si queremos o no transformarnos, no se trata de ver si nuestra ideología nos permite o no cambiar. Se trata de ver cuán rápido y cuán provechoso es nuestro inevitable proceso de cambio. La adaptabilidad a nuevas circunstancias es la clave que medirá el progreso de las naciones en las décadas por venir. Las naciones que fallen en esto, caminarán hacia el futuro con los ojos en la espalda, exactamente como ha estado caminando en los últimos años América Latina.

La segunda traba cultural que nos impide aspirar a un mayor desarrollo, es la escasez de innovación en la región. Si somos resistentes al cambio que nos viene de afuera, con mucha mayor razón evitamos propiciarlo a lo interno de nuestras naciones. No queremos innovar porque vemos en la innovación un riesgo que no estamos dispuestos a asumir. Le huimos a la competencia porque amenaza derechos y privilegios establecidos, y preferimos pasar de moda que pasarnos de listos. La consecuencia más notoria de esto es la mediocridad que hemos venido gestando a lo largo de décadas.

¿Cómo construir un continente de excelencia si muchas veces castigamos la iniciativa, en lugar de premiarla? ¿Cómo construir un continente desarrollado si tenemos más contralores que emprendedores? ¿Cómo avanzar si el gasto en innovación e investigación es un rubro marginal en los presupuestos de nuestros aparatos estatales?

Un estudio realizado el año pasado, indicaba que del aumento total de la producción en los últimos 25 años, el 88% proviene de mejoras en la tecnología, y sólo el 12% de la expansión de los sistemas productivos vigentes. Latinoamérica debe entender esto, y debe entenderlo rápido.

La resistencia al cambio y a la innovación es evidente en muchos aspectos de nuestra cotidianidad, pero en ninguno es más notorio que en el currículo que se enseña en nuestras escuelas, colegios y universidades. Muchas veces he dicho que me preocupa que Latinoamérica está graduando profesionales que podían encontrar empleo en el mundo de hace 30 años, y carecen de las herramientas para desenvolverse en la actualidad. Para ponerles un ejemplo, nuestra región gradúa seis profesionales en ciencias sociales, negocios y derecho, por cada profesional

que gradúa en ciencias exactas y por cada dos profesionales en ingeniería. No estoy diciendo que los científicos sociales son innecesarios. Tan sólo digo que no son tres veces más necesarios que los ingenieros. Y puedo asegurar que los puestos de trabajo se crean en proporción inversa a los graduados por área de estudio.

Los científicos que han analizado este fenómeno coinciden en que nuestros estudiantes necesitan adquirir habilidades modernas, que les permitan desenvolverse en un mundo profundamente diverso e interconectado. Deben hablar, entender y pensar en idiomas extranjeros. Deben manejar los sistemas informáticos. Deben analizar crítica y creativamente la complejidad de los desafíos globales que enfrentamos, desde el desarrollo sostenible hasta el comercio internacional, desde las epidemias mundiales hasta la erradicación de la pobreza. Deben ser capaces de comprender más que memorizar, de argumentar más que recitar. Esta noche les pregunto ¿es esto lo que estamos enseñando?

Conforme con evaluaciones internacionales, nuestros estudiantes se encuentran entre los peores del mundo en comprensión de lectura, muy por debajo de muchachos que provienen de países en donde el Estado gasta, en promedio, mucho menos dinero en la educación de cada estudiante que el que gastamos nosotros. Es claro que necesitamos realizar un cambio cuantitativo en nuestra inversión educativa, pero es aún más claro que debemos realizar un cambio cualitativo.

Y en eso ustedes tienen mucho que aportar. Es el sector privado el que tiene que expresar cuáles son sus necesidades, cuáles son el tipo de profesionales para los que pueden ofrecer empleos de calidad. Costa Rica ha tenido experiencias muy satisfactorias en este campo. Una alianza entre el Gobierno, el sector privado y la academia nos

ha permitido poner en marcha un Plan Nacional de Inglés, con el que pretendemos lograr que, para el año 2017, el 100% de los jóvenes que se gradúen del colegio cuenten con algún dominio del idioma inglés. Junto con la Fundación Omar Dengo, Intel, Hewlett Packard y otras empresas asentadas en el país, hemos incrementado sensiblemente la conectividad de nuestros centros educativos. Varias empresas costarricenses se han puesto de acuerdo para lanzar una campaña de orientación vocacional, incentivando a nuestros jóvenes a escoger carreras cotizadas en el mercado laboral. Juntos, hemos venido creando una cultura educativa para el siglo XXI. Intensificar y reproducir este tipo de iniciativas es un paso crucial para el cambio de mentalidad que urgentemente necesita América Latina.

La tercera traba cultural que mencioné, es el continuo desprecio por el Estado de Derecho y la institucionalidad democrática en la región. De esto he hablado en todo tipo de foros y ante todo tipo de auditorios, precisamente porque incide en la vida de todos los habitantes. Ciertamente es un aspecto que incide en la forma de hacer negocios en Latinoamérica.

Imaginen, por un momento, una región en donde las normas que regulan el comercio y la producción sean claras y conocidas por todos; en donde los trámites se realicen con velocidad, sin necesidad de pagar un soborno o realizar varias peticiones; en donde cualquier conflicto pueda ser dirimido en los tribunales, que juzgarán con celeridad e imparcialidad; en donde la seguridad ciudadana permita hacer negocios con tranquilidad; en donde se respeten todos los tratados y acuerdos internacionales, y se apliquen estándares universales que faculten el comercio entre países con distintas legislaciones. ¿No es ésa la región que deseamos todos? ¿No es ésa la región

que podría permitirle a Latinoamérica crecer y prosperar?

Respetar la institucionalidad democrática significa mucho más que votar cada 4, 5 ó 6 años. Significa comprender que hay unas reglas del juego que no admiten excepciones. Significa comprender que es más justo el imperio de las leyes que el de los hombres. Significa comprender que el poder debe estar distribuido si ha de ser legítimo, y que respetar a los órganos que detentan ese poder es la mejor garantía para no sufrir vejaciones. Significa comprender que la democracia, con todos sus errores y defectos, es el único sistema político en donde se respeta y se promueve la realización de los individuos en libertad. Fortalecer esa institucionalidad, darle contenido a nuestras democracias, debe ser la prioridad de todos nuestros gobiernos, pero también de todos nuestros empresarios.

Me queda por mencionar una traba cultural contra la que he luchado a lo largo de toda mi vida política: la larga tutela militar de la región. Veo entre ustedes algunos rostros jóvenes. Pero también veo que el invierno ha empezado a cubrir de blanco la cabellera de muchos. Ustedes recuerdan lo que fue la dictadura. Ustedes recuerdan lo que fue ver en la televisión el cuerpo destrozado de personas que tal vez no eran nuestros hijos, pero eran hijos de alguien más. El rostro atemorizado de muchachos vestidos de soldados, que tal vez no fueron nuestros vecinos, pero fueron vecinos de alguien más. El grito desesperado de una mujer torturada que tal vez no era nuestra madre, pero era madre de alguien más. Quien recuerde esas imágenes no puede menos que espantarse ante la idea de que Latinoamérica vaya a gastar este año, en plena crisis internacional, casi \$60 mil millones en armas y soldados.

Una región que nunca ha sido más pacífica, que nunca ha sido más democrática, que finalmente abandonó las

huestes de la tiranía y la violencia, parece tener prisa por volver al infierno. Bastaría ver el desfile de cohetes y rifles, de aviones de combate y helicópteros artillados, para entender el despilfarro que esto significa. Un desfile que pasa ante miles de escuelas en condiciones precarias, ante miles de clínicas sin equipo médico, ante miles de tugurios y barriadas, ante miles de bosques destruidos y cuencas hidrográficas contaminadas. Esa es la indiferencia del desfile de la muerte, que debemos rechazar con toda nuestra voz y con todo nuestro pensamiento. Cada uno de los miles de millones de dólares que gastamos en nuestros ejércitos, conspira contra nuestro desarrollo y constituye una afrenta a las generaciones que merecen una juventud distinta a la que tuvimos nosotros.

Si algo nos ha enseñado la dolorosa experiencia de Honduras, es que en América Latina fortalecer a los ejércitos es, casi siempre, debilitar a las democracias. Abandonar el recurso a la violencia, abrazar una cultura de paz, es esencial para el cambio de mentalidad del que he venido hablando. Esta noche les pido que nos ayuden a construir una región en donde se comercien chips y no armas; en donde se formen empresarios y no soldados; en donde se busque el poderío de las ideas y no de las fuerzas armadas. Ésa es la América que dio pie a las utopías aventureras, y es la América que todavía espera en el poniente donde se dirigen las carabelas de nuestras más atrevidas esperanzas.

Espero que mis palabras les hayan dejado, al menos, una luz diminuta en la oscuridad, una luz parpadeante que recuerde que otra América Latina es posible. Respondiéndole a Alfonso Reyes, le digo a ese gran pensador de Monterrey que hay cierta razón en el presagio de un mundo nuevo, tal vez no es el loco desvarío de los tro-tamundos que acompañaban a Colón en sus viajes mari-

nos, pero sí es una región mejor, una región que podemos construir a fuerza de voluntad y de sentimiento. Una región en donde no le tengamos miedo al cambio, al que nos viene de afuera y de adentro; una región en donde la democracia siga abonando la libertad del ser humano, y en donde la guerra y las armas mueran para siempre, en el crepúsculo del afán por crecer y superarnos.

EL TREN DE LA PROSPERIDAD

III REUNIÓN MINISTERIAL DE LA INICIATIVA
CAMINOS A LA PROSPERIDAD EN LAS AMÉRICAS
SAN JOSÉ, COSTA RICA
4 DE MARZO DE 2010

“Para sentarse a comer al banquete de la prosperidad, los países en vías de desarrollo deben vestirse para la ocasión”.

Es para mí un profundo honor darles la bienvenida a mi país, abrirles las puertas de esta casa costarricense que aloja, en unos palmos de tierra, las más encendidas esperanzas de la humanidad. Muchas veces los hemos recibido en esta casa como amigos, como hermanos, como vecinos. Esta tarde quiero recibirlos como socios. Socios en la empresa de llevar a nuestros pueblos a un futuro mejor. Socios en la inconclusa travesía por los “*Caminos a la prosperidad*”.

Con demasiada frecuencia, los caminos de América Latina han sido “*caminos a la posteridad*”. Ésta es la región que ha pospuesto durante siglos su salto al desarrollo. Ésta es la región que siempre deja todo para el próximo Gobierno, la próxima generación o la próxima era glacial. Latinoamérica es la eterna inquilina en la antesala del progreso, por eso me alegra que se esté aliando para cru-

zar, finalmente, el umbral de la prosperidad. Hacerlo requerirá de nosotros valentía y coraje. Pero requerirá, sobre todo, madurez y racionalidad. Confío en que esta reunión producirá la sensatez que nuestra región necesita, una sensatez que nos obliga a admitir que es urgente que aumentemos nuestra integración comercial y nuestra competitividad.

Hablar de integración comercial sigue siendo difícil en buena parte de nuestra América, todavía amurallada tras las ruinas de ideologías gastadas. Es de lo más pintoresco escuchar en nuestra región discusiones sobre si deberíamos o no favorecer la apertura comercial. ¡Como si fuera una opción! La integración económica del mundo no se escoge. La integración económica del mundo se acepta. Es una fuerza, no una decisión. Da la casualidad que es, además, una fuerza provechosa.

Con todos sus errores y debilidades, el libre comercio ha sido la herramienta de desarrollo más poderosa con la que ha contado la humanidad en épocas recientes, particularmente para los países más pobres del mundo. Ha sido, también, el bastión de una política exterior que produce resultados concretos en la vida de los individuos, y no sólo floridas declaraciones en cumbres internacionales. Estoy convencido de que la amistad de los pueblos de América avanza más por cada contenedor que se descarga en un puerto, por cada vuelo internacional que aterriza en una terminal, por cada inversionista extranjero que funda su empresa en un lugar nuevo, que por todos los saludos que podamos profesarnos en reuniones como ésta.

Las naciones pequeñas, como las centroamericanas, estamos condenadas a ser los fenicios de la modernidad, por el tamaño de nuestros mercados y porque producimos lo que no consumimos y consumimos lo que no pro-

ducimos. La alternativa que enfrentamos es tan cruda como simple: o exportamos cada vez más bienes y servicios, o exportamos cada vez más personas. La pobreza no necesita pasaporte para viajar. Las naciones industrializadas deberían preferir reducir las barreras a los productos extranjeros, que levantar muros para detener a un flujo de inmigrantes que no cesará en el tanto subsistan las inmensas disparidades que separan a nuestros pueblos.

Entender esto es fundamental. Sobre todo en medio de una devastadora crisis económica internacional, que amenaza con destruir todo lo que con tanta paciencia hemos construido. Muchos se han apresurado a objetar instrumentos como los Tratados de Libre Comercio, haciéndolos el blanco del resentimiento general. Tengamos mucho cuidado: los problemas de nuestras economías no se solucionan con devolvernos a las cavernas, con perseguir espejismos autárquicos ni cultivar la utopía del autoabastecimiento alimentario. América ya incurrió por esa calle sin salida. Para quienes no se acuerdan, la experiencia nos dejó endeudados, empobrecidos y en la más pavorosa ineficiencia productiva.

Esas fueron las condiciones en que encontramos al país al inicio de la década de los ochenta. Fue entonces cuando decidimos iniciar, por nuestra libre voluntad, una apertura unilateral de la economía costarricense. Sabíamos que esto generaría una baja en los precios, tanto de los productos finales para el consumidor como de los bienes de capital para el empresario nacional. El tiempo nos dio la razón. La economía de Costa Rica es hoy mucho más estable, mucho más confiable, y mucho más exitosa, de lo que era en los años en que fui Presidente por primera vez.

Si aspiramos a la prosperidad, no debemos bajarnos del tren del libre comercio. Por el contrario, debemos ase-

gurarnos de que cada vez más y más personas lo puedan abordar. Cada vez más micro empresarios, cada vez más mujeres, cada vez más habitantes de zonas rurales, cada vez más jóvenes, cada vez más personas con discapacidad. Más personas compitiendo, y no menos, debería ser la meta de nuestros gobiernos.

Esto me lleva al segundo tema que quería mencionarles: de nada le sirve a América profundizar su integración comercial, si no aumenta sensiblemente su competitividad. Esto es, que nuestras naciones deben invertir en innovación, deben educar a sus jóvenes, deben enseñarles computación e idiomas, deben fortalecer el Estado de Derecho, deben combatir la inseguridad, deben construir infraestructura, deben mejorar su salud fiscal, deben agilizar sus burocracias, deben modernizar sus regímenes laborales, deben fomentar el emprendedurismo, si es que quieren cruzar ese umbral que tanto han cortejado. Para sentarse a comer al banquete de la prosperidad, los países en vías de desarrollo deben vestirse para la ocasión.

El gasto público debe reflejar ese afán. Los países que invierten en armas los recursos que podrían invertir en computadoras, ponen en tela de duda su compromiso con la competitividad. Los países que protegen a productores ineficientes, en lugar de promover la creatividad de nuevos negocios, ponen en tela de duda su compromiso con la competitividad. Los países que permiten que sus jóvenes se salgan del colegio, porque no quieren cobrarles impuestos a los ricos, ponen en tela de duda su compromiso con la competitividad. Los mercados pueden brindar oportunidades infinitas. Pero sólo los países que estén preparados las podrán aprovechar.

Cuenta Heródoto que el poderoso Jerjes I, rey de Persia que invadió las tierras helenas, ordenó construir en un estrecho entre Europa y Asia, un puente formado de

balsas. El puente fue destruido por la fuerza del mar. Furioso, Jerjes envió a sus verdugos a que propinaran 300 azotes al agua salada, como castigo por la impertinencia de haber desafiado su autoridad.

En muchos sentidos, la integración comercial es como aquel mar que Jerjes mandó a castigar. Es una fuerza incontrolable. Es una fuerza que no podemos ignorar. En lugar de vituperar en su contra, en lugar de propinarle azotes, endureciendo nuestras medidas proteccionistas o resucitando discursos de soberanía alimentaria, mejor hiciéramos en perfeccionar la fortaleza de nuestras balsas. Mejor hiciéramos en revisar la entereza de nuestro puente, para que crisis como ésta no se repitan ni nos puedan lastimar de manera igual.

Quizás así lograremos construir un futuro más justo para nuestros pueblos. Quizás así cruzaremos por fin el umbral del desarrollo. Quizás así dejaremos de reunirnos para discutir sobre los “*Caminos a la prosperidad*”, y podamos por fin discutir sobre la prosperidad, a secas.

CUATRO

LA SEMILLA DE LA VIDA

NO RENUNCIAREMOS A LA VIDA EN EL PLANETA

PAZ CON LA NATURALEZA

SAN JOSÉ, COSTA RICA

10 DE JULIO DE 2007

“Una red de países diciendo en los más diversos idiomas, desde los más variados lugares, bajo las más distintas banderas: ‘no renunciaremos a la vida en el planeta’”.

La literatura occidental inicia con la cruenta descripción de una guerra macabra: la descripción homérica de la Guerra de Troya. Desde entonces, y a través de los tiempos, nuestra historia ha sido marcada por la visión de escenarios dantescos. De guerra en guerra, de destrucción en destrucción, hemos contado los años y las décadas, hemos visto pasar las edades y los siglos, a partir de los horrores que las guerras continuas nos iban retratando. Nuestra memoria histórica guarda imágenes de aniquilación absoluta. Como especie, podemos evocar la imagen de una madre que marcha con sus hijos en medio de un pueblo que ha sido bombardeado, buscando entre las ruinas los restos de su hogar. Podemos evocar la imagen de un joven soldado que, volviendo a su casa, no encuentra más que humo y escombros. Podemos evocar la imagen de una niña perdida en una inmensa ciudad en llamas, buscando

en medio del llanto una mano que estrechar, una puerta que tocar. Podemos evocar la imagen de un hombre que, escondido en el sótano de un edificio sitiado, reza con fervor porque su familia continúe con vida. Estas son las imágenes de la guerra, la guerra entre los seres humanos.

Hoy estamos aquí por el surgimiento de una nueva visión dantesca, una que constituye, más bien, una *previ-*sión: la que nos retrata la guerra entre los seres humanos y la naturaleza. Imagínense un desierto cuyas extensiones son imposibles de vislumbrar, con tierra resquebrajada que no se puede pisar, a causa de las infernales temperaturas. Imagínense un planeta en donde la vida ha sido desplazada y sólo las cucarachas, o tal vez ni siquiera ellas, puedan habitar. Imagínense un mundo cuya paleta de colores, hasta ahora infinita, se reduzca a una escala de grises y cafés oscuros. Imagínense un aire enviciado, imposible de respirar.

“Esto no es un mal plagio del delirio de Juan en su destierro de Patmos”, como dijera en un discurso Gabriel García Márquez. No estoy describiendo el Apocalipsis, sino, sencillamente, el mundo que nos espera si no hacemos algo aquí y ahora mismo, para declarar la Paz con la Naturaleza.

Hace 59 años, Costa Rica le declaró la paz al mundo y abolió sus fuerzas armadas, convirtiendo las húmedas paredes de los cuarteles, en cálidos salones de clase para los estudiantes. Hace 20 años, la fuerza moral de nuestra nación convocó a los cinco Presidentes centroamericanos a sentarse en torno a una mesa, y firmar el Acuerdo de Paz que silenció las armas en nuestra región. Hoy, hay otro Acuerdo de Paz que firmar, y otras fuerzas armadas que esperan su abolición: debemos firmar la paz con nuestro ambiente y debemos abolir las fuerzas que lo destruyen.

No podemos seguir así. Estamos disparando dióxido de

carbono a nuestra atmósfera en niveles sin precedentes. La lluvia ácida cae sobre nuestros campos como minúsculas bombas desde el cielo. Árboles más antiguos que este mismo Teatro, están siendo derribados por tractores como tanques. Nuestros mares están siendo dinamitados. Nuestros bosques están siendo atacados. El mundo entero es un campo de batalla, y tenemos que decidir si seremos nosotros los soldados que matan, o si, por el contrario, seremos los signatarios de una paz duradera con el planeta. Creo que no dudaremos en saber en cuál de estos dos bandos se enlista Costa Rica.

Nuestro país decidió declarar la Paz con la Naturaleza hace mucho tiempo, con ese mismo nombre, o con otros distintos. Créanme que no hubiéramos llegado donde estamos si no hubiera sido así. Lo que pretendemos con esta Iniciativa es darle un impulso mayor a la tendencia ecologista de Costa Rica, es dar un salto, cuantitativo y cualitativo, que nos lleve más allá en la lucha por conservar y preservar nuestros recursos naturales.

Algunos podrían afirmar que, dentro de todos los países del mundo, Costa Rica es el que menos debería sentirse obligado a asumir más compromisos en materia ambiental. Pero si vamos a liderar con el ejemplo, es justo que admitamos nuestros propios errores. Si vamos a alzar por todo el mundo un verde estandarte de paz, entonces tenemos que asegurarnos de que ese estandarte no tenga manchas ni agujeros.

Es cierto que somos uno de los pocos países en vías de desarrollo que han recuperado parte de su zona boscosa en los últimos veinte años, pero también es cierto que hay basura en muchos de nuestros ríos y nuestros mares. Es cierto que un cuarto de todo nuestro territorio se encuentra protegido, pero también es cierto que hay tala ilegal en esos y muchos otros lugares. Es cierto que más del 95%

de nuestra energía proviene de fuentes renovables, pero también es cierto que seguimos dependiendo de los combustibles fósiles para el transporte y para muchas de nuestras actividades cotidianas. Es cierto que tenemos playas certificadas por su limpieza, pero también es cierto que nuestro manejo de desechos sólidos es insuficiente y precario. En síntesis, es cierto que somos un país que respeta el ambiente, pero también es cierto que somos un país que podría respetarlo mucho más.

Por eso enumeraré cuatro acciones, cuatro compromisos que, en el ámbito interno, asumirá nuestro país a partir de este momento: la neutralidad en carbono para el año 2021, liderada por el Poder Ejecutivo a partir de ahora; un plan de gestión ambiental obligatorio para las instituciones del Estado; el aumento en la cobertura boscosa y las zonas protegidas; y la promoción, en nuestro currículo escolar y colegial, del aprendizaje sobre el desarrollo sostenible y la educación ambiental. Estos son compromisos *adicionales* a las obligaciones internacionales que ya hemos contraído. Los asumimos porque creemos que si Costa Rica puede hacerlo, con su economía diminuta y su subdesarrollo a cuestas, no existe ninguna justificación para que otras naciones no lo hagan.

Primero. A partir de este momento, Costa Rica se compromete a ser neutral en carbono, o “C-Neutral”, para el año 2021. Esta es una meta ambiciosa, que requerirá para su realización de la ayuda de todos los ciudadanos y de los próximos gobiernos. Vamos a compensar las emisiones de carbono que liberamos, con dosis equivalentes de oxígeno para que, llegado el año 2021, Costa Rica no contribuya en nada con el calentamiento global y el deterioro del aire que respiramos. En verdad les digo: abolir las emisiones netas de carbono será, para nosotros, el equivalente a la abolición del ejército que hiciera don Pepe.

El Poder Ejecutivo liderará este esfuerzo. Por eso, a partir de este momento, asumo el compromiso personal, e invito a todos mis Ministros, Viceministros y Presidentes Ejecutivos a que hagan lo mismo, de hacer que todos nuestros viajes al exterior sean neutrales en carbono.

¿Cómo haremos esto? A través de un cálculo del Fondo Nacional de Financiamiento Forestal (FONAFIFO), cada uno de nosotros pagará, a título personal, el costo ambiental de su salida al extranjero. Esos recursos serán utilizados por FONAFIFO para proteger nuestros bosques o para reforestar. Al final, todos obtendremos una certificación de que nuestra huella ambiental al viajar al extranjero ha sido compensada. De esta manera, cuando volemos hacia lugares lejanos a hablar sobre la responsabilidad ambiental, dejaremos no sólo el rastro blanco de los aviones en el cielo, sino también el rastro verde de los seres humanos en la tierra.

Éste es el primer paso hacia la neutralidad en las emisiones de carbono. Numerosas acciones complementarán este esfuerzo, entre las que se destaca una reducción significativa del impuesto sobre los automóviles híbridos, y otros tipos de vehículos que usen fuentes renovables de energía, para acelerar la sustitución de nuestra flota vehicular por automóviles que no lesionen el ambiente, ni propicien el calentamiento global.

El segundo compromiso a lo interno del país lo concretaremos con la firma, en este mismo acto, de un Decreto Ejecutivo que obliga a toda las instituciones del Estado a elaborar, y a poner en práctica, un plan de gestión ambiental.

Estoy convencido de que el Estado no puede exigirle a los ciudadanos que utilicen responsablemente los recursos, que ahorren energía y respeten las normas ambientales, si no cumple primero con sus propias exigencias. Por

eso, a partir de este Decreto, desde el Poder Ejecutivo daremos una clara señal de que nuestra paz no sólo es cierta y palpable, sino que es obligatoria y liderada por el Estado.

El tercer compromiso que les he mencionado, es el aumento de nuestra cobertura boscosa y nuestras zonas protegidas. Vamos a expandir el sistema de Pago de Servicios Ambientales a través del FONAFIFO, para que alcance una cobertura de 600 mil hectáreas. Ya hemos iniciado esta tarea. Nos hemos comprometido a plantar 5 millones de árboles a lo largo del año 2007, en el marco de una campaña cuyo lema, “*A que sembrás un árbol*”, fue sugerido por los jóvenes costarricenses. Llevamos plantados alrededor de 1 millón y medio de árboles y, con el advenimiento de la época lluviosa, plantaremos los 3 millones y medio restantes. Esto nos convertirá en el país con más árboles per cápita y por kilómetro cuadrado en el mundo.

También estamos expandiendo nuestros sistemas de corredores biológicos. Ya hemos incluido un nuevo corredor para las lapas a través del Parque Nacional La Cangreja. Estos corredores aseguran el tránsito de aves y de animales, y garantizan la conservación ambiental de todas las especies de flora y fauna, que tanto sufren por la destrucción de su hábitat.

Finalmente, nos comprometemos, a partir de este momento, a promover el aprendizaje del desarrollo sostenible y de la educación ambiental, en los programas escolares y colegiales. Este es un compromiso de gran trascendencia: si pretendemos cambiar el mundo, deberíamos empezar por nuestras aulas.

Mi generación, y muchas generaciones que antecediéron a la mía, crecimos pensando que nuestro deber y nuestra responsabilidad era producir alimentos. Eso era

lo que nos enseñaban en la escuela: había que extender la frontera agrícola y ganadera del país, había que “volcar montaña”, como decían entonces, y “volcarla” significaba destruir nuestros bosques. En una carta escrita en el año 1930, mi abuelo, Julio Sánchez, al referirse a un señor que había invadido su finca, decía: “*Cuando el chino José Sing me vendió ‘Brazo Seco’ yo pude haberle armado camorra. Usted sabe que toda esa finca está en propiedad de ‘Taboga’ y que él no podía venderme lo que era mío. Pero lo que me pertenecía era la montaña virgen, y el chino me vendía milpas, repastos, casa y tierra limpia y cercada. Se la compré sin hacerle reparos, porque eso era lo justo*”. Hoy tenemos que luchar por hacer exactamente lo contrario. Nuestra responsabilidad es conservar la montaña virgen, nuestra responsabilidad es pagar porque así se mantenga. Si vamos a realizar este cambio en la práctica, si vamos a romper con esa herencia generacional que nos impulsa a “volcar montaña”, tenemos que empezar por hacer este cambio en la enseñanza. Por eso incluiremos la educación ambiental en el currículo escolar y colegial, para asegurarnos que nuestros niños y jóvenes no se acostumbren sólo a restar los árboles de nuestra naturaleza, sino también a sumar los bosques, a multiplicar los manglares y a darle a nuestras especies un valor exponencial.

Estos cuatro compromisos los asumimos a lo interno de nuestro territorio. Representan la paz que acordamos con nuestra pequeña franja de tierra. Pero no queremos limitar nuestros esfuerzos al espacio que comprenden nuestras fronteras, que no son más que líneas trazadas en el aire por nosotros mismos. Las emisiones de carbono en cualquier parte del mundo, provocan el calentamiento global en todo el mundo. Las sequías en una parte del planeta, provocan hambrunas en la otra. No somos testigos del deterioro ambiental que ocasionan las demás nacio-

nes, somos sus víctimas. Por eso es esencial que Paz con la Naturaleza sea una iniciativa internacional. Costa Rica puede ser un faro en la tormenta, pero sólo el mundo entero puede ser un sol resplandeciente.

Por eso hoy quiero anunciar cuatro acciones que Costa Rica impulsará en el ámbito internacional, para liderar la cruzada a favor de la protección ambiental y en contra del calentamiento global: vamos a liderar una red internacional de países neutros en carbono; vamos a impulsar la creación de un sistema global de retribución a la deforestación evitada, como mecanismo para asegurar la conservación y la preservación del bosque primario; vamos a respaldar el canje de deuda externa bilateral con base en la protección ambiental; y vamos a apoyar una iniciativa internacional a favor del establecimiento de un canon a la emisión de dióxido de carbono.

Desde que se hizo pública la intención de Costa Rica de convertirse en un país neutral en emisiones de carbono, intención que hemos formalizado en este evento, dos naciones han seguido nuestro ejemplo: Noruega y Nueva Zelanda. No me cabe la menor duda de que muchas más se sumarán a nosotros, y que conformaremos una red internacional de países neutrales en emisiones de carbono, que sirva como muralla moral frente a las ambiciones egoístas de algunos, que pretenden seguir lucrando a costa de nuestro futuro.

Una red de países diciendo en los más diversos idiomas, desde los más variados lugares, bajo las más distintas banderas: “no renunciaremos a la vida en el planeta”.

La segunda acción que, a partir de ahora, impulsaremos en el ámbito internacional, es la creación de un sistema de retribuciones para los países que cuentan con bosque primario, con el interés de que tengan un incentivo para no deforestarlo. Una de las más evidentes carencias

del Protocolo de Kyoto, es que constituye un mecanismo de reconocimiento a quien reforesta, pero no a quien no deforesta.

La diferencia es esencial: la destrucción de bosque primario trae para el mundo consecuencias nefastas, que no pueden ser solventadas por la reforestación, por intensa que ésta sea. Con la reforestación no se pueden proteger las cuencas hidrográficas que ya fueron destruidas, no se puede recuperar el ecosistema que ya ha sido vulnerado, no se pueden restablecer los ciclos biológicos que ya han sido interrumpidos. Piensen, por un momento, en la Venus de Milo o en la Victoria de Samotracia; piensen en los frescos de la Capilla Sixtina o en las pinturas rupestres de la Cueva de Altamira; piensen en las Pirámides de Giza o en la Muralla China, ninguna de estas obras podría reconstruirse, ninguna podría reemplazarse en caso de ser destruida. Lo mismo sucede con el bosque primario. Es una obra de arte de nuestro planeta. No podemos pretender sustituirlo con bosque reforestado, como no podemos pretender sustituir el Taj Mal con una réplica.

La reforestación debe ser siempre un Plan B. Para que así sea, países como Costa Rica, Congo, Papúa Nueva Guinea y Brasil, deben recibir incentivos que les permitan conservar sus bosques primarios. No es justo que las naciones que se desarrollaron a costa de la más devastadora destrucción ambiental, nos pidan ahora que nos desarrollemos nosotros protegiendo el aire que les permite respirar, sin darnos nada a cambio.

La tercera acción que impulsaremos en el exterior es la implementación de mecanismos de canje de deuda externa bilateral por conservación ambiental. El mundo podrá empezar a asfixiarse dentro de algunos años, pero los países en vías de desarrollo llevan mucho tiempo de sentirse asfixiados. El peso abrumador de deudas bilaterales impa-

gables, cuyos intereses crecen como la espuma en un río contaminado, ahogan, desde hace muchos años, a estos países. La historia ofrece a las naciones industrializadas una oportunidad única: darle un respiro a los países en vías de desarrollo, a cambio de unas bocanadas de aire puro.

Países como Ruanda, Burundi, Congo y Ghana necesitan razones para preservar sus bosques, razones un poco más palpables que un llamado a la solidaridad internacional. Porque cuando hay pueblos enteros con hambre y sumidos en la guerra, porque cuando la miseria, la enfermedad y la ignorancia imperan, es muy injusto pedirle a un país que se sacrifique en beneficio de otros que no tienen ni hambre, ni enfermedad, ni ignorancia, ni miseria. Es mejor establecer un mecanismo de perdón de deuda externa que les permita a estos países no sólo una mayor protección ambiental, sino también un desarrollo humano más elevado para sus habitantes.

Si bien durante décadas las naciones en vías de desarrollo han pedido dinero prestado al mundo desarrollado para solventar sus gastos, también es cierto que, en materia ambiental, el mundo desarrollado está en deuda. Es hora de saldar las cuentas.

La cuarta y última acción que Paz con la Naturaleza impulsará más allá de nuestras fronteras es, en realidad, un endoso a una iniciativa propuesta por el Premio Nobel de Química del año 1995, Mario Molina, que propugna la creación de un canon por la emisión de dióxido de carbono. Sé que esta iniciativa será difícil de alcanzar, porque implica para los países un gasto considerable. Pero, como bien afirma el profesor Molina, *“no tomar ninguna medida, podría tener un costo 20 o 30 veces superior”*. Mi buen amigo, el ex Presidente de la Universidad de Harvard, Derek Bok, quien nos visitó precisamente hace veinte años,

durante mi primera administración, dijo una vez que: “*si usted considera que la educación es muy costosa, pruebe la ignorancia*”. De la misma manera, si pensamos que la Paz con la Naturaleza es muy cara, deberíamos revisar el costo de la guerra contra la naturaleza.

En particular para los países que, como Costa Rica, dependemos en gran medida del turismo, el costo del deterioro de nuestro ambiente es, por mucho, superior a su conservación. Lo he dicho muchas veces y lo repetiré cuanto sea necesario: si queremos que hayan hoteles de cinco estrellas en Costa Rica, entonces debemos asegurarnos que los quetzales, las lapas, los monos, incluso los tepezcuintles, disfruten también de alojamiento de cinco estrellas. Si queremos que el motor de nuestro crecimiento económico continúe funcionando, tendremos que empezar ahora mismo a alimentarlo con fuentes de energía distintas a los combustibles fósiles. Y si queremos ver fluir el dinero de nuestras empresas, primero debemos ver fluir el agua de nuestros ríos, lagos, mares y mantos subterráneos.

Éstas son las cuatro acciones que propondremos en el concierto internacional. Constituyen una agenda clara y ambiciosa, que no debe amedrentarnos. Siempre hemos luchado al lado de las presuntas “*causas perdidas*”, y llevamos casi 200 años de cosechar victorias. Costa Rica se siente orgullosa de nadar contracorriente y correr sin escudo frente a las balas del pesimismo. Ya hemos demostrado que podemos ser únicos en el mundo, y volveremos a hacerlo.

Es hora de actuar. No podemos sentarnos y esperar a ver el resultado de la inercia colectiva, como si fuéramos espectadores de una tragedia shakesperiana. No podemos esperar a que todos los países firmen el Protocolo de Kyoto; no podemos esperar a que decidan qué van a hacer

después del Protocolo de Kyoto; no podemos esperar a que sus científicos inventen soluciones milagrosas; no podemos esperar a que sus plantas de carbón dejen de liberar gases a la atmósfera; no podemos esperar a que inviertan en transporte público y aumenten drásticamente la eficiencia de sus combustibles. No podemos esperar a que el resto del mundo actúe, porque, aunque todavía no se nos hayan agotado todas las opciones, ciertamente se nos ha agotado el tiempo.

Inicié mis palabras recordando el primer poema de nuestra literatura occidental. Un poema de guerra. Pero nadie ha escrito todavía el último poema del planeta. Nadie puede llamarse historiador del fin de nuestra especie, nadie puede llamarse cronista de nuestros últimos días. Todavía nos queda tinta en el tintero, y tenemos que decidir qué describiremos con ella: si describiremos un escenario desértico, en donde la muerte haya sido coronada reina; o si describiremos la vida, el agua, el aire y la savia. Tenemos que decidir si escribiremos un último poema de guerra, o si escribiremos, por fin, el poema de nuestra Paz con la Naturaleza.

SALVAR AL PLANETA ES MÁS BARATO QUE ANIQUILARLO

CUMBRE DE CAMBIO CLIMÁTICO
NACIONES UNIDAS, NUEVA YORK
22 DE SEPTIEMBRE DE 2009

“La buena noticia es que salvar al planeta es más barato que aniquilarlo. Lo que es más, solucionar el problema del calentamiento global y preservar la vida, costaría sólo una fracción de lo que cada año destinamos a la empresa de la muerte”.

Siento que el privilegio de hablar en esta cumbre no me fue concedido a mí como persona, sino al centenar de países de renta media que merecen una voz audible en el cónclave al borde del precipicio del planeta. Cada uno de nosotros representa en este recinto la presencia silenciosa de cientos de millones de seres humanos, que sumados conforman una especie prodigiosa en el último peñasco de su supervivencia. Una especie que nos pide que tengamos el coraje, el elemental coraje, de escoger la vida por sobre cualquier desacuerdo.

No he venido aquí a señalar culpables. En primera instancia, porque estoy consciente de que somos los herederos de los errores que otros cometieron en el pasado. Y en

segunda instancia, porque creo que si vamos a construir, conjuntamente, un destino posible para la humanidad, será preciso que abandonemos la penosa práctica de eludir las responsabilidades mediante el juego de las excusas y las recriminaciones. Espero, eso sí, que las naciones que más han contribuido a crear este estado de cosas, y que más provecho han derivado de un desarrollo insostenible, tengan también la hidalguía de ser hoy las más dispuestas a enmendar el rumbo y prestar una mano solidaria.

El dilema que enfrentamos es brutalmente sencillo: los países desarrollados pueden hacer mucho por reducir sus emisiones de carbono, pero no será suficiente; los países pobres pueden hacer algo, pero no será significativo; y las naciones de renta media pueden hacer bastante, pero sin energía limpia y barata afectarán el ritmo de crecimiento de sus economías. Este empate político global nos lleva directo al acantilado. Necesitamos hacer más, y sobre todo necesitamos hacerlo más rápido. No tenemos veinte, cuarenta o sesenta años para cambiar radicalmente las cosas. Tenemos, a lo sumo, ocho años.

En este tiempo, debemos idear la manera de traer el precio de las energías renovables a un nivel accesible para las naciones en vías de desarrollo. Debemos mejorar sustancialmente la eficiencia de nuestro consumo energético actual. Debemos preservar urgentemente los bosques que están siendo destruidos, declarando zonas protegidas, compensando a los propietarios de bosques privados, y llevando a escala mecanismos como el Programa de Reducción de Emisiones de Carbono, causadas por la Deforestación y la Degradación de los Bosques (la iniciativa REDD+ de las Naciones Unidas). Debemos diseñar vías de transferencia multitudinaria de información y tecnología, asegurando que la experiencia exitosa en un rincón del mundo, sea el imperativo categórico en el otro.

Debemos forjar alianzas creativas y robustas entre el sector público y el sector privado, que nos permitan hacer de la conservación ambiental un activo y no un gasto de nuestras empresas, algo que Costa Rica ha hecho con éxito.

Debemos invertir en adaptarnos al cambio climático, en particular en los países en desarrollo que, por su exposición geográfica, sus bajos ingresos, su mayor dependencia de la agricultura y su endeble infraestructura, sufren más como consecuencia de las sequías, de los huracanes y de las inundaciones que han recrudecido en los últimos años. Y finalmente, y esto es crucial, debemos aumentar sensiblemente la cooperación internacional. El año pasado, los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) dedicaron \$120 mil millones a la ayuda internacional para el desarrollo, menos de la mitad de lo que están obligados a brindar conforme con los acuerdos internacionales suscritos. Esa ayuda, además, ha sido errática, casuística y ayuna de prioridades y pensamiento estratégico. Debemos construir una plataforma internacional en contra del calentamiento global, que nos permita canalizar rápidamente la ayuda, la información y la tecnología de un país a otro. Y aunque todo esto sea oneroso, debemos hacerlo de inmediato.

La buena noticia es que salvar al planeta es más barato que aniquilarlo. Lo que es más, solucionar el problema del calentamiento global y preservar la vida, costaría sólo una fracción de lo que cada año destinamos a la empresa de la muerte. Con apenas un porcentaje de los \$13 millones de millones que, como mínimo, se destinarán al gasto militar en los próximos 10 años, podríamos cubrir la totalidad del costo de estabilizar las emisiones de gases de efecto invernadero en el mundo. El más cínico de los

generales podría decir que la demencial carrera armamentista constituye una reserva para emergencias futuras. Hoy quiero decirles que la emergencia ha llegado. El mundo tiene en el gasto militar una cuenta de ahorros que debe ser empleada para salvar a nuestra especie contra un enemigo que es real. Y puede hacerlo sin renunciar a la seguridad de sus ejércitos, cuya necesidad no comparto pero entiendo. Se trata de corregir los excesos en un lado, para atender las carencias en el otro, porque de nada nos servirá contar con submarinos nucleares cuando el océano sea una pila ardiente, con helicópteros artillados cuando el cielo sea una nube negra, o con misiles que no tendrán en la mira más que cucarachas en el desierto.

Hoy estamos llamados a cambiar por completo. Debemos repensar la forma en que vivimos, la forma en que nos desarrollamos, y como el conquistador, Hernán Cortés, deshacernos de las naves que nos trajeron hasta aquí. Queda poco tiempo para Copenhague. Ningún líder debe refugiarse en los detalles como mecanismo para evadir los compromisos. Los grandes rasgos de nuestra nueva historia están trazados. Queda por ver si tendremos el coraje, el elemental coraje, de escoger la vida y empezar de nuevo.

UNA PAZ CON TODAS LAS FORMAS DE VIDA

ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS
WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
23 DE SEPTIEMBRE DE 2008

“Confío en que no es casualidad que este Foro sea inaugurado, justamente, por un habitante de la primera nación de la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Si Costa Rica es símbolo de algo, es precisamente de que no existe un destino de violencia escrito para nosotros en las estrellas. La vida basada en la democracia, la justicia y la libertad, es posible para las naciones que se atreven a construirla, para las naciones que se atreven a fundar su seguridad sobre la fortaleza de sus instituciones, y no sobre el poderío de sus armas”.

En el célebre congreso de naciones que Simón Bolívar convocó en Panamá, en el año 1826, antecedente innegable de esta Organización de Estados Americanos, los países del continente firmaron un tratado en el que decían pretender *“asegurarse desde ahora y para siempre los goces de una paz inalterable”*.

Con esa promesa maravillosa, es difícil entender cómo vinieron después las cruentas guerras civiles que marcaron la formación de nuestros Estados modernos, y jugaron el destino de América en el campo de batalla. Y es aún

más difícil entender cómo el siglo XX fue testigo de la más inhumana estela de violencia y represión en Latinoamérica, cuando las dictaduras enmohecieron las esperanzas, y los tiranos mantuvieron con la fuerza el gobierno que adquirieron con las armas.

Si Tolstoy hubiera tenido que escribir *La Guerra y la Paz* en América, estaría todavía redactando las memorias de cuanto caudillo alzó una bandera en nuestro suelo, escenario de los más nobles ideales, pero también de la más empecinada violencia. Ni cien años de soledad habrían bastado para narrar los hilos de sangre que han surcado nuestro continente, en los casi dos siglos que han transcurrido desde nuestra Independencia.

Fuimos la región que nació al mundo como una promesa de paz, de justicia y de libertad, y seguimos siendo todavía ese gran experimento histórico. Pero nos tomó mucho tiempo entender que la paz es más que la ausencia de guerra, y que el fortalecimiento de nuestras democracias y el desarrollo humano de nuestros pueblos, aunados al diálogo entre las naciones, la diplomacia y el Derecho Internacional, son las mejores vías para asegurar, por fin, *los goces de una paz inalterable*.

Confío en que hemos venido a este Foro con esa convicción. Confío en que nos convoca aquí la fe en que organizaciones como ésta, son ya una victoria de la esperanza sobre el miedo, de la tolerancia sobre el fanatismo, de la razón sobre la fuerza. Y sobre todo confío en que no es casualidad que este Foro sea inaugurado, justamente, por un habitante de la primera nación de la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Si Costa Rica es símbolo de algo, es precisamente de que no existe un destino de violencia escrito para nosotros en las estrellas. La vida basada en la democracia, la justicia y la libertad, es posible para las naciones que se atreven a construirla,

para las naciones que se atreven a fundar su seguridad sobre la fortaleza de sus instituciones, y no sobre el poderío de sus armas.

Una vida dedicada a la búsqueda de la paz me ha enseñado que, en realidad, no hay en ella nada de encanto, ni de ingenuo, ni de idealista. La paz no es un sueño, sino una ardua tarea, que no se asume por ser fácil, sino por ser necesaria. La situación imperante en Colombia, así como los conflictos que se agudizan en el Medio Oriente, en Georgia y en Sudán, ponen en evidencia que la reconciliación es un proceso profundo y difícil, un proceso que demanda años de trabajo, que supone contratiempos y requiere perseverancia. Para confiar en la paz no es necesario creer que las negociaciones son infalibles. Sabemos que las partes son a menudo intransigentes, que con frecuencia los líderes no cumplen con sus obligaciones y sus responsabilidades y que, inclusive, algunos pueden obstaculizar los procesos de paz. A pesar de estas dificultades, es evidente que la solución alternativa resulta peor. No puedo contar las veces en que nos pidieron que nos diéramos por vencidos, en el proceso de pacificación de Centroamérica. No puedo contar las veces en que la frustración se apoderó de nosotros. Dimos tumbos y retrocesos, tocamos mil veces en puertas cerradas. Pero no desistimos. Esa fue la diferencia. A la vez número mil y una, se abrieron las puertas.

No existen fórmulas sagradas ni piedras filosofales para esto que hemos llamado "*Paz en las Américas*". Hay, simplemente, indicios. Hay acciones que tienden a debilitar nuestra paz, y hay acciones que tienden a fortalecerla. El desarrollo humano y la democracia fortalecen la paz, el armamentismo y la inseguridad ciudadana la debilitan.

Me dirán que estas cosas resultan evidentes, pero no sé qué tan evidentes sean cuando nuestro continente gastó

el año pasado \$598 mil millones en armas y soldados, de los cuales \$39.600 millones corresponden a Latinoamérica, una región que, con la sola excepción de Colombia, no experimenta actualmente ningún conflicto armado. Con el dinero que América Latina gasta en sus ejércitos en un solo año, podría alcanzarse la educación primaria universal en el mundo, y aún sobrar; podrían cumplirse todos los Objetivos de Desarrollo del Milenio en materia de salud y medio ambiente; o se podrían otorgar ocho millones de créditos para vivienda de interés social.

Pero aún aceptando que las naciones latinoamericanas no pueden eliminar de golpe su gasto militar, es claro que hay ciertos gastos que podrían reducirse paulatina y progresivamente. Si dejáramos de invertir, por ejemplo, en un solo avión Caza F-16, cuyo costo ronda los \$80 millones –y de los cuales hay decenas en nuestra región–, tendríamos suficiente dinero para pagar una beca de \$100 mensuales a 5.500 niños y jóvenes latinoamericanos, desde su ingreso al *kindergarten* hasta su graduación de secundaria; nos alcanzaría para aumentar en \$1.000 anuales el salario de 8.000 maestros latinoamericanos durante los próximos diez años. Un solo avión no puede significar una mayor diferencia en términos de seguridad, pero ¡cuán distinta sería nuestra región con miles de estudiantes más!

Hay, en el fondo de esto, una cuestión moral. Las naciones desarrolladas y los organismos financieros internacionales no pueden privilegiar con recursos económicos y perdón de deuda externa, a los países que prefieren apertrechar a sus ejércitos que educar a sus niños. Si vamos a iniciar un debate serio y responsable para establecer una paz duradera en las Américas, debemos empezar por demostrarle a las naciones en vías de desarrollo, no

importa si son naciones pobres o de renta media, que la comunidad internacional sabe distinguir entre quienes invierten en la vida y quienes invierten en la muerte, entre quienes se esfuerzan por alcanzar un mayor desarrollo humano y quienes se contentan con alcanzar un mayor desarrollo militar.

Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Estoy convencido de que eso nos traerá mayor seguridad, y mayor paz, que todo el dinero que actualmente destinamos a nuestros ejércitos. Y estoy convencido por una sencilla razón: desde hace muchos años que la paz en América Latina es, sobre todo, un asunto doméstico. Nuestra inseguridad no viene mayoritariamente de países extranjeros o fuerzas militares enemigas, sino de la guerra callejera que se libra en nuestros barrios y en nuestras ciudades. Hace poco el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) nos informaba que América Latina destina el 14% de su Producto Interno Bruto a combatir la inseguridad ciudadana, un gasto que constituye, sin duda alguna, un serio obstáculo para alcanzar un mayor desarrollo. Nuestra región debe dedicar recursos a combatir la delincuencia, pero sobre todo debe dedicarlos a combatir las causas de la delincuencia.

Esas causas se combaten con más escuelas y colegios, más clínicas y hospitales, más viviendas y centros de recreación, más cultura y deporte. Pero se combaten también evitando la proliferación de armas pequeñas y livianas, que constituyen el motor de nuestra inseguridad ciudadana. El 42% de los homicidios con arma de fuego que ocurren en el mundo, suceden en Latinoamérica, donde sólo vive el 8% de la población mundial. A nosotros, más que a nadie, nos interesa apoyar un proyecto que Costa Rica

impulsa en el seno de las Naciones Unidas. El Tratado para la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Ni los grupos terroristas, ni los carteles de narcotraficantes, ni las pandillas callejeras, tendrían poder alguno si no estuvieran respaldados por la fuerza de sus armas. Es claro que aprobar este Tratado no impedirá que esos grupos existan, pero no por eso debemos hacerles las cosas más fáciles.

El último tema del que quería hablarles, tiene que ver también con la paz, aunque a menudo no logremos comprenderlo. No son pocos los científicos que predicen que las guerras del futuro no serán por el control de territorios o de riquezas, sino por el acceso a los recursos naturales. El día de mañana, puede que el agua potable genere más conflictos que el petróleo. No existe guerra más cruenta que la lucha por la supervivencia ante la escasez de recursos, y aunque la humanidad no se encuentra ahí todavía, llegará si no hacemos algo por evitarlo.

Hace más de quinientos años, Cristóbal Colón describía a América con las siguientes palabras: *“las tierras de ella son altas, y en ella hay muchas sierras y montañas altísimas, ... y llenas de árboles de mil maneras y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo puedo comprender, que los ví tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España, y de ellos estaban floridos, de ellos con fruto, y de ellos en otro término, según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba”*. Aquella visión de Colón se desdibuja cada día, con los árboles que talamos, con el dióxido de carbono que emitimos, con los ríos y mares que contaminamos. A pesar de ser considerada el Edén de la Tierra, América Latina ha sido responsable de dos terceras partes de la pérdida de la cubierta forestal en lo que va del siglo XXI. La Paz en las Américas depende, hoy más que nunca, de

que seamos capaces de declarar la Paz con la Naturaleza (*ver discurso No renunciaremos a la vida en el planeta, 10/7/2007*).

El proceso de alumbramiento de los mejores ideales del ser humano, no está desprovisto de los dolores del parto. Quizás el sufrimiento de todas las guerras que ha atestiguado nuestro continente, no sea sino el precio que hemos pagado por entender ciertas cosas. La utopía de América, de la que esta Organización es el signo visible, se ha fortalecido con las lecciones de nuestra historia, con las experiencias que a fin de cuentas nos han enseñado, que no se llega a la paz ni por las armas ni por la guerra, ni por la muerte ni por el odio, ni por el olvido ni por la indiferencia. Se llega a la paz poniendo al ser humano en el centro. Se llega a la paz defendiendo la vida. Se llega a la paz invirtiendo en nuestros pueblos y no en nuestros ejércitos; intercambiando ideas y no armas; conservando bosques y no prejuicios.

Guardo la esperanza de que este Foro sabrá comprender estos principios, y sabrá llevar a la humanidad un paso más cerca de ese futuro que Rafael Alberti describió con las siguientes palabras:

“Paz en todos los hogares. Paz en la tierra, en los cielos, bajo el mar, sobre los mares. Paz en la albura extendida del mantel, paz en la mesa sin ceño de la comida. En las aves, en las flores, en los peces, en los surcos abiertos de las labores. Paz en la aurora, en el sueño. Paz en la pasión del grande y en la ilusión del pequeño. Paz sin fin, paz verdadera. Paz que al alba se levante y a la noche no se muera”.

III

CÁTEDRAS DE SUEÑOS

UNO

UNA EDUCACIÓN QUE PONGA CORAZÓN
AL PENSAMIENTO

EL LENGUAJE DE LOS DERECHOS HUMANOS

XXIV CURSO INTERDISCIPLINARIO DE DERECHOS HUMANOS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

28 DE AGOSTO DE 2006

“El lenguaje de los derechos humanos es, casi siempre y en el mejor sentido del término, un lenguaje subversivo: porque nos obliga a cambiar y a ser mejores. Al pronunciar el lenguaje de los derechos humanos asumimos un compromiso con la transformación de nuestras sociedades”.

Me ha sido dado el honor de inaugurar esta vigésima cuarta edición del Curso Interdisciplinario de Derechos Humanos. Es esta una ocasión para celebrar la consolidación de este espacio de formación. Este curso es ya una referencia ineludible en el largo camino que hemos emprendido los latinoamericanos para crear culturas democráticas respetuosas de los derechos humanos. Con la tenacidad de la proverbial gota de agua que va horadando la resistencia de la roca, cada nueva edición del curso va abriendo surco en los más duros resquicios de la cultura política, autoritaria y vertical, que ha marcado con fuego la historia de América Latina.

Son ya más de 2.600 los ex alumnos de este curso. Funcionarios públicos, dirigentes de organizaciones no

gubernamentales, miembros de distintas iglesias, docentes, investigadores, estudiantes, periodistas, militares, policías, jueces, legisladores, buena parte, en suma, de los líderes y de los activistas de derechos humanos de todo el Continente, integran esta cofradía, dedicada a la propagación de la idea más hermosa y más poderosa de nuestro tiempo, la de que, como lo advierte el artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, *“todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”*.

Por haber esparcido sobre nuestro continente la luz de esas 2600 velas, por haber llevado la educación en derechos humanos a todos nuestros países, por haber propiciado miles de espacios de discusión fecunda entre la sociedad civil y los gobernantes, esta institución es, sin duda, una de las principales responsables de que América Latina, pese a todos sus problemas, hoy hable un lenguaje distinto al de su pasado. Hoy, nuestra región habla más el lenguaje de la libertad que el de la represión, más el de la esperanza que el del miedo, más el de la dignidad de los ciudadanos que el del poder absoluto de los gobernantes, más el lenguaje de la Ilustración que el del oscurantismo.

Ésa es la medida del éxito del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, que Costa Rica tiene el privilegio de albergar. Y es, también, la medida de la grandeza de quienes con su compromiso, su visión y su talento, han llevado a esta institución hasta donde se encuentra hoy.

En efecto, este curso es la demostración de que América Latina y el mundo han evolucionado, de que, como lo predicaban los apóstoles de la Ilustración, es posible utilizar la razón para cambiar el mundo, es posible aprender de nuestros errores históricos, es posible el progreso humano. Y a quien tenga dudas, quizá basta

recordarle que hace casi exactamente un siglo, en el año 1905, un influyente texto de derecho internacional, de los autores Robertson y Merrills, concluía que “*los llamados Derechos del Hombre no disfrutaban ninguna protección en el derecho internacional, que se preocupa exclusivamente de las relaciones entre estados*”. ¿Cómo comparar esto con la situación actual, en la que existe una enorme cantidad de instrumentos legales a escala mundial para tutelar los derechos fundamentales de las personas y para imponer responsabilidades a los gobiernos que los conculcan? ¿Cómo comparar esto con un mundo en el que ha sido posible crear tribunales nacionales e internacionales para hacer valer aquellos derechos, sin los cuales una persona es privada de su dignidad más elemental?

La diseminación del lenguaje y las normas de los derechos humanos son uno de los cambios más notables que ha experimentado el mundo desde el final de la II Guerra Mundial. Por supuesto, en un planeta cundido de dolores y sufrimientos producidos por la insensatez humana, en un mundo en el que tenemos niveles inaceptables de miseria, enfermedad, ignorancia y violencia, pese a que existen recursos de sobra para prevenirlas, siempre es posible preguntarse si la incesante proclamación de nuevos instrumentos de protección a los derechos humanos no es más que una hoja de parra para cubrir nuestro enorme fracaso y nuestra enorme hipocresía como especie.

Yo no lo creo así. Si, como nos decía San Juan, en el principio ya existía la Palabra y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios, tal vez las palabras y el acto de nombrar nuestros derechos en textos escritos tengan el poder para conjurar, poco a poco, la oscuridad de un mundo regido por la fuerza. Tal vez las palabras, en efecto, son parteras de la realidad y nos ayudan a construir un mundo donde priven la razón y el derecho.

Tengo muy claro de que los derechos y las libertades fundamentales no existen por su simple invocación. Pero también sé que es absurdo creer que los derechos y las libertades llegarán a nosotros como un producto final y completo, y que la existencia de una brecha entre las normas jurídicas y su vigencia práctica priva de todo valor a la norma. Esa suposición es falsa y peligrosa. En realidad, la práctica de las libertades y de los derechos nunca es perfecta, porque se labra todos los días. Las libertades y los derechos humanos se construyen a pulso y a veces a tientos y a golpes; se construyen abriendo brecha en un camino sin fin; se construyen gradualmente y con pequeñas victorias. Ya lo decían los estudiantes de la Universidad de Córdoba en el año 1918, “*los dolores que quedan son las libertades que faltan*”. Es obvio que la práctica de los derechos humanos en el mundo se queda corta del hermoso lenguaje utilizado para proclamarlos, pero no tengo dudas de que es un signo de nuestro progreso como especie saber cuánto nos falta recorrer para vivir a la altura de nuestros más caros principios.

Ésa es, acaso, la misión de toda la doctrina de los derechos humanos: señalar el camino hacia sociedades más justas, mantenernos alerta sobre los abismos existentes entre lo que decimos y lo que hacemos, crearnos problemas éticos todos los días y obligarnos a mirar la evolución de nuestra comunidad con ojos críticos. Por eso, el lenguaje de los derechos humanos es, casi siempre y en el mejor sentido del término, un lenguaje subversivo: porque nos obliga a cambiar y a ser mejores. Al pronunciar el lenguaje de los derechos humanos asumimos un compromiso con la transformación de nuestras sociedades.

Son muchas las formas de propiciar esa transformación, pero estimo que ninguna es más importante, urgente o poderosa que asegurar el acceso de todas las personas

a la educación, incluida la educación en derechos humanos, que este curso tiene como tema central. Mientras los países en desarrollo, y en particular los países de América Latina, no estén dispuestos a realizar un esfuerzo masivo de inversión en la educación, permanecerán inevitablemente anclados en el subdesarrollo económico, el autoritarismo político y la desintegración social.

Existe un virtual consenso en afirmar que los niveles de escolaridad son la variable más determinante para predecir la prosperidad económica futura de los individuos y de las naciones. Asimismo, la disparidad de oportunidades educativas es el factor que mayor peso tiene en la generación de desigualdades sociales. Sin embargo, en América Latina, uno de cada tres jóvenes no asiste nunca a la escuela secundaria y en Costa Rica, sólo concluyen la secundaria tres de cada diez estudiantes que inician la escuela primaria. Tal parece, entonces, que los latinoamericanos hemos desperdiciado generaciones enteras discutiendo, con exasperante minuciosidad, sobre los méritos y carencias de diversas estrategias de desarrollo, mientras que le negamos recursos al más importante de los caminos hacia el bienestar económico.

Pero no se trata sólo del crecimiento económico. También es imprescindible educar para consolidar la democracia, para evitar, hasta donde sea posible, que nuestros pueblos sucumban al verbo fácil de demagogos y déspotas, para que conozcan sus derechos y sus responsabilidades cívicas. Es preciso educar para que cada latinoamericano esté en condiciones de contribuir creativamente al progreso de la sociedad de la cual forma parte. Es preciso educar para que cada persona nacida en nuestras tierras no pierda en las miasmas de la ignorancia la oportunidad de desarrollar su destino único y trascendente, axioma básico que sostiene toda la doctrina de los derechos humanos.

Combatir los problemas de la educación es un desafío y es una responsabilidad que le corresponde primordialmente al Estado. Eso es lo que estamos haciendo en Costa Rica. Como ya lo saben los costarricenses, en esta administración no escatimaremos ningún esfuerzo para llevar la inversión educativa del 5.5% al 8% de nuestro Producto Interno Bruto. Ello es necesario para mantener nuestra infraestructura educativa en una condición adecuada y para abastecer a nuestras escuelas con mejores recursos, en particular con computadoras y con redes de conectividad. Ello es necesario para llevar la enseñanza de la matemática, de la informática y del idioma inglés al nivel que requiere una economía global. Ello es necesario para que la profesión de educador sea bien remunerada, de manera que nuestro sistema educativo capte mentes cada vez más capaces y con mayor vocación de servicio, factor del que depende la suerte de todo sistema educativo. Ello es necesario para alcanzar nuestra más importante prioridad en materia de educación: la de universalizar la educación secundaria. Para ello, hemos ya iniciado el Programa Avancemos, que apoya económicamente desde el Estado a las familias más pobres para que mantengan a sus hijos adolescentes en las aulas. Mi gobierno no dejará que la falta de acceso al derecho a la educación reproduzca, generación tras generación, el infernal ciclo de la miseria.

Solucionar las carencias de los sistemas educativos en los países en desarrollo casi siempre demanda más recursos. Pero sobre todo requiere voluntad política y claridad en las prioridades de la inversión pública. Tengo muy claro, en especial, que la lucha por una mejor educación está muy ligada a la lucha por la desmilitarización y el desarme. Es vergonzoso que los gobiernos de algunas de las naciones más pobres –incluso algunas de América Latina– continúen apertrechando sus tropas, adquiriendo tan-

ques, aviones de combate y armas para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y la ignorancia.

En esto, los costarricenses tenemos derecho a sentirnos orgullosos. Desde el año 1948, por la visión de un hombre sabio, el ex Presidente José Figueres, Costa Rica abolió el ejército, le declaró la paz al mundo y apostó por la vida. Los niños costarricenses no conocen un soldado ni un tanque de guerra; marchan a la escuela con libros bajo el brazo y no con rifles sobre el hombro. Si existe un viejo refrán que señala que “cuando se abre una escuela, se cierra una cárcel”, en Costa Rica creemos que “cuando se cierra un cuartel, se abre una escuela”. Cada vez que un soldado se despoja de su casaca militar, permite que muchos niños puedan ponerse el uniforme escolar.

Ése es un camino que ni mi país ni yo estamos dispuestos a abandonar. No sólo eso: es una ruta que queremos que sea la de toda la humanidad. Por eso, en distintos foros he propuesto una idea. He sugerido que demos vida al Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*).

Haber optado por abolir el ejército simplifica los problemas de asignación de recursos que enfrenta Costa Rica, pero no los resuelve. Estoy convencido de que si hemos de propiciar transformaciones sociales profundas en Costa Rica y si hemos de asegurar que los derechos humanos vayan más allá del acto de su proclama, no tenemos otra opción más que crear un sistema tributario fuerte y progresivo.

Esto nunca debemos olvidarlo: la condición de ciudadanos no nos otorga únicamente privilegios y derechos; también nos impone cargas y obligaciones. Si no ha de ser una farsa, la pasión con que defendemos los derechos fundamentales de las personas –en especial sus derechos

económicos y sociales— debe ir aparejada a una clara conciencia de nuestra responsabilidad colectiva de dar contenido material a esos derechos.

Digo esto porque ya es hora de que la sociedad costarricense, y en particular algunos grupos económicamente poderosos, asuman sus responsabilidades tributarias con claridad. No es eso lo que hemos hecho en los últimos años. En el año 2003, una investigación del Estado de la Nación reveló que en los últimos períodos legislativos cerca de dos terceras partes de las leyes aprobadas por nuestro Congreso crearon o expandieron, de una forma u otra, diversos derechos. De ellas, menos de la mitad establecieron alguna fuente correlativa de financiamiento. Me temo que de esos polvos de irresponsabilidad hemos recogido el lodo de una extendida insatisfacción social con los servicios del Estado.

Ha llegado el momento de aceptar que el país tiene pantalones largos, y que la carga tributaria que durante décadas nos permitió expandir la red de bienestar a casi toda la población, no es suficiente para mejorar el desempeño de nuestras instituciones públicas ni para reducir la patente brecha entre sus resultados y las expectativas de una población cada vez más educada y consciente de sus derechos. Como proporción de la riqueza generada en el país, la recaudación tributaria en Costa Rica es, hoy, menos de la mitad de la que, como promedio, tienen los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que no por casualidad disfrutan del más alto desarrollo humano en el mundo. Peor aún, es bastante inferior a la de países con un nivel de desarrollo humano similar al nuestro, como Uruguay o Chile. Si no modificamos el sistema tributario, nuestros servicios públicos solo subsistirán al costo de un déficit fiscal y un endeudamiento público insostenibles, que acaba-

rá por ser pagado, en la forma de inflación y devaluaciones, por quienes menos tienen.

Los grupos opuestos a una reforma tributaria más justa en el país deben explicarnos de dónde saldrán los recursos para educar a las nuevas generaciones de costarricenses, particularmente a los más pobres. Debe explicarnos cómo haremos para construir caminos. Debe explicarnos de dónde obtendremos el dinero para fortalecer el reclutamiento y el entrenamiento de una fuerza pública capaz de proteger adecuadamente la seguridad en nuestras calles y de enfrentarse a formas de delincuencia cada vez más sofisticadas. Debe indicarnos de dónde saldrán los recursos para que el país invierta en investigación, y en la adaptación de nuevas tecnologías. Debe explicarnos cómo haremos para enfrentarnos a la pobreza extrema, que nos avergüenza y que el crecimiento económico por sí solo será incapaz de eliminar.

Luchar por dar una educación de calidad para todos los habitantes de este país y por establecer un sistema tributario capaz de sostener la expansión de nuestros derechos, son, hoy por hoy, el mejor homenaje que podemos hacer los costarricenses a la doctrina de los derechos humanos, la mejor respuesta a su cotidiana interpelación ética y al desafío transformador que nos impone su defensa.

En medio de feroces resistencias, la causa de los derechos humanos ha avanzado mucho más de lo que nadie hubiera podido prever en el año 1948, al ser proclamada la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Quizá la más elocuente prueba del éxito y del valor de la doctrina de los derechos humanos radique en haberse convertido en la *lingua franca* de quienes sufren la injusticia, en el discurso que da voz a la conciencia humana. En el lenguaje de los derechos humanos hablaron los estu-

diantes chinos masacrados en la Plaza de Tiananmen; en él habla todos los días la poderosa voz de Aung San Suu Kyi en Myanmar, a pesar del silencio impuesto por la estupidéz militar; en él hablan a la conciencia de los demócratas del mundo los disidentes de la dictadura castrista en Cuba; en él hablan quienes sufren la brutalidad de la pena de muerte en los Estados Unidos; en él hablan millones de mujeres en Afganistán y en otras sociedades islámicas que demandan su derecho a la educación; en él hablan las víctimas inocentes de la violencia en Israel y en Palestina; en él hablan los millones de latinoamericanos pobres –incluyendo un millón de costarricenses– que siguen pensando que todos somos hijos de Dios y merecemos sentarnos como hermanos en la mesa del bienestar. Los derechos humanos son la traducción secular del Sermón de la Montaña, es el lenguaje de los desheredados de la Tierra, que reclaman sus derechos porque ya adquirieron la conciencia de que existen.

Será por eso por lo que esfuerzos como este curso crecen, se consolidan y se multiplican. Porque lo que aquí se enseña convoca nuestras más caras esperanzas, porque lo que aquí se discute ofrece la promesa de un mundo distinto y mejor, un mundo donde cada ser humano pueda desplegar su intrínseca dignidad, su libertad y su afán de trascender.

Un recordado Secretario General de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, alguna vez dijo que “*hacer posible la emancipación frente al miedo probablemente resume toda la filosofía de los derechos humanos*”. De eso se trata: de liberar al mundo de la oscuridad del miedo.

No tengo duda de que eso hace y seguirá haciendo este curso. De que continuará, como lo ha hecho desde hace 24 años, encendiendo velas en la noche del temor, para alumbrar la incesante marcha del progreso humano.

ESTACIONES EN EL SOL

ALIANZA PARA UNA NUEVA HUMANIDAD

SAN JOSÉ, COSTA RICA

11 DE MARZO DE 2008

“Si nos alejamos del invierno de la guerra, si alcanzamos la primavera de la inversión en educación, si procuramos el verano del desarrollo tecnológico, y evitamos el otoño de la destrucción ambiental, seremos capaces de forjar una nueva humanidad, seremos capaces de dar el grito de la revolución que desde hace tantos años aguarda resonar en nuestro pecho, seremos capaces de mirar los buenos presagios en el cielo y disfrutar las estaciones en el sol”.

En la antigua Roma, una inauguración consistía en la ceremonia a partir de la cual los augurios, un tipo de sacerdotes, obtenían la sanción de los dioses para alguna decisión adoptada por los seres humanos. En el acto ceremonial, los augurios formulaban una oración, solicitando que los dioses manifestaran su aquiescencia a través de signos y presagios. Uno de los signos más benevolentes era el vuelo de las aves, cuyos trazos se seguían en el cielo. Cada uno de ustedes ha venido hasta aquí como ave migratoria, pero no en busca de calor y de alimento, sino en busca de valores y principios. Su vuelo es el magnífico presagio que hemos divisado en el firmamento, y que vaticina para Costa Rica días de amistad y de esperanza.

En la actualidad, todo ser humano se encuentra inmerso en difíciles encrucijadas. La nuestra es una era tan absoluta como relativa, tan apegada a cánones como desprovista de ellos. Exactamente como describió Charles Dickens al inicio de su novela *Historia de dos ciudades*, retratando los años que antecedieron a la Revolución Francesa: “*Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era la era de la sabiduría, era la era de la insensatez, era la época de la creencia, era la época de la incredulidad, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación*”.

Estos no son los albores de una revolución como aquella, pero queremos que sean los albores de nuestra propia revolución. Una que no se valga de las armas, sino de las ideas; que no apele a la fuerza, sino a la moral. La nuestra es una época propicia para un cambio radical, una época en la que la humanidad puede despojarse de sus más anquilosadas vestiduras, y nacer joven y nueva. Las vetustas costumbres no están aseguradas a perpetuidad. No está asegurada la guerra, aunque algunos la crean consustancial a la especie humana, ni está asegurada la violencia, aunque algunos no puedan vivir sin ella; no está asegurado el odio, aunque casi todo el mundo lo sienta, ni está asegurada la discriminación, aunque casi todos hayamos discriminado o sido discriminados, en algún momento de nuestras vidas. Si queremos verdaderamente forjar una nueva humanidad, entonces nos toca preguntarnos ¿cuáles de nuestros males son inevitables? Yo les aseguro que, con excepción de la muerte natural, casi ninguno de nuestros sufrimientos es forzoso. Esto quiere decir que tenemos la responsabilidad de garantizar que nuestra especie no sufra aquellos males que no tiene por qué sufrir.

Para asumir esta tarea, tenemos que acometer cuatro tareas urgentes. Si nuestro tiempo es, como dijera

Dickens, “*la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación*”, entonces tendremos que aprovechar todas las estaciones del año para alcanzar el cambio. Yo les propongo que atravesemos el invierno de la guerra y el armamentismo; que fomentemos la primavera de la educación y la inversión social; que procuremos el verano del desarrollo científico y tecnológico, y que evitemos el otoño de la destrucción de nuestros recursos naturales.

A la guerra me he opuesto desde que tengo memoria. Y me he opuesto, sobre todo, a que sea considerada un mal necesario. La guerra no es necesaria. No es inevitable. No es inherente a nuestra condición humana. Por mucho que haya habido enfrentamientos a lo largo de nuestra historia, eso no quiere decir que tienen que seguir existiendo. Si algo significa evolucionar, si algo significa una *revolución*, es superar lo que se cree insuperable, es alterar lo que se cree inalterable. Hace más de doscientos años, alguien se atrevió a cuestionar lo que se creía incuestionable. Alguien se atrevió a preguntarse por qué algunos lo tenían casi todo y casi todos no tenían absolutamente nada; por qué algunos tenían todos los derechos y otros tenían todos los deberes; por qué algunos que no trabajaban, recibían todos los privilegios, y la mayoría que no descansaba, recibía todos los castigos. La Toma de la Bastilla representa un cambio de paradigma, un cambio como el que estamos llamados a buscar hoy, por los medios de la paz. Ese cambio lo logró Costa Rica, el primer país en abolir constitucionalmente su ejército, y hoy les digo que nuestra seguridad no se ha visto amenazada por ello, sino profundamente fortalecida.

En este recinto hay líderes mundiales que pueden influir en la toma de decisiones en torno a la guerra. En este recinto hay personas que pueden decidir no usar el recurso militar. Pero yo les aseguro que mientras continú-

en proliferando las armas y los ejércitos, mientras el mundo siga destinando más de \$1.2 trillones cada año al gasto militar, no hay seguridad posible. La verdadera revolución no vendrá el día en que los gobiernos decidan abstenerse de usar sus poderosas maquinarias militares, sino el día en que decidan del todo no tener esas poderosas maquinarias. Nunca estaremos exentos de que algún Gobierno o algún Presidente megalómano quiera usar las armas para atacar en lugar de defender; para destruir en lugar de proteger; para amenazar en lugar de garantizar la paz. Y es mejor no darles esa oportunidad.

Estoy convencido de que las armas han sido siempre una traición, la más baja traición de la historia humana. No existe un solo indicio que sugiera que la carrera armamentista haya deparado al mundo un nivel superior de seguridad, y un mayor disfrute de los derechos humanos. Por el contrario, no sólo nos ha hecho infinitamente más vulnerables como especie, sino también más pobres. Cada arma es el símbolo de las necesidades postergadas de los más necesitados. No es dinero que invertimos en vano, sino dinero que dejamos de invertir en las carencias de quienes claman urgentemente por nuestra ayuda.

Por todo lo anterior, el Gobierno de la República promueve en el ámbito internacional el Consenso de Costa Rica, una iniciativa que pretende reorganizar las prioridades en materia de cooperación internacional y ayuda entre los Estados. Durante años, los países desarrollados han otorgado préstamos y condonado deudas a países en vías de desarrollo, pero basados únicamente en su nivel de pobreza. En muchas ocasiones, los países beneficiarios utilizan esos recursos para mantener o aumentar su gasto militar, y no para invertir en el desarrollo humano de sus pueblos. Por el contrario, las naciones de renta media que realizan un esfuerzo por educar a sus niños y jóvenes, por

darle techo a sus familias, por brindar una cobertura de salud universal, quedan excluidas de la ayuda internacional. Esto es injustificable. Yo les pido que al volver a sus países, lleven con ustedes este mensaje, y nos ayuden a convertirlo en realidad. Estoy convencido de que si todos los gobiernos del mundo emprendemos acciones como ésta, el invierno de la guerra y el armamentismo se extinguirá bajo el sol de la paz y la amistad entre los pueblos.

Pero no basta con dejar de gastar en las armas. He dicho que también necesitamos empezar a gastar en las personas. Aunque generalmente van asociadas, una cosa no necesariamente implica la otra. Si queremos construir una nueva humanidad, entonces será imprescindible que aumentemos considerablemente nuestro gasto social, particularmente nuestro gasto en educación. Esa será la única primavera posible para los millones de seres humanos que no saben leer, para los millones de niños que no alcanzan a graduarse de la primaria, para los millones de jóvenes que nunca llegan a tener un título de secundaria y mucho menos un título de la universidad.

Esto no sólo es humanitario, es también poderosamente pragmático. Un país pobre en educación, será siempre un país pobre en todo lo demás. A estas alturas, y después de dolorosas lecciones históricas, está más que demostrado que los fracasos en la educación de hoy, son los fracasos en la economía de mañana. Si un país falla en invertir en libros y en cuadernos, en escuelas y en profesores, fallará luego en atraer empresas e inversión extranjera, en generar empleos y en procurar un mejor nivel de vida para sus habitantes. La educación de calidad no es una consecuencia del desarrollo, sino su más inmediato prerrequisito. Es cierto que aumentar el gasto en educación puede ser oneroso, pero la alternativa es mucho peor. Cada país debe encontrar la mejor forma de lograrlo.

Cualquiera que sea el camino que elijan –ya sea el aumento en la recaudación fiscal o la reordenación del gasto, ya sea el endeudamiento externo o la cooperación no reembolsable–, todos los caminos pasarán por un cambio de prioridades. Una revolución de las ideas que nos lleve, poco a poco, a que todos nuestros habitantes alcancen la primavera de la Ilustración.

El tercer aspecto que quería mencionarles, está estrechamente ligado con el anterior: nuestros países deben invertir en tecnología e investigación, si quieren alcanzar el verano del desarrollo científico y tecnológico. Ustedes lo saben tan bien como yo: las brechas sociales siempre han separado a los individuos, desde los regímenes de esclavitud hasta los sistemas de castas, desde la división del trabajo hasta la moderna estratificación social. Pero el siglo XXI ha traído consigo una brecha social que se ensancha con mayor velocidad y se profundiza con mayor crudeza: la brecha digital. Más temprano que tarde, la diferencia entre un individuo que puede acceder a servicios públicos y uno que no, estará determinada por la brecha digital; la diferencia entre un individuo que puede ejercer plenamente sus libertades cívicas y uno que no, estará determinada por la brecha digital; la diferencia entre un individuo que puede educarse y uno que no, estará determinada por la brecha digital. Esto quiere decir que debemos empezar a entender la inversión en tecnología como una inversión social, y debemos empezar a garantizar que la mayor cantidad de individuos se beneficien de esa inversión.

Y no me refiero sólo a los centros educativos, donde nuestra tarea es ya de por sí inmensa, sino también a la creación de espacios para que las personas que se encuentran fuera del sistema educativo formal, tengan la oportunidad de beneficiarse de la era de la información y el

conocimiento. En esto Costa Rica ha dado importantes pasos durante los últimos dos años. Hemos abierto cientos de centros con conectividad gratuita a lo largo del país, procurando que los habitantes de todas las edades, de todos los niveles educativos y de todas las extracciones sociales, tengan un acceso equitativo a Internet y a los más modernos beneficios de la tecnología. También hemos cosechado éxitos en nuestro programa de Gobierno Digital, simplificando trámites y fomentando una relación más fluida entre la Administración y los administrados. Hoy los impulso a que promuevan la inversión en tecnología e investigación en sus países, pero sobre todo en los países en vías de desarrollo. Ya sea que ustedes se encuentren en el sector público o en el sector privado, la mejor manera de evitar que la brecha digital separe insalvablemente a nuestras sociedades, es que la empresa y el Estado se unan en la promoción del verano de la tecnología.

Dejo para el final un tema que considero crucial: nuestros países, y cada uno de nosotros en particular, debemos evitar el otoño de la destrucción de nuestros recursos naturales. El calentamiento global es una certeza que no podemos ignorar. La extinción de las especies y la desaparición de sus hábitats, la destrucción de los ecosistemas de los cuales depende el delicado equilibrio de la vida, nos demandan acciones inmediatas y definitivas.

Es por eso que Costa Rica ha decidido declarar la Paz con la Naturaleza. Esta es una iniciativa que promueve todo tipo de acciones en el ámbito nacional e internacional, para detener el calentamiento global y la destrucción de los recursos naturales. Nos hemos propuesto ser un país neutral en carbono para el año 2021, y desde ya los miembros de nuestro Gabinete, y yo en lo personal, compensamos nuestros viajes al exterior a través de un progra-

ma de financiamiento forestal. Hemos decidido impulsar la expansión de nuestras áreas protegidas, que ya representan una cuarta parte de nuestro territorio, y la creación de corredores biológicos para las miles de especies animales que habitan en Costa Rica. En la esfera internacional, apoyamos la protección del bosque primario y el canje de deuda por naturaleza. La reforestación debe ser siempre un Plan B. Para que así sea, países como Costa Rica, Congo, Papúa Nueva Guinea y Brasil, deben recibir incentivos que les permitan conservar sus bosques primarios. No es justo que las naciones que se desarrollaron a costa de la más devastadora destrucción ambiental, nos pidan ahora que nos desarrollemos nosotros protegiendo el aire que les permite respirar, sin ayudarnos a hacerlo.

Éstas son las cuatro estaciones que hoy les propongo, y que reflejan en gran medida la filosofía de la Alianza para una Nueva Humanidad. Costa Rica es un claro ejemplo de que las discusiones que albergamos en encuentros como éste, pueden convertirse en acciones de Gobierno. Este país se encuentra unido a ustedes no sólo porque compartimos nuestras ideas, sino también porque hemos convertido esas ideas en realidad.

Yo les aseguro que si nos alejamos del invierno de la guerra, si alcanzamos la primavera de la inversión en educación, si procuramos el verano del desarrollo tecnológico, y evitamos el otoño de la destrucción ambiental, seremos capaces de forjar una nueva humanidad, seremos capaces de dar el grito de la revolución que desde hace tantos años aguarda resonar en nuestro pecho, seremos capaces de mirar los buenos presagios en el cielo y disfrutar las estaciones en el sol.

He dicho que vinimos aquí en busca de valores y principios, y lo he dicho porque ninguna de las acciones que les he propuesto podrá realizarse sin un cambio de acti-

tud, un cambio que debe provenir de un serio replanteamiento moral. Este mundo tiene que volver a los valores, porque aunque el relativismo axiológico nos libra de absolutismos e imposiciones, también puede hacernos indiferentes. Toda gran transformación debe ir precedida de algunos postulados éticos irrenunciables. “*Libertad, igualdad y fraternidad*”, fue el lema hace más de doscientos años. Hoy nuestro lema debe ser “*Paz, educación, tecnología y ambiente*”.

El gran escritor norteamericano, Ralph Waldo Emerson, dijo en una ocasión que “*toda revolución es primero una idea en la mente de un solo individuo, y cuando la misma idea se le ocurre a otro individuo, he ahí la clave de una era*”. Estamos aquí reunidos, y cada uno de nosotros tiene en su mente la misma idea: que la estación del dolor pase para siempre, que la estación del odio se vaya y nunca vuelva. Con la ayuda de todos ustedes, y con la alianza entre todos nosotros, la estación del amor y la estación de la paz serán nuestra verde primavera.

ES HORA DE REPLANTEAR LAS PRIORIDADES

XXVI CURSO INTERDISCIPLINARIO DE DERECHOS HUMANOS:

SAN JOSÉ, COSTA RICA

18 DE AGOSTO DE 2008

“No dudo que haya sido la luz de este faro una ayuda imprescindible para que, desde entonces, las naciones latino-americanas hayan retomado el timón de su destino, ahogadas como estaban en el remolino inclemente de la violencia y la represión”.

En un maravilloso y singular relato titulado *La Muralla China*, el autor checo Franz Kafka narra una versión ficticia sobre la construcción de aquel muro impresionante, y afirma que los grandes arquitectos orientales, conscientes de la magnitud de la obra y de la imposibilidad de construirla en el transcurso de una generación, temieron que los obreros se desalentaran y abandonaran el proyecto. Optaron entonces por formar equipos de unos veinte trabajadores que debían realizar un sector de muralla de unos quinientos metros. Un equipo vecino le salía al encuentro con otra muralla de igual magnitud. Pero una vez producida la unión, que tomaba unos 5 años, no se continuaba la obra al final de estos mil metros, sino que los equipos de obreros eran enviados a regiones comple-

tamente distintas a iniciar un nuevo segmento. Este proceso se repitió a lo largo de varios siglos, de forma tal que el espíritu de los obreros permanecía henchido de esperanza y determinación.

Vista desde sus orígenes, la lucha por el reconocimiento de los derechos humanos, y por su efectiva realización, es una tarea titánica capaz de disuadir al más leal de los militantes. Nadie pudo haberla emprendido por su cuenta, ninguna generación pudo haberla asumido por completo. La práctica de los derechos humanos se construye a través de la historia, no en un momento histórico preciso. Constituye un proceso eternamente inacabado y eternamente insatisfecho, y por eso no venimos aquí con la pretensión de quien ha concluido la kilométrica muralla que protege nuestras libertades, sino con la humildad de quien ofrece la fuerza de sus brazos y el sudor de su frente para construir los próximos quinientos metros.

26 veces se ha encendido la luz de los derechos humanos desde este faro en Costa Rica. 26 veces ha prevalecido la razón y la cordura en el diálogo por el progreso de nuestros pueblos. 26 veces se ha hablado aquí del verbo de la paz y no de la guerra, de la libertad y no de la opresión, de la esperanza y no del miedo, de la dignidad de los ciudadanos y no del poder absoluto de sus gobernantes. No dudo que haya sido la luz de este faro una ayuda imprescindible para que, desde entonces, las naciones latinoamericanas hayan retomado el timón de su destino, ahogadas como estaban en el remolino inclemente de la violencia y la represión.

En el año 1984, Ernesto Sábato nos advertía del triste privilegio de que la palabra “*desaparecido*” se escribiera en español en toda la prensa del mundo. Un cuarto de siglo después, es válido preguntarnos si llegará el día en que la palabra “*justo*” sea también distintiva de nuestra región, la

palabra “*equitativo*”, la palabra “*próspero*” o la palabra “*satisfecho*”. Es válido preguntarnos si las victorias alcanzadas hasta ahora, tan trascendentes, tan necesarias, son suficientes para asegurar que nuestros pueblos no regresen nunca más a las trincheras que con tanto dolor y sangre abandonaron.

Y es válido que nos lo preguntemos precisamente ahora, cuando el mundo entra en un periodo de desaceleración económica que amenaza con poner a prueba la fortaleza de nuestras instituciones y la sabiduría de nuestros gobiernos. El desmedido aumento en los precios del petróleo y de los alimentos debe alzar la voz de alarma en este curso y en esta institución, no sólo desde la perspectiva de su efecto en la calidad de vida de nuestros ciudadanos, sino también desde la perspectiva de su efecto en la calidad de nuestras democracias.

América Latina será puesta a prueba durante los próximos meses. Es nuestra responsabilidad velar porque sea capaz de esquivar tres rutas igual de nefastas para el desarrollo de nuestros pueblos: la ruta de la represión, la ruta del populismo y la ruta de la indiferencia.

Empecemos por la represión, que con el predicamento de la izquierda o de la derecha vulnera por igual los derechos humanos. Y empecemos por decir que pocas ocasiones son tan propicias para el resurgimiento de delirios totalitarios y de supresión de las libertades, como una época de dificultad económica. Si bien es cierto que la prosperidad y el crecimiento económico no son condiciones suficientes para el sostenimiento de los regímenes democráticos, también lo es que en su ausencia esa tarea se vuelve colosal. Las tentaciones autoritarias emergen con mayor facilidad ahí donde el hambre, la ignorancia y la frustración abonan el terreno para el mesianismo. Los falsos redentores sólo pueden surgir en pueblos convenci-

dos de su necesidad de ser redimidos; y en un continente en que millones de personas corren el riesgo de engrosar las filas de la pobreza durante los próximos 12 meses, les aseguro que un mesías resulta mucho más plausible que la democracia.

Y no lo digo sólo yo, lo dicen los historiadores de todo espacio y todo tiempo. ¿Acaso alguien puede contradecir la influencia que tuvo la crisis del petróleo del año 1973, y los altos niveles inflacionarios que generó, en el surgimiento de las dictaduras de Videla en Argentina, de Pinochet en Chile, de Bordaberry en Uruguay, y un largo etcétera?

Hace 4 años, cuando nuestra situación económica era notablemente más halagüeña, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) nos informaba que el 45% de los latinoamericanos estaría dispuesto a apoyar a un gobierno autoritario si éste resolvía los problemas económicos de su país. Desearía estar equivocado, pero es casi seguro que esa cifra es hoy considerablemente mayor. Ahora más que nunca necesitamos el respaldo colectivo y decisivo a nuestra institucionalidad democrática. Ahora más que nunca necesitamos asegurar que la repartición del poder político en nuestras sociedades siga siendo justa y mesurada. Es el deber de este Instituto, y de cada uno de ustedes, servir de vigías en esta noche, otear el horizonte con cautela ante cualquier signo que, so pretexto de una emergencia, concentre el poder en un individuo o limite la libertad de cualquier ciudadano.

Algunos alegarán que el resurgimiento de regímenes totalitarios es una opción improbable para una América Latina que guarda todavía la memoria reciente de los años de dictadura. Y yo también espero que así sea. Pero hay otras formas en las que un gobierno puede traicionar el desarrollo de un pueblo y vulnerar, por vía indirecta,

los derechos humanos de sus habitantes. Una de ellas es el populismo, que dilapida los recursos de una nación y los sacrifica a los índices de aceptación de sus gobernantes.

Ésta es, quizás, la más patente amenaza para nuestra región durante los próximos meses. Todas las naciones de Latinoamérica tendremos que realizar ingentes esfuerzos por lograr que la crisis golpee lo menos posible a nuestras poblaciones, particularmente a los habitantes con menos recursos. Pero cualquier medida que adoptemos, debe ser sostenible. El endeudamiento no planificado, cuyos efectos recaen en los gobiernos sucesivos; la implementación de programas asistencialistas de corte inmediato, sin el respaldo de proyectos de largo plazo que transformen las circunstancias adversas en lugar de prorrogarlas; el resurgimiento de medidas proteccionistas y autárquicas; el recrudecimiento de la retórica antiimperialista y en contra del libre comercio y la inversión extranjera, son sólo manifestaciones de una actitud que, tarde o temprano, acabará por imponer una onerosa hipoteca al futuro de nuestros hijos: la posposición de un desarrollo que desde hace mucho tiempo merecen.

La política es, en muchos aspectos, saber a quién culpar. Y para algunos este periodo de crisis es la mejor ocasión para culpar a los gobiernos de turno –o a sus predecesores– de todo lo malo que acontece en el mundo. Para estas personas, todo, absolutamente todo, desde el aumento en el precio de los alimentos hasta la pérdida de los valores familiares, se debe a la implementación de políticas que califican de neoliberales por parte de los gobiernos latinoamericanos de los últimos veinte años. En una mezcla cada vez más nebulosa e intrincada, se olvidan de los enormes avances en el desarrollo humano que ha alcanzado nuestra región en las dos últimas décadas; se

olvidan del aumento en la inversión social que han realizado nuestros gobiernos, que según cifras de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ha aumentado alrededor del 40% entre la década anterior y la actual; se olvidan de la paz y de la democracia de las que hemos disfrutado de manera prácticamente ininterrumpida, y sobre todo, se olvidan de la terrible crisis económica que tuvo que enfrentar este continente en plena época de proteccionismo comercial y Estado paternalista. Que quede claro: la vuelta a las huestes del populismo no nos hará más justos ni más independientes, simplemente nos hará más pobres.

Ahora bien, por evadir el populismo no podemos, tampoco, incurrir en la indiferencia. Es claro que existen grupos de la población especialmente vulnerables en los meses por venir, y son grupos que debemos atender con urgencia. Los casi 200 millones de latinoamericanos que languidecen en la pobreza no pueden ser los sacrificados, como ha sido la tradición de nuestra América. El gasto social debe mantenerse aún en épocas de desaceleración económica, particularmente el gasto en educación.

Si este curso ha de abordar el tema de los derechos humanos desde la dimensión de la pobreza, primero ha de aceptar lo que constituye casi un axioma de las ciencias sociales: la escolaridad de un pueblo determina su prosperidad. En América Latina en promedio, la cantidad de años de escolarización de la fuerza de trabajo es como mínimo, tres años menor que la de los países desarrollados. Pero no son pocos los países latinoamericanos en los que esa diferencia es mucho mayor. En la medida en que nuestros países no inviertan más en los salarios de nuestros maestros y profesores, en la infraestructura de nuestras escuelas y colegios, en las becas para nuestras universidades, y sobre todo, en el acceso de nuestros estudian-

tes a las tecnologías de la información y el conocimiento, así como el aprendizaje de otros idiomas, los derechos humanos seguirán siendo crónicamente violentados en nuestra región por la sola verdad de que la pobreza presupone la incapacidad en el ejercicio de todo tipo de libertades.

Estoy consciente de que todo esto demandará recursos. Pero sobre todo demandará un replanteamiento de prioridades. Ha llegado la hora de que América Latina aprenda a separar la paja del trigo, y reconozca, con evidencia en mano, cuáles son los gastos que se traducen en un mejor nivel de vida para sus ciudadanos, y cuáles no lo son. Según cifras del Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI), en el año 2007 el gasto militar de América Latina ascendió a \$36.000 millones, en una región que –con la sola excepción de Colombia– no experimenta actualmente ningún conflicto armado. Y esa decisión de gastar en armas y soldados no es indiferente.

Un solo avión más, un solo helicóptero más, no puede significar la diferencia en seguridad. Pero ¡cuán distinta sería nuestra región con miles de profesionales más! De seguro no tendríamos 190 millones de personas viviendo en la pobreza, sino muchas menos. No seríamos responsables por el 42% de todos los homicidios con armas de fuego en el mundo, sino por muchos menos. No tendríamos a un tercio de todos nuestros niños, niñas y adolescentes viviendo sin agua potable, sino muchos menos. En fin, no seríamos una región perfecta, pero definitivamente seríamos una región mejor.

Este Instituto, y este curso, han servido como caja de resonancia para las voces de los oprimidos y necesitados de la Tierra, para los clamores de quienes conocen sus derechos precisamente porque carecen de ellos en la rea-

lidad. Aquí ha resonado la voz de las víctimas de la guerra civil en Sudán, de los condenados a muerte en Estados Unidos, de las mujeres excluidas en Afganistán. Ésa es la esencia de la lucha por los derechos humanos: el pregón de un mensaje que no puede ser entregado por otros, la denuncia en nombre de alguien más de una injusticia que no puede pasar desapercibida.

“Usen su libertad para promover la nuestra”, nos pide Aung San Suu Kyi desde su arresto en Myanmar. Y eso es precisamente lo que debemos hacer. Usar nuestra libertad, nuestro entendimiento, nuestro talento, nuestra educación, nuestros recursos, nuestro tiempo, y cualquier cuota de poder de la que disfrutemos en nuestras sociedades, para alzar la voz en nombre de quienes no pueden hacerlo. Hoy lo hacemos por quienes se ven silenciados por los retorcijones de un estómago vacío, por el frío de una noche al descubierto. Hoy lo hacemos por los cientos de millones de personas que a lo largo de todo el continente, no piden de nosotros más que ser la prioridad. Estoy convencido de que si logramos evadir las rutas de la represión, el populismo y la indiferencia, seremos una caja de resonancia digna, un ágora verdadera para la idea más noble y más poderosa de la historia, la de que, como nos recuerda la Declaración Universal de los Derechos Humanos, *“todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y consciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”*.

LA PROFECÍA QUE NO DEBEMOS ARROJAR AL FUEGO

XXVII CURSO INTERDISCIPLINARIO DE DERECHOS HUMANOS
SAN JOSÉ, COSTA RICA
6 DE JULIO DE 2009

“cualquier vulneración a la democracia y a los derechos humanos que ocurra en lo sucesivo, vendrá siempre arrojada con atuendos de legitimidad. Para bien o para mal, el discurso democrático es la lengua en la que se comunican actualmente las naciones de América Latina”.

La historiografía romana narra la existencia de una profetisa ancestral a quien el dios Apolo concedió, entre todos los oráculos, una facultad superior en las artes adivinatorias. La Sibila de Cumas conjuraba sus predicciones desde una gruta en un risco en la región de Campania, y era tal la precisión de sus profecías, que muchos le atribuían las dotes de una deidad. Cuentan que en una ocasión, aquella sibila se presentó ante el rey Tarquino de Roma y le ofreció nueve libros proféticos a cambio de una suma de dinero. Tarquino se negó, pensando en conseguir un mejor precio, y no dispuesta a regateos, la sibila arrojó tres de los libros al fuego. Le ofreció entonces a Tarquino comprar los seis libros restantes al mismo precio. El

monarca reiteró su negativa y la sibila quemó otros tres libros. Al final, el rey accedió a comprar los últimos tres libros al precio de nueve, impulsado por la curiosidad y por el temor a que se perdieran todos. Aquellas obras fueron guardadas con celo durante siglos, y se consultaban en las horas más cruciales del pueblo romano. Múltiples glorias se atribuyeron a sus vaticinios, y muchas desgracias al desconocimiento de las predicciones que fueron destruidas en el fuego. Por su terquedad y su ceguera, aquel rey pasó a la historia como Tarquino el Soberbio.

Traigo a la memoria esta anécdota legendaria hoy que la convulsa situación hondureña sacude las raíces de nuestro sistema interamericano, y nos obliga a examinar con sinceridad nuestra propia actuación en los hechos que llevaron a este golpe de Estado. Muchos líderes de la región, entre los cuales respetuosamente me incluyo, hemos venido señalando durante años los persistentes vicios latinoamericanos que este golpe puso en evidencia. No se requiere del generoso favor de Apolo para advertir que hay, cuando menos, tres predicciones desdeñadas en este proceso: la de las instituciones democráticas, la del militarismo y la de las finanzas públicas. Esto es, que nuestras democracias corrían el riesgo de volver al pasado, si no consolidaban sus frágiles instituciones; que esa fragilidad se volvía más vulnerable ante el militarismo de la región, en donde durante décadas hemos gestado una peligrosa combinación de ejércitos fuertes con democracias débiles; y por último, que el progreso democrático necesario sería altamente improbable sin un profundo replanteamiento de la forma en que recaudamos, e invertimos, los recursos públicos en nuestros territorios.

Empecemos por la democracia. Y empecemos por decir que la democracia es algo más que el artículo primero de nuestras Constituciones Políticas. Es, sobre todo, un

delicado tejido de instituciones y reglas claras, que se decanta a través de reformas constantes. El abandono latinoamericano del cepto dictatorial, el gran logro del fin de siglo en nuestro continente, fue tan sólo el inicio de un arduo proceso de consolidación institucional que aún se encuentra en etapa gestatoria. No me cansaré de repetir que nuestros sistemas políticos son endebles, y que lo seguirán siendo en la medida en que nos rehusamos a reconocer sus imperfecciones. El hecho de haber depuesto a los dictadores del pasado no nos convirtió, *per se*, en democracias maduras. Esas “Grandes Ligas” se encuentran lejos todavía. Si Latinoamérica desea ingresar en el Salón de la Fama de la democracia, debe hacer más méritos que celebrar elecciones periódicas y suscribir la Carta Democrática de la Organización de Estados Americanos.

Debe empezar, entre otras cosas, por buscar vías para fortalecer sus partidos políticos, que en muchos países constituyen agrupaciones sin identidad clara, con la única agenda aparente de acceder al poder. Debe robustecer sus sistemas judiciales y conferirles la independencia que garantice la aplicación efectiva de la ley, y la pronta resolución de los conflictos civiles. Debe reformar sus mecanismos de rendición de cuentas y transparencia, haciendo que sus representantes sean verdaderamente responsables por sus acciones cuando se alejan del mandato popular. Debe vigorizar sus oficinas de *Ombudsman* y otorgarles poderes reales de defensa de la ciudadanía.

Debe oxigenar las finanzas públicas, incrementando la recaudación y la carga impositiva. Debe acercar la función pública a la población a través de la descentralización, de la digitalización gubernamental y de las contralorías de servicios. Debe establecer reglas precisas para el financiamiento de los procesos electorales. Debe garantizar el acceso equitativo y sin discriminaciones de los habi-

tantes a los servicios públicos. Debe buscar los mecanismos necesarios para asegurar que cualquier persona, o conjunto de personas, tenga verdaderas posibilidades de aspirar a un cargo público, permitiendo la realización de una de las principales promesas de la democracia: que las minorías pueden llegar a influenciar a las mayorías. Debe defender la existencia y la proliferación de una prensa libre e independiente, que ejerza sobre el poder un control responsable.

Debe diseñar sistemas de evaluación de las políticas públicas que aquilaten los resultados de la acción estatal. Debe canalizar la participación ciudadana para que complemente, y no sustituya, el sistema representativo. Debe afinar la capacitación y el reclutamiento de los funcionarios públicos. Debe establecer las vías de interacción entre el Estado y el mercado, permitiendo una regulación que garantice la competencia y que proteja los derechos fundamentales de los ciudadanos. Y, sobre todo, debe luchar sin descanso por lograr un nivel aceptable de desarrollo humano en sus poblaciones. Porque si nuestros habitantes carecen de una buena calidad de vida, las reformas mencionadas serán delicadeces frente a preocupaciones tan inmediatas como la alimentación, la vivienda, la salud, la educación o la seguridad ciudadana.

Todas estas cosas, y muchas más, otorgan contenido a la democracia. Sin ellas, nuestros sistemas son un débil cascarón. En la medida en que fallemos en entender que las instituciones importan, más allá del capricho ocasional de algunos o la conveniencia pasajera de otros; en la medida en que fallemos en regir nuestras vidas por un juego de reglas efectivo e imparcial, la promesa democrática se nos escapará de las manos. La maravillosa posibilidad que hace dos siglos esbozó John Adams, la de labrar *“un gobierno por las leyes y no por los hombres”*, demanda un

compromiso de vigilancia ineludible bajo pena de perder todo lo bueno que durante años hemos construido. Ésa es una profecía que no debemos arrojar al fuego.

Como tampoco debemos despreciar la advertencia sobre el creciente militarismo en la región. El golpe de Estado perpetrado el pasado 28 de junio en Tegucigalpa, puso en evidencia el inmenso riesgo de contar con autoridades militares poderosas ahí donde las autoridades civiles son débiles. En la medida en que este fenómeno se siga perpetrando en Latinoamérica, existe la amenaza latente de uno de los peores vicios del autoritarismo: la sucesión en el poder a través de la fuerza. Poca o mucha fuerza. Aprobada por la mayoría o por unos cuantos.

Tan solo este año, los gobiernos latinoamericanos destinarán para sus ejércitos casi \$50 mil millones, el 91% más que hace 5 años, y una cifra descabellada para una región en la que alrededor de 200 millones de personas viven con menos de \$2 diarios, y ningún país, con excepción de Colombia, experimenta actualmente un conflicto armado. Insistiré sin descanso en que lo peor que nos puede pasar ahora es embrollarnos en una carrera armamentista solapada, que acabe por dilapidar los pocos recursos que nos quedan. Más helicópteros artillados, más aviones de combate, más cohetes y más soldados no traerán un solo mendrugo de pan para nuestras familias, ni un solo pupitre para nuestras escuelas, ni una sola medicina para nuestras clínicas. Por el contrario, tan sólo servirán para desestabilizar a una región que sigue viendo a las fuerzas armadas como el árbitro último de los conflictos sociales.

Es por eso que este Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*). Les aseguro que esta iniciativa hará más por defender los derechos humanos y la pre-

valencia de la democracia en la región, que muchos de los acuerdos y declaraciones que en este curso se estudian.

La tercera predicción que debemos rescatar del fuego, es la que nos advierte que la profundización de la democracia en la región estará condenada, mientras las finanzas públicas continúen en su estado actual de precariedad. No es casualidad que el Estado hondureño haya sido incapaz de lidiar con una crisis política interna mediante una institucionalidad que se financia con el 17% del Producto Interno Bruto (PIB), mientras un país como Dinamarca cuenta con un 49% del PIB para mantener su Estado de Bienestar. He dicho que consolidar las instituciones democráticas es difícil. También es caro. Pero la alternativa es mucho más onerosa. Quizás los empresarios latinoamericanos que se muestran tan reticentes a pagar impuestos harían bien en dialogar con los empresarios hondureños, que actualmente enfrentan pérdidas millonarias como consecuencia de la situación que enfrenta ese país. Tal vez comprenderían que el precio que se paga, en tributos, por la estabilidad económica, jurídica y política constituye una inversión que simplemente no pueden dejar de realizarse.

Estoy consciente de que éste es un momento inoportuno para hablar de impuestos en la región. La devastadora crisis económica internacional en la que actualmente nos encontramos sumidos, ha puesto en pausa las discusiones sobre reforma tributaria en prácticamente todos los países del mundo. Antes bien, muchas naciones discuten sobre reducciones temporales de tributos y algunas ya las han aplicado. Éste es un perjuicio que, como he dicho repetidas veces, el presupuesto público costarricense no puede sufrir, al menos no sin lesionar el gasto social que hasta ahora hemos logrado mantener. Sin embargo, será la responsabilidad ineludible de ustedes, y de todo el sis-

tema interamericano, presionar por este tema en el momento en que la economía de la región empiece a respirar con mayor holgura.

Les he mencionado tres predicciones recurrentes de la política latinoamericana, tres advertencias que los gobiernos de la región han despreciado con insistencia a lo largo de las dos últimas décadas. Sin embargo, esta noche quiero señalarles un nuevo vaticinio, uno que probablemente ocupe a este sistema y a este Instituto de Derechos Humanos en las décadas por venir: cualquier vulneración a la democracia y a los derechos humanos que ocurra en lo sucesivo, vendrá siempre arropada con atuendos de legitimidad. Para bien o para mal, el discurso democrático es la lengua en la que se comunican actualmente las naciones de América Latina. Las épocas en que los dictadores de la región aplicaban sin cesar la consigna de “*a mis amigos, todo; a mis enemigos, la ley*”, han quedado atrás. Ningún líder, ni ningún régimen, puede soportar la presión y las sanciones que conllevaría un reconocimiento expreso de vulnerar el orden constitucional o los tratados internacionales. Así es que no busquen ni esperen ese reconocimiento.

Si los mecanismos democráticos han evolucionado en los últimos veinte años, ¿por qué no habrían de hacerlo, también, los mecanismos antidemocráticos? Si este curso va a abonar en ustedes la semilla de la duda sana, si va a depositar sobre sus frentes la llama de la razón que investiga los hechos y no las palabras, entonces no busquen en el cielo los fuegos artificiales ni el letrero luminoso que indica el lugar, y la forma, en que se cometen actos contrarios a los derechos humanos y a la Carta Democrática de la OEA. Antes bien, sean ustedes los portadores de esa luz e iluminen con ella las circunstancias irregulares antes de que sea demasiado tarde.

Durante el siglo XXI será crucial que este Instituto Interamericano de Derechos Humanos, y la OEA en general, aprendan a señalar las trampas que subyacen a una apariencia de legalidad. De lo contrario, el sistema interamericano llegará siempre quince minutos tarde para proteger las libertades individuales y las instituciones democráticas de la región. Más que las reuniones cordiales de Jefes de Estado y de Gobierno, más que las floridas declaraciones que en esas reuniones se puedan firmar, más que los congresos y simposios de sede en sede, de lugar en lugar; será nuestra capacidad para intervenir oportunamente en resguardo de la democracia y de la libertad, la que justificará la existencia y la permanencia de este sistema. Y para ello se requiere agudeza, pero sobre todo se requiere coraje. Tener los ojos abiertos no servirá de nada si no abrimos también la boca. Porque de todos los males en que un demócrata puede incurrir, probablemente ninguno sea más vil que el de guardar silencio cuando se debe hablar sin temor con la verdad. Por eso, quien quiera salir a luchar por esta América asediada por la hipocresía y la ignorancia, deberá enseñarse a sí mismo, como dijo alguna vez William Faulkner, “*que lo más despreciable de todo es tener miedo*”.

Este curso alcanza su vigésima séptima edición en medio de un aire impregnado del olor del pasado. Sirva este encuentro para recordar que la historia, dejada a su suerte, a veces deambula por caminos ya transitados. Es nuestra responsabilidad tomarla de los brazos, llevarla hacia delante, empujarla si es preciso, mostrarle la senda hacia el lugar en que la esperan los hijos no nacidos de esta estirpe humana, que sigue albergando esperanza a pesar de los fracasos.

Esta noche quiero reafirmarles mi fe, mi inquebrantable fe, en que es posible revertir las aguas de nuestras

naciones, aunque en ocasiones parezcan dirigirse hacia el acantilado final de la libertad. No importa cuántos errores hayamos cometido en el pasado o en el presente, aún en el último peñasco de la razón podemos tirar las amarras. Armados de valor, podemos rescatar de las brasas los libros que presagian un futuro mejor para nuestros pueblos. Sólo así, la obra de los derechos humanos, esta obra inconclusa pero magistral, no será consumida por el fuego.

LA EDUCACIÓN NO FUE SUFICIENTE

DOCTORADO HONORIS CAUSA, UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
SALAMANCA, ESPAÑA
2 DE DICIEMBRE DE 2009

“Hay una planta sembrada en el centro del ágora griega, que envía a los cuatro vientos las esporas de su racionalidad. Es nuestra responsabilidad ser un campo fértil para que esas esporas logren traernos, con la democracia, el fruto de la paz”.

Su Alteza Real, don Felipe de Borbón y Grecia, Príncipe de Asturias; Doctor don José Jesús Gómez Asencio, Rector de la Universidad de Salamanca, amigos y amigos:

Algún resquicio de mi sangre guardará quizás el recuerdo de estos pasillos, en los laberintos memoriales que heredan los siglos a las estirpes mestizas. Quizás algún antepasado mío, de rasgos borrados en el polvo del tiempo, fue discípulo de estos colegios en el legendario pasado salmantino. Algún Pedro Arias o un Alfonso Sánchez, precursores de mi vida y de mi linaje, habrán atravesado los arcos de estos edificios; habrán recorrido las piedras de estas calzadas; habrán acariciado el lomo de los libros antiguos, que colman este grial del intelecto.

Pero incluso si no encuentro a Salamanca en los rama-
jes genealógicos de mi existencia, la encontraré en la
genealogía de mi pensamiento. En Fray Luis de León, que
vive entre las letras de este recinto; en San Juan de la
Cruz, cuya voz aún permanece en alguna grieta de las
altas bóvedas de estos castillos; en Luis de Góngora,
Fernando de Rojas, Pedro Calderón de la Barca; en todos
aquellos que no han muerto, porque la humanidad los
lee, y al leerlos, los resucita.

Hoy traigo al recuerdo una obra de uno de ellos: *Amor
y Pedagogía*, la devastadora historia de Miguel de
Unamuno, que retrata los desvaríos de un padre obsesio-
nado con educar a un genio. Aquella novela trágica, que
no disimula su moraleja, constituye una metáfora de lo
que ocurre cuando la educación es un sencillo compen-
dio de datos sin valores, una transmisión de ideas sin emo-
ciones. Cuando educamos eruditos y no sabios. Cuando
formamos exegetas y no seres humanos.

La educación debe transformar radicalmente al
mundo, o no vale la pena. Debe ser el motor de cambio
por excelencia, o ha fallado en su misión histórica.
Porque no es un fin, sino una senda. Es la vía de supera-
ción de una especie en eterna adolescencia que lucha,
desde hace milenios, por alcanzar la madurez. No basta
con decir “educamos”. Hay que preguntarse, “¿para qué?”.
Hay que preguntarse cuál es el tipo de sociedad que esta-
mos construyendo a partir de las artes y las ciencias.

Viendo el mundo desde este catalejo de Europa, pare-
ce ser obvio que estamos educando para construir socie-
dades más prósperas. El siglo XX fue, sin duda, el más
prolífico multiplicador de riqueza que haya conocido
nuestra historia. Cientos de millones de personas emer-
gieron de la pobreza en las últimas décadas. Por primera
vez desde que existe memoria, más de la mitad de la

población mundial pertenece hoy a la clase media. Un planeta que crece a un ritmo exponencial ha logrado enfrentar, con sorprendente ingenio, la escasez de recursos que su expansión significa. La tecnología ha conectado las esquinas del mundo, componiendo un morral con todos los seres que viven en husos horarios distintos. Materialmente, nunca hemos estado mejor. Pero resulta evidente que ese desarrollo material, aunque indispensable, se ha quedado corto.

El mismo siglo XX, caudal de fortunas y de oportunidades, fue también vidriera inmensa de una *barbarie* sin precedentes, un salvajismo que nunca desplegó ni el más primitivo de los trogloditas. Nunca antes el ser humano logró asesinar a tal escala. Nunca antes el odio envenenó tanto las palabras. Nunca antes la muerte reinó con tal impunidad sobre las comarcas de todas las razas. Nunca antes tantas lágrimas rociaron las piedras de la indiferencia. Nunca antes tantas mentes, tantas ideas, se despeñaron en el barranco de la tortura y de la violencia.

¿Cuál fue el papel de la educación en todo esto? ¿De qué manera la academia contuvo el declive del espíritu humano? ¿Fueron acaso analfabetas los gestores del peor genocidio jamás registrado? ¿Fue acaso la ignorancia de los textos, de los códigos, de los pensamientos de los sabios, la culpable de las guerras civiles en que se aniquilaron millones de hermanos? ¿Fue que nos faltaron maestros, o fue que nos sobraron soldados?

Perdonen que lo diga en este Paraninfo deslumbrante. Perdonen que lo diga en este templo de los siglos. Pero la educación no fue suficiente. Con la venia del mítico rector salmantino, esta tarde les digo que al mundo le hizo falta introducir en su currículo, una asignación de *Paz y Pedagogía*, de *Libertad y Pedagogía*, de *Democracia y Pedagogía*. Le hizo falta ponerle corazón al pensamiento.

Paz y Pedagogía quiere decir educar para la paz y con la paz. Nada hacemos con forjar letrados que no comprenden el valor de una vida. Nada hacemos con formar catedráticos para quienes la guerra se justifica. Nada hacemos con graduar estudiantes a quienes les da lo mismo que mueran decenas de personas cada día, en la más cruenta, la más absurda, la más aberrante de las violaciones a los derechos humanos: el enfrentamiento armado.

Sé bien que toda buena universidad alberga reservas en torno a mezclar las cuestiones académicas con las morales. Es cierto que pretender darle una orientación ética a la educación puede ser, con demasiada facilidad, una trampa para el adoctrinamiento en determinado credo o ideología. Y ése es un riesgo siempre presente en la enseñanza: el riesgo de pretender pasar, como visión de mundo, lo que no es más que la opinión de unos cuantos, o incluso de la mayoría.

Pero el relativismo axiológico no puede ser llevado al extremo de que nos vuelva sordos ante el clamor de las víctimas de Irak y de Afganistán, de Colombia y de Sudán, de Somalia y de Myanmar. No puede ser llevado al extremo de que poco o nada nos importe que la gran mayoría de las muertes de guerra en la actualidad, las sufran los civiles inocentes y no los ejércitos que deciden pelear. No importa cuán objetiva pretenda ser nuestra educación, no puede ser tan objetiva que permanezca impasible ante este nivel de violencia.

No hay que seguir ninguna ideología para comprender que es una insensatez que el mundo gaste \$4 mil millones diarios en armas y soldados, mientras una quinta parte de la humanidad vive con menos de un dólar al día. No hay que seguir ninguna ideología para comprender que es el peor signo de miopía que los países ricos gasten diez veces más en apertrechar a sus ejércitos, que en ayudar a las

naciones en vías de desarrollo. No hay que seguir ninguna ideología para comprender que con una fracción de lo que destinamos a la industria de la muerte, podríamos preservar la vida en el planeta; podríamos cumplir, finalmente, la quimera de la alfabetización universal, el sueño de un mundo en donde todos tengan acceso al agua potable y la electricidad, la utopía de un planeta que logre controlar el calentamiento global. Con sólo una fracción y nada más.

Si las universidades no pueden enseñar esto. Si las escuelas y los colegios fallan en transmitir la elemental preocupación por la paz, la educación fracasa como instrumento de cambio; fracasa como vía para sanar los dolores de la humanidad.

Educar para la paz y con la paz quiere decir reconocer todas estas cosas. Y quiere decir, además, construir en las aulas el mundo que queremos ver en las calles. Muy a menudo, hay un afán competitivo y violento en nuestras escuelas. Se les permite a los estudiantes una guerra de palabras que es el germen de la guerra con las armas. Se les enseñan valores patrióticos que rayan en la xenofobia, y hay un énfasis continuo en retratar al “otro” como el enemigo a vencer. Se les educa en un mundo dividido por fronteras y nacionalidades, cuyo avance histórico sólo se mide en triunfos bélicos y campañas militares. En ningún lugar es esto más claro que en Latinoamérica, en donde los estudiantes son más capaces de narrar las glorias de los caudillos tropicales, que la vida de los luchadores por la paz mundial. Y esto es preocupante porque si hacemos de la paz una asignación extracurricular, acabará por ser una actitud extracurricular, una rareza de los bohemios y los soñadores, y no la misión de los académicos y los doctores.

Para educarse en la paz, nuestros jóvenes necesitan desarrollar empatía con quien vive en circunstancias diversas.

Necesitan comprender que hay un mundo más allá de sus narices y de sus fronteras. Necesitan hablar y pensar en idiomas extranjeros. Necesitan viajar, aunque sea a un barrio más pobre o a una aldea cercana pero diferente. Necesitan tener una idea de cuán interconectado está el destino de todos los seres humanos, porque sólo entonces entenderán que la seguridad está en declararle la paz al mundo, y no sólo a los aliados o a los amigos.

Junto con todo esto, nuestros jóvenes necesitan comprender el valor de su libertad y la de sus vecinos. Deben entender cuán inmensa es su capacidad de transformar el curso de las cosas. Deben aceptar, aunque les cueste, que son responsables por el ejercicio de cualquier derecho o prerrogativa que les haya sido concedida, y que en el ejercicio de esa libertad, pueden cambiar el mundo para bien o para mal. *Libertad y Pedagogía* es el segundo tema de mi exposición.

Encontrar un equilibrio entre la educación y la libertad es, quizás, uno de los más antiguos dilemas de la enseñanza. Es la tensión entre el adiestramiento y la ilustración; entre la memoria y la imaginación, que se mueve como un péndulo en las diversas etapas de la historia pedagógica. Esta tarde quiero decirles que una educación para la paz, sólo puede ser una educación para la libertad; sólo puede ser una educación creativa en el más amplio sentido de la palabra. Los regímenes totalitarios han sido siempre excelentes adiestradores, pero nunca han educado para la libertad.

En un mundo en donde las generaciones más jóvenes dominan herramientas que nosotros ni siquiera alcanzamos a comprender. En un mundo en donde se produce más conocimiento en 5 años que en toda la historia de la humanidad. En un mundo en donde un reproductor de música de 10 centímetros contiene tecnologías más com-

plejas que las que pusieron a un hombre en la Luna, nuestros estudiantes necesitan dirección más que información, discernimiento más que adiestramiento. Necesitan comprender su capacidad de transformación y ejercer esa capacidad.

Esta tarde les digo: no hay que tenerle miedo a la libertad. No hay que tenerle miedo a ese galope creativo que destruye a su paso los dogmas y los prejuicios. No hay que tenerle miedo aunque demuela las paredes del pensamiento antiguo; aunque revuelva el polvo de las tradiciones que han permanecido intocables durante siglos. En verdad les digo que un mundo mejor no está escondido en los archivos; no vendrá del acervo de costumbres que en el pasado nos han llevado, una y otra vez, al borde del abismo. Un mundo mejor vendrá de la imaginación. Vendrá del germen sempervirente del ingenio humano. Hay que confiar en ese germen. Hay que poner en él toda la esperanza que hemos rescatado de las fauces de la frustración. Hay que creer que el futuro es nuestra más conmovedora oportunidad y que depende, enteramente, de la libertad que les demos a nuestros pueblos, y a nuestros estudiantes, para rectificar el rumbo.

Un último tema me resta por mencionar, y es la imperiosa necesidad de enseñar en nuestros currículos la importancia de la democracia. Antes que argentinos o panameños; antes que japoneses o indios; antes que sud-africanos o congolese; antes que alemanes o ingleses, nuestros estudiantes deben ser ciudadanos.

Nunca en la historia de la humanidad dos verdaderas democracias han ido a la guerra. Nunca en la historia de la humanidad pueblos con libre albedrío han decidido exterminarse mutuamente. Hay una planta sembrada en el centro del ágora griega, que envía a los cuatro vientos las esporas de su racionalidad. Es nuestra responsabilidad

ser un campo fértil para que esas esporas logren traernos, con la democracia, el fruto de la paz.

Yo vengo de una región que, al igual que España, aún tiene visibles sobre la espalda las marcas del cepo dictatorial. Vengo de una región que, al igual que España, alberga todavía el recuerdo de abominables satrapías ejecutadas en nombre del bien público o del interés nacional. Vengo de una región que, al igual que España, vio a sus mejores hijos e hijas huir hacia el exilio, y perdió una generación entera de pensadores desperdigados por el mundo.

Al menos en Latinoamérica, ningún movimiento experimentó más opresión que el movimiento estudiantil; ningún habitante sufrió traumas más profundos que los alumnos de las universidades. En aquellas épocas oscuras, Latinoamérica fue un *campus* en donde siempre sonaba la trova de Víctor Jara y de Violeta Parra, la voz de Mercedes Sosa *cantando al sol como la cigarra*. Fue una edad en la que los estudiantes comprendieron la trascendencia de su libertad. En la que se dieron cuenta de que la política no era sólo el oficio de presidentes y generales, sino de todos los individuos de una sociedad.

Apenas dos décadas después, cuando América Latina ha vuelto a ser noticia mundial por el triste acontecimiento de un golpe de Estado, veo en toda la región un fenómeno generalizado de abulia política, de desidia ante los eventos que tejen y destejen el destino de nuestros pueblos. No sólo en la República de Honduras, sino en buena parte de Latinoamérica, la población no parece entender el costo de sus derechos, ni la importancia de su democracia; no parece entender la necesidad de tener claras las reglas del juego, ni la obligación de obedecerlas; no parece entender el riesgo de volver al pasado si no evitamos conductas como las que antecedieron, y sucedieron, al

rompimiento del orden constitucional de una nación hermana.

¿Cuántas horas habrán dedicado nuestros profesores a los acontecimientos del 28 de junio en Tegucigalpa? ¿Cuántos, en su demencial carrera por acabar el programa del curso, se empeñaron en motivar en sus estudiantes un análisis crítico de las circunstancias? ¿Cuántos han expresado preocupación ante las alarmantes compras de armas que este año impulsarán a la región a gastar, en sus ejércitos, casi \$60 mil millones? Y no me refiero sólo a profesores de Derecho o de Ciencias Políticas. Me refiero a profesores de Matemáticas y de Biología, de Artes Plásticas y de Ingeniería. ¿O es que sólo necesitamos consciencia democrática en los que quieren dedicarse al gobierno y a la política? ¿Es que en nuestro currículo la democracia es una materia optativa?

Si hemos de forjar estudiantes-ciudadanos; si hemos de crear una verdadera consciencia política en nuestra sociedad, hay que empezar por construir una cultura de *Democracia y Pedagogía*. Hay que empezar por enseñarles a nuestros jóvenes el valor de una institución electoral, la jerarquía de una Constitución Política, el respeto a una autoridad civil, la obligatoriedad de una resolución judicial. Hay que empezar por enseñarles la compleja red de instituciones que hacen posible el ejercicio de garantías que dan por sentado, desde su libertad de tránsito hasta su libertad de pensamiento. Hay que empezar por enseñarles aquello que alguna vez dijera Jorge Debravo, el más grande poeta de mi pueblo, que “*la paz no es una medalla / la paz es una tierra esclavizada / y tenemos que ir a libertarla*”. Todos los días. En todas las horas. En cada lección y en cada asignatura.

La paz, la libertad, la democracia, son obras eternamente inconclusas, libros de tinta siempre fresca en los

anales del tiempo. Si la educación no toma la pluma, si la academia no empuña el grafito, perderemos aún más páginas en garabatos violentos, en el galimatías inescrutable de la guerra, del odio y del enfrentamiento, que ha llenado ya demasiados tomos en la historia de nuestros pueblos. Pero si la universidad actúa, si las escuelas y los colegios asumen con mayor vehemencia su papel en la transformación del mundo, no habrá destino de error para quienes apuesten por el conocimiento con propósito, por la enseñanza que responde a un “*para qué*”. Ése es el reto que, juntos, tenemos pendiente. Es el reto de una mayor educación, pero es ante el reto de una mejor educación. De una educación que ponga corazón al pensamiento.

El Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca ha decidido hacerme el honor, el incommensurable honor, de otorgarme esta tarde un Doctorado Honoris Causa. La gratitud que me inunda no puede ser expresada en palabras. Este “*archivo de las ciencias*”, como la llamó José de Espronceda, sabe bien que no hay vocablos para las emociones más fuertes del espíritu. Si estas paredes y estas cúpulas, que han escrutado el ánimo de miles de hombres y mujeres, saben leer el brillo de mis ojos, el temblor de mi pecho, el trote de mi corazón conmovido, entenderán que no hay discurso que pueda articular mi agradecimiento.

Confío en que, si no he hecho yo méritos para honrar este reconocimiento, ciertamente los ha hecho la pequeña Costa Rica. Es en nombre de mi país y de mi pueblo que acepto esta distinción. Soy uno más de los cuatro millones y medio de habitantes que pueblan una de las naciones más pequeñas de la América continental. Soy uno más de los cuatro millones y medio de habitantes del primer país en la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Soy uno más de los cuatro millones y

medio de habitantes que luchan, todos los días, porque la humanidad logre firmar un armisticio en la guerra contra la naturaleza. Soy uno más de los tripulantes de aquella pequeña barcaza que atraviesa las procelosas aguas del tiempo, armada con la vela de su esperanza y el timón de su entendimiento.

La Universidad de Salamanca, faro antiguo que corona los riscos de la razón, ha elegido señalar con su luz el navío costarricense. Ha elegido destacarlo entre las inmensas fragatas que surcan las aguas. Con este reconocimiento, Salamanca le dice a otros bajeles más poderosos, a otros buques más potentes, *“sigan a aquella pequeña barcaza, que no ha perdido la brújula de la paz, aún en medio de la noche y de la niebla”*.

Miguel de Unamuno le dijo a esta ciudad: *“de entre tus piedras seculares, tumba de remembranzas del ayer glorioso, de entre tus piedras recogió mi espíritu, fe, paz y fuerza”*. Yo que no me he dado por vencido, yo que no planeo abandonar la lucha, pido a Salamanca fe para continuar creyendo en el pozo del alma humana; paz, para convencer y no vencer a quienes abogan por la violencia y las armas; y fuerza, para no bajar los brazos, para no perder el aliento, para nunca arriar las velas en la larga travesía por construir un mundo a la altura de nuestros sueños.

LA PAZ NECESITA MENSAJEROS

XXX ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD PARA LA PAZ
CIUDAD COLÓN, COSTA RICA
22 DE ENERO DE 2010

“Yo también creo que la enseñanza no está en el libro de texto, sino en el momento en que el estudiante lo lee. No está en la clase que dicta el profesor, sino en el contacto entre el profesor y el alumno. No está simplemente en los valores que un sistema educativo intenta inculcar, sino en la interiorización de esos valores que realiza una persona. Para que la educación sea efectiva, se necesita mucho más que profesores dispuestos a enseñar. Se necesitan, sobre todo, estudiantes dispuestos a aprender”.

Durante la década de los sesenta, esa era de rebeldía y de protesta, existía una consigna entre los jóvenes estudiantes que nos congregábamos por miles a manifestarnos en los campus de las universidades alrededor del mundo. La consigna decía: “*no confíes en nadie mayor de treinta años*”. ¡Como si treinta años fuera la edad de Matusalén! ¡Como si treinta años fuera una vida entera!

Pero tal vez teníamos un poco de razón: para muchas cosas, treinta años *son* una vida entera. Treinta años cambian el curso de la historia. Si no lo creen, basta echar un vistazo al escenario en medio del cual esta Universidad abrió sus puertas, en el año 1980.

Hace treinta años, la Guerra Fría había convertido a nuestro planeta en un inmenso ajedrez global, en el que dos potencias se disputaban cada palmo de tierra a costa de inmensos sacrificios humanos, económicos y sociales, y con la amenaza constante de un holocausto nuclear. Fue una época glorificada en películas de espías y submarinos, pero cuya realidad, se los garantizo, fue mucho más dolorosa que la que presenta James Bond, el Agente 007.

Hace treinta años, el mundo vivía en permanente expectativa. En todas partes, acababa de ocurrir una guerra, estaba ocurriendo una guerra, o iba a ocurrir una guerra. Tan sólo en Centroamérica, cientos de personas perdían diariamente la vida, como consecuencia de los enfrentamientos civiles en que murieron miles de jóvenes como ustedes.

Hace treinta años, abominables sistemas de segregación social eran tolerados por la comunidad internacional. El más notable de ellos, el Apartheid, dividía impunemente a la población sudafricana, mientras Nelson Mandela soportaba los días en una celda carcelaria.

Hace treinta años, la mayoría de los países eran regidos por sistemas autocráticos, que vulneraban los derechos humanos de formas dantescas. Latinoamérica era una fábrica de historias macabras, que se difundían de secreto en secreto a través del continente. La tortura y la desaparición forzada de personas fueron el pan de cada día, el sello cotidiano que estampaban sobre los pueblos gobiernos militares como el de Augusto Pinochet y Jorge Rafael Videla.

Hace treinta años, las protestas estudiantiles eran reprimidas violentamente en muchas partes de la Tierra. En Polonia, donde Lech Walesa intentaba instaurar el sindicato Solidaridad, con el apoyo de los jóvenes de su país y del mundo. En Corea del Sur, donde los estudiantes exi-

gían reformas democráticas. En Myanmar, donde la Junta Militar sembraba terror en la Universidad de Rangún, que aún hoy es un estandarte de la lucha por la libertad en aquel país.

Viendo estos hechos desde el umbral del presente, no podemos menos que aceptar que la humanidad ha cambiado para bien. Aunque persisten todavía retos inmensos en la lucha por la paz, por la libertad, por la democracia, esa lucha ha cosechado conquistas indiscutibles a lo largo de las últimas décadas. Una de esas conquistas es la creación de esta Universidad para la Paz.

Este centro de estudios existe sobre la base de una simple pero valiente convicción: la de que es posible educar para la paz; la de que es posible emplear la enseñanza como herramienta en contra de la guerra, la violencia y la destrucción.

Yo he creído en esa idea a lo largo de toda mi carrera política. No sé cuántas veces he hablado sobre qué pueden hacer los maestros y los profesores para educar para la paz. Hoy quisiera hablar de la otra cara de la moneda. Hoy quisiera hablar sobre los estudiantes y sobre qué pueden hacer ustedes, los jóvenes del mundo, para *aprender* para la paz.

En el magistral prólogo a su libro *Obra Poética*, el escritor argentino, Jorge Luis Borges, dice que: “*el sabor de la manzana... está en el contacto de la fruta con el paladar, no en la fruta misma; análogamente... la poesía está en el comercio del poema con el lector, no en la serie de símbolos que registran las páginas de un libro*”. Yo también creo que la enseñanza no está en el libro de texto, sino en el momento en el que el estudiante lo lee. No está en la clase que dicta el profesor, sino en el contacto entre el profesor y el alumno. No está simplemente en los valores que un sistema educativo intenta inculcar, sino en la interiorización de esos valores

que realiza una persona. Para que la educación sea efectiva, se necesita mucho más que profesores dispuestos a enseñar. Se necesitan, sobre todo, estudiantes dispuestos a aprender.

Esta mañana quiero mencionarles tres elementos que considero indispensables en quien quiere aprender para la paz: la imaginación, la investigación y la política.

Hablo de imaginación porque la imaginación es la base para el entendimiento entre personas distintas. Yo nunca podré vivir más que como Óscar Arias. Todo lo que pienso y todo lo que siento, lo pienso y lo siento como Óscar Arias. La única manera en que puedo entender el dolor ajeno, la única manera en que puedo sentir verdadera empatía por experiencias distintas a las mías, es empleando mi imaginación.

Ya que yo no soy un joven africano cuya familia ha sido asesinada en una guerra civil, y por eso ha tomado las armas en venganza, mi forma de entender el odio de ese joven es imaginando cómo se puede haber sentido al perder a sus seres queridos. Ya que yo no soy un árabe que ha escuchado desde niño sobre el enfrentamiento entre su pueblo y el pueblo judío, no me queda más que imaginar cómo será el haber crecido en medio de ese conflicto milenario. Ya que yo no soy una mujer colombiana, que vivió secuestrada durante años en la selva, debo ser capaz de imaginar el sufrimiento que esa mujer experimentó cada uno de esos días.

Cuando se trata de ponernos en los zapatos de otro, no podemos *saber* con certeza. Tan sólo podemos *imaginar*. Es por eso que la paz es creativa. Es el producto de una tolerancia que emerge de entender que hay países, familias, credos, contextos, desafíos, angustias, anhelos, distintos a los míos. Y sólo podré convivir pacíficamente con los demás en la medida en que pueda al menos concebir ese

mundo más allá de mi mundo. En palabras del poeta Percy Shelley, *“un hombre, para ser realmente bueno, debe imaginar intensamente y comprensivamente; debe ponerse en el lugar de otro y de muchos otros; los dolores y los placeres de su especie deben ser sus propios dolores y placeres. El gran instrumento del bien moral es la imaginación”*.

Hoy les quiero pedir que cultiven esa imaginación. Tienen ante ustedes el mejor laboratorio posible: personas de más de 55 países, con diversas historias y vivencias. Acostúmbrense a escucharlos. Hagan un esfuerzo por imaginar cómo puede haber sido ser el hombre o la mujer que está sentado a su izquierda o a su derecha. Denle rienda suelta a la capacidad de su mente, no sólo para memorizar datos y repetir lecciones, que son las funciones básicas del cerebro; sino para suponer universos y circunstancias que aún no conocen. Es esa capacidad la que habrá de hacernos cada vez más tolerantes y cada vez más pacíficos.

El segundo elemento que quería mencionarles es la investigación, porque la imaginación para la paz debe ser una imaginación informada. Hay conocimiento que debe ser adquirido para poder entender otras culturas y otros sistemas de valores. Hay que investigar sobre la historia de los pueblos. Hay que viajar para ver otros horizontes. Hay que hablar otros idiomas y entender otras reglas del juego.

William Faulkner dijo que *“el pasado no está muerto. Ni siquiera es pasado”*. Entender la historia no es rebuscar archivos olvidados de un tiempo que no habrá de volver jamás. Entender la historia es entender lo que está pasando ahora. Porque el presente es tan sólo el último capítulo del pasado. Eventos que a primera vista nos resultan incomprensibles, tienen su explicación en hechos transcurridos. Hay que investigar esos hechos, saber de dónde

viene una persona o un pueblo, saber cuáles han sido sus experiencias. Sólo entonces las cosas adquieren sentido.

Toda acción humana tiene un motivo, aunque no tenga una justificación. Todo comportamiento tiene una causa, aunque no sea una buena causa. Para alcanzar la paz hay que conocer esas causas. Porque conocerlas, es entender las partes en conflicto. Así es que métanse en Wikipedia, en Google o en una biblioteca, pero investiguen sin descanso sobre la historia. Busquen ahí la explicación del presente, porque sólo así se puede construir un mejor futuro.

Y viajen. Todo lo que puedan. Viajen a otros países, y si eso es muy caro, viajen a otros pueblos o a otros barrios. Vean con sus propios ojos cómo viven otras personas. Cuán distintos son sus hogares y sus costumbres. Ustedes me dirán: *“pero el mundo no va a cambiar porque yo viaje”*. Tal vez es cierto. Pero van a cambiar ustedes. Y con ustedes, poco a poco, va a cambiar el mundo.

Nadie que haya recorrido los pasillos de un museo que exhiba las piezas de la antigua Mesopotamia va a aprobar, sin más, la invasión a Iraq. Nadie que haya recorrido los bosques de la República Democrática del Congo, va a ser indiferente ante la guerra civil que ha acabado con la vida de millones de personas en esa nación africana. Nadie que haya visto los campamentos de refugiados en Darfur, permanecerá impasible ante el régimen que gobierna Sudán. Créanme que el sólo hecho de que ustedes estén aquí, en otro país, es ya un paso a favor de la paz.

Estoy consciente de que no todo el mundo puede visitar lugares lejanos, pero hay una forma de viajar sin salir de sus habitaciones: aprendiendo otros idiomas. Un idioma es un set de valores. Es un conjunto de reglas que van mucho más allá de la gramática o la ortografía. Es un conjunto de normas de convivencia humana. Investigar sobre

otras culturas es infinitamente más fácil si se habla el idioma de esas culturas. La mayoría de ustedes es ya, cuando menos, bilingüe. Por eso esta mañana les digo: no se detengan. Sigán aprendiendo otras lenguas. Sigán investigando sobre otras naciones. Sigán aprendiendo porque entre más sepan ustedes, más herramientas tendrán para defender la causa de la paz.

El último elemento que quería mencionarles es uno que a menudo le genera a los jóvenes una curiosa reacción alérgica: la participación en la política. Y por política no me refiero sólo al servicio público, aunque eso es esencial. Me refiero, en general, a la voluntad de ser una voz y una fuerza activa en el debate público de sus países y de sus comunidades.

Es mucho lo que uno puede hacer por la paz en su esfera privada. De hecho, por ahí se empieza: por construir en nuestras propias casas, en nuestras propias empresas o centros de trabajo, el mundo que queremos ver fuera de ellas. Sin embargo, la lucha por la paz mundial es una lucha necesariamente colectiva. Es una lucha política en el más estricto sentido del término. Requiere de actores políticos. Requiere de oposición política. Requiere de personas que estén dispuestas a salir a la esfera pública, a recibir críticas y ofensas, en nombre de aquello en lo que creen.

Una juventud indiferente a la política, o molesta con la política, o que ha renunciado a la política, no le está haciendo un favor a la paz. Por el contrario, le está cediendo el poder a quienes creen en la guerra como medio legítimo de resolver los conflictos. Y la paz necesita mensajeros. Necesita aliados en todas partes, pero sobre todo en los centros de mando. Si la política de sus países no los ha hecho orgullosos hasta ahora, entonces dignifíquela ustedes. Pero no le rehúyan. No permitan

que el conocimiento que van a adquirir aquí se quede en sus mentes y en sus corazones.

Comprendo que no todos quieran participar en el Gobierno o en los organismos que ejecutan la política internacional. Pero tienen todavía otras formas de participar políticamente: a través de la protesta responsable y a través del voto.

Al inicio de mi discurso mencioné mis protestas universitarias. En aquellas épocas recorriamos las calles de Londres gritando “*Hey, Hey, L.B.J., how many children did you kill today?*”, “*Hey, Hey, L.B.J. ¿cuántos niños mataste hoy?*” en referencia al ex Presidente Lyndon B. Johnson y la ilegal ocupación estadounidense en Vietnam. Como estudiantes, supimos que era hora de salir a manifestarnos.

Hoy sé bien que hay dos tipos de protestas: las que producen resultados y las que nada más producen ruido. Hay que procurar caer en la primera categoría. Y para ello, no sólo hay que elegir la causa, sino también el modo de la protesta. El poder del movimiento estudiantil es inmenso. Fueron los estudiantes quienes precedieron las más grandes transformaciones del siglo XX. Pero hay que protestar con razón y hay que protestar con respeto. Aprender a hacerlo, es aprender para la paz.

Finalmente, hay que aprender a elegir las opciones políticas. Hay que aprender a votar para la paz. Las opciones en una elección democrática siempre serán imperfectas. Siempre habrá candidatos humanos y falibles. Pero habrá candidatos cuyas propuestas favorecen más la paz y candidatos cuyas propuestas favorecen más la guerra. Hace veinticuatro años, en la campaña electoral previa a mi primera Administración, yo ofrecí paz para Centroamérica. Prometí conservar la neutralidad costarricense y negociar un acuerdo entre los Presidentes centroamericanos. Gané por el voto joven y fueron también los jóvenes quienes más

me apoyaron durante los largos meses de negociación del Plan de Paz. Fueron los universitarios costarricenses, centroamericanos y de todo el mundo, los que me dieron fuerzas para seguir luchando. Por su participación política, ellos cambiaron la historia. Aquellos estudiantes son tan responsables de la paz en Centroamérica como lo fuimos los Presidentes de la región.

Todo esto es para decirles que la política importa. De hecho, es de lo más importante. Si ustedes quieren ser mensajeros del credo que profesa la Organización de Naciones Unidas y el sistema internacional de Derechos Humanos, entonces no le den la espalda a la política. Abrácenla. Cultívenla. Engrandézcanla. Eso es luchar por la paz.

Esta Universidad tiene un llamado particular. Sus estudiantes también deben ser estudiantes particulares. Deben ser los universitarios que más reflejen la voluntad de imaginar, de investigar y de participar políticamente. Deben ser los estudiantes más dispuestos a aprender los caminos de la paz.

La presencia de ustedes aquí es en sí misma un privilegio. Mientras otros se entrenan en las técnicas de combate, mientras otros aprenden el arte de la muerte en las academias militares; ustedes están aquí aprendiendo el arte de la vida. Un arte que ha cambiado al mundo en los últimos treinta años.

Tenemos, todavía, cientos de años por delante. Y la historia de esos años la escribirán ustedes, de la misma forma en que la historia del último medio siglo la escribimos quienes nos sentamos en un aula universitaria, en la década de los sesenta, cuando decíamos “*no confíes en nadie mayor de treinta*”.

Yo confío en esta Universidad que hoy cumple esa edad matusalénica. Confío en ustedes, que quizás esconden a

un próximo Presidente. Y confío en el futuro de esta humanidad, que a fuerza de esperanza va avanzando en los pasillos del tiempo. Agradezco inmensamente el título de Líder Distinguido de la Paz Mundial que esta Universidad hoy me confiere, y les digo que esa distinción, como cualquier otra, no es más que el producto de haber deseado, con todas mis fuerzas, toda mi vida, educar y aprender para la paz.

LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS: GASTO MILITAR EN AMÉRICA LATINA

TEDx PURA VIDA
SAN JOSÉ, COSTA RICA
19 DE MARZO DE 2010

“Imaginen, por un instante, lo que sería nuestra región si le otorgáramos más poder a los programadores y diseñadores, en lugar de a los coroneles y a los generales. Si destináramos nuestros recursos a comprar más libros y computadoras, en lugar de más misiles y tanques de guerra. Si en lugar de muros y cercas alambradas, nuestras fronteras compartieran cables de alta tensión o redes de fibra óptica. Si en lugar de repetir en las escuelas la historia eterna de campañas bélicas, nuestros jóvenes tuvieran la oportunidad de asistir a charlas como ésta”.

Estoy aquí porque los organizadores de este evento querían que fuera inaugurado por la persona más *nerd* de Costa Rica... pero Franklin Chang sólo podía hablar a las once y media. Entonces me pidieron a mí, que igual reunía algunas de las condiciones requeridas. Mi buen amigo, Roberto Sasso, me garantizó que el auditorio también iba a estar lleno de *nerds* como él y como yo. Pero hay aquí gente demasiado bonita. Una de dos: o Roberto se equivocó, o vamos mejorando como especie social. Si así

es como los *nerds* se ven ahora, creo que soy el eslabón perdido de su cadena evolutiva.

Veo que soy unos meses mayor que ustedes. Unos 400 o 500 meses. Pero no importa. Uno tiene la edad que tienen sus ideas. Cuando se trata de perseguir ilusiones, puedo ser el hermano gemelo de la persona más joven que hoy nos acompaña. Desde esa juventud del pensamiento, donde brota la fuerza del cambio, quiero dirigirles un mensaje esta mañana.

He venido a hablar de América Latina. He venido a hablar de la prima loca de la familia humana. He venido a hablar de esa región que, como alguien dijo alguna vez, haría de Kafka un costumbrista. No hay en el mundo una franja de tierra más llena de prodigios y de contradicciones. No hay en el mundo una esquina en donde convivan, en tanto desorden, escritores universales y campesinos analfabetas, políticos estadistas y dictadores militares, charlatanes ricos e intelectuales pobres, almas puritanas y fiesteros irredimibles. Nacimos en el centro de una copa que decanta los mejores y los peores néctares de nuestra especie. Eso nos hace propensos al absurdo, pero también nos hace sensibles al milagro: porque América Latina es infinitamente diversa, sus posibilidades son también infinitas.

Imaginen, por un instante, lo que sería nuestra región si le otorgáramos más poder a los programadores y diseñadores, en lugar de a los coroneles y a los generales. Si destináramos nuestros recursos a comprar más libros y computadoras, en lugar de más misiles y tanques de guerra. Si en lugar de muros y cercas alambradas, nuestras fronteras compartieran cables de alta tensión o redes de fibra óptica. Si en lugar de repetir en las escuelas la historia eterna de campañas bélicas, nuestros jóvenes tuvieran la oportunidad de asistir a charlas como ésta. Imaginen

esa América Latina, ansíenla, quiéranla... y súbanse las mangas de la camisa, porque nos toca a nosotros construirla.

Creo que todos aquí perseguimos una misma utopía: la de una región en donde el desarrollo alcance a la mayor cantidad de personas; en donde todos los jóvenes concluyan, al menos, la educación secundaria; en donde cada habitante tenga acceso a internet y a un teléfono celular; en donde exista trabajo suficiente y un sistema universal de atención a la salud; en donde el crimen no nos robe la esperanza; en donde la pobreza no avergüence a nuestros pueblos; en donde la degradación ambiental no amenace con borrar los trazos de la existencia humana.

Nos falta mucho para llegar a esa utopía. El 42% de los homicidios con arma de fuego que cada año ocurren en el mundo, tienen lugar en América Latina, donde vive menos del 10% de la población mundial.

Uno de cada tres jóvenes latinoamericanos no llega nunca a ver un aula de secundaria, y sólo uno de cada diez logra matricularse en la universidad. Como consecuencia, la escolaridad promedio en la región ronda apenas los 8 años.

Una tercera parte de la población latinoamericana vive actualmente en la pobreza. Las mujeres y los niños llevan la peor parte de este flagelo, que tiene su raíz en la tremenda incapacidad de nuestros gobiernos para cosechar los frutos de la democracia, y elevar las condiciones de vida de nuestros pueblos.

Alrededor del 66% de la pérdida de cubierta forestal en el mundo, en lo que va del siglo XXI, ha tenido lugar en América Latina, que ha sido también víctima de las terribles consecuencias del cambio climático.

Somos la región más desigual del planeta. Miles de personas mueren cada año en nuestras naciones, por enfer-

medades prevenibles. Sólo una fracción de nuestros habitantes sabe usar internet. Nuestras democracias son débiles. Nuestra innovación es raquítica. Pero aunque nuestro pasado sea un acervo de oportunidades perdidas, no somos una región fracasada. Si algo tiene América Latina, es potencial.

Realizar ese potencial requiere dinero. Yo he venido aquí a decirles de dónde lo podemos sacar. Hay una cuenta de ahorros en el banco del tiempo. Un monto que hasta ahora no hemos querido tocar: el gasto militar latinoamericano. El año pasado, los países de la región destinaron alrededor de \$60 mil millones a sus ejércitos. Ése es el costo de la guerra. Pero ¿qué pasaría si gastáramos esos recursos de otra manera? ¿Qué pasaría si convirtiéramos los costos de la guerra en dividendos de la paz?

Si los países latinoamericanos redujeran a la mitad su gasto militar, podrían aumentar la inversión en investigación y desarrollo en un 1% de su Producto Interno Bruto. En el caso de ciertos países, como El Salvador o Ecuador, esa cifra podría ser mucho mayor.

Pero tal vez la mitad del gasto militar nos parece demasiado. Bueno, si los países latinoamericanos redujeran en una cuarta parte su gasto en armas y soldados, tendrían recursos suficientes para comprar 150 millones de computadoras del programa One Laptop per Child. Con esto, podría entregarse una computadora a cada niño que se encuentra actualmente en el sistema educativo.

Pero tal vez una cuarta parte también nos parezca exagerada. Bueno, si los países latinoamericanos redujeran en un 10% su gasto en armas y soldados, alcanzaría para instalar Wi-Fi gratuito en las ciudades principales de nuestra región, potenciando las oportunidades de nuestros pueblos, que habitan mayoritariamente en las zonas urbanas.

Y si les parece mucho una décima parte, les digo que si los países latinoamericanos redujeran su gasto militar en un 5%, sería suficiente para otorgar una beca estudiantil, como las del programa Avancemos que introdujo mi Gobierno, a 3 millones de jóvenes, durante un año. Si dejaran de comprar un solo helicóptero artillado, darían alimento escolar a miles de niños durante toda la primaria. Si dejaran de comprar un solo avión de combate, podrían proteger decenas de kilómetros cuadrados de bosque. Y si dejaran de pagar el salario de uno solo de sus soldados, podrían pagar el salario de al menos un profesor de inglés.

Estos son los dividendos de la paz. Esto es lo que América Latina ganaría si dejara de apostar en la ruleta rusa del gasto militar. Yo llevo 25 años de estar hablando sin descanso sobre este tema. 25 años de estar hablando ante oídos que no quieren escuchar. Me dirán que no tiene sentido seguir luchando. Pero yo les aseguro que las condiciones han cambiado. Porque hace 25 años, no existía la posibilidad de que un ciudadano común iniciara un blog un día cualquiera, y ese blog fuera más leído que un periódico o una revista. No existía la posibilidad de crear un grupo de Facebook y convocar, en cuestión de semanas, a 3 millones de personas a manifestarse en torno a una propuesta. No existía la posibilidad de convertir un video casero en un fenómeno de sensación mundial.

Éste es el mundo que hizo famosa a Susan Boyle, con el poder de un clic. Éste es el mundo en que Wikipedia prácticamente ha desplazado a las enciclopedias, que durante siglos dictaron la palabra oficial del pensamiento. Éste es el mundo en el que cualquier persona puede seguir gratuitamente los cursos de Física o de Cálculo del MIT, la más prestigiosa universidad tecnológica del planeta, sin moverse de la sala de su casa. Nunca antes las personas

normales, los que no son Presidentes ni Generales ni Gerentes ni Directores, habían tenido tanto poder.

Por eso creo que tenemos esperanza. Porque tenemos voz y músculo. Porque tenemos la capacidad de presionar por acciones concretas e inmediatas. Un celular, un ipod, una computadora, son herramientas poderosas de cambio. Parafraseando a Khalil Gibran, hoy les pido que no usemos esas herramientas para matar el tiempo. Usémoslas para vivirlo. Para hacer la diferencia. Para construir aunque sea una astilla del mundo que siempre hemos soñado.

Porque si la tecnología ha hecho poderosa a la gente normal, también debe hacerla responsable. Desde que ustedes tienen la capacidad de pronunciarse en contra de las vejaciones y las injusticias, tienen también el deber de hacerlo; tienen también el deber de contribuir con el progreso ético de la humanidad.

Este milenio dio inicio con el más devastador ataque terrorista, seguido por una guerra declarada unilateralmente y una crisis económica nacida de la codicia. Es obvio que un mundo más interconectado no necesariamente es un mundo más justo o más humano. Los valores no vienen en el disco duro de una laptop. No vienen en formato mp3 ni en una nueva aplicación de Twitter. Para eso, no existe nada más que el corazón humano. No existe más que la bondad y el coraje. La segunda década de este siglo merece más de lo que hasta ahora hemos podido construir, y más de lo que hasta ahora hemos sido incapaces de evitar. Nos corresponde la tarea de brindarle a nuestra región, y a nuestro planeta, una nueva oportunidad.

La historia humana se escribe en borrador. Por eso es una historia plagada de tachones, frases sin sentido, palabras repetidas y párrafos sin terminar. No sé cuántas veces

en el curso de la historia alguien ha escrito la frase “*y viviremos para siempre en paz...*”.

Pero aunque esa frase ha sido borrada incontables veces del cuaderno humano, aunque no tengamos todavía un capítulo sin guerra y sin locura, en los siglos y siglos en que hemos habitado este pedazo del universo, nada impide que seamos cuerdos el día de mañana. Nada impide que aprendamos, por fin, a escribir en limpio las palabras de la paz.

De hecho la realidad ha cambiado. Este evento es una prueba de ello. Si los *nerds* del mundo pueden hacerse guapos; si un Presidente puede aprender, a la edad de los sesenta años, a usar Youtube y *Googlear*; si un grupo de jóvenes puede reunirse a reflexionar sobre las *ideas que vale la pena difundir*, entonces sí estamos mejor que al principio. Entonces sí tenemos razón para creer que seremos capaces de construir un mundo maravilloso. Donde las armas no reciban los recursos que merecen los seres humanos. Donde la inteligencia sirva para promover el desarrollo sostenible de los pueblos. Donde la tecnología brinde cada vez más poder a la gente, y en donde la gente comprenda la inmensa responsabilidad que esto conlleva.

No debemos olvidar las hermosas palabras de Margaret Mead cuando dijo: “*nunca duden de que un pequeño grupo de ciudadanos, pensantes, comprometidos, puede cambiar el mundo. De hecho, es lo único que ha logrado hacerlo*”. En manos de ustedes descansa la potestad de construir la utopía.

...Y ENTONCES ESTA CÁTEDRA NO SERÁ NECESARIA

INAUGURACIÓN DE LA CÁTEDRA DE EDUCACIÓN
PARA LA PAZ, DR. ÓSCAR ARIAS SÁNCHEZ
SAN JOSÉ, COSTA RICA
8 DE ABRIL DE 2010

“¿De qué le sirve al mundo forjar letrados, si esos letrados no comprenden el valor de una vida? ¿De qué le sirve al mundo formar catedráticos, si esos catedráticos consideran que no hay nada malo o censurable en una invasión militar ilegal? ¿De qué le sirve al mundo graduar estudiantes, si a esos estudiantes les da igual que mueran de hambre millones de personas cada día, mientras diariamente se destinan \$4 mil millones al gasto en ejércitos?”.

En los más recónditos pasillos del alma, en las esquinas en que se arrinconan las emociones inconfesadas, el ser humano desea perdurar. Es un denominador común de nuestra especie el instinto por dejar una señal, por fabricar una marca que recuerde nuestro tránsito en el universo. Desde los habitantes de la Cueva de Altamira, que con tintas rudimentarias dibujaron trazos sobre la piedra árida, hasta aquella huella memorable que Neil Amstrong estampó sobre la faz de la Luna, todos buscamos, en mayor o menor medida, persistir.

Yo no dudo de que mi vida dejará un legado a la humanidad: dos hijos maravillosos que, con su sola existencia, justifican la mía. Pero más allá de ellos, tal vez alcance a ser un buen recuerdo en la memoria de algunos costarricenses. Tal vez alcance a ser una palabra amable en los relatos de los abuelos del futuro, que hablarán sobre estos años con nostalgia. Y aún si no alcanzo a ser un buen recuerdo, si no soy ni siquiera una palabra amable, hoy sé que seré el nombre de una cátedra universitaria, una cátedra dedicada a educar para la paz. ¿Qué más puedo pedir de esta vida pródiga, que me ha dado tantos motivos de gratitud y de esperanza?

La Universidad Latina me honra profundamente con esta inauguración. Pero, sobre todo, se honra a sí misma. Porque hoy le muestra al mundo que cree en la bondad del ser humano; que cree en la capacidad de los pueblos de aprender de sus errores y de reescribir la historia. Un centro educativo que se compromete con la causa de la paz, es un centro educativo que le muestra a sus alumnos, y a su país, que tiene en orden sus prioridades.

La paz no es el producto espontáneo de ciertas almas iluminadas, sino el arduo trabajo de seres imperfectos, que luchan cada día por aprender el arte del diálogo, de la tolerancia y del respeto. La paz no nace, se hace. No se recibe como una medalla, sino que se aprende como una disciplina. Es por eso que una cátedra de este tipo resulta esencial. Porque puede enseñar las herramientas correctas, porque puede equipar a los estudiantes con las habilidades necesarias para promover un mundo más humano.

Es claro que la educación, en sí y por sí misma, tiende a ser un vehículo para la paz. La violencia es, sobre todo, producto de la ignorancia, del prejuicio y de la estrechez de miras. Desde ese punto de vista, el sólo hecho de que

esta universidad gradúe cada año a miles de nuevos profesionales, es ya un paso a favor de la paz.

Pero un título universitario no garantiza *per se* una escala de valores. Hay en los anales de la humanidad demasiados actos de *barbarie* ejecutados por personas estudiadas. Hay demasiados ejemplos de líderes y generales que no usaron su educación más que para sembrar odio y división. ¿De qué le sirve al mundo forjar letrados, si esos letrados no comprenden el valor de una vida? ¿De qué le sirve al mundo formar catedráticos, si esos catedráticos consideran que no hay nada malo o censurable en una invasión militar ilegal? ¿De qué le sirve al mundo graduar estudiantes, si a esos estudiantes les da igual que mueran de hambre millones de personas cada día, mientras diariamente se destinan \$4 mil millones al gasto en ejércitos?

Necesitamos una educación con un norte ético, una educación orientada a preservar la vida como valor principal de la especie humana. Esta tarde quiero mencionar algunos aspectos que considero que pueden contribuir a garantizar el éxito de esta obra que apenas empieza: esta cátedra debe proveer una educación creativa, una educación humanista y una educación política.

Digo una educación creativa porque no creo que la paz sea una disciplina que se pueda enseñar con libros de texto, con exámenes de selección única, o con *quizes* orales. No se trata de una asignación tradicional. Requiere de la imaginación y del ingenio. Requiere que los estudiantes aprendan a desarrollar capacidades de adaptación a circunstancias adversas, con pocos recursos y poco tiempo. Requiere que se le permita a cada quien fortalecer aquellas áreas en las que tiene un mayor talento. Requiere ser un laboratorio similar al mundo real, en donde los estudiantes deban lidiar con problemas concretos, colaborando entre ellos y reconociendo mutuamente sus méritos.

Para educar para la paz sirve más la dramatización de un debate en la clase, la colaboración de los estudiantes en la puesta en escena de una obra de teatro, las visitas de campo a pueblos alejados, el contacto con personas de otras culturas, el aprendizaje de otros idiomas, la interacción en las redes sociales, el voluntariado en obras de interés social, la organización de proyectos a cargo de los estudiantes; que todos los datos que un profesor pueda escribir en la pizarra o pronunciar en una charla magistral. Los alumnos deben aprender a ver el mundo por un lente más amplio, a entender que hay muchas maneras de abordar los problemas y muchas formas de solucionarlos. Al final del camino, toda guerra es el fracaso de las políticas que se emplearon para evitarla. Entre más opciones aprendan a encontrar nuestros estudiantes, y más capacidad tengan de ser creativos en la solución de los conflictos, más pacífico será el mundo en que vivimos.

Y una educación creativa es también una educación curiosa. Los estudiantes costarricenses deben tener una mayor capacidad para investigar los temas que les apasionan, para buscar evidencia empírica de aquello que les interesa. Esto desarrollará en ellos una destreza que hasta ahora es muy limitada en la población costarricense: la de apoyar con pruebas sus argumentos. Una persona acostumbrada a tomar decisiones con base en la evidencia, es una persona menos propensa al fanatismo y menos propensa a la violencia. Nuestros estudiantes necesitan aprender a convencer y no a vencer, y necesitan también reconocer cuando la razón está del lado de su opositor.

He dicho que la educación para la paz debe ser también una educación humanista. Porque sólo una educación integral puede erradicar la intolerancia que es la base de la guerra. Conocer historia universal, conocer

sobre otros pueblos y otras culturas, es esencial para formar una juventud abierta de mente y de espíritu.

De todas las cosas que se pueden hacer para promover una educación humanista, hay una que quiero rescatar con vehemencia: nuestros estudiantes necesitan leer mucho más. Leer novelas, cuentos y poesías. Leer ensayos, obras de teatro y tratados de filosofía. Leer los periódicos, las revistas y las enciclopedias digitales. Necesitan leer aunque no se los pidan.

No hay mejor manera de viajar a otros mundos. No hay mejor manera de perfeccionar el manejo de las palabras, requisito esencial para mejorar nuestras capacidades de diálogo. No hay mejor manera de desarrollar el pensamiento lógico y la habilidad para razonar. Y en esto estamos muy retrasados. Los jóvenes costarricenses leen poco y leen mal. Sus habilidades de redacción son limitadas y, como consecuencia, es limitada también su capacidad de expresarse y comunicarse con los demás. Mejorar esto debe ser una preocupación central de una educación para la paz, junto con una mayor educación artística y cultural.

El último aspecto que quería mencionarles es una educación política. Cuando era joven, en los confusos años de la década de los sesenta, los líderes estudiantiles de la Revolución de Mayo eran figuras conocidas en todo el mundo. Involucrarse políticamente era casi un imperativo para la comunidad estudiantil, cuando cruentas dictaduras castigaban al mundo, cuando dolorosos sistemas de segregación racial persistían aún en países desarrollados, cuando una guerra ilegal destruía la esperanza en Vietnam. Durante mis años de doctorado en Inglaterra, recuerdo recorrer las calles de Londres, en compañía de miles de estudiantes, gritando consignas y reclamando un cambio.

Hoy veo en América Latina, y en Costa Rica, una juventud muy indiferente a la política. Una juventud disconforme con sus circunstancias, pero renuente a hacer algo para modificarlas. Nuestros estudiantes se quejan, se indignan, se enojan, pero de ahí no pasan. Se niegan a formar parte de la solución y, como consecuencia, forman parte del problema.

Esto tiene serias implicaciones para el tema que hoy nos convoca. Porque la lucha por la paz es un proceso insalvablemente político. Es un proceso que requiere de un diálogo con el poder. Una juventud indiferente a la política, o molesta con la política, o que ha renunciado a la política, no le está haciendo un favor a la paz. Por el contrario, le está cediendo el poder a quienes creen en la guerra como medio legítimo de resolver los conflictos.

Aprender a participar políticamente, a crear cambios desde las instituciones democráticas, es un paso fundamental en la educación para la paz. Es por eso que hoy les pido que promuevan el involucramiento de los alumnos en asociaciones y gobiernos estudiantiles; en debates y discusiones políticas; en partidos universitarios, provinciales y nacionales; en gobiernos locales o entidades públicas.

Esto los preparará para luego ser agentes de cambio, y además los sensibilizará de una manera especial. Les enseñará cuán compleja es la labor de gobernar, y cuán sincera es la vocación con que la mayoría de personas participan en ella. Y les enseñará también la esencial capacidad de recibir críticas. Muy a menudo, nuestros estudiantes son expertos en atacar, pero muy poco capaces de recibir ataques sin recurrir a la violencia verbal o física. Y la paz debe empezar por nuestra propia casa. Si esta cátedra para la paz ha de dejar una huella positiva sobre quienes pasan por ella, es crucial que enseñe que nada amerita

alzar la voz, nada amerita proferir un insulto y nada, absolutamente nada, amerita la violencia física.

He querido dejarles algunas ideas de lo que he aprendido en muchos, muchos años de trabajar por la paz en América Latina y en el mundo. Pero la principal fuente de conocimiento de esta cátedra serán los estudiantes. Hoy les digo que confíen en ellos. Confíen en la bondad de sus corazones. Confíen en la pureza de sus sentimientos. Confíen en la inteligencia de sus mentes. Y confíen en que ellos representan la oportunidad de empezar de nuevo.

Con una educación creativa, humanista, política; una educación preocupada por preservar la vida, nuestros estudiantes pueden hacer prodigios, pueden rectificar errores, pueden construir un mundo de paz. Y entonces esta cátedra no será necesaria. Y mi nombre desaparecerá con ella. Y yo seré feliz porque al final, siendo espíritu, recuerdo o palabra, veré mi sueño convertirse en realidad.

AL SERVICIO DE LA DEMOCRACIA, LA PAZ Y EL DESARROLLO

SECRETARÍA GENERAL IBEROAMERICANA

MADRID, ESPAÑA

21 DE MAYO DE 2010

“También a mí me preocupan algunos aspectos de la actualidad latinoamericana. También a mí me preocupan las señales de humo que la región envía desde la otra acera del Atlántico (...) Una región que es una promesa, pero también un riesgo; una ilusión, pero también una advertencia. América Latina se encuentra, una vez más y como siempre, caminando sobre la cuerda floja del tiempo”.

Vuelvo a esta tierra en donde he sembrado tantas flores del jardín de mi espíritu. Vuelvo a la tierra de Garcilaso y de Santa Teresa, de Cervantes y de Lope de Vega, de Quevedo y de Calderón de la Barca, de Bécquer y de Espronceda, de Unamuno y de Ortega y Gasset. Vuelvo a la tierra en donde pedí apoyo para el Plan de Paz centroamericano, y en donde brotó un caudal de esperanza para irrigar el fin de la guerra en nuestra región. Vuelvo a la tierra en donde comprendí muchas de las claves del progreso, y en donde se leen rótulos que señalan el camino hacia un destino mejor para nuestros pueblos. Pero sobre todo, vuelvo a la tierra en donde me esperan algunos de

mis más entrañables amigos. Saludo a Enrique Iglesias desde este podio y desde el centro de mi cariño. Le agradezco la oportunidad de hablarles esta mañana, pero le agradezco aún más su amistad. Le agradezco haber sido un vigía de las mejores causas del ser humano. Y para usar una expresión de su coterráneo, Mario Benedetti, le agradezco el habernos enseñado, desde Europa, lo que quiere decir ser un buen latinoamericano.

Hace pocos días entregué la Presidencia de la República de Costa Rica. Me presento ante ustedes no como un líder con poder, sino como un hombre con voz. No como un gobernante que puede imponer, sino como una persona que puede convencer. Soy un ciudadano más, pero un ciudadano comprometido. Y créanme que eso hace toda la diferencia.

Me convocan a este recinto desvelos que comparto con la mayoría de ustedes. También a mí me preocupan algunos aspectos de la actualidad latinoamericana. También a mí me preocupan las señales de humo que la región envía desde la otra acera del Atlántico. También yo he comprendido, con una espina en el corazón, que América Latina sigue siendo un quebradero de cabeza: una región surcada por maravillas y oportunidades, pero asediada por peligros y trampas. Una región unida por un mismo idioma, cobijada por una misma fe, articulada en torno a una misma identidad, pero dividida en torno a ideologías gastadas. Una región que es una promesa, pero también un riesgo; una ilusión, pero también una advertencia. América Latina se encuentra, una vez más y como siempre, caminando sobre la cuerda floja del tiempo.

Casi 200 años de vida independiente no han sido suficientes para otorgarle a nuestra región la madurez necesaria para alcanzar un mayor desarrollo. Seguimos siendo

una tierra de ocurrencias, en donde la imaginación y la creatividad sirven más para escribir novelas mágicas, que para diseñar políticas públicas eficaces. Seguimos siendo una tierra en donde el populismo renace como mala hierba, abonado por la frustración de más de una tercera parte de la población, que vive en la pobreza. Seguimos siendo una tierra con una débil cultura política, en donde los individuos se identifican poco con el Estado y a menudo reniegan de su condición de ciudadanos.

En muchos sentidos, América Latina es una actriz improvisando en una obra sin guión ni director. Nuestra región está sedienta de un liderazgo responsable. Está sedienta de análisis científico. No estamos acostumbrados a evaluar críticamente nuestra realidad. No estamos acostumbrados a confrontar las palabras con los hechos. No estamos acostumbrados a tomar decisiones basados en la evidencia empírica. Por eso agradezco tanto la oportunidad que nos brinda la Secretaría General Iberoamericana en esta ocasión, y en muchas otras, para aproximarnos a la realidad latinoamericana seriamente, sin poses y sin agenda, pensando sólo en el bienestar de esos 600 millones de personas, que claman porque logremos corregir los vicios que durante tantos años nos han amarrado a un pasado que se niega a ser pasado.

América Latina le rehúye a la autocrítica. Desaprobar aspectos de nuestros gobernantes, de nuestros Estados o de nuestros pueblos, se considera una actitud antipatriótica o entreguista. Pero yo creo que hacerse de la vista gorda ante los defectos de un país, o de una región, es todo menos patriotismo. Es miedo, es conformismo y es irresponsabilidad. Si América Latina ha de abandonar la cuerda floja, si ha de pisar tierra firme en la búsqueda de un futuro mejor, será necesario que reconozca francamente sus propios desafíos y sus propios problemas.

Hoy quiero hablarles de algunos de los desafíos que la región enfrenta en materia de democracia, de desarrollo y de paz.

Empecemos por los desafíos democráticos. Y empecemos por admitir que, cuando se trata de democracia, América Latina tiene todavía mucho que aprender. Es cierto que abandonamos el yugo dictatorial hace ya veinte años, pero también es cierto que ése fue el primer paso de una caminata que nos hemos rehusado a emprender. Seguimos sin hacer las reformas necesarias para consolidar nuestras instituciones y fortalecer nuestro Estado de Derecho. Seguimos siendo presas del mesianismo y del populismo, enemigos acérrimos de la libertad. Seguimos aplaudiendo discursos revolucionarios que son vacíos en todo menos en su amenaza a la institucionalidad. Seguimos rehuendo a la transparencia en el ejercicio del poder público. Seguimos siendo incapaces de garantizar la independencia de poderes. Seguimos irrespetando las reglas del juego, y haciendo del incumplimiento de las leyes un deporte nacional.

Como he dicho otras veces, la democracia es mucho más que promover constituciones políticas, firmar cartas democráticas o votar en elecciones pluralistas una vez cada 4, 5 ó 6 años. La democracia no es una camisa que se viste en los domingos y en los días de guardar. Es una forma de vida. Es una manera de hacer las cosas. De nada sirve nacer democráticamente, si se vive autoritariamente; si la política se ejerce desde la imposición, la coerción y la fuerza.

Ustedes saben muy bien a qué me refiero. Hay en nuestra región líderes que se valen de los resultados electorales, para justificar comportamientos antidemocráticos. Utilizan el apoyo recibido en las urnas como un cheque en blanco, y aseguran que su proyecto político debe ser

llevado adelante a costa, incluso, de las garantías individuales ajenas. Se trata de un ejemplo clásico de uso perverso de un instrumento político: algo tan democrático como las elecciones, se emplea como escudo para subvertir las bases mismas de la democracia.

El pluralismo, la otredad, la tolerancia, la crítica, son rasgos distintivos de la democracia. Cerrar medios de comunicación, censurar a los críticos, amenazar a los opositores, influenciar en los procesos judiciales contra los adversarios políticos, perpetuarse indefinidamente en el poder, son rasgos indiscutiblemente autocráticos, así vengan de un Gobierno elegido por el pueblo.

Ahora bien, hay que ser justos y hay que ser responsables a la hora de hablar. En América Latina sólo existe una dictadura, y es la dictadura cubana. Los demás regímenes, nos guste o no, son regímenes democráticos. Pero algunos tienen propensiones autoritarias. Ése es el quid del asunto: ya no se trata de la situación que enfrentamos en la segunda mitad del siglo XX, en donde una retahíla de golpes de Estado instauraron dictadura tras dictadura en la región. Se trata, en cambio, de una escala de grises que conforman una paleta muy compleja: todas las naciones latinoamericanas, con excepción de Cuba, son democráticas. Pero algunas son más democráticas que otras. Reconocer la diferencia y tratar de reducirla, debe ser nuestra prioridad en los próximos años.

Si se quiere combatir los rasgos autoritarios en la región, se debe empezar por defender todos los gobiernos elegidos por el pueblo. Advocar la caída de regímenes como los que he mencionado, no es más que tomar bando en contra de la democracia. Si algo nos enseña la dolorosa experiencia de Honduras, una herida aún abierta en el centro de América, es que un golpe de Estado es siempre, siempre, una pésima idea.

La democracia se defiende por vías más sutiles y también más legítimas. Se defiende con la educación cívica, pero no sólo en nuestras escuelas, colegios y universidades, sino también en nuestras familias y comunidades. Se defiende con el diálogo permanente, con debates como éste en donde nuestros pueblos se acostumbren a pensar críticamente. Se defiende con liderazgo positivo, de parte de gobernantes capaces de transigir y de negociar. Y se defiende con el ejemplo de países que han logrado disfrutar los frutos de la democracia; de países que demuestren que, para alcanzar el éxito económico, político y social, no existe mejor sistema que el sistema democrático.

A los habitantes de democracias avanzadas, nos corresponde servir como testimonio de que la democracia sirve; que es útil para construir sociedades más justas y prósperas; que es eficaz para mejorar las condiciones de vida de los habitantes, en particular de los más pobres.

Es importante entender que los pueblos latinoamericanos no eligen gobiernos populistas por afán masoquista. Los eligen porque creen en la promesa mesiánica. Porque creen que construirán sociedades más justas y más prósperas. Hasta que no vean que se equivocaron, y hasta que no comprueben que la democracia y la libertad funcionan mejor en la consecución de un mayor desarrollo, no habrá una verdadera vocación democrática en América Latina.

Cosechar los frutos de las políticas públicas es salvar la democracia. Ése es el segundo desafío del que quiero hablarles: el desafío del desarrollo latinoamericano.

Con muy pocas excepciones, como Tailandia o Nepal, los Estados latinoamericanos son los que han luchado durante más años por convertirse en países industrializados. Casi dos siglos han transcurrido desde nuestra Independencia de España o Portugal, y aún así no existe

una sola nación desarrollada en América Latina. Países que surgieron a la vida 100 o 150 años después que nosotros, y que eran mucho más atrasados, como Corea del Sur y Singapur, nos han adelantado en la autopista del progreso. A pesar de nuestros esfuerzos, nos hemos quedado atrás en la carrera mundial.

Las explicaciones para esto son muchas y variadas. Hay factores culturales que han influido negativamente en nuestra capacidad de desarrollarnos, como nuestra resistencia al cambio y nuestra falta de apoyo a la innovación. Pero hay también factores políticos, factores que tienen que ver con una incapacidad de forjar proyectos de desarrollo a largo plazo. Nos falta la habilidad para forjar una visión-país, una idea general de hacia dónde queremos ir. En lugar de fijar el rumbo y poner nuestra nave en piloto automático, los países latinoamericanos cambian de dirección con cada Administración, y envían señales muy confusas al resto del mundo.

En nada es esto más evidente que en nuestro comportamiento en torno a la apertura comercial, en donde América Latina muestra preocupantes signos de esquizofrenia. Hay en nuestra región países que premian las exportaciones, la inversión extranjera y el libre comercio. Hay también países que defienden el espejismo de la autarquía comercial y alimentaria. Negando las oportunidades que descansan en un mundo globalizado, hay quienes sugieren que nos dediquemos a hacer de nuestra América una gran comuna, capaz de sustentar a nuestros pueblos sin ningún intercambio con Estados Unidos, Europa o el mundo árabe y asiático.

La integración comercial no sólo es inevitable. Es, además, profundamente provechosa. Con todos sus errores y defectos, el libre comercio sigue siendo la mejor herramienta que han tenido en sus manos los países latinoame-

ricanos, para potenciar el crecimiento de sus economías, reducir la pobreza y generar empleos de calidad. En lugar de resucitar ideologías del siglo pasado, algunos líderes en la región harían bien en darse cuenta de que la ideología del siglo XXI no es el socialismo, ni el capitalismo, sino el pragmatismo, y de que todos los países que han tenido éxito en los últimos años, desde Singapur hasta China e Irlanda, han abrazado sin ambages la apertura comercial.

Creo que el libre comercio es fundamental para el desarrollo de nuestros países, pero sé que no es suficiente. Para mejorar la calidad de vida de nuestros pueblos, es necesario que existan aparatos estatales capaces de traducir las oportunidades de un mundo globalizado, en mejores condiciones de vida para los habitantes. Sólo los Estados eficientes y que puedan adaptarse rápidamente, lograrán aprovechar al máximo las posibilidades de este siglo. Y en América Latina, los aparatos estatales son maquinarias escleróticas e hipertrofiadas.

En nuestra región, es terriblemente difícil traducir las promesas en realidades. Nos hemos enredado en nuestros propios mecates, en una maraña de trámites y controles que ahogan la iniciativa pública y privada. Nuestros ordenamientos jurídicos privilegian la forma sobre los fines, los procedimientos sobre los resultados. Y de nada les sirve a nuestros gobiernos cumplir puntillosamente los trámites, si esos trámites no traen frutos concretos para nuestras poblaciones.

En medio de nuestro afán por construir Estados transparentes y por combatir la corrupción, los países latinoamericanos hemos caído en la paradoja del contador de estrellas de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Recordarán ustedes que aquel personaje vivía en un escritorio en un diminuto planeta, y contaba todas las estrellas

en el cielo, con el único propósito de volverlas a contar. Así también nuestros ordenamientos han creado una serie de controles duplicados, que en el papel pretenden detener la corrupción, pero en la práctica lo que detienen es el desarrollo.

Si América Latina desea traspasar el zaguán del mundo industrializado, será necesario que encuentre un equilibrio entre los contralores y los emprendedores, y modernice sus aparatos estatales para permitir una función pública que sea, a la vez, transparente y eficiente; una función pública que permita elevar las condiciones de vida de nuestros habitantes, el único y último objetivo de la actividad política.

La reforma estatal latinoamericana debe ir de la mano de una reforma fiscal, urgentemente necesaria en una región en que la carga tributaria es, en promedio, la mitad de la de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). El desarrollo cuesta mucho trabajo. También cuesta mucho dinero. Educar a nuestros niños, cuidar la salud de nuestros ancianos, garantizar la seguridad de nuestros barrios, proteger nuestros recursos naturales, incentivar la investigación, construir infraestructura, demanda más recursos de los que actualmente tienen las arcas públicas latinoamericanas. La más estricta de las disciplinas fiscales no puede estirar hasta el infinito el exiguo 10% del Producto Interno Bruto, que algunas naciones recaudan en ingresos fiscales.

Elevar esos ingresos es urgente para abordar el desafío del desarrollo. Pero no servirá de mucho si no somos capaces de reformar, también, la forma en que gastamos nuestros recursos. Dije antes que América Latina es una actriz improvisando en un escenario, y que nuestros gobiernos no han logrado orquestar una visión-país. Esto se refleja

con dolorosa agudeza en los presupuestos públicos de la región, que son la mejor evidencia de la falta de prioridades. La ausencia de pensamiento crítico, que no es lo mismo que oponerse a todo, ha hecho que el gasto público en nuestros países esté divorciado de los sueños de nuestros pueblos, en particular del sueño de vivir pacíficamente.

Éste es el último desafío del que he querido hablarles: el desafío de la paz. El año pasado, los gobiernos latinoamericanos gastaron \$60 mil millones en sus ejércitos, una cifra que duplica el gasto de hace 5 años, en una región en la que sólo Colombia experimenta actualmente un conflicto armado. A pesar de los eufemismos que se empleen para encubirla, América Latina ha iniciado una nueva carrera armamentista, alimentada por debates ideológicos y por la misma debilidad institucional de nuestras democracias. Mantener el gasto militar en la región es algo que entiendo, aunque no comparto. Pero aumentarlo, duplicarlo, me parece una afrenta a los 200 millones de latinoamericanos que viven con menos de \$2 al día.

Lo que es más, es una afrenta a los miles de desaparecidos durante las dictaduras militares, a quienes padecieron la tortura y la persecución, a quienes aprendieron a temblar ante la presencia de un soldado. Una región que lleva la marca de hierro de un pasado autoritario, merece espantar el cuervo del militarismo de los campos de su esperanza.

Los enemigos de Latinoamérica no se combaten con armas y soldados. A menos de que exista ya un cañón capaz de matar al hambre; a menos de que exista ya un rifle capaz de vacunar; a menos de que exista ya un misil capaz de enseñarle a nuestros niños las tablas de multiplicar. Los problemas latinoamericanos se combaten con políticas públicas eficaces, y con un gasto que refleje el tipo de sociedad que queremos construir.

No hablo a partir de una utopía romántica, sino a partir de la experiencia de mi propio país. En el año 1948, Costa Rica se convirtió en el primer país en la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Desde entonces, destinamos los recursos públicos al desarrollo humano de nuestro pueblo, y somos hoy un país mucho más desarrollado, y mucho más seguro, que la gran mayoría de países latinoamericanos. Hemos confiado nuestras vidas en manos de la humanidad y la humanidad no nos ha defraudado. Todo logro que hemos construido durante las últimas seis décadas, lo hemos construido, en parte, gracias a los dividendos de la paz.

A mí me encantaría que todos los países latinoamericanos siguieran el camino de Costa Rica, pero ésa es una idea a la que lamentablemente no le ha llegado su hora. Sin embargo, creo que la reducción de un porcentaje de los recursos destinados al aparato militar, no sólo es posible, sino que sería una de las mejores estrategias de desarrollo que puede adoptar la región. Significaría la liberación de una liquidez vital para la inversión social, y una muestra de coherencia entre el gasto público y los valores que decimos predicar.

Sería un paso ético para América Latina. Un cambio de paradigma que empiece a sustituir una cultura profundamente belicista y negativa, por una cultura colaborativa y positiva. Sería demostrarle al mundo, y demostrarnos a nosotros mismos, que no sólo sabemos cosechar victorias en el campo de la guerra, sino que también sabemos cosecharlas en el campo de la vida, en el campo donde se libran las más decisivas batallas del ser humano. El mayor dividendo de la paz está en ese cambio ético, en la certeza de que el futuro será mejor en el tanto sea construido *con* los demás, y no *contra* ellos.

He hablado con franqueza de algunos de los problemas de América Latina. Pero no he hablado con desola-

ción. Si la autocrítica es esencial para que los pueblos alcancen un mayor desarrollo, es mucho más esencial la esperanza. Y vengo ante ustedes colmado de esperanza, inundado de fe en las posibilidades que descansan en el regazo de Latinoamérica.

Creo que llegará el día en que, desde estas tierras españolas, ya no se verán señales de humo negro del otro lado del océano, sino los signos de una región que finalmente maduró, que despertó a un nuevo día, de la mano de la democracia, el desarrollo y la paz. Muchos años hemos equivocado el camino. Pero mañana podemos empezar de nuevo. Mañana podemos elegir sabiamente entre las opciones que nos presenta el tiempo. Y ya no caminaremos por la cuerda floja, ya no andaremos a tientas ni en las sombras, sino que seremos esa tierra que tantos sueños despertó entre los marineros de Colón.

Con la ayuda de personas como ustedes, América Latina puede consolidar sus instituciones democráticas y abandonar los vicios autoritarios. Puede alcanzar el desarrollo y hacer eficaces a sus Estados. Puede construir la paz y desterrar al fantasma del militarismo. Puede hacer todas estas cosas, si muchas voces, miles de voces, exigen un cambio. No tengan la menor duda: no son el Hombre y la Mujer con mayúscula los que escriben la historia, sino los hombres y las mujeres con minúscula, los ciudadanos comprometidos que no renuncian a la esperanza.

Decía García Lorca: *“si muero, ¡dejad el balcón abierto!”*. Hoy les pido que dejen el balcón abierto, que sigan mirando el horizonte, que sigan confiando en Latinoamérica. Dejen el balcón abierto que un día, ojalá pronto, verán humo blanco del otro lado del océano.

IV

ECOS DE MI PENSAMIENTO

UNO

CON EL PODER VIENE TAMBIÉN
LA RESPONSABILIDAD

UTILICEMOS LA LIBERTAD DE PRENSA PARA CONSTRUIR SOCIEDADES LIBRES

ASAMBLEA GENERAL DE LA SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PRENSA
SAN JOSÉ, COSTA RICA
15 DE NOVIEMBRE DE 2006

“De poco sirve un marco normativo ejemplar de tutela de la libertad de prensa, si los medios de comunicación que se rigen por él están monopolizados, son unicolores en sus opiniones o, peor aún, actúan en franca colusión con quienes ejercen el poder. Ésta es, tristemente, la situación en muchos países de América Latina”.

Es un enorme privilegio para mí volver a este foro, que siento como mi casa, por residir en él valores centrales de mi credo político. En un continente crónicamente afligido por los dolores del oscurantismo y el autoritarismo político, la Sociedad Interamericana de Prensa ha sido, durante más de sesenta años, una atalaya desde donde los hombres y las mujeres libres de América Latina han vigilado el lento proceso de alumbramiento de muchas libertades civiles y políticas en nuestra región. Esta institución es, sin duda, una de las principales responsables de que América Latina, pese a todos sus problemas, hoy hable un lenguaje distinto al de su pasado. Hoy, nuestra región

habla más el lenguaje de la libertad que el de la represión, más el de la esperanza que el del miedo, más el de la dignidad de los ciudadanos que el del poder absoluto de los gobernantes, más el lenguaje de la Ilustración que el del oscurantismo.

Esta es una celebración de la trayectoria de esta asociación, pero, sobre todo, es una celebración de la libertad de prensa, de esa condición esencial para la preservación de todo nuestro régimen de libertades públicas. *“Aún con sus abusos –advirtió alguna vez James Madison–, es con la prensa, y con nadie más que la prensa, que el mundo tiene una deuda por todos los triunfos que han sido alcanzados por la razón y la humanidad sobre el error y la opresión”.*

Junto a las elecciones periódicas y la separación de poderes, la libertad de prensa es el instrumento más poderoso para realizar en la práctica una de las grandes conquistas de la civilización occidental: la idea de que el poder político, si ha de ser legítimo, debe estar sujeto a límites, y que el poder absoluto, como lo intuía Lord Acton, no es sino una forma de corrupción absoluta. Más que ninguna otra institución, la libertad de prensa encarna la sana desconfianza frente al poder que define todo el edificio normativo de la democracia liberal. Para ponerlo en una forma concisa: cuanto más libre sea la prensa, más limitado estará el ejercicio de poder y mayor será la probabilidad de que nuestras libertades individuales permanezcan a salvo.

Será por eso, por estar la libertad de prensa fundada sobre la desconfianza y no sobre la candidez frente al poder, que la relación entre los medios de comunicación y los políticos en una democracia será siempre una relación tensa y compleja. Cuando es genuinamente libre, la prensa sirve para someter a la democracia a un continuo ejercicio de transparencia, a un cotidiano proceso de *glas-*

nost, si hemos de usar aquel término que tanto tuvo que ver con la caída de los regímenes autoritarios de Europa Central y del Este.

Como podemos dar testimonio los costarricenses, la imagen que emerge de ese *glasnost* frecuentemente dista mucho de los valores que, como ciudadanos, aspiramos a ver reflejados en nuestras instituciones políticas. La prensa verdaderamente libre nos revela en toda su crudeza las carencias y patologías de nuestras instituciones, y pone en nuestras manos la candente responsabilidad de ser mejores como líderes y como ciudadanos. Ante la evidencia de corrupción, de nada sirve el expediente fácil de dispararle al mensajero y convertir a la prensa en el chivo expiatorio de la pérdida de credibilidad de los políticos. Lo que procede es asumir las responsabilidades, crecer éticamente y darle todavía más espacio a la prensa para auscultar nuestras llagas sociales.

Si hemos de tener una discusión seria sobre la compleja relación entre los medios de comunicación y la política democrática es necesario que vayamos más allá de los lugares comunes, las mistificaciones y las floridas defensas de la libertad de prensa. Es preciso que hablemos con realismo y que admitamos que, si una prensa libre es una condición necesaria para la preservación de la democracia liberal, el perfeccionamiento de la democracia plantea, sin embargo, exigencias muy superiores al simple ejercicio de la libertad de prensa. Para que la democracia realice su verdadero potencial para la construcción de sociedades más libres y más justas, entonces, es igual de importante que, al lado de una prensa libre, seamos capaces de formar una prensa pluralista, independiente, responsable y constructiva.

En efecto, es preciso que entendamos que la ausencia de tutela y censura del Estado no garantiza, por sí misma,

el pluralismo del debate público, el libre flujo de opiniones diversas y, ni siquiera, la propia independencia de la prensa. Resuena aquí el eco de viejas discusiones sobre el ejercicio de la libertad, y de las sabias admoniciones de John Stuart Mill y muchos pensadores posteriores, que se encargaron de enseñarnos que la ley o la acción del Estado no son las únicas, ni siquiera las principales, fuentes de limitación de la libertad de expresión. Seamos francos: de poco sirve un marco normativo ejemplar de tutela de la libertad de prensa, si los medios de comunicación que se rigen por él están monopolizados, son unicolores en sus opiniones o, peor aún, actúan en franca colusión con quienes ejercen el poder. Ésta es, tristemente, la situación en muchos países de América Latina.

La democracia necesita no sólo una prensa libre, sino una prensa independiente; e independiente no sólo frente al poder político, sino también —y acaso sobre todo— frente al poder económico. Si vamos a defender con pasión la libertad de prensa, entonces preocupémonos por ser congruentes en nuestra prédica liberal. Despleguemos la desconfianza del genuino pensador liberal frente a *toda* forma de concentración excesiva de poder, y no únicamente frente aquella que ejerce el Estado.

De manera paradójica, puede que no sea ninguna de las decisiones que tomemos para regular la propiedad de los medios, la que haga posible la aparición de la prensa pluralista que demanda nuestra región. Esa prensa ya está apareciendo frente a nuestros ojos como resultado del cambio tecnológico, la expansión de la Internet, los *blogs* y todas las nuevas formas de comunicación, que presentan costos de acceso y transacción infinitamente más bajos y que, por ello, favorecen la aparición de un debate público más abierto, más vibrante y más democrático.

Aún más importante para la calidad de nuestra discusión cívica es que los medios de comunicación asuman plena conciencia de la responsabilidad que tienen en la preservación de la democracia. La capacidad de los medios de comunicación para influir la dirección del debate político es indiscutible y creciente. El patente debilitamiento orgánico de los partidos políticos, la erosión de las lealtades partidarias y la intensidad mediática de las campañas modernas, han creado un terreno excepcionalmente fértil para que los medios de comunicación asuman funciones de intervención, intermediación y aún representación política, que durante mucho tiempo fueron patrimonio de los partidos.

Una de las notables conclusiones del estudio del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo sobre la democracia en América Latina, publicado en el año 2004, tiene que ver con la enorme impotencia que revelan las elites políticas de todos los países de la región en su relación con los medios de comunicación. Ante la pregunta “*¿Quiénes ejercen el poder en América Latina?*”, casi dos terceras partes de los 231 líderes políticos entrevistados no vacilaron en señalar a los medios de comunicación como un factor central de poder en la región, cifra sólo superada por el casi 80% que señaló a los grupos empresariales privados. Correlativamente, sólo un 36% estimó que el Poder Ejecutivo tenía algún poder y menos de un 13% le atribuyó esa condición al Poder Legislativo.

Es claro que estamos en presencia de un fenómeno crucial para la democracia, y lo que no podemos hacer es seguir operando sobre la ficción de que los medios de comunicación simplemente informan a los ciudadanos. Nos guste o no, la prensa contemporánea hace mucho más que eso: no sólo informa sino también influye, decide y casi siempre deliberadamente, sobre las opiniones

políticas de las personas. Lo hace a través de su línea editorial, lo hace a través del tratamiento que da a las noticias y lo hace, sobre todo, en la inevitable selectividad de la cobertura noticiosa.

En nuestra época, la prensa es un actor político fundamental. Ello no sería ningún problema, de no ser porque nada nos hace suponer que los medios de comunicación responden única, o siquiera fundamentalmente, al interés público. Son empresas privadas, con sus dueños y accionistas, que, en ocasiones, tienen ideologías, pero siempre tienen intereses. Aún más, lo realmente preocupante es que, a diferencia del poder de los políticos, el de los medios de comunicación no está sujeto a término, ni, las más de las veces, a las estrictas reglas de transparencia que les son demandadas a los políticos. Nunca debemos olvidar que, en una democracia, la misión de representar el interés público se delega por medio del sufragio y está sujeta a límites y términos. Es, precisamente, el respeto a estas formas lo que legitima la representación. Ya lo decía Albert Camus: en una democracia son los medios los que justifican a los fines.

Digo todo esto porque es urgente que entendamos que debemos ser muy cuidadosos con la pretensión, de algunos medios de comunicación, de arrogarse la representación del interés público y de sustituir en esa función a los partidos políticos. La relación entre medios de comunicación y partidos no es, ni debe ser, una relación de suma cero, en la que el debilitamiento de un polo de la relación conduce por necesidad al fortalecimiento del otro. Por el contrario, la democracia requiere de medios de comunicación fuertes y de partidos políticos fuertes. Como he dicho anteriormente, la debilidad de la prensa conduce a una democracia de mala calidad, cundida por la corrupción y el cinismo. Pero, por otro lado, la debilidad de los

partidos conduce a una atrofia del sistema político y a la proliferación de liderazgos mesiánicos, que rara vez muestran paciencia con las limitaciones del Estado de Derecho. Que no se nos olvide: el populismo, casi siempre fermentado en las miasmas del colapso de los partidos, es un camino con pocas victorias para las libertades públicas, en especial para la libertad de prensa.

Lo que les estoy transmitiendo, respetuosamente, es un precepto muy simple: la noción de que con el poder que disfrutan los medios de comunicación viene también su responsabilidad. Viene la responsabilidad de ser firmes, pero mesurados en la crítica del sistema político; la responsabilidad de denunciar la corrupción, pero haciendo siempre la distinción entre el funcionario, que ocupa transitoriamente un cargo, y la institución, que permanece en el tiempo; la responsabilidad de ser conscientes, en todo momento, de que lo que digan los periodistas sobre los políticos puede tener implicaciones de muy largo alcance.

Hace poco, en un artículo luminoso, Sir Bernard Crick, profesor emérito de la Universidad de Londres y autor de una de las más elocuentes defensas jamás escritas de la actividad política, decía: *“Denuncien, por todos los medios, a políticos específicos, pero, por favor, no denuncien o desacrediten al proceso político como un todo.”* En efecto, como lo demuestra la experiencia de algunos países cercanos, denigrar innecesariamente, un día sí y otro también, al proceso político, es cortejar un desastre político, que inevitablemente llega. Es, en palabras de Juan Manuel Serrat, *“jugar con cosas que no tienen repuesto”*.

Llegamos así a un punto central: nuestra sociedad requiere no sólo de una prensa libre y valiente en la denuncia de la corrupción, sino también de una prensa constructiva, que entienda que una sociedad en la que

valga la pena vivir no nace espontáneamente por el simple ejercicio de la libertad. Ciertamente, una buena sociedad es una sociedad libre, pero una sociedad capaz de mejorar sólo puede emerger si nos planteamos, tanto individual como colectivamente, cómo habremos de aprovechar esa libertad.

Aquí debemos recordar la frase de Felix Frankfurter, el gran juez norteamericano: *“la libertad de prensa no es un fin en sí mismo, sino tan solo un medio para construir una sociedad libre.”* Una sociedad libre se construye con ciudadanos libres, capaces de decidir informadamente sobre su destino, capaces de contribuir creativamente a mejorar su entorno social, del que nos nutrimos todos los días para desarrollar nuestro proyecto de vida. Quizá nos convenga retomar milenarias reflexiones sobre el concepto republicano de la libertad, aquel derivado de la filosofía moral de los romanos, de los textos de Cicerón, que veían en la acción política, ante todo, un medio para cultivar mejores ciudadanos, capaces de gobernarse a sí mismos.

Por ello, les pido que no utilicemos la libertad de prensa únicamente para denunciar la corrupción, imprescindible como ello es para la salud de nuestra democracia. Ojalá la utilicemos también para educar; para transmitir valores cívicos; para ayudar a las personas a interpretar su realidad más allá de lo anecdótico y lo singular. Ojalá la utilicemos para orientar a nuestra sociedad en los confusos tiempos que vivimos; para ayudarla a separar la verdad de la mentira y la ciencia del prejuicio; para defenderla contra los falsos profetas y los dioses de papel; para alumbrarla en la búsqueda de un norte ético perdido en el barullo del consumismo y el éxito fácil; para proponerle caminos que la hagan más justa, más solidaria y más humana.

En suma, ojalá utilicemos la libertad de prensa para hacer mejores ciudadanos. Ello no es fácil, porque un

buen ciudadano es algo más que un ciudadano con acceso a una prensa sin censura, y ciertamente es mucho más que un ciudadano cínico o desencantado con la política.

Si hemos de utilizar el poder de la prensa para construir mejores comunidades, tal vez nos venga bien empezar ya, y empezar con la más amplia de todas las comunidades: la especie humana.

Siendo ustedes una audiencia excepcionalmente calificada e influyente, aprovecharé para plantearles la urgencia de que abracemos, con todos los medios a nuestro alcance, tres causas que pueden tener un efecto incalculable en el bienestar de la especie humana, sobre todo en el de sus miembros más pobres y vulnerables. Esas causas son las de reducir el gasto militar, regular las transferencias de armas y detener el calentamiento global.

Desde hace mucho tiempo he sostenido que la lucha por el desarrollo humano está unida a la causa del desarme y la desmilitarización. Ciertamente, no es un blasón de honor para nuestra especie que el gasto militar mundial haya sobrepasado en el año 2005 un trillón de dólares, la misma cifra que tenía en términos reales al acabar la Guerra Fría, y ocho veces más que la inversión anual requerida para alcanzar en una década *todos* los Objetivos de Desarrollo del Milenio en *todos* los países del mundo, de acuerdo con los cálculos del economista Jeffrey Sachs. La inversión que hacen hoy en sus fuerzas armadas los países más industrializados de la tierra, responsables del 83% del gasto militar mundial, es diez veces superior a los recursos que dedican a la ayuda oficial al desarrollo.

Pero si es triste que las naciones más ricas, a través de su gasto militar, le estén negando las oportunidades de desarrollo a las más pobres, es mucho peor aún que sean cómplices en la destrucción de su propio futuro. Es trágico que los gobiernos de algunos de los países más subde-

sarrollados continúen apertrechando sus tropas, adquiriendo tanques, aviones de combate y cohetes, para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y la ignorancia. América Latina no escapa a este fenómeno. En el año 2005, los países latinoamericanos gastaron casi \$24 mil millones en armas y tropas, un monto que ha aumentado un 25% en términos reales a lo largo de la última década, y que ha crecido significativamente en el último año.

Por eso, en este foro quiero reiterar dos propuestas que he planteado a la comunidad internacional. Les propongo que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*) y al Tratado sobre la Transferencia de Armas (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*).

Mi última propuesta es acaso la más importante: tiene que ver con la perentoria necesidad de detener el calentamiento global. En días pasados tuve la oportunidad de ver la película del ex Vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore, “*Una verdad incómoda*”. Es un documental notable, que nos transmite un mensaje claro e inequívoco, el mismo que Costa Rica quiere pregonar ante el mundo: es hora de firmar la “*paz con la naturaleza*”. En efecto, es una verdad incómoda reconocer que nos encontramos en plena guerra con nuestro planeta. Estamos disparando dióxido de carbono a nuestra atmósfera en niveles sin precedentes. Estamos envenenando nuestros ríos y mares y destruyendo los bosques que purifican nuestro aire.

Esta guerra, como todas, ha cobrado ya sus víctimas. Costa Rica ha observado con sentimiento de impotencia la extinción de 88 especies de la pequeña rana arlequín, que antes poblaban nuestro territorio. Los progresivos

aumentos en la temperatura global ocasionaron la aparición de un hongo mortal en las aguas en que viven.

Pero las bajas de esta guerra no se encuentran solamente entre los anfibios. Los brutales huracanes que azotaron nuestra región en los últimos años, han demostrado que el aumento en las temperaturas cobra víctimas en todas las especies, incluido el ser humano.

La protección de nuestro ambiente es una responsabilidad global, porque en este pequeño planeta, todos estamos conectados. La deforestación en una costa produce inundaciones tierra adentro; el exceso en la pesca en el Atlántico Norte altera toda nuestra cadena alimenticia; los gases liberados en cualquier lugar, producen calentamiento global en todos los lugares. El futuro de nuestra especie será verde, o no será.

De la misma forma en que hace 58 años Costa Rica le declaró la paz al mundo, es hora de que cada nación de la Tierra declare la “paz con la naturaleza”. Es hora de que los países que aún no han suscrito el Protocolo de Kyoto, lo hagan. Es hora de apoyar las fuentes alternativas de energía. Es hora de impulsar una mayor eficiencia en el gasto de combustible de nuestros vehículos. Todo esto nos costará dinero, es cierto. Pero la alternativa es mucho más onerosa: significa la bancarrota de nuestra especie en términos financieros, ambientales y morales.

No podemos huir de este problema. Cuando los tsunamis golpeen nuestras poblaciones costeras, cuando nuestros lagos se conviertan en desiertos, cuando los mosquitos de la malaria alcancen alturas montañosas, cuando nuestras ciudades se sumerjan en el *smog*, entonces no tendremos ningún lugar adonde ir.

Ésas son algunas de las tareas más urgentes que, como ciudadanos de una polis democrática, tenemos entre manos. No sólo la de hacer posible una prensa cada vez

más libre, sino también una prensa capaz de alimentar la siempre frágil planta de la democracia. Esa tarea requiere de periodistas que comprendan que cargan sobre sus hombros los dos difíciles imperativos que Camus exigía del escritor: la resistencia a la opresión, y la negativa a mentir sobre lo que se sabe. De eso, ustedes, miembros de la Sociedad Interamericana de Prensa, han dado abundante prueba a lo largo de más de seis décadas. Ahora es preciso que comprendan que la democracia les pide más: les pide también ser pluralistas; ser independientes, no sólo del poder político, sino independientes a secas; ser conscientes de la responsabilidad inmensa que viene con su influencia; y asumir el compromiso de usar la libertad de prensa para construir sociedades libres. Sociedades libres no sólo del yugo de la censura, sino también de todas las ancestrales formas de opresión que mutilan el destino de los seres humanos: la pobreza, la ignorancia, la enfermedad, la guerra y la destrucción de nuestro planeta.

Sólo así alcanzará su pleno sentido la lucha por la expansión de la libertad de prensa: cuando sus practicantes se comprometan con causas mucho más grandes que la propia libertad de prensa. Sólo cuando pongan el prodigioso poder de la palabra escrita, de la voz y de la imagen, al servicio de una humanidad reconciliada.

EL VEREDICTO DEL PUEBLO

ARTÍCULO

30 DE JUNIO DE 2007

“No basta con gobernar limpiamente, también hay que gobernar bien y con sabiduría”.

Es cierto que el tiempo es el juez más implacable de todos y sus sentencias son, probablemente, las más neutrales, desapasionadas y veraces de todas. La historia, llegado el momento, juzgará todos los actos de mi vida política, y los juzgará sin ningún interés, sin sacar provecho alguno de los intentos por insultarme o por elogiarme.

Por eso no le temo a ese momento, porque sé que cuando llegue, seré juzgado por las acciones que impulsé y por la intención con que serví a mi país; seré juzgado por las políticas que adopté y por los logros que a partir de ellas obtuvo Costa Rica. No entrarán en la balanza de la historia los rumores ni la intriga, ni entrará el encono ni la envidia, no entrará la mentira ni el engaño, no entrará el prejuicio ni el insulto.

Hay quienes, sin tener ningún asidero en la lógica y la razón, se han permitido hacer afirmaciones temerarias en torno a mis decisiones políticas. Recientemente, por ejemplo, alguien ha sugerido que yo podría tener intere-

ses personales en el establecimiento de relaciones diplomáticas con China. No me preocupan estas afirmaciones. En primera instancia porque conozco muy bien el enorme interés, ese sí personal, que tenían algunos en el mantenimiento de nuestra relación con Taiwán. Y en segunda instancia, porque estoy seguro de que la historia juzgará positivamente mi decisión, como también creo que juzgará como acertado el traslado de la embajada de Israel, de Jerusalén a Tel Aviv.

Tengo 37 años en la función pública y me siento orgulloso de haber practicado siempre una política de dignidad y de transparencia. Me siento orgulloso, también, porque mi desempeño, además de transparente, ha sido beneficioso para el país. Porque no basta con gobernar limpiamente, también hay que gobernar bien y con sabiduría. Yo puedo decir con certeza que en mi primer gobierno no hubo ningún escándalo de corrupción, puedo decir con certeza que en mi primer gobierno sí defendimos la soberanía y la neutralidad costarricense, puedo decir con certeza que en mi primer gobierno creció la producción y se redujo la pobreza y el desempleo, puedo decir con certeza que en mi primer gobierno disminuimos la enorme deuda externa que heredamos, lo que nos permitió evitar la crisis que azotó la región. Y puedo decir, también con certeza, que esta segunda administración no será diferente.

Todo esto lo digo porque existe actualmente en nuestro país toda una corriente de “revisionistas”, de personas encargadas de reinventar los hechos que han ocurrido en el pasado, tal vez con la intención de que la historia sea menos dura con ellos. Dice la sabiduría popular que “*a río revuelto, ganancia de pescadores*”: sé muy bien que hay quienes quieren agitar las aguas pasadas, para emerger de ellas limpios y purificados, como paladines de la defensa

de la soberanía de Costa Rica y de la búsqueda de la justicia. Yo no necesito hacer eso. Yo no necesito andar hurgando en el pasado de otros, para redimirme en el presente. Yo no necesito reinventar mis actos de ayer, para encontrar apoyo a mis posiciones de hoy. El pueblo costarricense ya me juzgó, a mí en lo personal y a mi gestión; y su veredicto lo dio el 5 de febrero del año 2006, cuando me hizo el honor de reelegirme como su Presidente. Ese es un privilegio del que dudo puedan gozar algunos, y es para mí mucho más importante que las proclamas estridentes de quienes quieren sembrar la duda y la sospecha, para ver qué cosechan del escándalo. Parafraseando una canción de Serrat: *“Dios y mi canto, saben a quienes nombro tanto”*.

TRATEMOS AL MIGRANTE CON DIGNIDAD HUMANA

DESARROLLO Y GOBERNABILIDAD DEMOCRÁTICA

SAN JOSÉ, COSTA RICA

23 DE ENERO 2008

“Todo rincón oculto, toda cima inalcanzable, toda profundidad insondable, ha sido conquistada por el ser humano en su constante afán migratorio, que emerge, a su vez, de todo tipo de impulsos: desde la curiosidad hasta la necesidad; desde el interés hasta la desesperación; desde la prosperidad hasta la miseria; desde la guerra hasta la paz”.

Es para mí un honor compartir algunas palabras con ustedes, en este día que considero crucial para la eliminación en Centroamérica de una de las formas más crueles de intolerancia: la exclusión de las poblaciones migrantes. A quienes han migrado temporalmente a nuestra tierra, con el objeto de asistir a este simposio, les doy la bienvenida a Costa Rica, un país que conoce poco de fronteras y límites, y mucho de horizontes e infinitos; un país que es una casa pequeña, pero que tiene siempre abiertas sus puertas para quien busca ayuda y para quien busca ayudar.

Deseo agradecer profundamente a la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano por la organización del

simposio “*El reto de las migraciones y la cohesión social*”. El origen de todos nosotros está indefectiblemente ligado a las migraciones. Los científicos nos relatan cómo el *Homo erectus* se movilizó desde África para poblar Eurasia, hace más de un millón de años; la Biblia narra el Éxodo del pueblo hebreo a través del desierto, liderado por Moisés; la Historia nos habla de la Hégira de Mahoma, seguido por miles de fieles, en la fecha que marca el primer año del calendario islámico. Todo rincón oculto, toda cima inalcanzable, toda profundidad insondable, ha sido conquistada por el ser humano en su constante afán migratorio, que emerge, a su vez, de todo tipo de impulsos: desde la curiosidad hasta la necesidad; desde el interés hasta la desesperación; desde la prosperidad hasta la miseria; desde la guerra hasta la paz.

Es indiscutible que la pobreza y la falta de oportunidades son dos de los principales factores que impulsan a los seres humanos a abandonar sus hogares. En el caso de Centroamérica, me atrevería a decir que son los factores principales. Más que muros y fronteras patrulladas, más que leyes y medidas draconianas, lo único que impedirá la migración desde los países centroamericanos es la prosperidad y la creación de oportunidades. Este es, claramente, un desafío mucho más amplio y mucho más complejo que una reforma migratoria. Una verdadera política de migración, tiene que empezar por ser una verdadera política de bienestar social.

Lo he dicho muchas veces: la pobreza no necesita pasaporte para viajar. La migración no sólo es producto de amenazas o guerras, depende primero de las oportunidades o frustraciones que nuestras sociedades ofrezcan a sus habitantes. Es vergonzoso que los gobiernos de algunas de las naciones más pobres del mundo, incluidas algunas naciones de la región latinoamericana, continúen despil-

farrando en tropas, tanques y misiles, para supuestamente proteger a un pueblo que migra por hambre e ignorancia. La comunidad internacional debe trabajar para cambiar esta paradójica situación, y por eso he propuesto que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica (*ver discurso Un futuro a la altura de nuestros sueños, 19/9/2006*).

Además de estar convencido de la justicia de esta iniciativa, también estoy convencido de su conveniencia: los soldados con recursos invaden, los habitantes sin recursos emigran. Si queremos poner fin a la migración, al mismo tiempo que ponemos fin a la amenaza del armamentismo internacional, el Consenso de Costa Rica será más efectivo que cualquier otra política exterior.

Ahora bien, la migración no es sólo un tema económico, es también un tema humano. Puede que existan buenos argumentos económicos que respalden el levantamiento de muros que impidan a las personas entrar a un país; o que justifiquen las deportaciones masivas, o la negativa a otorgar tratamiento médico y brindar educación a los hijos de los migrantes. Puede que existan, pero nunca existirá un argumento humanitario que apoye esas actitudes. Debemos insistir en que más allá de los intereses nacionales que podamos tener en torno al tema de la migración, estamos tratando con los sueños e ilusiones de personas de carne y hueso, que por azar o destino nacieron de un lado de una frontera, sin que ello disminuya en nada su dignidad humana.

El Consenso de Costa Rica es una de las medidas que considero más urgentes y necesarias si queremos detener el flujo migratorio, producto de la necesidad económica. Pero hay también muchas otras políticas que debemos impulsar, y que tienen que ver con las disparidades económicas que existen entre los países. La verdad es tan sencilla como aplastante: mientras existan países donde las

condiciones de vida sean, por mucho, superiores a las de otros países, la migración seguirá siendo un fenómeno masivo e inevitable. Hace más de un año dije en Montevideo que sólo si abrazamos verdaderamente la causa del libre comercio, reduciremos gran parte de las causas de la migración. A veces me sorprende la tenacidad con la que algunos insisten en que la globalización es una fuerza perversa que está aumentando la pobreza en el mundo. De acuerdo con cifras del Banco Mundial, en los últimos veinte años la cantidad de pobres disminuyó en casi 200 millones de personas, debido en gran parte a la India y a China, dos países que han abrazado la globalización con particular fervor. Como he dicho muchas veces, si nuestros países no exportan bienes y servicios, se verán forzados a exportar personas.

Pero si es urgente que los países adopten políticas sociales intensas y universales; si es urgente que los países reduzcan su gasto militar e inviertan más en educación, salud y vivienda para sus pueblos; si es urgente que la comunidad internacional permita a las naciones en vías de desarrollo un comercio verdaderamente libre con las naciones desarrolladas, también es urgente que cada país, a lo interno de sus sociedades, combata las causas de la exclusión social y económica que crónicamente padecen los migrantes.

Al ser convocado a este simposio, me llamó la atención su nombre: *“el reto de las migraciones y la cohesión social”*. No pude evitar preguntarme, ¿será acaso que los migrantes son motivo de desintegración social? ¿O son tal vez sus víctimas? ¿Será posible que los migrantes generen exclusión? ¿O son ellos mismos quienes la padecen? Creo que es innegable que, al menos en las naciones latinoamericanas, la xenofobia, la discriminación y la falta de oportunidades económicas, significan para el migrante una doble

imposición. El migrante no sólo se ve obligado a abandonar su tierra y arrancar de un tajo sus raíces; sino que, al llegar a una tierra desconocida, se le impide enraizarse de nuevo. Si ya no existe más la tierra que se tenía, pero tampoco existe la posibilidad de crecer en una tierra nueva, ¿cómo entonces podrá cosechar el migrante un mejor futuro?

Es bien sabido que la nuestra es la región más desigual del mundo, y esas desigualdades golpean con particular crudeza a la población migrante. En Costa Rica, por ejemplo, un estudio de la Organización Panamericana de la Salud reveló que, a pesar de que la población migrante nicaragüense representa poco más de un 10% de la población total del país, constituye un 36% de las familias que viven en tugurios. El promedio de asistencia al colegio de la población costarricense entre los 13 y los 17 años es del 69%, el promedio de la asistencia de la población migrante nicaragüense en esas mismas edades es del 46%. Asimismo, puede afirmarse que en general existe un bajo nivel de salud en las zonas de alta inmigración, pues se presentan tasas de morbilidad y mortalidad más elevadas que los promedios de las regiones donde se encuentran ubicadas. Todo esto lo menciono para decir que los migrantes no son ni la causa de la falta de oportunidades económicas, ni los responsables del colapso de las instituciones públicas, ni el motivo de los principales problemas del país. Todo lo contrario: son quienes cargan con la peor parte de las consecuencias.

Es urgente que entendamos que no es cierto que la migración sea una fuerza devastadora, uno de los grandes problemas planetarios. Nunca el mundo había sido más rico y más próspero, aún cuando para el año 2006, más de 190 millones de personas, un 3% de la población mundial, eran consideradas inmigrantes en alguna parte de la Tierra.

No es cierto que las personas emigren únicamente de países subdesarrollados a países desarrollados. De acuerdo con investigaciones del Banco Mundial, en el año 2005 se estimaba que 2 de cada 5 migrantes, cerca de 78 millones de personas, se encontraban en países en vías de desarrollo.

No es cierto que los inmigrantes causen necesariamente pérdidas económicas a los países donde llegan. Según la revista británica *The Economist*, cerca de un tercio de los estadounidenses que ganaron los Premios Nobel en Física en los últimos siete años, nacieron fuera de Estados Unidos; aproximadamente el 40% de los doctores en ingeniería y en ciencia que trabajan en ese mismo país son inmigrantes. Países como Suecia, Irlanda, Estados Unidos y El Reino Unido, tienen buenas condiciones económicas en parte gracias a los migrantes que reciben.

No es cierto que los migrantes que utilizan los servicios estatales sean responsables del colapso de las instituciones públicas. En Costa Rica, la Caja Costarricense de Seguro Social invierte menos de un 1% de su presupuesto en atender a los inmigrantes ilegales que requieren servicios de salud, a pesar de que representan un 7% de la población total.

Si no abandonamos estas falsas creencias, y si no logramos que también las abandonen nuestras poblaciones, seguiremos alimentando con odio e intolerancia la xenofobia y la exclusión, en el seno de nuestras sociedades.

Yo estoy convencido de que el aumento en el gasto social, aunado a la reducción del gasto militar; la profundización de la integración económica mundial; la creación de mayores oportunidades a lo interno de nuestras sociedades para la población migrante, y el combate decisivo a los mitos que acompañan a este tema, serán la llave que permitirá a las naciones centroamericanas, y a todas

las naciones del mundo, caminar hacia un mayor desarrollo sin distinguir el origen ni el color de la piel.

Se atribuye a Sócrates la expresión “*soy ciudadano del mundo*”. Eso es exactamente lo que somos todos. Soy costarricense y mexicano, soy nicaragüense y colombiano. Lo soy porque en mis orígenes, al igual que en los de toda la humanidad, fui un migrante. Quisiera pedirles, humildemente, que recuerden siempre que hoy estamos de este lado del océano, pero que sólo Dios sabe dónde estaremos mañana.

Para los profetas del Antiguo Testamento la migración de gavianes a través de los cielos de la Península del Sinaí y del Mar Rojo, simbolizaba los caminos de Dios. Hoy, la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano ha decidido transitar estos caminos de la migración, buscando siempre la paz y el desarrollo de los pueblos centroamericanos. Fui el primero en llegar a la Fundación Arias, fui el primero en verla nacer. Dentro de 28 días, se cumplirán 20 años del día en que firmé el Acta Constitutiva de esta Fundación, y ese día dije estas palabras:

“Vengo aquí a sembrar una semilla y a renovar un compromiso. Vengo a entregar ¢30 millones que corresponden al Premio Nobel de la Paz de 1987. Vengo a decirles que entrego este premio para combatir la pobreza y otras formas de violencia; que lo entrego para reafirmar mi fe inquebrantable en los caminos de la paz, de la libertad y de la democracia”.

Estos son los caminos que hoy los veo transitar, y me siento orgulloso de cuánto ha florecido la semilla que hace veinte años plantamos. A cada una de las personas que han transitado por los caminos de la paz en la Fundación Arias, a cada ser humano que ha podido reco-

rrer los caminos de la libertad y la democracia, les doy mi sincero agradecimiento, y les pido que vuelvan su mirada al horizonte, al enorme camino inexplorado, a la senda interminable de los logros que aún esperan, porque ahí, en el infinito, en lo eterno, descansa la lucha de mañana, que espera impaciente nuestros pasos.

DOS

MANOS SOLIDARIAS

ARCO IRIS DE PELO BLANCO

ARTÍCULO

15 DE AGOSTO DE 2006

“Ser madre es ser instrumento del curso de la humanidad; protagonizar un parto es abrir de tajo el tiempo y desafiar la propia mortalidad”.

Muchas gracias por acompañarnos en este día. Es para mí un profundo placer poder encontrarme entre ustedes celebrando una fecha en que se rinde homenaje a quien más merece tenerlo: las silenciosas heroínas de nuestra patria, de todas las patrias, las madres.

Desde el inicio hasta el presente, desde Eva hasta mi hija, la historia no es más que la que han permitido las mujeres del mundo, en todas las edades y todos los espacios. Ser madre es ser instrumento del curso de la humanidad; protagonizar un parto es abrir de tajo el tiempo y desafiar la propia mortalidad. Como madres, ustedes ataron la vida. Con cordones umbilicales, unieron las generaciones pasadas y futuras, y por ustedes toda la existencia humana es posible.

Aquí reunido está un grupo particularmente hermoso dentro de las mujeres madres de nuestra nación. Madres de blanco pelo, que pueden, sin embargo, brindarnos

miles de arco iris. Madres de pies cansados, que pueden, sin embargo, enseñarnos a caminar. Madres de manos temblorosas, que pueden, sin embargo, sostener con firmeza la raíz de nuestra alegría.

Son las madres que lo dieron todo, y hoy merecen que empecemos a retribuir algo de lo mucho que nos ofrecieron. Es por eso que hoy hacemos entrega de los aumentos al doble de las pensiones del régimen no contributivas, de las 75.000 que entregará este gobierno en los próximos días. Se trata de un enorme esfuerzo, que implica para el Estado cantidades millonarias, pero estamos convencidos de que no hay dignidad posible en una nación, si los seres que ayudaron a construirla se relegan al olvido.

Con este aporte, atendemos a la tranquilidad y a la estabilidad de un grupo de nuestra población que ha sido tradicionalmente vulnerable al abandono. Pero atendemos también, y muy significativamente, a la familia costarricense, que apretujada por el aumento en el costo de la vida, cada día encuentra más difícil mantener a sus miembros en un nivel digno de existencia.

Queremos para nuestros adultos mayores independencia económica, porque no resulta agradable tener que tender la mano para recibir dinero de los propios hijos, por más amor y cariño con que éstos lo entreguen. Porque para tener ciudadanos verdaderamente libres, tenemos que comprender que la libertad nunca puede tener cabida en un corazón que se siente humillado.

Llevamos 100 días de gobierno. 3 meses apenas. Las madres que hoy me escuchan, tal vez sepan que a esa edad, los órganos principales del feto están ya definidos, pero les falta madurez y crecimiento. Tal vez sepan que a esa edad, el latido del pequeño corazón puede ya escucharse, pero es apenas perceptible.

De la misma manera, quiero que presencien estos primeros frutos del compromiso que adquirimos con ustedes cuando en febrero nos eligieron para gobernar este país. Nuestras ideas y proyectos se encuentran ya formados, pero les falta madurez y crecimiento. No duden, sin embargo, de que con su ayuda y nuestro esfuerzo, esta administración logrará entregarles un país mejor del que hace tres meses recibimos.

A las madres que hoy me escuchan, les pido su bendición, su fe poderosa y sus buenos deseos. Les pido que me enseñen la fuerza increíble con que ustedes lucharon todos estos años, todos los días y todas las horas, por hacer para sus hijos un mundo mejor.

Les pido el abrazo de madre, que cobija el espíritu. Y el beso de madre, que mitiga el cansancio. Les pido, ante todo, sus oraciones, para que nos acompañen en esta difícil tarea.

ELLOS SON DE MI PAÍS,
ELLOS SON MIS PRESIDENTES

OLIMPIADAS ESPECIALES
SAN JOSÉ, COSTA RICA
19 DE SEPTIEMBRE DE 2007

“Quiero hablarle sólo a nuestros invitados especiales, a los muchachos y muchachas que nos representarán en las Olimpiadas de Verano en Shanghai, a los valientes atletas que llevarán nuestra bandera a miles de kilómetros de distancia de aquí”.

Agradezco sinceramente su presencia en esta actividad. Una vez más hemos sonado la campana de la solidaridad, y desde lugares remotos y cercanos ustedes han acudido al llamado. Una vez más hemos pedido ayuda y ustedes han extendido la mano. Una vez más hemos soñado con alcanzar la estrella más alta y ustedes han corrido a traernos la escalera. A todos los que colaboraron para que el viaje de estos muchachos y muchachas sea posible, les extiendo mis gracias infinitas, sin importar el tamaño de la colaboración. Porque, como bien dijera la Madre Teresa de Calcuta, *“a veces sentimos que nuestra ayuda es una gota en el océano, pero el océano sería menos sin esa gota”*. A quienes dieron cientos de colones y a quienes dieron millones, les

agradezco por igual por su generosidad y su desprendimiento. No los voy a personalizar por temor a olvidar a alguno, pero ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, guardan en su corazón la satisfacción de haber hecho lo correcto, que es un premio mucho mayor a cualquiera que yo les pueda dar.

Esta noche voy a pedirles, sin embargo, que me disculpen, porque quiero hablarle sólo a nuestros invitados especiales, a los muchachos y muchachas que nos representarán en las Olimpiadas de Verano en Shanghai, a los valientes atletas que llevarán nuestra bandera a miles de kilómetros de distancia de aquí.

Puedo asegurarles que son ustedes de las personas más importantes que han venido a esta Casa Presidencial. Aquí hemos recibido a Presidentes, a Premios Nobel, a príncipes, a cantantes, a escritores, a empresarios y a periodistas, pero ninguno ha venido como esta noche vienen ustedes: a demostrarnos que no hay nada imposible. Su visita nos alegra muchísimo, incluso más que si fueran reyes o reinas. Porque un rey no lucha tanto como ustedes; una reina no se esfuerza tanto como ustedes. Aunque aquí vengan reyes que viven en palacios y tienen carruajes y sirvientes, yo prefiero la visita de personas como ustedes, que se levantan en las madrugadas para entrenar y trabajar por sus sueños.

Yo desearía que todos los muchachos y muchachas de Costa Rica fueran así de valientes. Que todos fueran así de esforzados. Cuando vuelvan a sus casas esta noche, cuéntenle a sus hermanos, a sus vecinos y a sus amigos que don Óscar Arias les dijo que desearía que todos los habitantes del país tuviéramos por lo menos la mitad del coraje, la valentía, la pureza y la ternura que tienen ustedes. Por eso les organizamos esta fiesta, para que sepan que ustedes son tan importantes como los reyes que a veces caminan por aquí.

No sé quién fue el primer costarricense en ir a China, tampoco sé cuándo estuvo ahí. Pero sí sé que ustedes son de los primeros que van como representantes de Costa Rica, y no como visitantes. Cuando el Presidente de la República viaja a otro país se dice que va en una “misión oficial”. Bueno, ustedes son la primera “misión oficial” que enviamos a China. Cada uno de ustedes, cuando se monte en el avión, se va a convertir en Presidente, porque va a representar a todo el país, como yo lo hago. Lo que pasa es que yo soy Presidente para ayudar a las personas pobres, para arreglar las carreteras, para mejorar las escuelas y para hacer otro montón de cosas que hacen falta. Ustedes, en cambio, son Presidentes para competir, para dar lo mejor de sí mismos y, ojalá, para ganar muchas medallas. Pero, tanto ustedes como yo, somos Presidentes y tenemos que ser buenos representantes de Costa Rica.

A mí no me cabe la menor duda de que serán muy buenos Presidentes, que sabrán cumplir con su misión y volverán a nuestra tierra llenos de trofeos. No me cabe la menor duda de que en China todo el mundo se va a quedar sorprendido y va a preguntarles ¿dónde queda Costa Rica? ¿Por qué tiene tan buenos atletas especiales? Cuando les pregunten eso, respondan: “porque en mi país no sólo mi familia y mi entrenador, sino todos los costarricenses, creen en mí, confían en mí y saben que puedo alcanzar mis metas solo, si me esfuerzo bastante”.

Yo quisiera montarme en ese avión con ustedes, quisiera acompañarlos a las competencias y apoyarlos desde la gradería. Quisiera estar ahí cuando les pongan las medallas en el pecho y suene, en un gimnasio chino, el Himno Nacional de Costa Rica. Quisiera ser de los que lloran de la emoción y gritan: “ellos son de mi país, ellos son mis Presidentes”. Pero no puedo acompañarlos. Voy a tener que conformarme con verlos por la tele.

Cuando vuelvan de China, siéntanse libres de venir de nuevo aquí, porque esta es la casa de todos los Presidentes de Costa Rica, o sea, es la casa de cada uno de ustedes.

ROMPAMOS LOS MITOS Y LOS PREJUICIOS

ARTÍCULO

9 DE DICIEMBRE DE 2007

“Ésta es la única guerra en que las víctimas son llamadas culpables, y es la única guerra en que sus heridas son causa de oprobio, y no de admiración”.

Siempre he sido un hombre de paz. Pero eso no significa que en mi vida haya sido un hombre sin luchas. Estoy contra toda guerra en que los seres humanos se destruyan entre sí; pero estoy a favor de toda lucha contra los monstruos pasados y presentes que acarrearán la muerte a nuestra especie. Soy el primer soldado en la lucha contra la pobreza; soy el primer soldado en la lucha por la atención médica universal; soy el primer soldado en la lucha por el acceso al agua potable; soy el primer soldado en la lucha contra el cáncer, contra el paludismo, contra la tuberculosis y contra el SIDA.

Más de 5.700 personas morirán el día de hoy por causa de esta enfermedad. Otras 6.800 resultarán infectadas con el virus del VIH. Es imposible evaluar el daño social y psicológico que el SIDA ha ocasionado en nuestras poblaciones. Baste decir que ha sido extenso y complejo. Ésta es la única guerra en que las víctimas son llamadas culpables, y

es la única guerra en que sus heridas son causa de oprobio, y no de admiración. Es, sin duda alguna, una de las más devastadoras epidemias en la memoria del ser humano. Pero me rehúso a creer que sea nuestra epidemia final. Yo, como millones de personas en el mundo, creo que el SIDA será derrotado al terminar esta guerra, aunque haya sido el ganador de muchas batallas pasadas.

Con esa esperanza, el pasado 6 de noviembre presentamos al país la Política Nacional de VIH y SIDA, una estrategia de ataque diseñada desde el gobierno, que combina la prevención y el manejo de la enfermedad, y será puesta en práctica por instancias públicas y organizaciones no gubernamentales. No obstante, los costarricenses guardamos también nuestra cuota de responsabilidad personal. Cada uno de nosotros debe decidir si se unirá a la lucha, o si simplemente caminará entre las víctimas, deseando nunca ser una de ellas.

El SIDA ha sido un importante factor de exclusión en las sociedades contemporáneas. Ese es un hecho irrefutable que se debe, en gran medida, a la difusión de mitos y prejuicios. Esta enfermedad no distingue entre los seres humanos, no ataca sólo a los hombres o a las mujeres, sólo a los homosexuales o a los heterosexuales, sólo a los niños o a los adultos: si el SIDA no discrimina, no podemos discriminar nosotros. Si continuamos aceptando las teorías conforme con las cuales el SIDA es un castigo divino para las personas con determinada orientación sexual, probablemente olvidemos que en el mundo hay 2,500.000 niños que padecen la enfermedad. Si continuamos aceptando la idea de que el SIDA es un mal del continente africano, probablemente no nos percatemos de que en Costa Rica hay registradas 7.500 personas con VIH positivo, y que es posible que alguno de nuestros amigos o vecinos albergue el virus. Si continuamos respaldando la cre-

encia de que el SIDA se transmite exclusivamente entre personas promiscuas, es probable que ignoremos el hecho de que las amas de casa representan un grupo creciente en la cifra de víctimas.

Condenando al ostracismo a las personas que padecen la enfermedad, no lograremos detenerla. La etiqueta de parias no servirá. La solución del SIDA es científica, pero el manejo de sus consecuencias sociales es cultural. Como ciudadanos comunes, no podemos inventar una vacuna que destruya el virus. Pero ciertamente podemos aplicar una vacuna contra la discriminación. De todos los dolores que acompañan a esta enfermedad, uno de los más difíciles de manejar es el dolor que inflige el ser excluido de la sociedad. Si queremos combatir el SIDA y sus consecuencias, debemos primero eliminar aquellas consecuencias de las que nosotros mismos somos responsables. Debemos dejar de apartar, y empezar a incluir. Debemos dejar de censurar, y empezar a tolerar. Debemos dejar de juzgar, y empezar a compadecer.

Esta es una terrible enfermedad, que como alguien dijo alguna vez, da a la muerte tiempo para vivir y a sus víctimas tiempo para morir. La ciencia está haciendo lo posible por evitar que las personas con SIDA mueran físicamente, pero es nuestra entera responsabilidad procurar que no mueran socialmente. En nuestras escuelas, en nuestros colegios, en nuestras familias, en nuestros medios de comunicación, el SIDA debe mencionarse y debe discutirse. No podemos caer en el infantilismo de creer que el hecho de no mencionarlo lo hace desaparecer. Por el contrario, nuestro silencio y nuestro secreto constituyen su llave de ingreso.

Desde que usted, amable lector, comenzó a leer estas palabras (9/12/07), 28 personas han muerto de SIDA, no sin antes haber pasado por el suplicio de la exclusión

social, y 33 personas han sido infectadas con el virus del VIH. Esta guerra cobra muertes como ninguna otra. Y poco importa si sus víctimas son hombres o mujeres, niños o ancianos, homosexuales o heterosexuales, porque al final sus víctimas somos todos los seres humanos.

En una obra de Shakespeare, el Rey Enrique V pronuncia las siguientes palabras antes de salir con sus hombres a la batalla: *“el buen hombre contará esta historia a su hijo; y el día de San Crispín nunca pasará, desde hoy hasta el final del mundo, seremos recordados con él. Nosotros pocos; nosotros, felices pocos; nosotros banda de hermanos”*. Hoy no es el Día de San Crispín, sino el Día contra el SIDA, pero el mismo valor nos inspira. Debemos luchar como hermanos. Estamos sobre el campo de batalla más grande de la historia: el mundo. Tenemos que decidir si seremos soldados en esta lucha, o si seremos, simplemente, temerosos espectadores. No somos pocos soldados. No somos dos o tres. No somos cien. No somos ni siquiera mil o diez mil. Somos millones de seres humanos que lucharemos sin descanso hasta que el SIDA empiece a morir o deje de matar.

NO HE CONOCIDO UNA MUJER QUE NO SEA VALIENTE

ARTÍCULO

8 DE ABRIL DE 2008

“Quiero que los hombres de este país, y de este Gobierno, caminen al lado de ellas. Quiero que ésta sea la época en que las sobrevivientes tengan por fin razones para agradecer a mi género”.

El sábado pasado habré de recordarlo hasta el último día de mi vida. Una noche oscura y su cara una hermosa luna llena. Una noche callada y su voz el eco de los siglos andinos. Una noche fría y su amor la cálida brisa del verano argentino. De lo profundo de su pecho insondable, brotaron los versos que conocemos no de memoria, sino de corazón: *“tantas veces me mataron, tantas veces me morí, sin embargo estoy aquí resucitando. Gracias doy a la desgracia y a la mano con puñal porque me mató tan mal, y seguí cantando”*.

Sólo una mujer, María Elena Walsh, pudo haber escrito esa letra; y sólo otra mujer, Mercedes Sosa, pudo haberla cantado de esa manera imponente. Mujeres sobrevivientes. ¿Cuántas hay en Costa Rica? ¿Cuántas cigarras se levantan cada día a seguir cantando, en medio de la

angustia o la enfermedad, en medio de la desesperación o la necesidad, en medio del miedo o la frustración? ¿Cuántas Mercedes Sosa resucitan cada día en Pavas o en Puntarenas, en Desamparados o en Alajuela, en Santa Cruz o en Limón?

En mi vida he conocido a muchos hombres cobardes, pero creo que no he conocido a una sola mujer que no sea valiente. Algo hay en su genoma, o en su multitudinaria historia, que las hace sorprendentemente fuertes. Será porque son las dadoras de vida que la vida alcanza en ellas su apoteosis. Será porque son la vida de la tierra que sus raíces son más hondas y resistentes. Yo las he visto soportar el invierno más crudo, y dar frutos de nuevo en la siguiente primavera. Las he visto secarse hasta los huesos, y volver a brindar hojas verdes con el paso del tiempo. He visto sobrevivir a las empresarias y a las amas de casa, a las ancianas y a las estudiantes, a las políticas y a las pintoras, a las maestras y a las ingenieras. A algunas las he visto luchar contra la pobreza, y he intentando luchar con ellas. A otras las he visto desafiar la falta de oportunidades, y me he sumado también al desafío. Quiero que los hombres de este país, y de este Gobierno, caminen al lado de ellas. Quiero que ésta sea la época en que las sobrevivientes tengan por fin razones para agradecer a mi género.

Todavía faltan hombres en las luchas de las mujeres, y sobran las tareas pendientes. Pero creo que hay motivos para albergar esperanza. Cada día son más los hombres que acarician que los que golpean, cada día son más los que dialogan que los que gritan, cada día son más los que incluyen que los que discriminan. Conforme pase el tiempo, esa transición será cada vez más acelerada. Las nuevas generaciones se han educado en clases donde sus compañeras tienen los mejores promedios; se han desempeñado

en trabajos donde sus jefes son madres de familia, y se han involucrado en relaciones afectivas en donde ya nadie ordena ni obedece, sino que las decisiones se toman por mutuo acuerdo. Es claro que esto no es así en todos los lugares o en todos los círculos sociales, pero creo que se trata de un proceso evolutivo e inevitable. Más temprano que tarde, Costa Rica será un lugar de mayor equidad de género.

Mientras tanto, existen acciones prioritarias que debemos abordar. La pobreza sigue golpeando con mayor crudeza a nuestras mujeres; los puestos de liderazgo siguen siendo en parte reservados para los hombres; el subempleo sigue siendo un problema serio para la estabilidad económica de las mujeres y de sus hogares. Estas son taras que el Gobierno está intentando superar, pero que sobre todo debe superar la sociedad. Las políticas de inclusión de la población femenina traen cambios, pero el cambio mayor debe venir de la población en general. Muchos de los grandes desafíos para la equidad de género tienen lugar en espacios privados, en nuestras empresas y en nuestros negocios, en nuestras familias y en nuestros hogares. Y en ese ámbito de privacidad, cada quien debe gobernar su propio cambio. Cada quien debe propiciar su transición.

Otra hermosa canción de María Elena Walsh dice:

“quien no fue mujer ni trabajador
piensa que el ayer fue un tiempo mejor
y al compás de la nostalgia
hoy bailamos por error”.

Hoy es el Día Internacional de la Mujer y les digo, sin temor a equivocarme, que no hay razón para la nostalgia,

porque vienen días mejores. Llegará pronto la vendimia para las sobrevivientes, que han tenido que resucitar tantas veces durante tantos años. Vienen días mejores y espero que cada hombre de Costa Rica quiera formar parte de ellos.

ABRAZOS MULTICOLORES

DÍA DEL ADULTO MAYOR

HEREDIA, COSTA RICA

1 DE OCTUBRE DE 2009

“Un beso en una cabeza blanca, las arrugas de una mano que me abraza, las palabras de sabiduría que pausadamente pronuncian unos labios ya cansados, esos son mis pensamientos maravillosos, por ellos tengo fuerzas para seguir trabajando por los sueños del pueblo de Costa Rica”.

Finalmente llego donde quería pasar este día: en medio de los adultos mayores de Costa Rica. Es en medio de ustedes en que construyo recuerdos que me alientan y me inspiran. Es a ustedes a quienes les debo buena parte de la satisfacción por la labor realizada. A las ancianas que en una gira se me cuelgan del cuello, y me dan las gracias porque han recibido una cama ortopédica, una silla de ruedas o un diario; a los abuelos que me envían cartas, felices por la pensión que finalmente les alcanza para ser económicamente independientes; a los pacientes de albergues y de hospitales que saben que no nos hemos olvidado de ellos, y cuyas oraciones y buenos deseos retribuyen con creces los esfuerzos que hemos realizado. Cuando me siento abatido, éstas son las cosas en las que pienso. Son algo así como los “*pensamientos maravillosos*” que le permitían a Peter Pan

volar. Un beso en una cabeza blanca, las arrugas de una mano que me abraza, las palabras de sabiduría que pausadamente pronuncian unos labios ya cansados, esos son mis pensamientos maravillosos, por ellos tengo fuerzas para seguir trabajando por los sueños del pueblo de Costa Rica.

Desde hace varias semanas esperaba este 1 de octubre. Quería venir a visitar a quienes le han dado tanto a mi memoria, para dejarles, por mi parte, un pequeño recuerdo. He venido a donar mi salario para este centro, un emblema herediano cuya sola mención me transporta a mis días de infancia. Y he venido también a darle un “carinño” a cada uno de ustedes: una estola para las señoras y una bufanda para los señores, para que los mantenga siempre abrigados. Quisiera que el calor de estas prendas les recuerde el abrazo de un Presidente que no los olvida, de un Presidente que los acompaña a través del sol y de la lluvia, del día y de la noche. He venido a regalar abrazos multicolores, abrazos que se queden con ustedes aún después de que yo me vaya.

No he venido solo. Al enterarse de nuestra visita a este centro, numerosas personas, empresas e instituciones han querido también dejarles su propio recuerdo. Una manifestación tan grande de solidaridad me llena de esperanza. Cuando muchos nos piden que perdamos la fe en la generosidad del ser humano, suceden cosas como ésta. Esta tarde, este evento, me hace pensar en una hermosa trova que cantaba Mercedes Sosa y que decía: “*¿quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón*”.

Yo vengo a ofrecer mi corazón. Todos nosotros venimos a ofrecer el corazón. Estamos al servicio de ustedes. No duden en llamarnos, no duden en buscarnos, no duden en pedirnos una mano. En la noche o en el día, en la lluvia o en el sol, estaremos en la puerta, con los brazos abiertos y el corazón palpitante y repleto de amor.

TRES

MI PASIÓN POR EL ARTE

PAVAROTTI

ARTÍCULO

9 DE SETIEMBRE DE 2007

“¡Cuánto mundo en una sola voz y cuánta voz para un solo mundo!”

Su figura, que vacila en cada paso como marea ondulante, la cadencia del peso y de los años, caminando hasta el centro del escenario apenas iluminado. La orquesta, que empieza a tocar *pianissimo*, como preludio, o premonición, de la sed de belleza que pronto estará satisfecha. El auditorio, repleto de personas y de silencios. Asomado a la ventana de la secreta alcoba de la armonía. Yo, en medio del público, en medio del milagro. Atrapado voluntariamente en el acto de transformar para siempre la forma en que entendía la música.

Entonces Pavarotti cantó. Abrió la boca y liberó los pájaros, las noches, los sables, las lágrimas, el perfume, las mujeres, las flores, los funerales, la niebla, los niños, los tesoros, la luz, los prados: ¡cuánto mundo en una sola voz y cuánta voz para un solo mundo!

Esa noche, mientras el aire temblaba, y con él todos nosotros, Pavarotti reinventó *Tosca* frente a un Metropolitan abarrotado, que sirvió como testigo, o acaso como cómplice, de su magia inescrutable.

Este recuerdo me acecha desde el momento en que supe de su muerte. Me acecha en medio de un barullo de memorias, que inician en el despacho de mi papá en San Francisco de Heredia, cuando de joven me escabullía ahí para escuchar su colección de ópera, en discos de 68 revoluciones. Así trabé amistad con Gigli, con Bjorling, con di Stefano, con Corelli y con Caruso. Así fui conociendo los laberintos por los que me guiaban Verdi, Puccini, Donizetti y Rossini. Así aprendí a vivir la vida de todos los días, con la música de todos los siglos.

No sabía, entonces, que alguien habría de tener la oportunidad escalar más alto que estos genios de la lírica. No sabía que Pavarotti llegaría, como alpinista de las notas, a conquistar la cima de las arias cuya bandera era ya indiscutible. Pero su voz se apropió poco a poco de muchas de ellas. Al final de su carrera, *Nessun Dorma* era suya, *E lucevan le stelle* era suya, *Una furtiva lagrima* era suya, *La donna è mobile* era suya, *Che gelida manina* era suya, *Celeste Aida* era suya. Cada una de estas arias debe izar hoy a media asta su bandera, porque su legítimo conquistador nos ha abandonado.

Las naciones, las civilizaciones y hasta las generaciones, tienen a menudo la propensión a sentirse las únicas privilegiadas con acontecimientos excepcionales e irrepetibles. Todas claman ser el máximo exponente de una tendencia, la mayor manifestación de una verdad, la más depurada forma de una cultura, la última estación de un movimiento. Por esta razón, cada generación construye sus héroes y defiende su derecho a ubicarlos en los anales de la historia. Como es bien sabido, es el tiempo el que decide quiénes merecerán verdaderamente esta distinción. No creo que sea muy atrevido afirmar que, en materia de lírica, quienes habitamos de la segunda mitad del siglo XX fuimos verdaderamente privilegiados. No creo

que sea muy atrevido afirmar que la muerte de Pavarotti le gana su tiquete a la eternidad, desde ahora mismo y sin condiciones, y que de ese tránsito somos testigos todos los seres humanos que tuvimos simultáneamente la dicha de su vida y el dolor de su muerte.

Con la nostalgia que sólo él sabría cantarnos, hoy empezamos a extrañarlo. Y es probable que esta nostalgia nos dure meses, años, o tal vez incluso mucho más. Es probable que nunca lleguemos a superarlo, lo cual constituye una bien merecida deferencia. La mayor cortesía que podemos extenderle, sin embargo, es nunca dejar de escucharlo. Como mecanismo para robárselo a la muerte, pero también para ganar nuestra vida, pues, como afirma la canción, *“si se calla el cantor, calla la vida, porque la vida, la vida misma es todo un canto”*.

Que no se calle este cantor, que no se apague su voz, que no se extinga su espíritu, que de Dios goce Pavarotti, y que Dios goce de él tanto como gozamos nosotros.

APRENDAMOS A VIVIR LA VIDA COMO TOCAMOS LA MÚSICA

ESCUELAS DE MÚSICA
SAN JOSÉ, COSTA RICA
20 DE NOVIEMBRE DE 2007

“El arte no es un escondite, es una tarima. No sirve para huir de la sociedad, sino para lanzarse a ella, para modificarla, para criticarla, para celebrarla, para retratarla”.

Muchas gracias por acompañarnos esta mañana. Es para mí un honor y una gran satisfacción inaugurar la primera Escuela de Música del Sistema Nacional de Educación Musical, e inaugurarla precisamente aquí, en Desamparados, en donde nuestros jóvenes cuentan con pocas posibilidades de expresarse creativamente, y de desarrollar sus capacidades inventivas de la mano del arte y de la cultura.

Los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre cuándo se originó la música, pero es probable que su nacimiento descansa hace 40.000 años, cuando el *Homo Sapiens*, un tipo de humano anterior a nosotros, empezó a imitar los sonidos de la naturaleza. Los primeros instrumentos fueron muy rudimentarios: un hueso que se golpeaba con otro hueso; una fruta seca llena de semillas,

que se empleaba como maraca; una caña con orificios que servía como flautilla. La música se reservaba para ocasiones solemnes: un entierro, una cacería o alguna ceremonia de fertilidad. ¿Qué pensarían esos hombres y mujeres de la prehistoria, si escucharan la Novena Sinfonía de Beethoven? ¿Qué pensarían si escucharan el Concierto No. 3 de Rachmaninoff? ¿Qué pensarían si escucharan las arias de Rossini, de Donizetti, de Verdi, de Puccini, de Bizet, de Wagner o de Mozart? Es más ¿qué pensarían del jazz, del tango, del merengue, de la salsa, del rock, hasta del reggaeton? Ellos no sabían el milagro que habían iniciado; ellos no sabían que gracias a los cantos con que llamaban a la lluvia, hoy podemos disfrutar de los cantos que llaman al amor, a la amistad, a la paz, a la justicia, a la solidaridad.

Es difícil prever las últimas consecuencias de nuestros actos, particularmente de nuestros actos creativos. Los hombres y las mujeres de la prehistoria no podían prever los nocturnos ni las sinfonías, no podían prever las arias ni las sonatas, no podían prever los preludios ni los ballets. Pero nosotros tampoco sabemos qué vendrá después. De la misma forma en que ellos eran incapaces de pronosticar que después del golpe del hueso en la piedra vendría la ópera, nosotros no sabemos qué puede suceder después de la inauguración de esta Escuela. Eso depende de cada uno de los estudiantes que venga aquí a aprender y a perfeccionar su talento.

Yo no sólo creo en la evolución del arte. Creo, también, en la evolución de las sociedades. Es más, creo que ambas están estrechamente vinculadas. Antes tocábamos con maderos y frutas secas, y vivíamos en cavernas en sociedades anárquicas, en las que prevalecía la ley del más fuerte; hoy tocamos con chelos y con oboes, y vivimos en pueblos y ciudades, bajo el mandato de la ley y con las garantías y

libertades que acompañan a toda democracia. Estoy convencido de que entre más evolucionemos como sociedad, más evolucionará nuestro arte, y viceversa. Entre más jóvenes sean capaces de alzar con delicadeza el arco de un violín, menos jóvenes alzarán el filo de una navaja. Entre más niños y niñas levanten sus voces para cantar, menos las levantarán para gritar e insultar. Entre más personas se congreguen para conformar una orquesta, menos se congregarán para formar una pandilla. Por eso, hoy quiero pedirles una única cosa: quiero pedirles, por favor, que aprendan a vivir la vida como tocan la música.

Aprendan que cada quien tiene su estilo, y eso debe respetarse.

Aprendan a acoplarse a los demás individuos de la sociedad, de la misma forma en que se acoplan a los demás individuos de un grupo musical, aunque cada quien toque instrumentos diferentes.

Aprendan que en la vida, como en la música, todo tiene su tiempo. Y no hay que adelantarse al tiempo, ni dejarlo pasar.

Aprendan de las personas mayores, que aunque no los superen en talento, siempre los superarán en experiencia.

Aprendan a escuchar a los demás, y a escucharse a sí mismos. Sólo vive bien, y sólo toca bien, quien es capaz de prestar atención.

Aprendan a volverlo a intentar. Si pierden un examen, si fracasa un proyecto que tenían, vuélvano a intentar, igual que ensayan una partitura una y otra vez, hasta que salga perfecta.

Aprendan a resolver las cuestiones en paz. No es rompiendo la guitarra o golpeando el piano, que lograremos interpretar mejor un concierto. Tampoco es gritando o golpeando, que lograremos arreglar nuestros problemas cotidianos.

Aprendan a valorar la educación. Nadie nace aprendiendo, ni en la música ni en la vida. Si respetan al profesor de Solfeo, respeten también al profesor de Matemáticas y a sus padres, que tanto tienen que enseñarles.

Sobre todo, aprendan que la pasión no es exclusiva de la música. Sólo aquel que vive intensamente, tocará intensamente. Sólo aquel que siente las cosas que le rodean, logrará expresarlas en su música. El arte no es un escondite, es una tarima. No sirve para huir de la sociedad, sino para lanzarse a ella, para modificarla, para criticarla, para celebrarla, para retratarla.

Existe una razón por la cual todas las civilizaciones, por más aisladas que fueran, inventaron alguna forma de música: porque no es una ocurrencia, sino una necesidad. No la usamos para hacer ruido, sino para comunicarnos. En palabras del gran escritor francés, Víctor Hugo: *“la música expresa aquello que no se puede decir; pero que es imposible callar”*. Nuestra deuda con esos hombres y mujeres primitivos, que golpeando palos y huesos inventaron el ritmo, es hacer de la música mucho más que un pasatiempo: debemos hacer de la música nuestra enseñanza. Yo les aseguro que eso nos ayudará a formar mejores personas, mejores sociedades y un mundo más justo para todos. Aprendamos a vivir la vida como tocamos la música, y esa vida será mejor y esa música será más hermosa.

Un viejo aforismo dice que *“la vida es la mejor escuela”*. Yo, que siempre he estado entre libros y universidades, me atrevo a decir que también *“la escuela es la mejor vida”*. Sobre todo si es una escuela como ésta. Hoy contribuimos al progreso de la música, a la evolución del ritmo y la melodía, pero contribuimos también al progreso de nuestro país y a la evolución de nuestra especie. Les deseo lo mejor de aquí en adelante, y espero que cuando ya nosotros nos hayamos ido de esta Tierra, el nombre de algún

compositor famoso aparezca en los libros de Historia, y que en ellos pueda leerse: “este compositor nació en Costa Rica, e inició sus estudios en la Escuela de Música de Desamparados”.

NUESTRO PASADO COMÚN

SAN JOSÉ, COSTA RICA

7 DE FEBRERO DE 2008

“El arte es mi pasión, aunque la política sea mi oficio; y cuando deje mi oficina en la Casa Presidencial, volveré a mis viejos amigos. Volveré a recorrer con mis dedos el lomo de los libros que siempre he leído, y oleré su aroma de vejez y sabiduría. Volveré a observar las pinturas que tanto me conmueven, mientras escucho en el fondo alguna ópera. Volveré a caminar por las amplias galerías de los museos que añoro, y volveré a embriagarme con el hechizo del arte”.

Muchas gracias por permitirme acompañarlos en esta inauguración tan maravillosa como trascendente. Se calcula que en el mundo existen alrededor de 290 grabados de Rembrandt, un promedio de un grabado por cada 23 millones de seres humanos. A partir de esta noche, y durante los próximos días, 4 millones y medio de costarricenses podrán apreciar 48 grabados del maestro holandés, lo cual quiere decir que no tendremos sólo una magnífica oportunidad, sino también un privilegio invaluable. Confío en que los costarricenses sabrán reconocerlo.

Hoy hace exactamente 110 años, el 7 de febrero del año 1898, el escritor francés Émile Zola fue llevado a juicio por publicar su célebre *Yo acuso* en un diario parisino,

denunciando las injusticias cometidas en el caso Dreyfus. Éste es uno de los más fascinantes ejemplos del compromiso político de un artista. Un siglo y una década después, vengo aquí humildemente a reafirmar mi compromiso, el compromiso artístico de este político. Porque el arte es mi pasión, aunque la política sea mi oficio; y cuando deje mi oficina en la Casa Presidencial, volveré a mis viejos amigos. Volveré a recorrer con mis dedos el lomo de los libros que siempre he leído, y oleré su aroma de vejez y sabiduría. Volveré a observar las pinturas que tanto me conmueven, mientras escucho en el fondo alguna ópera. Volveré a caminar por las amplias galerías de los museos que añoro, y volveré a embriagarme con el hechizo del arte.

En junio del año 2006, poco tiempo después de asumir la Presidencia, visité la ciudad de Florencia, Italia, con dos objetivos: el de colocar una obra del escultor costarricense Jorge Jiménez Deredia en los jardines del Palacio Pitti, y colocar un autorretrato del pintor nacional Rafa Fernández en el Corredor Vasariano que comunica a ese palacio con el Palacio Vecchio. Al final de ese magnífico corredor, en una galería conocida como el Salón de los 500, el Alcalde de Florencia, Leonardo Domenici, ofreció una cena en nuestro honor. Después de la charla que sostuvimos durante un par de horas, me dijo: “*Presidente, usted es el primer político con quien no hablo de política durante mis atenciones de Estado*”. ¡Y cuánto le agradecí que no lo hiciera!, porque hablar de política frente a las obras maestras de los genios renacentistas, habría sido un sacrilegio. Habría sido como hablar de la espuma de una ola, frente a la imponencia del mar.

A menudo, la política y el oficio de gobernar son como la espuma. Los trajines cotidianos, el ir y venir de una nación para reparar sus calles y sus hospitales, para aumentar sus salarios y mejorar su educación, para gene-

rar acuerdos y negociar con la oposición, son preocupaciones que crecen a diario como la espuma, y como la espuma también desaparecen, porque la tarea de un Gobierno es encontrarles solución. El arte, en cambio, es lo que permanece. Porque es la corriente sobre la cual navegamos.

Siguiendo el hilo del arte, se desenreda la madeja de la humanidad. A lo largo de milenios, hemos ido de caza con los habitantes de las Cuevas de Altamira, y hemos recorrido las islas griegas con Homero. Hemos navegado al frente de un navío con la Victoria de Samotracia, y hemos descifrado acertijos con la Esfinge. Hemos visto florecer la Primavera de Botticelli, y hemos bajado a los infiernos con Dante. Hemos visitado las calles holandesas con Rembrandt y Vermeer, y nos hemos estremecido con las notas de Wagner y Brahms. Hemos vislumbrado el pensamiento con Rodin, y hemos profundizado el pensamiento con James Joyce. Nos dividen las lenguas y las fronteras, nos separan las edades y los siglos, pero el arte universal, ese es nuestro pasado común. Ese es nuestro origen compartido. Esa es la razón por la cual podemos admirar estos grabados y sentir orgullo, porque a pesar de que fueron elaborados hace casi cuatrocientos años por un hombre que vivió a miles de kilómetros de distancia de aquí, por un hombre cuya existencia fue infinitamente distinta a la nuestra, por un hombre cuyos rasgos, modos y vestidos nos resultarían extraños; aún así, fueron elaborados por un hombre, por un ser humano, por un miembro de nuestra especie. Estos grabados fueron elaborados por uno de nosotros.

Ese es el orgullo que quiero que sienta el pueblo costarricense, esa es la emoción que merece experimentar. Contrario a Émile Zola, no quisiera hoy acusar, no quisiera proclamar un “Yo acuso”, sino un “Yo defiando”.

Defiendo el derecho que tiene cada niño costarricense de escuchar una sinfonía.

Defiendo el derecho que tiene cada joven costarricense de admirar una escultura.

Defiendo el derecho que tiene cada madre costarricense de oír un poema escrito por uno de sus hijos.

Defiendo el derecho que tiene cada padre costarricense de llenar su casa de estantes con libros.

Defiendo el derecho que tiene cada estudiante costarricense de aprender a leer una partitura musical.

Defiendo el derecho que tienen ustedes, cada uno de ustedes, de apreciar estos grabados y cualquier otra obra del arte universal.

Defiendo el derecho que tiene el pueblo costarricense de no pasar su vida en medio de las sombras y el silencio. Quiero un país lleno de música y pintura, de danza y escultura, de teatro y literatura. Ese es el sueño que defiendo.

Les aseguro que mientras sea Presidente de la República, ése será un derecho del que gozarán cada vez más y más costarricenses.

Cuando recibí la invitación para acompañarlos en esta actividad, recordé inmediatamente el momento en el cual vi por primera vez un cuadro de Rembrandt. Tenía dieciocho años y era un muchacho ansioso de conocimiento, de visita en Nueva York. En el Metropolitan Museum of Art, en medio de una sala cálidamente iluminada, estaba el cuadro *Aristóteles con un busto de Homero*. Sentí un profundo estremecimiento ante la imagen de ese filósofo vestido con ropajes del siglo XVII, que miraba fijamente al poeta que narró los mitos y se convirtió en leyenda. Ahí estaba yo, viendo a Rembrandt, Rembrandt viendo a Aristóteles y Aristóteles viendo a Homero. No supe entonces que ese momento fue una premonición de mi vida: la política, el

arte, la filosofía y la literatura... sólo estaba ausente la música. Ese cuadro resumía los pilares que habrían de sostenerme hasta el día de hoy.

Al inaugurar esta exposición, deseo con todas mis fuerzas que los niños y jóvenes costarricenses puedan también adivinar sus vidas en la contemplación del arte, sentir el espíritu de los grandes genios universales y salir al mundo a conquistar sus sueños. Ese es el deseo que pide con fervor un Presidente que alguna vez, hace muchos años, fue también un joven soñador.

CUATRO

UNA VENTANA AL CORAZÓN

MI INFANCIA FUE...

CENTRO CULTURAL HEREDIANO OMAR DENGÓ, ANTIGUA ESCUELA
REPÚBLICA ARGENTINA
HEREDIA, COSTA RICA
14 DE ABRIL DE 2010

“Estas mismas aulas en donde organizábamos concursos de oratoria, escucharán la voz del próximo tenor de Costa Rica; estos mismos patios en donde jugábamos bola en los recreos, verán los giros y los saltos de las mejores bailarinas del día de mañana”

Imaginen este lugar a las siete y media de la mañana, un día de clases hace unos sesenta años. No hay nadie en los pasillos ni en los patios de la escuela, salvo algún chiquillo despistado que llega tarde a la primera lección, con los cordones sin amarrar y el pelo aún empapado por un baño a la carrera. En las aulas, las maestras repiten con paciencia: “*hoy es viernes 14 de abril de 1950*”, mientras decenas de cabezas se inclinan sobre los pupitres, y escriben con cuidado para no tener que hacer tachones sobre las hojas limpias. Por las ventanas entra la luz de un día de verano, que se cuela entre los dibujos de una cortina comprada por metro en algún bazar del centro de Heredia. En el fondo de cada aula, una mesita sostiene una hilera

de frasquitos de vidrio, en donde germinan frijoles como parte de un proyecto de Ciencias. En el suelo se exhibe un desorden de bultos de cuero, cantimploras de lata y cuadernos cosidos con pabilo; mientras en el aire vuela el aroma de la flor del café, de la tierra húmeda de rocío y del perfume de las maestras.

En alguna de esas aulas, inclinado sobre un pupitre de madera, un niño tímido y aplicado, de dientes saltones y grandes orejas, escribe lentamente: “*Mi nombre es Óscar Arias Sánchez. Vivo en San Francisco de Heredia. Estudio en la Escuela República Argentina. Mi maestra es la Niña Olga Camacho de Brenes*”.

Hoy vuelvo a este lugar, muchas décadas después, al lado de aquella mujer que me enseñó a escribir y a leer. Vuelvo a cruzar ese umbral, en donde tantas veces me dijo adiós mi madre, mientras se ajustaba sobre el hombro la bolsa del mercado. Vuelvo a recorrer estos pasillos, en donde hice fila al lado de mis compañeros de grupo. Vuelvo a la Escuela República Argentina, que hoy renace como el Centro Cultural Herediano Omar Dengo.

No puedo expresar con palabras cuánto me conmueve este acto. Cuánto me enternece pensar que estas mismas aulas en donde organizábamos concursos de oratoria, escucharán la voz del próximo tenor de Costa Rica; que estos mismos patios en donde jugábamos *bola* en los recreos, verán los giros y los saltos de las mejores bailarinas del día de mañana; que estos mismos techos que escucharon el *dictado* que nos repetía la niña Olga, escucharán ahora las notas de Vivaldi o de Bach, de Paganini o de Mozart; que estas mismas paredes en donde colgábamos con *chinchas* nuestros dibujos inexpertos, ahora sostendrán las acuarelas de Hugo Sánchez y de sus alumnos de artes. Este lugar en donde aprendí a pensar, le enseñará a cientos de heredianos a sentir.

Una hermosa poesía de Antonio Machado dice: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero”.

Mi infancia son recuerdos de estos patios heredianos, en donde la niña Olga revisaba mis cuadernos. Mi infancia son las clases en donde flotaba su voz dulce, y en donde por primera vez se me ocurrió decir que quería ser Presidente de la República. Mi infancia son estas ventanas que alumbraron el despertar de la cultura de Heredia. Mi infancia es la Escuela República Argentina, y hoy ustedes me permiten que sea también mi madurez.

UN SUEÑO HECHO REALIDAD

ENTREGA DEL HOSPITAL DE HEREDIA

HEREDIA, COSTA RICA

28 DE ENERO DE 2010

“Una vez más le decimos a Costa Rica que “sí se puede”. Una vez más le decimos al miedo, a la pereza, a la desidia, a la desesperanza, que no tienen cabida en el corazón de nuestro pueblo. Una vez más le decimos a los costarricenses que el pasado de Costa Rica fue glorioso, pero su futuro será todavía mejor. Tan sólo hay que atreverse a construirlo”.

Hay muchas razones por las cuales me gustaría devolverme en el tiempo: para abrazar a mi mamá una vez más; para conversar de nuevo con mi papá; para disfrutar con mis hermanos y mis primos un atardecer en los cafetales de Heredia; para ver nacer a mis hijos, sabiendo cuán maravillosos serían. Me gustaría volver a vivir tantas cosas que me hicieron el hombre que soy, tantos recuerdos que conforman no sólo mi pasado, sino también mi más entrañable presente.

Los últimos días he pensado que me gustaría devolverme en el tiempo para recorrer los pasillos del viejo hospital San Vicente de Paul, visitar sus salones y sus cuartos hasta encontrar a ese chiquillo de nombre Óscar Arias,

que se sienta asustado en una silla en una sala de espera, de la mano de su madre, minutos antes de recibir una vacuna contra la alergia. Me gustaría inclinarme frente a ese chiquillo y decirle que todo va a estar bien. Decirle que algún día, muchos años después, vendría de nuevo al Hospital San Vicente de Paul, pero no como un paciente, sino como un Presidente. Que vendría de nuevo, pero no para pedir ayuda, sino para ofrecerla. Que vendría de nuevo, pero no a aquel lugar donde las monjitas lo atendían con cariño y devoción, sino a un hospital totalmente nuevo, construido y equipado para brindar atención a los heredianos durante muchas décadas por venir.

A lo largo de estos casi cuatro años de Gobierno, he visto nacer muchas obras. El día de ayer inauguramos la autopista a Caldera. El día de mañana inauguraremos todos los puentes de la Costanera Sur. He inaugurado EBAIS y CEN-CINAI, escuelas de música y centros comunitarios inteligentes. Pero creo que ninguna de esas obras está tan cerca de mi corazón, tan cerca de mi historia personal, como el nuevo hospital de Heredia. Ésta es la tierra que me vio crecer, la tierra que me enseñó la base de todo lo que sé. Y el viejo hospital me enseñó algo que nunca pude olvidar: el valor de la Caja Costarricense de Seguro Social. La bendición de contar con un sistema de salud universal. El privilegio de disponer de los mejores doctores y las mejores enfermeras del país, en los hospitales públicos. Por eso, cuando fui candidato, les prometí que haríamos un nuevo hospital para Heredia. Hoy que estoy cerca del final de mi mandato, recibo con satisfacción el inmueble de manos de la empresa constructora. Por fin, tendremos un nuevo hospital en Heredia, un sueño hecho realidad para un pueblo que merece esto y mucho más.

La entrega de este hospital ha sido posible gracias a la labor de muchas personas e instituciones. Pero quiero

darle las gracias especialmente al pueblo herediano, por haber depositado en nosotros su confianza. Por haber creído en nuestra promesa. Por haber demostrado que no son los escépticos ni los derrotistas los que escriben la historia, sino los decididos y los optimistas.

Una vez más le decimos a Costa Rica que “sí se puede”. Una vez más le decimos al miedo, a la pereza, a la desidia, a la desesperanza, que no tienen cabida en el corazón de nuestro pueblo. Una vez más le decimos a los costarricenses que el pasado de Costa Rica fue glorioso, pero su futuro será todavía mejor. Tan sólo hay que atreverse a construirlo.

He dado las gracias en mi calidad de Presidente. Permítanme, por favor, darlas en nombre del niño que fui. De ese niño que aún espera sus vacunas en un pasillo del hospital San Vicente de Paul. De ese niño que aún sabe que no hay mayor tesoro que la salud, ni mejor Gobierno que el que sabe cuidarla. De ese niño que soñó con poder ayudar a su pueblo y a su gente, cuando fuera mayor. De ese niño que visitó tantas veces la Parroquia y la antigua Escuela Argentina; que corrió frente al Fortín y comió ensaladas de frutas donde Paco Alfaro. De ese niño que hoy se asombra, y se emociona, al ver un nuevo símbolo de la ciudad en que creció. En nombre del niño que fui, en nombre de los miles de niños que vendrán después de nosotros, recibo hoy esta estructura en el corazón de Heredia y con el corazón de un herediano.

V

HOMENAJES

UNO

EN CASA

LA MEJOR MEDICINA DEL MUNDO

A MI PUEBLO
30 DE MAYO DE 2008

En la realidad política de muchas de las naciones del mundo, parecieran carecer de importancia los aspectos afectivos y emocionales, motivados por manifestaciones de cariño como la generosidad, la compasión, la solidaridad, y la empatía. Como si los sentimientos fueran, por definición, una muestra de debilidad o un impedimento para la acción. Solemos permitir que la política sea percibida como una actividad en la que se deben dejar de lado los goces de la vida y los sentimientos de las personas.

En muchas de las antiguas y modernas dictaduras, por ejemplo, se intenta ocultar la humanidad de quien se hace llamar su líder. Se ocultan sus preocupaciones y sus esperanzas, sus sufrimientos y sus alegrías, sus penas y sus glorias, como si ese líder estuviera exento de cualquiera de las fortunas o decepciones que experimentan los ciudadanos de su país; como si se tratara de un superhéroe, de una máquina o de un robot.

Afortunadamente, la política se ejerce de manera distinta en Costa Rica. Nuestro país no es sólo más democrático porque es más libre o más pacífico, sino también porque sus gobernantes son capaces de aceptar su condición humana, y de expresar sus emociones y sus sentimientos.

Si algo he comprobado en mis casi cuarenta años de función pública, es que el cariño y el entendimiento entre los gobernantes y los ciudadanos es posible y que no constituye un signo de debilidad política, sino un signo de fortaleza y de evolución de las civilizaciones. Por esa razón, no tuve ningún reparo en contarle al pueblo costarricense que he contraído el virus AH1N1, y de las medidas que estoy tomando para mi recuperación.

En estos días en que he tenido que guardar reposo, he comprobado nuevamente el cariño de los costarricenses. Dicen que *“un corazón alegre es buena medicina”*. Las medallas, las oraciones, los correos electrónicos, las cartas y demás muestras de afecto que me han enviado muchos de los costarricenses, han llenado mi corazón de optimismo y me han acompañado en estos días de recuperación. Les puedo decir, con toda seguridad, que se han convertido en la mejor medicina del mundo para mi cuerpo y para mi espíritu.

Continúo trabajando desde mi casa y tomando las decisiones que el país necesita. Extraño, sin embargo, mis tareas habituales, las reuniones que a diario sostengo y las actividades a las que siempre asisto. Pero lo que más extraño es el placer que me da hablar con mi pueblo. Hablar con las familias cada domingo a través de la cadena nacional de televisión; hablar con los ancianos en cada gira que realizo por el país; hablar con los jóvenes en los colegios y con los niños en las escuelas; hablar con los padres de familia; hablar con los funcionarios públicos, con los maestros, con los empresarios, con las amas de casa, con los agricultores, con los estudiantes. Hablar con el pueblo que por décadas me ha dado su confianza y su amistad, su aprecio y su cariño. Un cariño que hoy agradezco más que nunca y al que espero pronto poder corresponder como siempre: con palabras de amistad sincera.

LA HORA DE LAS COMPENSACIONES

A MICHELLE BACHELET
PRESIDENTA DE CHILE
SAN JOSÉ, COSTA RICA
29 DE OCTUBRE DE 2008

Una maravillosa canción de Pablo Milanés inicia diciendo: “*yo pisaré las calles nuevamente de lo que fue Santiago ensangrentada, y en una hermosa plaza liberada me detendré a llorar por los ausentes*”. La sangre de Santiago corrió por las calles y las plazas de toda América, como un hilo de muerte que ató nuestros destinos a los hermanos que en Chile perdieron la vida, el hogar o la libertad. Hubo sangre de Santiago en cada ciudad de nuestro continente, en la sonrisa de los niños que nos recordaban a los huérfanos de Chile, en la alegría de los jóvenes que nos recordaban a los torturados de Chile, en la lucha de los hombres y de las mujeres que nos recordaban a los desaparecidos de Chile. Hubo sangre de Santiago en el dintel de cada casa de América que acogió a un refugiado de Chile, en la consciencia de cada habitante de esta franja de tierra que abrió los brazos a un exiliado. Yo fui uno de esos habitantes, mis brazos fueron unos de esos brazos.

Venimos a esta Corte Interamericana de Derechos Humanos, resquicio de la lucha contra el tirano, como

entrando de nuevo a Santiago a pisar las calles liberadas y a proclamar, para usar la expresión universal de Ernesto Sábato, un rotundo *nunca más* para las dictaduras en América. Venimos a llorar por los ausentes, pero también a celebrar la vida de los presentes. A dar gracias porque los hijos y las hijas de la dictadura no sean dictadores, porque los que fueron tratados con odio y con violencia, gobiernen hoy con paz y con tolerancia. Señora Presidenta, es usted el epítome del ideal de quienes aquí alzamos la voz contra la opresión y las violaciones de los derechos humanos. Es usted la respuesta que nuestros clamores buscaron. Pedimos paz y justicia, pedimos libertad y democracia, pedimos perdón y reconciliación, pedimos recuerdo sin venganza. Los países, como los hombres, tienen la mujer de sus sueños. Usted es la mujer de los sueños de la Costa Rica, que gritó y lloró en nombre de un Chile enmudecido.

Su presencia aquí es un prodigio de la historia, un gran desmentido a los pesimistas y a los cínicos. Gandhi tenía razón: *a través de los siglos, el amor y la verdad han ganado todas las batallas*. Ha habido tiranos y asesinos, y por algún tiempo pueden parecer invencibles, pero al final caen y quedamos nosotros, libres, reconciliados, dispuestos a enmendar de nuevo las heridas.

En el año 1987, pronuncié las siguientes palabras en la inauguración del V Curso Interdisciplinario de Derechos Humanos: *“¿Qué décadas miserables para la libertad de América son las que estamos viviendo! El grito desgarrador de derechos pisoteados se escucha en todos los confines...”*. Qué lejos parece ese momento. Una chilena democráticamente electa por su pueblo, visita hoy la Corte Interamericana de Derechos Humanos. En alguna parte del cielo, de la tierra o de la memoria, nos ven los chilenos que perdieron la vida por este día, y los que aún andan errantes por

el mundo. Los asesinados, los desaparecidos, los exiliados, se ríen hoy al verla, señora Presidenta. Se ríen y celebran y bailan juntos la cueca de la libertad chilena. En esta vida o en lo que suceda después de ella, llega siempre la hora de las compensaciones.

A quienes, en cualquier otra parte del planeta, padecen de la opresión, de la persecución o de la discriminación; a quienes ven el tropel de las injusticias desfilar cada día frente a su puerta, les decimos que vuelvan la mirada a este momento histórico, a este triunfo de la vida, y no pierdan la esperanza, porque nosotros seguiremos librando las luchas que quedan. *El canto que ha sido valiente*, decía Víctor Jara, *siempre será canción nueva*.

Dicen que el dueño de la casa debe ser el último en hablar, por eso le cedo ahora la palabra, señora Presidenta. Esta es su casa, el altar de justicia que hoy recibe la ofrenda de su presencia.

UNA VISITA QUE EMPEZÓ MUCHOS AÑOS ATRÁS

A PLÁCIDO DOMINGO
SAN JOSÉ, COSTA RICA
12 DE NOVIEMBRE DE 2008

He querido recibir en mi hogar a una persona que desde hace mucho tiempo ha recorrido, sin saberlo, cada rincón de esta casa. Desde el primer día en el que lo oí entonar un aria, estas puertas han estado abiertas para usted, de par en par. Estos vidrios han temblado innumerables veces con su interpretación de don José en *Carmen* de Bizet. Estos muros retienen aún el eco de su voz como el Tristán de Wagner. Mi pobre televisor debe estar cansado de reproducir las imágenes de *La Traviata* de Verdi, dirigida por Zeffirelli. Su inmensa amabilidad de aceptar una invitación a cenar en mi casa, es tan sólo la conclusión de una visita que empezó muchos años atrás. Su voz fue la vanguardia, hoy llegan sus pasos hasta mi umbral. Hay cosas en la vida que, por ser maravillosas, necesitan décadas para ocurrir.

No sé si pueda expresar con precisión lo que siento al darle la bienvenida. En muchos aspectos, sigo siendo aquel niño tímido que se escondía en un rincón de la oficina de su papá, a escuchar ópera en discos de 68 revoluciones. Sigo siendo aquel muchacho que se aprendía los

libretos de las arias que entonaban Bjorling, del Mónaco, di Stefano, Corelli y Caruso. Sigo siendo aquel joven universitario que sacrificaba horas de estudio para asistir al Convent Garden, en Londres, a escuchar el Anillo de los Nibelungos. ¿Quién habría pensado que tendría la oportunidad de recibir a uno de los más grandes tenores de todos los tiempos en la sala de mi hogar?

¡La vida es tan corta! No nos alcanza el tiempo para bordar siquiera una esquina del manto de nuestros sueños. Quizás por eso, las culturas orientales sostienen la creencia en la reencarnación: una oportunidad para vivir todo lo que queda pendiente. No puedo evitar pensar que usted, en cambio, ha vivido más de 126 vidas en el plazo de una sola existencia. La pasión con que interpreta cada papel en el escenario, le hace posible ser simultáneamente varias personas. Hoy con nosotros cena Radamés, un capitán de la guardia egipcia de la Antigüedad; cena Sigmundo, un guerrero nórdico en busca de una espada; cena un barbero ingenioso llamado Fígaro, y un poeta enamorado de nombre Rodolfo, que habita en las buhardillas de París. Cena Otello en la misma silla que Rasputín, y Cyrano de Bergerac compone versos en los labios del Quijote. Algún día, alguien también lo interpretará a usted. Será ése el drama de una vida plena, cuya semilla fue sembrada en España, cultivada en México y disfrutada en cada esquina del orbe. Sólo espero que el tenor que lo represente en ese día, se acerque aunque sea un poco a su legendaria realidad.

Brindo entonces por el conde de Almaviva y por el duque de Mantua, por Calaf y por Romeo, por Tannhäuser y por Parsifal; y brindo, sobre todo, por Plácido Domingo, más inmenso que todos sus papeles. Como dijo Verdi, *Libiamo, libiamo ne'lieti calici che la bellezza infiera. Bebamos, bebamos en alegres copas que adornan la belleza.*

UNA AMISTAD COMO LA FLOR DE LOTO

A HU JINTAO

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA POPULAR DE CHINA

SAN JOSÉ, COSTA RICA

17 DE NOVIEMBRE DE 2008

El día de mañana se cumplirán ochenta años de la muerte de uno de los más grandes pensadores que ha producido Costa Rica, el maestro de maestros, Omar Dengo. Dentro de sus innumerables méritos, uno de los más sorprendentes es el haber luchado por incluir en el pensamiento y en la filosofía costarricense, las corrientes orientales que había conocido en sus viajes y lecturas. En Omar Dengo encontramos a uno de los primeros habitantes de nuestro país que manifestaron su fascinación con la cultura china.

En uno de sus relatos decía: *“la flor del loto ha sido durante muchos siglos en el Oriente el símbolo de la vida humana. Porque la planta vive, al mismo tiempo, en tres distintos mundos; la tierra, el agua, el aire... Nosotros florecemos en el mundo del corazón y es maravillosa la florecencia”*. Excelentísimo señor Presidente, los seres humanos somos flores de loto intentando ascender del barro, intentando producir cosas bellas, cosas nobles, en medio del barullo de un mundo vertiginosamente cambiante, y a veces algo extraviado. Es

el poder de la semilla lo que nos permite florecer; son los nutrientes que se esconden en el corazón de nuestras naciones. A través de los siglos, la cultura china ha sido fuente inagotable de nutrientes para toda la humanidad, y hoy es fuente de nutrientes para Costa Rica.

El loto tiene la cualidad de producir semillas de una duración impensable. Se ha sabido de semillas de 1.300 años de antigüedad, que han germinado dando frutos y flores como si fueran semillas nuevas. Exactamente ésa es la cualidad de la civilización china. Una civilización que antecedió a la sociedad costarricense por milenios, pero que hoy rinde sus frutos y sus flores en esta amistad que apenas comienza.

La amistad es uno de los secretos más hermosos e inescrutables de la vida. Une a personas distintas en lazos entrañables. Une al empresario con el obrero, al hombre con la mujer, al joven con el anciano. Une a una nación tan pequeña como Costa Rica, con una nación tan inmensa como China. Une a 4 millones y medio de habitantes, con 1.300 millones de personas talentosas y trabajadoras. Une a un país de bosques tropicales y volcanes activos, con una nación de palacios y pagodas. Hace posible que los jóvenes costarricenses aprendan mandarín en las universidades chinas, y que cada vez más y más turistas vuelen a Costa Rica desde el oriente lejano.

En estos momentos es de noche en China. Pero en algunas horas, su gente despertará con el mismo sol que nos traerá la luz del día de mañana. Brindo entonces por ese sol que nos une y por la semilla del loto que ha florecido después de miles de años.

COMPARTIENDO UNA MISMA GRUTA

A TABARÉ VÁZQUEZ ROSAS
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
SAN JOSÉ, COSTA RICA
23 DE ABRIL DE 2009.

En una carta escrita en el año 1952, parte del intercambio epistolar que mantuvieron los célebres escritores uruguayos Juan Carlos Onetti y Mario Benedetti, mientras éste último residía en Argentina, Onetti escribió: *“Amigo Benedetti: No le escribo a usted, sino a la Patria”*. Con frecuencia los hijos de este continente igualamos a las personas que queremos con los lugares de los que provienen. Así, el artista en el exilio es a la vez los versos y las milongas de su arrabal; el libertador desterrado es a la vez las hazañas y las leyendas de su país libertado; y el Jefe de Estado que visita una nación amiga es a la vez la esperanza y el progreso de su pueblo. Por esa razón, señor Presidente, permítame en esta noche darle la más cordial bienvenida a nuestro país. En nombre de Costa Rica, lo saludo a usted y a su patria.

Muchos son los Jefes de Estado que hemos tenido el honor de recibir en este Teatro Nacional. Por aquí han desfilado los líderes de potencias mundiales y de humildes naciones; de países vecinos y de lejanas comarcas; de

pueblos que son aliados estratégicos y de los que son sencillamente amigos del alma. En muchas ocasiones hemos recibido a los representantes de países hermanos de Costa Rica. Pero sólo cuando un Presidente uruguayo visita nuestro territorio, tenemos la oportunidad de recibir al representante de un país gemelo del nuestro. Son tan parecidas nuestras dos repúblicas, tan paralelas nuestras luchas históricas en la búsqueda de la paz, la democracia y la libertad, que uno se pregunta si en algún pasado remoto, en el vientre prehistórico de la vida, no habremos compartido una misma gruta. Es por eso que su visita, señor Presidente, constituye para nosotros el necesario ejercicio de encarar el espejo. En la realidad uruguaya, Costa Rica encuentra mucho de lo que es y de lo que dese- aría ser. Le agradezco ese acto de introspección que, tal vez sin quererlo, usted ocasiona en nuestro pueblo.

Y espero que también nosotros incitemos a la reflexión al pueblo de Uruguay. Un país sin ejército recibe hoy a un Presidente que en lugar de la agresiva casaca militar, ha vestido siempre la blanca gabacha de un doctor. Un Presidente que en lugar de recorrer los pasillos de un cuartel gritando órdenes a sus soldados, recorrió siempre los pasillos de los hospitales dando recomendaciones a sus pacientes. Doctor de la democracia y de la libertad, cirujano de los derechos humanos y la paz, Costa Rica lo recibe como muestra de la reconciliación uruguaya, y como promesa de un futuro en el que nunca más la enfermedad del odio y de la opresión envenenarán el espíritu de uno de los más grandes países de América.

Poco queda ya del Uruguay en donde desfilaba una *“cumparsa de miserias sin fin”*, para emplear las palabras del tango de Matos Rodríguez. La nación que hoy recibe el sol en la costa oriental de Suramérica es un desfile de logros y de conquistas, de alegrías y de esperanzas. Ésa es

la nueva cumparsita del desarrollo, que resuena en los rincones de Uruguay. La cumparsita del progreso y del bienestar. Brindo porque ese nuevo tango se oiga en todos los confines de nuestro continente. Brindo, como decía un verso de Benedetti, por ese “*país lejos de mí, que está a mi lado*”. Brindo por su Presidente, doctor de sueños alcanzados, y por el pueblo de Uruguay que para nosotros es más gemelo que hermano.

OCHOCIENTOS AÑOS COMO OCHOCIENTOS ABRAZOS

A FELIPE CALDERÓN HINOJOSA
PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
SAN JOSÉ, COSTA RICA
30 DE JULIO DE 2009

Me agrada pensar que no soy yo el primer habitante de estas tierras que recibe a un ilustre viajero mexicano. Lo hicieron mis antecesores Jefes de Estado, de este siglo y del anterior, a través de las eras de nuestra democracia y de los distintos gobiernos de nuestras repúblicas. Lo hicieron los Gobernadores de esta humilde provincia, en tiempos de la Colonia y del Virreinato de Nueva España. Lo hicieron, quién sabe cuántas veces, aquellos nativos precolombinos de quienes guardamos tan poca memoria escrita.

Quizás algún chichimeca intrépido, ávido de conquistas y de aventuras, encontró en nuestros bosques a una tribu chorotega, y compartió con ellos un banquete en señal de paz y de unidad. Quizás algún maya de Chichen Itzá, extraviado en su canoa por los vientos de un huracán caribeño, tocó tierra en las costas limonenses y forjó amistad con los huetares de aquellos parajes. Ignoro en torno a qué fuegos y con qué palabras pueden haber conjurado entonces los primeros vestigios de esta relación maravillo-

sa. Pero sé que aquí nos aventajan al menos ochocientos años como ochocientos abrazos, y que este encuentro se suma a miles de citas previas. Y así como el flujo y el reflujo de las olas no le resta poder al mar inmenso; así como el tránsito de las estaciones por los campos no hace menos cierto el milagro de la primavera, esta reunión no deja de ser un prodigio por el hecho de repetirse.

Decía la gran escritora costarricense, Eunice Odio, radicada en México durante los últimos años de su vida, que aquel era el país más bello de nuestra Hispanoamérica, *“porque su gente es como es: mágica y dulce como los esqueletos de árbol que haya la primavera”*. Quien ha conocido las dolorosas cicatrices del pasado mexicano, quien sabe de los pasajes a veces claros y a veces tortuosos de la senda de su historia, reconoce lo que es encontrar, como insinuó la poetisa, árboles a punto de estallar de nuevo en primavera. Hace poco más de veinte años, Juan Rulfo escribía estas fúnebres palabras sobre su tierra natal: *“Aquí parece que la esperanza se nos está muriendo cada día, cada hora. Y aunque somos un pueblo acostumbrado a soportar los peores desastres, a vivir, como quien dice, entre ruinas, sentimos los golpes de la fatiga, y al igual como dijeron los antiguos mexicanos en 1521, después de ver destruida su capital, “nuestras casas están llenándose de agujeros; ... los hombres vencidos, desesperados, vagan sonámbulos entre el polvo”*.

Esa era también la suerte de Centroamérica por aquellas tristes horas de finales de la década de los ochenta. Y hoy vienen ustedes de un México renovado a una Centroamérica renacida, como dos primaveras que se encuentran en un mismo territorio, poblado de árboles capaces de brindar frutos y semillas. Nosotros somos esos árboles que han visto reverdecer la esperanza en nuestra región. Somos los encargados de transmitir la savia que ha despertado con cada joven que asiste al colegio en lugar

de marchar a la guerra, con cada ciudadano que ejerce sus libertades en lugar de rogar por ellas. Somos una mejor región hoy que hace apenas unos lustros, y esa es la medalla más insigne que puede un pueblo colocarse sobre el pecho. Brindo entonces por ese progreso que nos ha traído hasta aquí, y por el que nos espera en los próximos siglos. Brindo por la primavera que brota en cada confín de nuestras naciones. Brindo por usted, Excelentísimo señor Presidente, hijo digno de la tierra donde libró sus gestas el valiente Morelos. Y brindo por la amistad que nos une, de la que sentiría envidia aquel imaginario chichimeca, sentado en la mesa de un chorotega recién conocido.

UNA LÁMPARA ENCENDIDA

A WANG XIAOYUAN
EMBAJADOR DE CHINA EN COSTA RICA
SAN JOSÉ, COSTA RICA
8 DE DICIEMBRE DE 2009

Cuando uno teje sus días en las trenzas de la política, es difícil conocer en qué medida las decisiones públicas pueden incidir en su vida personal. Uno impulsa cambios que considera necesarios para el país, y al final del camino, esos cambios pueden ser la causa de alegrías y de infortunios en su esfera privada. Hace dos años y medio, anuncié mi decisión de establecer relaciones diplomáticas con la República Popular de China, porque creía en las inmensas oportunidades que ese país escondía para mi pueblo. No sabía que también escondía para mí un regalo particular: el más entrañable amigo chino.

No crean que esta noche el Presidente de la República le ofrece una cena de despedida al Embajador de China. Esta noche, Óscar Arias le dice adiós a su amigo Wang Xiaoyuan, y a su esposa. Les dice adiós con la gratitud de quien ha conocido, en poco tiempo, la insondable generosidad del espíritu chino. Les dice adiós con la nostalgia de quien vio germinar, junto a la amistad entre dos naciones, la amistad entre dos personas. Les dice adiós con la

resignación de quien tiene muchos compañeros en la lejanía, y ha aprendido que la distancia no tiene por qué aplacar la amistad.

Quisiera poder darles, en un cofre, lo mejor de Costa Rica. Empacarles en una valija el aire frío del volcán Poás o del volcán Arenal, y la brisa caliente de las playas de Guanacaste o de Puntarenas. Empacarles el olor del *gallopinto* con natilla, y el aroma de un café recién chorreado. Empacarles el sonido de una salsa o de una cumbia, y el grito de gol en un partido de fútbol. Empacarles la sonrisa de un niño vestido con uniforme de escuela, y el abrazo de una madre campesina. Empacarles la danza de una bandera ondeando al viento, que con los colores de Costa Rica dice paz para el mundo, paz para China y paz para ustedes y su familia. Quisiera poder darles todo eso, pero tendré que conformarme con darles un pequeño recuerdo: la condecoración más alta que, como Presidente, puedo otorgarle a un diplomático en Costa Rica, la Orden Nacional Juan Mora Fernández.

Con este reconocimiento quiero darle, Señor Embajador, toda la gratitud que el pueblo de Costa Rica le debe y todo el cariño que le tiene. Quisiera que le sirva como brújula para encontrar el camino de vuelta, porque aquí, en el centro de América, una nación lo esperará siempre con los brazos abiertos.

Quiero terminar recordando una hermosa poesía del escritor chino Du Fu, que narra el encuentro entre dos amigos separados durante décadas. Los primeros versos dicen así: *“A menudo en esta vida nos parecemos, en nuestra dificultad para vernos, a las constelaciones Shen y Shang, que nunca comparten el mismo cielo, pues una aparece cuando la otra se oculta. ¿Qué fortuna es ésta que nos permite, esta noche, compartir la luz de una misma lámpara?”*. La fortuna nos permitió compartir la misma lámpara durante más de dos

años, por una buena decisión política que acabó siendo también una buena decisión personal. Hoy esta lámpara es testigo de nuestro último encuentro. Sepa, querido Embajador, que quedará encendida esperando su regreso, esperando que vuelva a esta tierra que también es su tierra; a este pueblo que también es su pueblo. Esperando que su constelación vuelva a compartir nuestro cielo.

ENTRE COSTA RICA Y QATAR NO HAY ESPACIOS VACÍOS

AL EMIR DE QATAR
GUANACASTE, COSTA RICA
24 DE ENERO DE 2010

En la noche 270, y muchas noches que la siguieron, Sherezade narró al Rey Shahriar el relato de una joven esclava de nombre Simpatía, hermosa y sabia como ninguna, que en aras de salvar a su amo de la ruina, se ofrece como sirvienta ante el Califa, a cambio de 10 mil dinares. El Califa y su Corte ponen a prueba el valor de la joven esclava, haciéndole todo tipo de preguntas imposibles, a las que ella contesta siempre con la respuesta indicada. Al ser consultada sobre por qué Adán lleva por nombre Adán, Simpatía contesta: *“El nombre de Adán viene de la palabra arábiga adim, que significa la superficie de la tierra: le fue dado al primer hombre, por haber sido creado de la tierra tomada de diferentes partes del mundo. Su cabeza fue hecha con el suelo del Este, su pecho con el suelo de la Kaaba y sus pies con suelo del Oeste”*.

Me gusta esta respuesta no sólo porque nos recuerda que el mundo árabe y el mundo cristiano comparten muchas de sus creencias, entre ellas la fe en un primer hombre de nombre Adán, moldeado por un único Dios a

partir del barro; sino también porque nos cuenta que ese barro estaba compuesto de todas las regiones del mundo. Me hace pensar que tal vez alguna célula remota de mi cuerpo lleva todavía granos de arena qatari. Y tal vez alguno de ustedes, sin saberlo, carga en su sangre algo de la tierra costarricense que hoy los recibe con los brazos abiertos.

A menudo se nos olvida la profunda interconexión que existe entre todos los pueblos del planeta. Se nos olvida que las antípodas de la Tierra están unidas, como las esquinas de un manto, por los mismos mares y cordilleras, por los mismos valles y desiertos. Entre Costa Rica y Qatar no hay espacios vacíos, sino un océano que revienta en una orilla con la misma agua salada con que bañó al otro extremo.

Quizás entenderíamos mejor esa conexión si nuestros mundos se mezclaran de repente. Si una mañana cualquiera, un tucán se posara en una de las torres del antiguo fuerte en Al Zubarah. Si un día creciera musgo fresco sobre las dunas ardientes de Khor Al Adaid. Si de pronto un órice de Arabia saltara entre las faldas de un volcán costarricense. Tal vez entonces entenderíamos que nuestras naciones están mucho más unidas de lo que se imaginan, y comprenderíamos que el secreto para la paz y el progreso de nuestros pueblos, está en profundizar esa conexión y no en rehuirla.

Por eso estamos aquí. Para profundizar la unión que ya existe entre nosotros. Para acercar a Costa Rica al milenario mundo árabe. Para construir conjuntamente un mejor destino para nuestros pueblos. Confío en que sabremos hacerlo.

Hoy brindo por la amistad entre Qatar y Costa Rica. Brindo por el barro que se esconde en mis venas y en las tuyas, con arena de todos los reinos del mundo. Brindo por Su Majestad, el Emir de Qatar, y por todos nosotros, para que, como la esclava Simpatía, sepamos demostrar siempre prudencia y sabiduría.

SOY EL PRESIDENTE MÁS ORGULLOSO DE SU EQUIPO

A MI EQUIPO DE GOBIERNO 2006-2010

SAN JOSÉ, COSTA RICA

5 DE MAYO DE 2010

Uno va por la política pidiéndole al cielo voluntarios. Uno espera que alguien alce la mano, que alguien dé un paso al frente, que alguien diga “presente” en la construcción de los ideales. Uno confía en que la lealtad será más poderosa que el temor, que la esperanza podrá más que el desencanto. Al convocar a su equipo de Gobierno, uno le apuesta su último centavo a la bondad del corazón humano. Pero nada es seguro en este oficio. Nada está garantizado. Por eso sé que no hay dicha comparable a la de ver, al final de mi mandato, tantos amigos a mi lado.

Hace cuatro años les pedí que me acompañaran en una tarea improbable. Costa Rica había perdido el rumbo y la ruta; había arrojado al pozo de los lamentos su fe en la buena política. Nos correspondía reconstruir el tejido de los sueños. Nos correspondía sustituir el desengaño por la confianza. La faena era tan ardua, y las expectativas, tan altas, que muchos dudaron de nuestra capacidad de llegar a buen puerto. A todos ellos, a los pesimistas y a los escépticos, les demostramos hoy un Gobierno al final de

la carrera, un Gobierno profundamente satisfecho. Sabemos que logramos sacar adelante la tarea.

Los logros de los últimos cuatro años no son sólo logros de un Presidente; son logros de un grupo de hermanos. Despedirme de ustedes es más difícil de lo que pensaba. No prometo pronunciar estas palabras con voz firme. No prometo contener el galope de mi corazón emocionado. Porque sólo sé decir adiós con el alma en la mano.

Esta tarde quiero darles las gracias por haberme acompañado. Gracias por haberme dado su amistad, aún en la noche más oscura de estos cuatro años. Gracias por haberme defendido, cuando llegó la hora de la lealtad. Fue tan duro lo que tuvimos que atravesar, que muchas veces sentí que vacilaba el último cabito de la vela de la esperanza. Pero siempre hubo lumbre en sus miradas. Siempre hubo luz en medio de la nada. Y aunque en ocasiones me sentí abatido, nunca me sentí solo.

Ese orgullo me lo llevo conmigo. En mi corazón, seguiremos siendo hermanos todavía. Hasta el último momento, recordaré que la amistad puede sobrevivir incluso la prueba de la política.

Me voy tranquilo a descansar. Le di a este país lo mejor de mi vida. Muchos de ustedes continúan en el próximo Gobierno. Muchos serán, en el futuro, los protagonistas. Porque siempre hay una estrella más lejana. Siempre hay luchas que aguardan nuestras lanzas. Por eso hoy quiero darles un último consejo: nunca se alejen del pueblo de Costa Rica. Nunca olviden que ése es su único amo y su único juez. No trabajen para los periódicos, para los noticieros, para la oposición, para los grupos de presión. Recuerden gobernar para el pueblo, que ésa, y no otra, es la labor de un demócrata.

En su maravilloso discurso sobre la libertad, el Quijote le dice a Sancho Panza: *“¡venturoso aquel a quien el cielo dio*

un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!" Esta tarde les digo: ¡venturoso aquel a quien el pueblo le da la oportunidad de gobernar, sin que le quede obligación de agradecerle a otro que al mismo pueblo! No se dejen doblegar, no se dejen vencer. No claudiquen cuando se trata de defender lo que creen que es mejor para Costa Rica. No se rindan. No se rindan. Sostengan sus sueños, como un estandarte, hasta el final, y serán políticos verdaderamente libres. En servirle al pueblo está la libertad.

El cambio es la ley de la vida. Para vivir plenamente, hay que saber soltar las amarras. Hoy me despido de ustedes y le deseo lo mejor al Gobierno de doña Laura Chinchilla. Confío en que quedamos en buenas manos, y que nuestra primera Presidenta sabrá gobernar con sabiduría y con honestidad moral e intelectual.

Uno muere un poco cada vez que dice adiós. Pero renace en el recuerdo de todo lo que ha compartido. Yo renazco en la memoria de los días que juntos hemos vivido. Ustedes fueron mis aliados, ustedes fueron mis compañeros, ustedes fueron mis mosqueteros, mis lazarillos, mis escuderos. Les debo más de lo que puedo expresar, pero por última vez les digo la palabra más hermosa de cualquier diccionario: gracias, muchísimas gracias.

DOS

EN CASA DEL HERMANO

QUE ESAS AVES DE LA PAZ VUELVAN A CANTAR

A HANS-DIETRICH GENSCHER

EX CANCELLER DE ALEMANA

MUNICH, ALEMANIA

10 DE JUNIO DE 2006

Dice un viejo refrán que un diplomático es alguien que puede morderse la lengua en diez idiomas. Por eso me conmueven las generosas palabras del Dr. Genscher. Escuchar esos comentarios me habría tentado a nominarlo para ser ciudadano honorario de Costa Rica, de no ser porque ya lo es.

Quisiera agradecerles a todos ustedes por permitirme asistir al retorno de las aves a los jardines de Weimar.

Permítanme una explicación. En la primavera del año 1945, el escritor hispano francés, sobreviviente del Holocausto, Jorge Semprun, ganó su libertad del campo de concentración de Buchenwald e inmediatamente notó que los campos de Weimar se habían vuelto silenciosos. Todos los pájaros que volaban sobre los jardines que Goethe amaba, se habían ido, huyendo del olor de la guerra, del olor de ese momento diabólico de intolerancia.

Pero en marzo del año 1992, 47 años después de su liberación, Jorge Semprun regresó por primera vez al lugar donde había sido llevado al umbral de la muerte. De

vuelta en Weimar, Semprun escribió: “fue sólo entonces que escuché los numerosos murmullos de las canciones de las aves”.

Hoy, aunque estemos en Munich, o en cualquier otra parte en Alemania, escuchamos simbólicamente el canto y el gorjeo de los pájaros de Weimar, el sonido armonioso de una ciudad y una nación que ha alcanzado la paz. Hoy, tengo la buena suerte de estar aquí con un hombre cuyo trabajo ha permitido que esas aves de la paz vuelvan a cantar: Hans-Dietrich Genscher.

Requeriría mucho más que un breve brindis para hacer justicia a la carrera de uno de los políticos más admirables de nuestro tiempo. Su tenacidad fue vital para la reunificación alemana, su claridad moral fue crucial para la restauración de su soberanía, su sabiduría fue esencial para la integración alemana en los sistemas supranacionales del continente. La construcción de una Europa más liberada, más democrática y más pacífica de lo que fuera posible imaginar al final de la II Guerra Mundial, no habría sido posible sin los esfuerzos del Dr. Genscher. Con el paso del tiempo, sólo nos volvemos más conscientes de cuán visionario fue a lo largo de su vida.

Sus famosas palabras fueron pronunciadas a un grupo de refugiados en el año 1989, anunciando su partida. Pero yo pienso en él cuando escucho esos pájaros de Weimar, pues en gran medida debemos agradecerle al Dr. Genscher por su regreso. Por eso les pido que brindemos por la salud de mi querido amigo, Hans-Dietrich Genscher.

REENCUENTRO DE HERMANOS

A EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

PRESIDENTE DEL CONGRESO

VALPARAÍSO, CHILE

7 DE NOVIEMBRE DE 2006

En 1995, vine a Chile a rendir tributo a la memoria de un dirigente que fue capaz de suscitar en millones de hombres y de mujeres, las ideas originarias de un gran sueño: el de alcanzar la justicia sin destruir la libertad, y el de transformar el mundo sin amenazar la paz. Dije en aquella oportunidad: *“No poca suerte es poder venir a Chile, justamente cuando el destino de la República que don Eduardo Frei Montalva presidió, se encuentra en manos de un distinguido estadista, heredero de su sangre, de su nombre y de su deseo de servir al pueblo chileno y a los demás pueblos de América Latina, su hijo Eduardo Frei Ruiz-Tagle”*.

Hoy, tengo de nuevo el honor de estar frente a él en este altar de la democracia. Los parlamentos, en cualquier parte del mundo, son mucho más que las paredes que los conforman; son la cuna de nuestros sueños colectivos. Allí donde la voluntad del pueblo es la que reina, los súbditos somos todos, empezando por los gobernantes, los legisladores y los jueces; súbditos del más noble propósito que han perseguido los seres humanos: su libre y pacífica con-

vivencia. Por servir a ese propósito insondable, quiero extender mi admiración y mi respeto al Congreso de Chile.

Vuelvo hoy a suelo chileno, once años después de haber estado aquí por última vez. En mis viajes y en muchos de mis discursos he hablado de Chile, de su historia, de su victoria de libertad, de su vida en paz y prosperidad. Cuando hablo de los pueblos que necesitan ser liberados de la tiranía de la dictadura, hablo del dolor que conoció Chile; cuando hablo de los pueblos que buscan borrar la cruz de su pobreza, hablo de la prosperidad de Chile; cuando hablo de los pueblos que requieren encontrar el perdón y la reconciliación, de donde emerge indiscutiblemente la paz, hablo del perdón de esta República hermana.

Somos dichosos habitantes de países democráticos, pero para los habitantes de nuestras naciones, la democracia es sólo un umbral. Después de la larga noche de tutela militar que cobijó a Latinoamérica, la democracia puede ser una puerta que lidera a un cuarto iluminado, o un pasadizo que nos conduce a otro cuarto idénticamente oscuro. La democracia puede llevarnos a la luz si aseguramos a nuestros pueblos un mejor nivel de vida del que disfrutaron, o del que sufrieron durante la opresión. Este es nuestro mayor reto como gobernantes y legisladores de las naciones latinoamericanas: asegurarle a los nuestros los frutos de la democracia.

Nos queda, entonces, mucho por hacer. Y hemos de hacerlo precisamente *desde* las instituciones democráticas. Desde nuestro gobierno, desde nuestro congreso y desde nuestros tribunales. Tenemos pendiente una tarea de detalles, de pequeñas conquistas y de avances cotidianos. Esa es, quizá, la parte más anónima del heroísmo de la democracia, la de construir, con la paciencia del escultor,

sociedades más justas, más educadas, más equitativas, más solidarias. Y les corresponde, amigas y amigos, a ustedes. A ustedes, en este mismo instante.

Les dejo las hermosas palabras del gran poeta Vicente Huidobro:

“Yo no tengo orgullos de campanario
Ni tengo ningún odio petrificado
Ni grito como un sombrero afectuoso que viene saliendo
del desierto
Digo solamente
No hay tiempo que perder”

Brindemos por la unión de nuestro espíritu y la comunión de nuestros pueblos. Desde el atalaya de esperanza podemos vislumbrar un mañana colmado de bendiciones.

UNA VELA EN LA OSCURIDAD

A HANS-GERT POTTERING
PRESIDENTE DEL PARLAMENTO EUROPEO
BRUSELAS, BÉLGICA
3 DE SEPTIEMBRE DE 2007

Hace 21 años, visité Europa en un viaje oficial, durante mi primera administración como Presidente de la República de Costa Rica. Venía entonces de una región centroamericana surcada por la lucha fratricida, por una guerra civil que devoraba con apetito insaciable nuestras más hondas ilusiones y nuestros más hermosos sueños. Venía a pedir apoyo para el Plan de Paz que los Presidentes de Centroamérica intentábamos aprobar, y que encontró un obstáculo tenaz en la oposición de las grandes potencias de una Guerra Fría todavía en curso. Europa fue en aquellos días no sólo una amiga que nos brindó su apoyo, sino también una estrella que nos brindó su luz.

En medio de la frustración y la ansiedad, en medio de los vaticinios que presagiaban el fracaso de los esfuerzos de paz en nuestra tierra, Europa nos sirvió como ejemplo. Gracias a ustedes supimos que el perdón era posible después del odio, que la paz era posible después de la guerra, que la libertad era posible después de la opresión.

Esa Unión Europea que fue una vela en la más oscura noche centroamericana, ya contaba con usted, Presidente Pöttering; con su talento y su dedicación en el Parlamento Europeo. Hoy vuelvo a estas tierras, proveniente de una región irreconocible para quienes guardan la memoria de aquellos días. Y llego a una Europa cuyos cambios también me sorprenden. Ni Europa ni Centroamérica tienen motivos para decir que todo tiempo pasado fue mejor. Durante las dos últimas décadas nuestros pueblos han prosperado, nuestros habitantes han alcanzado sus sueños. Estoy seguro de que si tenemos éxito en la negociación de un Acuerdo de Asociación entre nuestras dos regiones, podremos lograr que Europa encienda de nuevo una vela para Centroamérica.

Brindo entonces por la luz de Europa, por nuestros pueblos que se unieron en la esperanza, y hoy se unen en la paz y la libertad.

SON HERMANOS QUIENES SUEÑAN LO MISMO

A LUIS INÁCIO LULA DA SILVA
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FEDERATIVA DEL BRASIL
BRASILIA, BRASIL
30 DE JULIO DE 2008

No termina de asombrarme que sea yo el primer Presidente de Costa Rica en realizar una visita de Estado a este maravilloso país. La vida es a veces así, fabricamos relojes y calendarios con el ansia de una precisión que nunca ocurre en la realidad, porque el mundo se mueve en diversas esferas del tiempo, y lo que para algunos pueden ser un par de horas, para otros pueden ser un par de décadas. Hay quien podría pensar que hemos dejado pasar demasiado tiempo para estrechar nuestra amistad, para profundizar las relaciones que nos unen como países hermanos, pero yo creo que hemos llegado a la hora precisa. No existe mejor momento que éste para sentarnos a la mesa a compartir el pan, el vino y las ideas.

El gran escritor brasileño, Joaquim Maria Machado de Assis, dice en su libro *Dom Casmurro* que “*el destino no es sólo un dramaturgo, es también su propio director teatral. Eso es, diseña la entrada de los personajes en escena, les da cartas y otros objetos, y produce sonidos fuera del escenario para que acompañen el diálogo*”. El destino ha querido que entremos juntos a escena ahora, en el tercer o cuarto acto de la obra de

nuestra amistad. Y no sólo ha querido que compartamos por fin el escenario, sino que también nos ha rodeado del color y de la música que caracteriza a este país de ensueño. Hay algo en la belleza de Brasil que se respira en el aire, y constituye la mejor ambientación para acompañar un diálogo fecundo entre dos naciones.

Nuestras coincidencias son muchas. Nos une, antes que nada, el ser latinos. Nos une la vocación por la alegría y la diversión, por el fútbol y el baile, por la música y la canción. Nos une también el desafío latinoamericano, el reto de lograr un mayor desarrollo para nuestros habitantes, una vida más digna bajo el sol. Ambos luchamos férreamente contra la pobreza, ambos queremos reducir la desigualdad, ambos intentamos educar a todos nuestros niños y jóvenes, ambos combatimos la inseguridad. Usted, señor Presidente, es un icono de la lucha por una mayor justicia en las sociedades latinoamericanas, y por eso lo admiro y le agradezco.

A lo largo de mi vida, he sido un obstinado defensor de la inversión social, y he topado con oposiciones de todo tipo, tanto en el ámbito latinoamericano como en el concierto internacional. No creo que el goteo económico, tan defendido por algunos, sea suficiente para aplacar la sed de una región que durante mucho tiempo ha visto cómo la riqueza se distribuye entre unos pocos, o se gasta en armas y soldados para proteger a pueblos cuyos únicos enemigos son el hambre, la ignorancia, la enfermedad y la inseguridad. El actual Gobierno de Brasil se ha dedicado a mejorar la inversión social en este país, y creo firmemente que el futuro de este pueblo estará determinado por esa sabia decisión.

Son hermanos quienes sueñan lo mismo. Tanto Brasil, como Centroamérica, abrazamos los mismos sueños de justicia y de libertad, en un contexto muy similar. Por eso

considero tan importante el acercamiento realizado en la reciente Cumbre entre Brasil y Centroamérica, así como la reunión que en septiembre celebraremos entre el Sistema de Integración Centroamericana y el MERCOSUR. Verdaderamente creo que un mayor intercambio entre nuestros países, y un diálogo más fluido, no puede sino engrandecer nuestros esfuerzos por llevar a Latinoamérica a la vanguardia de un progreso en el que se ha quedado crónicamente rezagada.

Quiero agradecerles la hospitalidad con la que hemos sido recibidos en su país. La bondad y la alegría con que este pueblo nos ha abierto los brazos, me impulsan a pensar que hay verdaderamente un denominador común a través de toda América Latina, que supera las barreras idiomáticas con gestos y sonrisas. Al llegar a Brasil, puedo decir que la amabilidad no requiere traducción.

En Costa Rica existe una costumbre que hoy quisiera compartir con ustedes. Cuando alguien envía a otra persona un plato con comida, como muestra de afecto o amistad, esa persona naturalmente debe devolver el plato. Pero la tradición es no devolverlo vacío. Se acostumbra que esa persona cocine, a su vez, algo especial para corresponder la muestra de amistad. Hoy ustedes nos han recibido con la mesa servida y los platos llenos, y yo quisiera poder corresponder este gesto como se acostumbra en mi país. Por eso quiero invitarlo, señor Presidente, a visitar Costa Rica, a conocer el pequeño país de Centroamérica que en medio de bosques y playas, volcanes y lagos, alberga a un pueblo colmado de alegría y esperanza. El pequeño país que hace 60 años tuvo el coraje de abolir el ejército, que le declaró la paz al mundo y que defiende la libertad y la solidaridad como sus más altas banderas. Espero que pueda acompañarme usted también a la mesa, y poder decirle “*bem-vindo, grande amigo*”.

NADIE ES EXTRANJERO EN ANDALUCÍA

A GASPAR ZARRÍAS

VICEPRESIDENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA

SEVILLA, ESPAÑA

8 DE SEPTIEMBRE DE 2008.

Es un placer encontrarme en Sevilla, una vez más. Es también un honor poder compartir con su Vicepresidente, con su Alcaldesa, doña Teófila Martínez y con todos los andaluces que hoy nos acompañan. En sus *Viajes por España* Pedro Antonio de Alarcón escribió que por Andalucía “*se va a África, se va a América, se ha ido a Filipinas... Así es que allí no se detiene nada; allí no hay remanso; allí corre el tiempo; allí cambian las modas*”. Aquí en Andalucía todo es historia y vanguardia a la vez, todo es herencia y porvenir. Los caminos del tiempo han convergido en este pedazo del mundo, en una vorágine hermosa y deslumbrante. Agradezco enormemente la oportunidad que me brindan de pasar otra vez por esta hermosa región, y recordar que nosotros, como tantos otros a través de los siglos, no somos sino visitantes temporales de esta tierra que permanece.

Para Costa Rica Andalucía encierra algo así como la fuente de la eterna juventud, el secreto de cómo avanzar hacia el futuro sin renunciar al pasado, cómo asegurar el progreso sin desdeñar la tradición.

Nadie es extranjero en Andalucía. Pocos lugares en el mundo tienen el privilegio de guardar una diversidad cultural y humana tan grande como esta región. Es precisamente por esa diversidad, por la que el pueblo andaluz entabla fácilmente amistades, y es capaz de comprender a la más insólita de las culturas. Hoy brindo por la amistad que el pueblo andaluz comparte con el pueblo costarricense, y que nos permite disfrutar de este lugar que el gran escritor argentino, Jorge Luis Borges, resumió con las siguientes palabras: *“Cuántas cosas. Lucano que amoneda el verso y aquel otro la sentencia. La mezquita y el arco. La cadencia del agua del Islam en la alameda. Los toros de la tarde. La bravía música que también es delicada... Las naves, los aceros, las adargas. Cuántas voces y cuánta bazarra y una sola palabra. Andalucía.”*

LAZOS QUE NOS UNEN

A SU MAJESTAD EL REY DON JUAN CARLOS I,
SU MAJESTAD LA REINA DOÑA SOFÍA
MADRID, ESPAÑA
10 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Yo dije siempre, y lo diré y lo digo, que es la amistad el bien mayor humano". ¡Cuán hermosas resuenan hoy esas palabras de Lope de Vega, y cuán ciertas! Para un país sin ejército, como Costa Rica, todas las riquezas del mundo no valen más que la amistad de las naciones; nada podría comprar la paz que nos brinda el saber que no seremos atacados o vencidos, porque no tenemos enemigos.

A España nos une, sin embargo, mucho más que la ausencia de enemistad. Entre nosotros no hay sólo diplomacia, no hay sólo modales o cordialidad.

Podríamos decir que la razón de nuestra amistad es la historia que palpita desde sus corazones y el mío, y que es la misma historia a través de muchos siglos, en lo que algún día fue el más vasto imperio de la Tierra. Pero no es sólo eso. Porque también en nombre del pasado se han dividido las naciones, y las vivencias compartidas pueden ser un lastre y no una peana.

Podríamos decir que la razón está en el hecho de hablar el mismo idioma. Pero no es sólo eso. ¿O acaso no

han ido a la guerra naciones que hablan la misma lengua? ¿Acaso requiere traducción la hostilidad?

Podríamos decir que la razón está en nuestros antepasados comunes. En esa estirpe de españoles que cruzó el mar hasta nuestras costas y confundió las prosapias. Como lo decía Borges en uno de sus poemas *“inseparablemente estás en nosotros, en los íntimos hábitos de la sangre, en los Acevedo y los Suárez de mi linaje”*. Pero nuestra amistad no es sólo eso, porque sería muy pobre decir que el entendimiento del presente depende de las andanzas de hombres de quinientos años atrás.

Hay hoy una amistad entre España y Costa Rica que no se explica sólo con el cauce del pasado, que no se agota en las glorias prescritas, sino en ese mañana de esperanza que ambos perseguimos. Y en esa esperanza, Su Majestad, es usted un símbolo y un modelo. Sólo en nuestro tiempo es posible la aleación que usted representa, la figura de un Rey que es también un demócrata convencido. Me gusta pensar que es usted Sancho y Quijote a la vez, que no ha renunciado a los ideales, pero tampoco a la aceptación de la realidad. Me gusta pensar que usted demuestra que es posible perseguir las utopías sin que eso signifique construir castillos en el aire. Por estas razones merece usted el aprecio y el cariño de Costa Rica, y es en estas razones en las que se sustenta nuestra amistad.

Hoy quiero brindar por la historia, el idioma y el pasado; pero sobre todo por el horizonte que esconde maravillas que aún no han visto nuestros ojos. Brindo por España y por su pueblo. Y brindo por Sus Majestades, a cuya gloria, en palabras de Góngora, *“aún los siglos del Fénix sean segundos”*.

UNA HISTORIA QUE NOS UNE

A JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

PRESIDENTE DE ESPAÑA

MADRID, ESPAÑA

11 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Mi corazón, y el del pueblo de Costa Rica, se conmueven al volver a España. A la madre tierra España. A la tierra de Colón y de Isabel la Católica. A la tierra de Cervantes y de Quevedo. A la tierra de Velásquez y de Murillo. Hay un pedazo grande de España en el corazón de todos los costarricenses. Nos une la historia. Nos unen la literatura y la música, la fe y el idioma. Nos une la sangre de antepasados comunes. Y nos unen también los desafíos del futuro, el deseo de acabar con la miseria humana, el apego a la democracia y el amor a la libertad. Por todas estas razones, señor Presidente, es para mí un placer volver a España.

Hace veintiún años, visité este país con el alma en vilo. Venía a pedir apoyo para detener la guerra en Centroamérica. Venía a pedir fuerzas para continuar la lucha por la paz. No queríamos que muriera el hermano a causa del hermano. No queríamos que el llanto de las madres abonara nuestra tierra. España nos demostró que era posible, que había lugar para el perdón después del

odio, que había lugar para la paz después de la violencia, para la libertad después de la opresión. Gracias a España aprendimos, en palabras del gran poeta costarricense Jorge Debravo, “a *ladrarle a las fieras del odio y de la angustia*”.

Hoy las luchas son otras. Centroamérica se niega a esperar eternamente en la antesala de la prosperidad. España ha demostrado que es posible cruzar el umbral del desarrollo aunque se llegue con retraso. No existe nada que impida a una nación saldar su deuda con el futuro. América Central puede llegar todavía a su cita con la modernidad, si sigue algunos pasos que España ha dado durante los últimos años, de la mano de sus líderes y sus gobernantes; muchos de ellos, Quijotes del tiempo en que les tocó vivir.

No se es Quijote de la misma forma en toda época o edad. Así como las rimas de Garcilaso no le calzaban a Bécquer, y las de Bécquer serían extrañas en García Lorca, así también cambian los caballeros andantes, porque cambian los entuertos que hay que arreglar. Hoy nos tocan los molinos de la pobreza, de la violencia y de la desigualdad, y para esos no existen bálsamos de Fierabrás. Existen tan sólo medidas justas que pueden ser impulsadas por líderes responsables, líderes como don José Luis Rodríguez Zapatero. Ni yelmo ni armadura lo distinguen, Presidente, pero sí las causas que persigue. Hoy quiero brindar porque nunca renuncie a esas causas. Los Quijotes del futuro sabrán agradecer su sabiduría y su visión.

CIUDAD DE LUZ Y PAN Y CANTO

A LAS AUTORIDADES DEL GOBIERNO

SINGAPUR

DICIEMBRE DE 2008

El tiempo es un aguacero interminable, hecho de gotas dulces y amargas, que riegan la superficie de la Tierra. Los seres humanos somos testigos y partícipes de esta corriente, que permite el surgimiento de nuevas naciones, de culturas modernas, de identidades y sueños, de pueblos y ciudades.

A lo largo de mi vida, a lo largo de la historia convulsa del siglo XX, he tenido la oportunidad de ver el nacimiento de varios países y también la oportunidad de observar su desarrollo. Me encontraba estudiando en la Universidad cuando Singapur proclamó su Independencia, un evento que recuerdo con claridad. En ese momento, como decimos en mi país, Singapur y Costa Rica eran “iguales como dos gotas de agua”, dos naciones diminutas, separadas por miles de kilómetros.

En aquellos años, Jorge Debravo, el más grande poeta de mi pueblo, escribió estas líneas: “*yo busco una ciudad, una ciudad de luz y pan y canto. En algún astro ha de existir un sitio que nos esté esperando*”. Cuarenta y tres años después de la Independencia de Singapur, no puedo evitar pensar

que ésta es la ciudad de luz y pan y canto que nuestro poeta soñó, y que nos esperaba, no en un astro lejano, sino en el otro lado del mundo. Una ciudad donde la vida evoluciona a la vertiginosa velocidad de la luz, donde la gente siempre tiene pan sobre la mesa y canto en sus espíritus. Una ciudad que hoy abre sus puertas a nosotros, y nos revela algunos de sus más profundos misterios.

He venido a este país a admirar su belleza y su sorprendente desarrollo, a aprender de su visión y de su determinación, y también a comparar las experiencias de Singapur con las experiencias de Centroamérica. Esta hermana república de Asia, que alguna vez fue tan parecida a Costa Rica, ha dado el salto al futuro que mi pequeña nación aún espera. Las calles y avenidas de Singapur, sus edificios y sus puertos, esconden muchas lecciones para Costa Rica. Hoy hemos venido a extraerlas. Queremos extraer de esta tierra el secreto del progreso que ustedes han cosechado durante décadas. Queremos encontrar la respuesta a los dilemas que ustedes han superado. Queremos compartir el carácter de este pueblo que siempre mira hacia delante.

Espero que podamos hacerlo, y que Singapur y Costa Rica, dos gotas de agua separadas por el tiempo y el espacio, sean algún día otra vez similares, gracias a nuestra amistad y a nuestro intercambio de ideas. Brindo por esa amistad, por ese futuro que nos espera y por esta maravillosa ciudad de luz y pan y canto.

LA AMISTAD, EL PUENTE QUE NOS UNE

A ABDULLAH GUL

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE TURQUÍA

ANKARA, TURQUÍA

25 DE NOVIEMBRE DE 2009

Yunus Emre, amado bardo de esta tierra de poetas, una vez escribió: *“si uno ha fallado en entenderse a sí mismo, entonces toda su lectura ha perdido su propósito... la visita al corazón es la mejor de todas”*. Para mí, y para el país que represento, este viaje a Turquía ha sido mucho más que un simple recorrido a través de la tierra y el mar. Ha sido una visita al corazón de una gran nación; una visita al corazón de una de las culturas más ricas del mundo; una visita al corazón de ese rayo de paz y tolerancia para el Medio Oriente, y para toda la humanidad. Pero sobre todo, ha sido una visita al corazón de un pueblo extraordinario, cuyas esperanzas son un eco de las esperanzas de mi pueblo. Esta noche, soy un viajero lejos de mi tierra natal, pero soy también un emisario de un país de paz que ha encontrado, en Turquía, un lugar en donde sus sueños se sienten como en su propia casa.

Estar en este Palacio Presidencial es reflexionar sobre la vida y el legado del fundador de esta República, Mustafá Kemal Atatürk, quien ofreció lecciones tan valio-

sas para todas las naciones. Atatürk dijo una vez que prepararse para el futuro significa “*fortalecer los puentes naturales que existen entre nosotros. El idioma es un puente. La religión es un puente. La historia es un puente. Debemos hurgar nuestras raíces y reconstruir cualquier historia que nos haya dividido*”.

Esta noche, me siento honrado de poder aportar mi esfuerzo para construir, entre nuestras dos naciones, el puente más poderoso de todos: el de la amistad. Me siento honrado de ayudar a reunir a dos pueblos a los que las corrientes de la geografía, las olas de la religión y las ondas del lenguaje, han lanzado a costas diferentes; pero dos pueblos que, en nuestras raíces, compartimos los mismos valores. Compartimos nuestra fe en el valor de la democracia y de la educación. Compartimos una actitud hacia el futuro que acepta el cambio y el progreso, en lugar de rehuirlos. Compartimos un compromiso inquebrantable con la paz y la tolerancia, que ha cambiado a nuestros países, y puede cambiar a todos los países.

Propongo un brindis a mi gentil anfitrión, y a la nación que lidera. A la amistad entre Costa Rica y la República de Turquía, y a la prosperidad y la salud de ambas. A la reunión de dos culturas y a la reconstrucción de cualquier historia que nos haya dividido. Y a esta visita a los corazones de dos naciones, corazones que palpitan a un mismo tiempo en busca de un mismo sueño: *Yurtta Bari?*, *Dünyada Bari?*. Paz en el hogar, paz en el mundo.

UN FUTURO DE PAZ PARA PALESTINA

A LAS AUTORIDADES PALESTINAS

BELÉN, PALESTINA

28 DE NOVIEMBRE DE 2009

Hoy tengo el honor de caminar brevemente con usted, sobre el sendero que recorre Palestina, pero sepa que mucho después de que mi viaje me lleve a otro lugar, tanto yo, como el pueblo de Costa Rica, seguiremos caminando a su lado. A muchos mares y kilómetros de distancia, acompañaremos desde nuestros corazones a todos aquellos que buscan la paz en Tierra Santa. No pretendemos conocer el camino de Palestina, conocer los obstáculos y los peligros que ustedes han enfrentado. Pero sí hemos recorrido la senda del pacificador. Sabemos que es una senda empinada. Y por eso somos sus hermanos y sus hermanas en el esfuerzo por poner fin a la violencia.

No he venido aquí a ofrecer lecciones de paz, sino palabras de esperanza. Quiero decirle al pueblo palestino que la paz es posible, incluso si es increíblemente difícil de alcanzar. La paz es posible, incluso si requiere mil intentos fallidos por uno que funciona. La paz es posible, incluso si parece ser nada más que una linterna en la distancia, en medio de una terrible tormenta.

Traigo este mensaje a Palestina, en nombre de los pueblos de mi región. Y traigo el mensaje de que aquellos que

buscan la paz, no deben prestar atención a los pesimistas que los rodean. Cuando la tierra centroamericana se oscurecía con la sangre de los inocentes, y las lágrimas de sus seres queridos, quienes creíamos que podíamos encontrar una solución diplomática al conflicto, enfrentamos un coro de críticas que nos decía que aquello era imposible. Ese coro grita muchas veces más fuerte en contra de las visiones de paz para Tierra Santa, pero sus voces contienen la misma duda y el mismo derrotismo.

Por favor: no presten atención. Como dijo alguna vez el filósofo francés Guizot, “*los pesimistas no son más que espectadores; son los optimistas los que han transformado el mundo*”. La historia no la escriben aquellos que predicen el fracaso ante cada nueva oportunidad, o los que se rinden frente al desafío más grande. La historia la escriben aquellos que se atreven a soñar. La escriben aquellos que comprenden que el fin de la violencia es el producto del diálogo, no su prerequisite. La escriben los que se atreven a decir palabras de concordia frente a terribles discrepancias. La escriben aquellos que se dan cuenta de que el acto más consumado de valentía no es tomar las armas, sino deponerlas; aquellos que encuentran la fuerza para tomar esa poderosa decisión. Uno de los grandes poetas de mi tierra, Jorge Debravo, escribió: “*la paz no es una medalla: la paz es una tierra esclavizada y tenemos que ir a liberarla*”. No dudo de que, con el esfuerzo de los optimistas, Palestina, como la paz, algún día será liberada.

Propongo un brindis por la esperanza, la esperanza de que la paz echará raíces en esta tierra sagrada, la paz liberará a este pueblo, la paz repicará desde Cisjordania hasta Jericó, desde el Río Jordán hasta Belén. La esperanza de que la paz cobijará a Palestina, y a todos sus hijos.

SUS SUEÑOS HABITAN EN LOS CORAZONES DE TODOS

A SHIMON PERES
PRESIDENTE DE ISRAEL
29 DE NOVIEMBRE DE 2009

Es para mí una gran alegría encontrarme una vez más en Tierra Santa, al lado de mi preciado amigo, Shimon Peres. Nuestros caminos se han cruzado muchas veces a lo largo de nuestras vidas, pero incluso cuando se alejan, sé que nuestros pasos marchan al mismo ritmo. Siguen el latido constante y fuerte de la paz, que habita en el pueblo de Costa Rica y en el pueblo de Israel. El latido constante y fuerte de la paz que no será ignorado, incluso en los momentos más difíciles; incluso cuando es sólo, para usar una expresión de Omar Khayyam, *“la música valiente de un tambor distante”*.

Cuando mi amigo Shimon Peres aceptó el Premio Nobel de la Paz, habló de los sueños que alimentaron su juventud, mientras estudiaba en la Baja Galilea. Habló de los sueños de libertad y equidad que habían definido esos años vertiginosos. En sus propias palabras: *“no todos esos sueños se convirtieron en realidad, pero nada fue en vano. La parte que sí se convirtió en realidad, creó un nuevo paisaje. La parte que no, habita en nuestros corazones”*.

Algunos de los sueños más nobles de la vida adulta de Shimon Peres, las visiones más hermosas de paz para Israel y para el Medio Oriente, aún no se han convertido en realidad. Aún no. Pero estoy aquí para garantizarle, mi querido amigo, que ese sueño no reside sólo en su corazón, sino también en el corazón de muchos otros. Ahí mora la paz a la que usted le ha dedicado su vida: en los corazones de su pueblo, del pueblo de Costa Rica y de todos los amigos de Israel. En los corazones de quienes están construyendo un mejor futuro para sus descendientes. En los corazones de cada persona, judía, cristiana o musulmana, que considera a Tierra Santa como el inicio de su viaje de fe. En los corazones de todos aquellos que buscan una solución a los conflictos armados en cualquier parte del planeta.

Ésta ha sido tierra sagrada durante miles de años, preciada para peregrinos de muchos credos alrededor del mundo. Dentro de miles de años, será más preciada aún. Porque en esa hora distante, los descendientes de todas las razas y naciones viajarán a Jerusalén y dirán: *“aquí, donde el amor comenzó, la guerra terminó. Aquí, donde la fe echó raíces, las ramas de la tolerancia crecieron para dar abrigo a todos los creyentes. Aquí, donde la violencia alguna vez reinó, dos pueblos viven en libertad y armonía. Aquí, donde los sueños de un joven de la Baja Galilea, los sueños de su pueblo agradecido, los sueños de toda la humanidad, finalmente se hicieron realidad”*.

Brindo por ese futuro, que es una visión que todos compartimos. Brindo por el sueño de paz que mi querido amigo ha depositado en tantos corazones, en Israel y alrededor del mundo. Y brindo por ese día en que los sueños ya no tengan que ser contenidos en nuestro interior, sino que puedan ser liberados sobre toda la Tierra, creando un nuevo paisaje, para siempre.

EL CÁLIZ DEL INTELECTO

A JOSÉ JESÚS GÓMEZ ASENSIO
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
SALAMANCA, ESPAÑA
2 DE DICIEMBRE DE 2009

No se puede alzar la copa en Salamanca sin recordar que es ella, también, un cáliz; sin recordar que en medio de las tres colinas que la sostienen, se forma un cuenco en que se mezclan todas las esencias del universo. Salamanca es vino ancestral para la sed del hombre, vino compuesto por todas las ideas y los pensamientos. Es el delta de los ríos de la mente humana, que en este tramo de Castilla y León se derraman sobre el cáliz del intelecto.

Hoy más que nunca hay que beber de ese cáliz. Hoy más que nunca hay que colmar la razón con vino puro del sentimiento universal. Cuando el mundo gasta en armas lo que debería gastar en comida, en medicinas y en techo; cuando la humanidad destruye, por codicia, el planeta que es la única morada que conocemos; cuando las naciones amenazan con seguir siendo víctimas del odio y del enfrentamiento, es necesario saciarse de razón, colmarse de las libaciones de todos los lugares y de todos los tiempos. Hay que volver a la *universitas*, a la aspiración por alcanzar la universalidad del conocimiento; la aspiración

que es la llave para entender al prójimo y para entenderse a uno mismo.

Hoy que muchos exclaman, como aquel siniestro general en estos mismos recintos, “¡*Muera la inteligencia!*”, debemos extraer de las aulas y de los libros el coraje para convencer y no vencer. Convince el diálogo y la negociación. Convince la libertad y la imaginación. Convince la amistad entre los pueblos y el respeto entre las culturas. Vence la fuerza y la violencia. Vence la intolerancia y la opresión. Vence la miopía que nos dice que hay una única visión correcta, y esa visión es la nuestra.

Dejo constando en este lugar que ha escuchado las voces de los siglos, que creo en la supervivencia de la inteligencia. Creo que el ingenio humano habrá de librarnos de los dolores del pasado. Creo que una idea es un monumento más grande que estos edificios, más alto que estas torres, más extenso que estas plazas y explanadas. Creo en la mente cuyas gotas componen el vino del universo.

Permítanme que concluya con las palabras del más grande libro de las lenguas castellanas: “—*No se apunte vuestra merced conmigo —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido o quito alguna letra a mis vocablos*”.

No se apunte conmigo, estimado Rector; ni se apunten ustedes, queridas amigas y amigos, si añadido al infinito torrente de vocablos que ha inundado estos pasillos, una palabra que no sobra en los estantes ni en las repisas de ninguna biblioteca: gracias.

Brindo por este pueblo inmortal. Brindo por este cáliz del intelecto. Y brindo por la inteligencia que habrá de *desfacer los entuertos*.

DOS NACIONES COMPARTIENDO LA MISMA ESPERANZA

A ÁLVARO URIBE
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
BOGOTÁ, COLOMBIA
23 DE MARZO DE 2010

Al ser las seis en punto de esta mañana, un joven bogotano despertó de un largo sueño, con el olor de un magnífico café en la cocina de su casa. En San José, un muchacho realizó la misma labor cotidiana. Dos horas más tarde, una orgullosa agricultora antioqueña recogió las flores más bellas de su cultivo artesanal, para venderlas en la feria de su localidad. Lo mismo hizo una costarricense de San Pedro de Poás. Al caer la tarde de este día, las notas de la cumbia y del vallenato explotarán en cada fiesta colombiana. Y mi país se inundará también con las notas del merengue y de la salsa. Dos pueblos viviendo el mismo sentimiento, dos naciones compartiendo la misma esperanza.

No importa si uno usa chonete o sombrero paisa; si se baña en las aguas de Limón o de Barranquilla; si come gallopinto o sancocho, ajiaco o tortillas palmeadas: esas diferencias no existen en el centro del alma. Colombia habla un idioma que Costa Rica entiende más

allá de las palabras. Es el idioma de la vida que estalla en cada esquina. Es el idioma de la ilusión y de la perseverancia. Es el idioma del trabajo duro y del esfuerzo. Y es el idioma de la búsqueda de la paz, por sobre cualquier amenaza.

Llegará el día en que Colombia y Costa Rica compartan más que la búsqueda de la paz. Llegará el día en que compartan la paz consolidada. El día en que las selvas colombianas sean tan tranquilas como los bosques de mi tierra. El día en que los fusiles de esta guerra se guarden en los museos y en las vitrinas, como se guardan en mi patria. Y ese día está cada vez más cerca.

En su última proclama, en Santa Marta, Bolívar dijo: *“No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia”*, refiriéndose entonces a la Gran Colombia que había imaginado su mente libertadora. Hoy les digo que yo no aspiro a otra gloria más que a la paz de Colombia, que habrá de llegar, con el candor de la madrugada del mejor día que ha vivido esta tierra bendita: el día de mañana.

La vida ha sido generosa conmigo. Tan generosa, que me permite realizar el último viaje de mi mandato, a una de las naciones latinoamericanas que más amo. He venido a dar las gracias al pueblo de Colombia, al que tanto le debe Costa Rica. Y he venido a dar las gracias al Presidente Álvaro Uribe, a quien tanto le debo como persona. En usted, querido amigo, he encontrado un apoyo indispensable a lo largo de los últimos cuatro años. Ha sido como ese compañero que vive en la tercera habitación al final del pasillo, en donde siempre hay alguien que abre la puerta. En momentos de dolor y de angustia, en momentos de euforia y de esperanza, ha sido usted uno de mis principales cómplices en la tarea de reescribir la historia latinoamericana.

Hoy brindo por nuestra amistad. Brindo por Colombia y Costa Rica. Brindo por la lengua que compartimos. Y brindo por la paz, que habrá de cobijar a esta tierra con la misma dulzura con que cobija a mi pueblo.

Oscar Arias Sánchez

Nació en San José, el 13 de setiembre de 1940. Realizó sus estudios primarios en la Escuela República Argentina de Heredia y los secundarios en el Colegio Saint Francis, en Moravia. Posteriormente, estudió Derecho y Economía en la Universidad de Costa Rica y obtuvo su Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Essex, Inglaterra. Tras el regreso a su país, se desempeñó como profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Costa Rica y, desde entonces, ha estado vinculado a actividades académicas en algunas de las más prestigiosas universidades de Europa y Estados Unidos.

Perteneció desde su juventud al Partido Liberación Nacional (PLN) y en 1970 fue llamado a la función pública por el Presidente José Figueres Ferrer, quien lo designó como Ministro de Planificación Nacional y Política Económica, posición que continuó ocupando en la administración del Licenciado Daniel Oduber Quirós. A ese cargo renunció para aspirar a una curul en la Asamblea Legislativa, resultando electo Diputado en 1978.

Un año después, fue nombrado Secretario General del PLN y este mismo partido lo designó como candidato a la Presidencia de la República, para el período 1986-1990. Su triunfo electoral fue motivado por la promesa de luchar por la paz en Centroamérica, entonces abatida por sangrientos conflictos políticos y militares. Guatemala y El Salvador se encontraban inmersos en guerras civiles largamente arrastradas, mientras la caída de la dictadura de la familia Somoza, en Nicaragua, y la subsiguiente toma del poder por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, crearon en la región un clima de enfrentamiento que amenazaba con alcanzar las fronteras costarricenses. A esto se sumaba la interferencia ideológica y militar de la Unión Soviética y de los Estados Unidos de América, superpotencias enfrentadas en el marco de la Guerra Fría.

Es en este contexto en que el Dr. Óscar Arias propone a los cinco Presidentes de las repúblicas centroamericanas el Plan de Paz que lleva su nombre y que fue firmado en Guatemala, en el mes de agosto de 1987. Dicho plan fue la base de una paz duradera y de un lento pero inexorable proceso de democratización de la región centroamericana.

Como reconocimiento a sus esfuerzos, el Comité Nobel de Noruega le otorgó el Premio Nobel de la Paz, en 1987. Dicho galardón, que constituyó un apoyo invaluable en la consolidación de los procesos de paz en la región, le permitió también al Dr. Arias la creación de la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano,

institución que se ha dedicado a la promoción de causas como la desmilitarización, el control de armas pequeñas y livianas, la equidad de género y la gobernabilidad democrática.

Tras varios años de mantenerse al margen de la política nacional, el Dr. Arias acepta postular su nombre, una vez más, para la campaña presidencial del año 2005. Gracias a su compromiso de “poner a Costa Rica a caminar de nuevo”, resultó electo Presidente de la República para el período 2006-2010, convirtiéndose en el primer Jefe de Estado galardonado con el Premio Nobel de la Paz en ser reelecto. Su segunda Administración giró en torno a la lucha contra la pobreza, la expansión del sistema educativo y la inserción de Costa Rica en los mercados internacionales, con la firma de Tratados de Libre Comercio con los Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana, China, Singapur, Panamá y la Unión Europea, así como la apertura de los monopolios estatales en seguros y telecomunicaciones. Internacionalmente, impulsó la aprobación de un Tratado sobre la Transferencia de Armas, la iniciativa ambiental conocida como Paz con la Naturaleza y el llamado Consenso de Costa Rica, un mecanismo para perdonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales, a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en la protección del medio ambiente, la salud, la educación y la vivienda para sus pueblos, y cada vez menos en armas y soldados. Junto con estas causas, el Presidente Arias promovió una visionaria política exterior, estableciendo relaciones diplomáticas con China, Cuba y varios países árabes moderados.

El Dr. Arias ha recibido alrededor de 65 doctorados honorarios de distintas universidades de los Estados Unidos, tales como Harvard, Princeton, Dartmouth y Brandeis, así como de otras prestigiosas instituciones educativas, como la Universidad de Salamanca en España, Bahcesehir en Turquía, Yonsei en Japón, Kyung Hu en Corea del Sur y Essex en Inglaterra. Ha recibido también numerosos premios, entre ellos el Premio de la Paz Martin Luther King Jr., la Medalla de la Libertad de Filadelfia, el Premio Jackson Ralston, el Premio Príncipe de Asturias, el Premio Humanitario Albert Schweitzer y el Premio de las Américas. Para él, sin embargo, no existe premio más importante que el inmenso cariño que ha recibido de su pueblo.